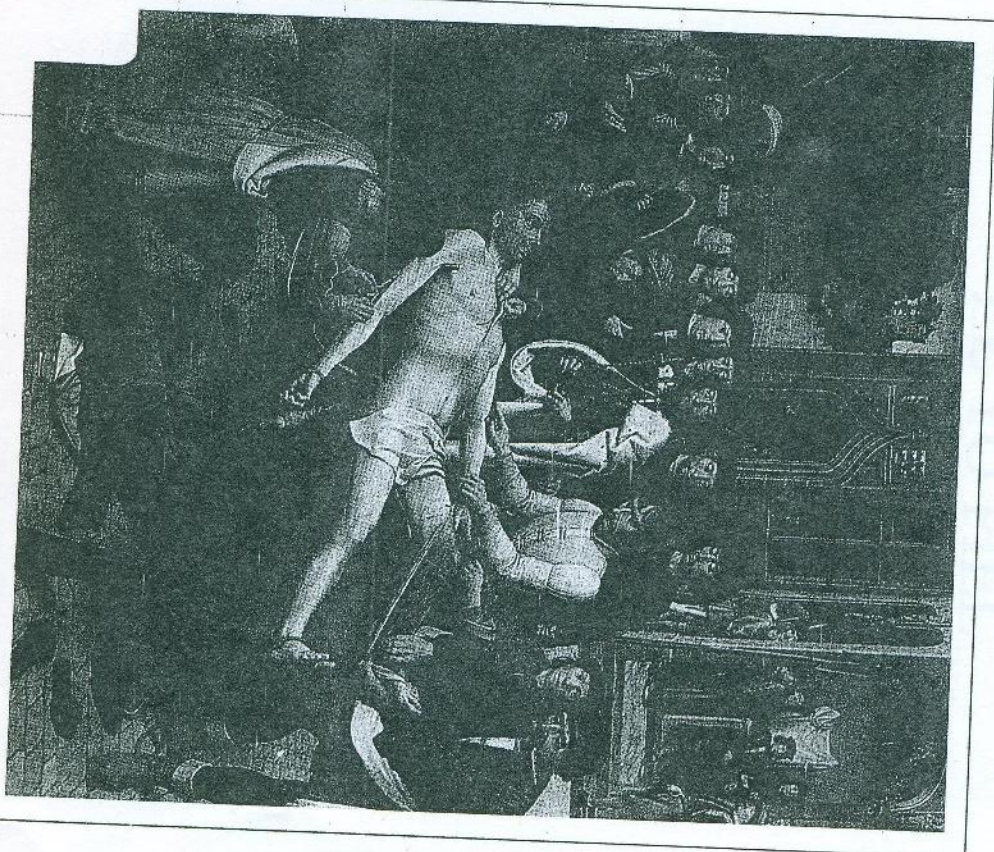


DIDIER ANZIEU

# EL YO-PIEL





DIDIER ANZIEU

Tabla de materias

1. PRELIMINARES EPISTEMOLÓGICOS

EL YO-PIEL

Versión española:

Sofía Vidarrazaga Zimmermann

2. CUATRO SERIES DE DATOS

Datos individuales

Datos grupales

Datos proyectivos

Datos de personalidad

3. LA NOCIÓN DE YO-PIEL

Yo-piel y yo-piel

La imagen de Yo-piel

La imagen de uno

signos y relaciones

4. EL MITO CÍRCULO DE MAPAS

Yo-piel y yo-piel

Yo-piel y yo-piel

Yo-piel y yo-piel

BIBLIOTECA NUEVA



Cubierta: Gérard David, *Le supplice du juge Sisamnés (1498-1499)* extrait du  
panneau de *La Justice de Cambyse* Groninge-museum, Bruges  
Ph. © du musée  
Cedida por Bordas, París

Título original: «Le moi-peau»

Cuarta edición, enero de 2003

© Bordas Dunod  
17 rue Rémy-Dumoncel. París (Francia)  
© E. cast.: Biblioteca Nueva  
Almagro, 38 - 28010 Madrid (España)

ISBN: 84-7030-307-4  
Depósito Legal: M-50.153-2002  
Impreso en Rógar, S. A.  
Printed in Spain - Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

LIBRO PROPIEDAD EXCLUSIVA DEL GOBIERNO FEDERAL CON  
FINES DIDÁCTICOS Y CULTURALES, PROHIBIDA SU VENTA O  
REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL CON FINES DE LUCRO, AL QUE  
PREVIENDE ESTA DISPOSICIÓN SE LE APLICARÁN LAS SANCIONES  
PREVISTAS EN LOS ARTÍCULOS 367, 368 BIS, 368 TER Y DEMÁS  
APLICABLES DEL CÓDIGO PENAL PARA EL DISTRITO FEDERAL EN  
MATERIA COMÚN; Y PARA TODA LA REPÚBLICA EN MATERIA  
FEDERAL.

## Tabla de materias

### PRIMERA PARTE: DESCUBRIMIENTO

1. PRELIMINARES EPISTEMOLOGICOS .....	15
Algunos principios generales .....	15
1) Cerebro o piel; 2) Génesis o estructura; 3) Desarrollo lógico o renovación metafórica; 4) Malestar actual en la civilización; 5) Corteza o núcleo; 6) Contenido o continente.	
El universo táctil y cutáneo .....	24
1) Aproximación lingüística; 2) Aproximación fisiológica; 3) Aproximación evolucionista; 4) Aproximación epistemológica; 5) Aproximación psico - psicológica; 6) Aproximación interaccionista; 7) Aproximación psicoanalítica.	
2. CUATRO SERIES DE DATOS .....	33
Datos etológicos .....	34
Datos grupales .....	40
Datos proyectivos .....	42
Datos dermatológicos .....	44
3. LA NOCION DE YO-PIEL .....	47
Pecho-boca y pecho-piel .....	47
La idea de Yo-piel .....	50
La fantasía de una piel común y sus variantes narcisísticas y masoquistas .....	51
4. EL MITO GRIEGO DE MARSIAS .....	57
Marco sociocultural .....	57
Primer parte del mito .....	59
Segunda parte: los nueve mitemas .....	60
5. PSICOGENESIS DEL YO-PIEL .....	65
El doble feed-back en el sistema diádico madre-niño .	65
Divergencias entre los puntos de vista cognitivo y psicoanalítico .....	68



Particularidades del Yo-piel considerado como interfaz .....	72
Dos ejemplos clínicos .....	75
<i>Observación de Juanito, el niño de los papeles pegados</i> .....	75
<i>Observación de Leonor, la niña con cabeza de colador</i> .....	76

## SEGUNDA PARTE: ESTRUCTURA, FUNCIONES, SUPERACION

6. DOS PRECURSORES DEL YO-PIEL: FREUD, FEDERN.	81
<b>Freud y la estructura topográfica del Yo</b> .....	81
El aparato del lenguaje .....	82
El aparato psíquico .....	84
Las barreras de contacto .....	86
El Yo como interfaz .....	92
Perfeccionamiento del esquema topográfico del aparato psíquico .....	95
<b>Federn: sentimientos del Yo, sentimientos de fluctuación de las fronteras del Yo</b> .....	98
Originalidad de Federn .....	98
Los sentimientos de las fronteras del Yo .....	103
<i>Observación de Edgardo</i> .....	104
Represión de los estados del Yo .....	105
7. FUNCIONES DEL YO-PIEL .....	107
<b>Las nueve funciones del Yo-piel</b> .....	109
1) Mantenimiento; 2) Contención; 3) Para-excitación; 4) Individuación; 5) Intersensorialidad; 6) Sostén de la excitación sexual; 7) Recarga libidinal; 8) Inscripción de los trazos; 9) Autodestrucción.	
<b>Un caso de masoquismo perverso</b> .....	120
<i>Observación del Señor M.</i> .....	120
<b>La envoltura húmeda: el pack, las grutas</b> .....	122
El pack .....	122
Tres puntualizaciones .....	124
8. TRASTORNOS DE LAS DISTINCIONES SENSOMOTRICES DE BASE .....	125
<b>Sobre la confusión respiratoria entre plenitud y vacío</b> .....	125
<i>Observación de Pandora</i> .....	127

9. ALTERACIONES DE LA ESTRUCTURA DEL YO-PIEL EN LAS PERSONALIDADES NARCISISTICAS Y EN LOS ESTADOS LIMITE .....	135
Diferencias estructurales entre personalidad narcisística y estado límite .....	135
Un ejemplo literario de personalidad narcisística, <i>La invención de Morel</i> , de Bioy Casares .....	138
La fantasía de una doble pared .....	142
Trastornos de la creencia y estado límite .....	143
<i>Observación de Sebastiana, o un caso de comunicación oblicua</i> .....	144
10. LA DOBLE PROHIBICION DEL TOCAR, CONDICION DE SUPERACION DEL YO-PIEL .....	149
Una prohibición del tocar implícita en Freud .....	150
La prohibición crística explícita .....	154
Tres problemáticas del tocar .....	157
La prohibición y sus cuatro dualidades .....	157
1) Sexualidad y/o agresividad; 2) La prohibición exógena, lo prohibido endógeno; 3) Prohibición de la fusión corporal, prohibición del tocar manual; 4) Bilateralidad.	
<i>Observación de Juanita</i> .....	161
Del Yo-piel al Yo-pensante .....	162
El acceso a la intersensorialidad y la constitución del sentido común .....	166
TERCERA PARTE: PRINCIPALES CONFIGURACIONES	
11. LA ENVOLTURA SONORA .....	171
<i>Observación de Marsias</i> .....	172
Audición y fonación en el lactante .....	177
Lo sonoro según Freud .....	180
La semiofonía .....	181
El espejo sonoro .....	182
<i>Observación de Marsias; fin</i> .....	185
12. LA ENVOLTURA TERMICA .....	189
La envoltura de calor .....	189
La envoltura fría .....	190
<i>Observación de Errónea, o la descalificación de la sensación térmica</i> .....	191



13. LA ENVOLTURA OLFATIVA .....	193
La secreción de la agresividad por los poros de la piel .....	193
Observación de Getsemaní .....	193
14. LA CONFUSION DE LAS CUALIDADES OLFATIVAS. ....	205
El amor de la amargura y la confusión de los tubos digestivo y respiratorio .....	205
Observación de Rodolfo .....	205
15. LA SEGUNDA PIEL MUSCULAR .....	211
El descubrimiento de Esther Bick .....	211
Observación de Alicia .....	212
Observación de Mary .....	212
Dos relatos de Sheckley .....	214
Observación de Gerardo .....	215
16. LA ENVOLTURA DE SUFRIMIENTO .....	219
El psicoanálisis del dolor .....	219
Los quemados graves .....	200
Observación de Armando .....	222
Observación de Paulita .....	223
Del cuerpo sufriente al cuerpo de sufrimiento .....	224
Observación de Fanchon .....	225
17. LA PELICULA DEL SUEÑO .....	229
El sueño y su película .....	229
Retorno a la teoría freudiana del sueño .....	230
Observación de Zenobia: de la envoltura de angustia a la piel de palabras por la película de los sueños .....	234
La envoltura de excitación, fondo histérico de toda neurosis .....	241
18. COMPLEMENTOS .....	243
Configuraciones mixtas .....	243
Observación de Esteban .....	244
Las envolturas psíquicas en el autismo .....	245
De la piel al pensamiento .....	249
Para terminar .....	249
TABLA DE OBSERVACIONES .....	251
BIBLIOGRAFIA .....	253
INDICE DE NOMBRES PROPIOS .....	268

## PROLOGO

## EL YO-PIEL

En 1974, Didier Anzieu publicó en la Nouvelle Revue de Psychanalyse un artículo titulado «Le Moi-peau», cuyo impacto en el mundo universitario y clínico fue determinante. Hoy el autor nos presenta la síntesis de sus investigaciones y propone una teoría de las funciones del Yo-piel.

La piel es la envoltura del cuerpo, de la misma forma que la conciencia tiende a envolver al aparato psíquico. Desde este punto de vista, las estructuras y la función de la piel pueden proporcionar a los psicoanalistas y a los psicoterapeutas analogías fecundas que los guíen en su reflexión y en su técnica.

El Yo-piel aparece en primer lugar como un concepto operatorio que precisa el apoyo del Yo en la piel e implica una homología entre las funciones del Yo y las de nuestra envoltura corporal (limitar, contener, proteger). Considerar que el Yo, como la piel, se estructura en una interfaz permite enriquecer las nociones de «frontera», de «límite» y de «continente» en una perspectiva psicoanalítica. Por otra parte, la riqueza conceptual del Yo-piel permite comprender mejor una realidad clínica compleja: más allá de las relaciones entre las afecciones dermatológicas y los desórdenes psíquicos, el autor muestra que la sobrecarga o la carencia de tal o cual función del Yo-piel explican fundamentalmente el masoquismo perverso, el núcleo histérico de la neurosis o la distinción entre neurosis narcisística y estados-límite.

A lo largo de este estudio sobre las «envolturas psíquicas», Didier Anzieu —vicepresidente de la Association Psychanalytique de France y profesor honorario de Psicología Clínica de la Universidad de París X-Nanterre— desarrolla ideas-fuerza no solamente dentro de la corriente actual de la psicología, sino también en el campo de la epistemología científica.



13. LA ENVOLTURA OLFATIVA .....	193
La secreción de la agresividad por los poros de la piel .....	193
Observación de Getsemaní .....	193
14. LA CONFUSION DE LAS CUALIDADES OLFATIVAS. ....	205
El amor de la amargura y la confusión de los tubos digestivo y respiratorio .....	205
Observación de Rodolfo .....	205
15. LA SEGUNDA PIEL MUSCULAR .....	211
El descubrimiento de Esther Bick .....	211
Observación de Alicia .....	212
Observación de Mary .....	212
Dos relatos de Sheckley .....	214
Observación de Gerardo .....	215
16. LA ENVOLTURA DE SUFRIMIENTO .....	219
El psicoanálisis del dolor .....	219
Los quemados graves .....	200
Observación de Armando .....	222
Observación de Paulita .....	223
Del cuerpo sufriente al cuerpo de sufrimiento .....	224
Observación de Fanchon .....	225
17. LA PELICULA DEL SUEÑO .....	229
El sueño y su película .....	229
Retorno a la teoría freudiana del sueño .....	230
Observación de Zenobia: de la envoltura de angustia a la piel de palabras por la película de los sueños .....	234
La envoltura de excitación, fondo histérico de toda neurosis .....	241
18. COMPLEMENTOS .....	243
Configuraciones mixtas .....	243
Observación de Esteban .....	244
Las envolturas psíquicas en el autismo .....	245
De la piel al pensamiento .....	249
Para terminar .....	249
TABLA DE OBSERVACIONES .....	251
BIBLIOGRAFIA .....	253
INDICE DE NOMBRES PROPIOS .....	268

## PROLOGO

## EL YO-PIEL

En 1974, Didier Anzieu publicó en la Nouvelle Revue de Psychanalyse un artículo titulado «Le Moi-peau», cuyo impacto en el mundo universitario y clínico fue determinante. Hoy el autor nos presenta la síntesis de sus investigaciones y propone una teoría de las funciones del Yo-piel.

La piel es la envoltura del cuerpo, de la misma forma que la conciencia tiende a envolver al aparato psíquico. Desde este punto de vista, las estructuras y la función de la piel pueden proporcionar a los psicoanalistas y a los psicoterapeutas analogías fecundas que los guíen en su reflexión y en su técnica.

El Yo-piel aparece en primer lugar como un concepto operatorio que precisa el apoyo del Yo en la piel e implica una homología entre las funciones del Yo y las de nuestra envoltura corporal (limitar, contener, proteger). Considerar que el Yo, como la piel, se estructura en una interfaz permite enriquecer las nociones de «frontera», de «límite» y de «continente» en una perspectiva psicoanalítica. Por otra parte, la riqueza conceptual del Yo-piel permite comprender mejor una realidad clínica compleja: más allá de las relaciones entre las afecciones dermatológicas y los desórdenes psíquicos, el autor muestra que la sobrecarga o la carencia de tal o cual función del Yo-piel explican fundamentalmente el masoquismo perverso, el núcleo histérico de la neurosis o la distinción entre neurosis narcisística y estados-límite.

A lo largo de este estudio sobre las «envolturas psíquicas», Didier Anzieu —vicepresidente de la Association Psychanalytique de France y profesor honorario de Psicología Clínica de la Universidad de París X-Nanterre— desarrolla ideas-fuerza no solamente dentro de la corriente actual de la psicología, sino también en el campo de la epistemología científica.



## 1. PRELIMINARES EPISTEMOLOGICOS

### Algunos principios generales

1. La dependencia del pensamiento y de la voluntad con respecto al córtex y a la vida afectiva del tálamo son conocidas y están probadas. La investigación psicofarmacológica contemporánea completa, e incluso renueva, nuestros conocimientos sobre estos temas. Los éxitos obtenidos han llevado consigo un estrechamiento del campo de observación y también del teórico: el psicofisiólogo tiende a reducir el cuerpo vivo al sistema nervioso y el comportamiento a las actividades cerebrales que lo programarían por recopilación, análisis y síntesis de las informaciones. Este modelo, que se reveló fecundo para los biólogos, se impone cada vez más en los organismos estatales de investigación, a la psicología, consagrada a convertirse en la pariente pobre de la neurofisiología cerebral, y a menudo con autoritarismo lo imponen los «científicos» que en su terreno defienden con inverso ardor la libertad de investigación y, ante todo, de la investigación fundamental. Poniendo el acento en la piel, como dato originario de orden orgánico e imaginario a la vez y como sistema de protección de nuestra individualidad al mismo tiempo que como primer instrumento y lugar de intercambio con los demás, pretendo hacer emerger otro modelo, con base biológica asegurada, en el que la interacción con el entorno encuentra sus cimientos, y que respeta la especificidad de los fenómenos psíquicos en relación con las realidades orgánicas y con los hechos sociales —resumiendo, un modelo que me parece apto para enriquecer la psicología y el psicoanálisis tanto en su teoría como en su práctica.

2. El funcionamiento psíquico consciente e inconsciente tiene sus propias leyes. Una de ellas consiste en que una parte de él pretende la independencia, aunque ya desde su origen es doblemente dependiente: del funcionamiento del organismo vivo que le sirve de soporte; de los estímulos, creencias, normas, catexias y representaciones que emanan de los grupos de los que forma parte (empezando por la familia y continuando por el medio cultural). Una teoría del psiquismo tiene como finalidad la de mantener unidas estas dos tendencias, evitando contentarse con una yuxtaposición de determinismos simplistas. Postularé, pues, con René Kaës (1979, b; 1984), un doble apoyo del psiquismo: en el cuerpo biológico y en el social por una parte; por otra, un apoyo mutuo: tanto la vida orgánica como la social, al menos en el hombre,

tiene necesidad de un apoyo casi constante en el psiquismo individual (como lo demuestran la aproximación psicosomática de las enfermedades físicas y el estudio del fomento de los mitos o de la innovación social), al igual que éste necesita un apoyo recíproco en un cuerpo y en un grupo social vivos.

Sin embargo, la perspectiva psicoanalítica se distingue profundamente de las perspectivas psicofisiológica y psicosociológica en el hecho de que toma en consideración la existencia y la importancia permanentes de la fantasía individual consciente, preconsciente e inconsciente y su papel de puente y de pantalla intermediaria entre el psiquismo y el cuerpo, el mundo y los demás psiquismos. El Yo-piel es una realidad de orden fantasmático representada en las fantasías, los sueños, el lenguaje corriente, las actitudes corporales y los trastornos del pensamiento a la vez y, también, proporciona el espacio imaginario que constituye la fantasía, el sueño, la reflexión y cada organización psicopatológica.

El pensamiento psicoanalítico se encuentra marcado por un conflicto interno entre una orientación empirista, pragmatista y psicogenética (más activa entre los anglosajones), según la cual la organización psíquica resulta de las experiencias infantiles inconscientes (fundamentalmente las de la relación de objeto) y una orientación estructuralista (dominante en Francia durante los últimos decenios) que contradice que la estructura sea un producto de la experiencia, afirmando, por el contrario, que no existe experiencia que no esté organizada por una estructura preexistente. Me niego a tomar parte en este conflicto. Estas son dos actitudes complementarias cuyo antagonismo debe ser preservado en tanto fecunde la investigación psicoanalítica. El Yo-piel es una estructura intermedia del aparato psíquico: intermedia cronológicamente entre la madre y el bebé, intermedia estructuralmente entre la inclusión mutua de los psiquismos en la organización fusional primitiva y la diferenciación de las instancias psíquicas correspondientes a la segunda tópica freudiana. Sin las experiencias adecuadas en el momento oportuno no se adquiere la estructura o, más frecuentemente, ésta se encuentra alterada. Pero las diversas configuraciones del Yo-piel (que describo en la tercera parte) son las variantes de una estructura topográfica de base, cuyo carácter universal puede hacer pensar que está inscrita, en el psiquismo naciente, en forma visual (preprogramada) y cuya actualización se propone implícitamente a este psiquismo como un fin esperado (en este sentido me acerco a la teoría llamada de la epigénesis o de la espiral interactiva).

Freud propuso un «modelo» (no formalizado) del aparato psíquico como sistema de subsistemas regidos respectivamente por principios de funcionamiento distintos: principio de realidad, principio de placer-displacer, coacción de repetición, principio de constancia y princi-

pio de Nirvana. El Yo-piel obliga a tomar suplementariamente en consideración un principio de diferenciación interna y un principio de continencia, ambos entrevistados ya por Freud (1895). Las patologías más graves del Yo-piel (las envolturas autísticas, por ejemplo) me parecen incluso ofrecer la posibilidad de llevar al psicoanálisis el principio de auto-organización de los sistemas abiertos a los «ruidos», popularizado por los teóricos de los sistemas (cf. H. Atlan, 1979). Sin embargo, este principio que favorece la evolución de los seres vivos me parece que se invierte cuando se pasa de la biología a la psicología, en la que aparece, sobre todo, como creador de organizaciones psicopatológicas.

3. Las ciencias progresan por un movimiento de vaivén entre dos actitudes epistemológicas, que varían según la personalidad de los sabios y según las necesidades o los estancamientos de una ciencia en un momento dado de su historia. A veces, una ciencia dispone de una buena teoría cuyas confirmaciones, aplicaciones y desarrollos ocupan y estimulan la inteligencia, la paciencia y el ingenio de los trabajadores de laboratorio, teoría que sigue siendo útil mientras que su fecundidad no se desmienta y sus enunciados no sean refutados. Otras veces, una ciencia se renueva por iluminación de un investigador (en ocasiones procedente de otra disciplina) que pone en duda los enunciados que se consideran adquiridos y las nociones que pasan por evidentes; su intuición surge más de la imaginación creadora que de razonamientos o cálculos; está movido por una especie de mito interior que le despoja de sus escorias fantasmáticas (con riesgo de proyectarlas en creencias religiosas, en una reflexión filosófica, en actividades conexas de creación literaria o artística) de donde saca conceptos que se pueden enunciar en fórmulas simples, que se pueden verificar con ciertas condiciones, transformar y transportar a algunos otros campos. Freud concretó esta segunda actitud en el estudio del funcionamiento psíquico individual (no por azar, de joven, me interesé por la evolución de su imaginación creadora durante el autoanálisis —cf. D. Anzieu, 1975 a— a través de la cual descubrió el psicoanálisis en su juventud). En el marco, definido por Freud, de esta nueva disciplina, las dos tendencias epistemológicas han continuado oponiéndose. M. Klein, Winnicott, Bion y Kohut, por ejemplo, inventaron conceptos nuevos (posición esquizo-paranoide y depresiva, fenómenos transicionales, ataques contra los vínculos, transferencia en espejo y grandiosa), específicos de nuevos campos: el niño, el psicótico, los estados límite, las personalidades narcisitas, a los que extendieron la teoría y la práctica psicoanalíticas. No obstante, la mayoría de los psicoanalistas se vinculan cada vez más a la primera actitud: retorno a Freud, comentarios incansables, casi talmúdicos, de sus textos; aplicaciones mecánicas



8

de sus puntos de vista, o sus modificaciones a la luz no de un campo nuevo de práctica, sino de los «progresos» de la filosofía y de las ciencias del hombre y de la sociedad, especialmente las del lenguaje (de lo que Lacan ha sido en Francia un ejemplo típico). Me parece que en estos últimos decenios del siglo XX el psicoanálisis tiene mayor necesidad de pensadores de imágenes que de eruditos, escolásticos, espíritus abstractos y formalistas. Mi idea del Yo-piel es, intencionalmente, antes que un concepto, una vasta metáfora; más exactamente, me parece que surge de esta oscilación metáfora-metonímica juiciosamente escrita por Guy Rosolato (1978). Espero que esta idea sea susceptible de estimular la libertad de pensar de los psicoanalistas y de enriquecer la paleta de sus intervenciones con los pacientes en sus tratamientos. Esta metáfora puede desembocar en enunciados operatorios dotados de una coherencia regional, verificables de hecho, refutables de derecho: corresponde a este libro convencer al lector.

4. Toda investigación se inscribe en un contexto personal y se sitúa en un contexto social que ahora conviene precisar. Los ideólogos que llevaron a Francia y a Europa, a finales del siglo XVIII, la idea del progreso indefinido: del espíritu, la ciencia y la civilización. Durante mucho tiempo, ésta fue una idea maestra. Fue necesario abandonarla. Yo me sentía obligado a resumir la situación de los países occidentales y quizá de toda la humanidad en este siglo XX que termina, poniendo el acento en la necesidad de poner límites: a la expansión demográfica, a la carrera de armamentos, a las explosiones nucleares, a la aceleración de la historia, al crecimiento económico, a un consumismo insaciable, al progresivo distanciamiento entre países ricos y tercer mundo, al gigantismo de los proyectos científicos y de las empresas económicas, a la invasión de la esfera privada por los medios de comunicación de masas, a la obligación de batir sin cesar records al precio del superentrenamiento y del doping, a la ambición de ir siempre más rápido, más lejos, siempre a lo más caro a costa de aglomeraciones, de tensión nerviosa, de enfermedades cardiovasculares, del desahorro de vivir. Poner límites a la violencia que se ejerce tanto sobre la naturaleza como sobre los seres humanos; a la contaminación del aire, de la tierra, de las aguas, al despilfarro de la energía, a la necesidad de fabricar todo aquello de lo que se es técnicamente capaz, aunque sean monstruos mecánicos, arquitectónicos o biológicos; a la liberación de las leyes morales, de las reglas sociales, a la afirmación absoluta de los deseos individuales, a las amenazas de los avances tecnológicos contra la integridad del cuerpo, a la libertad de las mentes, a la reproducción natural de los humanos, a la supervivencia de la especie.

Para limitarme a un campo que no solamente me afecta como simple ciudadano, sino también en el que yo realizo mi experiencia profe-

sional casi cotidiana, diré que el cambio de la naturaleza del sufrimiento de los pacientes que solicitan un psicoanálisis es significativo desde que ejerzo esta terapéutica hace ya treinta años; también mis colegas me lo han confirmado. En tiempos de Freud y de las dos primeras generaciones de sus continuadores, los psicoanalistas se encontraban con neurosis características, histéricas, obsesivas, fóbicas o mixtas. Actualmente, más de la mitad de la clientela psicoanalítica está formada por lo que se llaman estados límite y/o personalidades narcisísticas (si se admite con Kohut la distinción de estas dos categorías). Etimológicamente se trata de estados en el límite de la neurosis y de la psicosis y que reúnen rasgos que proceden de estas dos categorías tradicionales. De hecho, esos enfermos sufren de una falta de límites: incertidumbre sobre las fronteras entre el Yo psíquico y el Yo corporal, entre el Yo realidad y el Yo ideal, entre lo que depende de sí mismo y lo que depende de los demás; bruscas fluctuaciones de estas fronteras, acompañadas por caídas en la depresión, indiferenciación de las zonas erógenas, confusión de las experiencias agradables y dolorosas, indiferenciación pulsional que hace sentir el aumento de una pulsión como violencia y no como deseo (lo que F. Ganthet llama las *Incertitudes d'Eros*, 1984), vulnerabilidad a la herida narcisística por causa de la debilidad o de las fallas del envoltorio psíquico, sensación difusa de malestar, sentimiento de no vivir su vida, de ver funcionar su cuerpo y su pensamiento desde fuera, de ser el espectador de algo que es y no es su propia existencia. El tratamiento psicoanalítico de los estados límite y de las personalidades narcisísticas requiere las modificaciones técnicas y la renovación conceptual que permita una mejor comprensión clínica y la expresión de psicoanálisis transicional, tomada de R. Kaës (1979 a), me parece convenirlas (D. Anzieu, 1979).

No es sorprendente que una civilización que cultiva ambiciones desmesuradas, que privilegia la exigencia que el individuo quede bajo la responsabilidad global de la pareja, la familia, las instituciones sociales, que incita pasivamente a la abolición de todo sentimiento de límites en los éxtasis artificiales que se buscan en las drogas químicas y en otras, que expone al niño, cada vez más frecuentemente único, a la concentración traumatizante, sobre él, del inconsciente de sus padres en el marco de un hogar cada vez más restringido en número de participantes y en estabilidad —no es sorprendente, pues, que tal cultura favorezca la inmadurez y que suscite una proliferación de los trastornos psíquicos límite. A lo que se añade la impresión pesimista de que, al no poner ya límites en ninguna parte, los humanos se encaminan hacia catástrofes que pensadores y artistas contemporáneos se empeñan, en una especie de afán de lo peor, en representar como inevitables.

Así, es urgente, psicológica y socialmente, a mi parecer, reconstruir

ciertos límites, establecer de nuevo fronteras, reconocer los territorios habitables y vivibles —límites y fronteras, a la vez, que instituyan las diferencias y que permitan los intercambios entre las regiones (del psiquismo, del saber, de la sociedad y de la humanidad) así delimitadas. Sin tener clara conciencia de la finalidad de conjunto, los sabios han empezado aquí y allá esta tarea situándola en el campo de su propia competencia. El matemático René Thom ha estudiado las interfaces que separan, de forma abstracta, las regiones diferentes del espacio y no por azar ha llamado «teoría de las catástrofes» a la descripción y clasificación de los cambios bruscos de forma de esas interfaces: le debo mucho. Mediante instrumentos cada vez más perfeccionados, el ojo y el oído del astrónomo intentan alcanzar los confines del universo: éste tendría límites en el espacio, límites en continua expansión en los que la materia que compone los quasars, al aproximarse a la velocidad de la luz, se convertiría en energía; límites en el tiempo, con el big bang original cuyo eco persistiría en el ruido de fondo del universo y cuya deflagración habría producido la nebulosa primitiva. Los biólogos llevan su interés desde el núcleo de la célula a la membrana, en la que descubren como un cerebro activo que programa los intercambios de iones entre el protoplasma y el exterior, ya que los fallos del código genético podrían explicar la predisposición a enfermedades graves cada vez más extendidas: la hipertensión arterial, la diabetes y quizá algunas formas de cáncer. La noción de Yo-piel que propongo en psicoanálisis va en el mismo sentido. Cómo se forman las envolturas psíquicas, cuáles son sus estructuras, sus ajustes, sus patologías; cómo, por un desarrollo psicoanalítico «transicional», pueden ser reinstauradas en el individuo (incluso extendidas a los grupos y a las instituciones); tales son las preguntas que me hago y a las que esta obra intenta responder.

5. A partir del Renacimiento, el pensamiento occidental se obnubiló por un tema epistemológico: conocer es romper la corteza para llegar al núcleo. Este tema se agota después de haber producido algunos éxitos y también graves peligros: ¿Acaso la física del núcleo no ha conducido a sabios y militares hasta la explosión atómica? Ya en el siglo XIX la neurofisiología se detuvo sin que ello fuera detectado inmediatamente. El cerebro es, en efecto, la parte superior del encéfalo. A su vez, el córtex —palabra latina que quiere decir corteza y que usó en 1907 al lenguaje de la anatomía— designa la capa externa de la sustancia gris que cubre la sustancia blanca. Nos encontramos en presencia de una paradoja: el centro está situado en la periferia. El lloido Nicolás Abraham (1978) bosquejó en un artículo, y después en un libro que lleva este título, la dialéctica que se establece entre «la corteza y el núcleo». Su argumentación confirmó mi propia investiga-

ción y sostuvo mi hipótesis: ¿y si el pensamiento fuera un asunto tanto de piel como de cerebro? ¿Y si el Yo, definido entonces como Yo-piel, tuviera una estructura de envoltura?

La embriología puede ayudarnos a desprendernos de ciertos hábitos de nuestro pensamiento llamado lógico. En el estado de la gástrula, el embrión, por «invaginación» de uno de sus polos, toma la forma de un saco y presenta dos hojas, el ectodermo y el endodermo. Por otra parte, éste es un fenómeno biológico casi universal: cualquier corteza vegetal, cualquier membrana animal, salvo excepciones, se compone de dos capas, una interna y otra externa. Volvamos al embrión: este ectodermo forma a su vez la piel (incluyendo los órganos de los sentidos) y el cerebro. El cerebro, superficie sensible protegida por la caja craneana, está en contacto permanente con esta piel y sus órganos, piel sensible protegida por el espesamiento y el endurecimiento de sus partes más superficiales. El cerebro y la piel son seres de superficie, ya que la superficie interna (en relación con el cuerpo tomado en su conjunto) o córtex está en relación con el mundo exterior por medio de una superficie externa o epidermis y cada una de esas dos cortezas se compone por lo menos de dos capas, una protectora, que es la más exterior, y la otra, debajo de la anterior o en sus orificios, susceptible de recoger información y de filtrar los intercambios. El pensamiento, siguiendo el modelo de la organización nerviosa, aparece ya no como una segregación, yuxtaposición y asociación de núcleos, sino como un asunto de relaciones entre las superficies, con un juego de ajustes entre ellos —como había visto muy bien N. Abraham— que les hace tomar, a una con respecto a otra, tan pronto una posición de corteza como de núcleo.

Invaginación, dice el lenguaje de la anátomo-fisiología. Esto nos recuerda juiciosamente que la vagina no es un órgano de una contextura particular sino un pliegue de la piel, como los labios, el ano, la nariz y los párpados, sin capa endurecida o córnea protectora que juegue el papel de para-excitación, donde la mucosa está en carne viva y donde la sensibilidad y erogeneidad, a flor de piel, culminan por el frotamiento contra una superficie, también sensible, la del glándulo masculino en erección. Es bien conocido que, salvo si uno se entretiene reduciendo el amor al contacto de dos pieles, lo que no desemboca siempre en la plenitud del placer seguro, el amor presenta esta paradoja de proporcionar, a la vez con el mismo ser, el contacto psíquico más profundo y el mejor contacto epidérmico. Así, los tres basamentos del pensamiento humano, la piel, el córtex y el acoplamiento de los sexos, corresponden a tres configuraciones de la superficie: la envoltura, la cobertura y la bolsa.

Toda célula está rodeada por una membrana citoplásmica. La célula vegetal posee, además, una membrana celulósica perforada de poros



para los intercambios; esta membrana cubre la precedente y asegura cierta rigidez a la célula y, como consecuencia, a las plantas (por ejemplo, la nuez posee una corteza externa dura y una piel fina que rodea el fruto). La célula animal es blanda; se deforma fácilmente por contacto con un obstáculo; asegura a los animales la movilidad. A través de esta membrana citoplásmica es como se efectúan los intercambios físico-químicos necesarios para la vida.

Las recientes investigaciones han evidenciado la estructura de esta membrana en doble hoja (lo que se une a la intuición de Freud (1925), en «El bloc maravilloso», sobre la doble película del Yo, una como para-excitación, la otra como superficie de inscripción). En el microscopio electrónico las dos hojas son distintas y, quizá, separadas por un vacío intermedio. Se han distinguido dos clases de champiñones, unos con una piel difícil de desdoblar y los otros con una doble piel distinta. Otrá estructura observable es una superposición de membranas «ajustadas» como piel de cebolla, tema que recoge Annie Anzieu (1974).

6. El psicoanálisis se presenta, generalmente, como una teoría de los contenidos psíquicos inconscientes y preconscious. De ello se desprende una concepción de la técnica psicoanalítica que apunta a convertir esos contenidos en preconscious y conscientes respectivamente. Pero un contenido no podría existir sin relación a un continente. La teoría psicoanalítica del psiquismo como continente, sin ser inexistente, sigue siendo más fragmentaria, aproximativa y dispersa. Sin embargo, las formas contemporáneas de patología, a las que la práctica del psicoanálisis se enfrenta cada vez más, proceden en gran parte de un trastorno de la relación continente-contenido, por lo que el desarrollo de las reflexiones post-freudianas sobre la situación psicoanalítica nos lleva a tener en cuenta, con más interés, las relaciones entre el marco analítico y el proceso analítico, y a examinar cuándo y cómo las variables del marco son susceptibles de ser modificadas por el psicoanalista; cuándo y cómo el paciente hace que estas variables sustituyan a la posibilidad de un proceso y se transformen en un no-proceso (cf. J. Bleger, 1966). Las consecuencias técnicas de esta inversión epistemológica son importantes: el psicoanalista tiene entonces no sólo que interpretar, en la transferencia, los fallos y las sobrecatexias defensivas del continente y «construir» las invasiones precoces, los traumatismos acumulativos, las idealizaciones protéticas responsables de estos fallos y sobrecatexias, sino que tiene que ofrecer a su paciente una disposición interior y una forma de comunicar que le aseguren la posibilidad de una función continente, que le permitan una interiorización suficiente. Por mi parte, he centrado esta reforma

teórica en torno a la noción de Yo-piel y al consiguiente reajuste técnico en relación con la noción ya citada de análisis transicional.

Así, la teoría psicoanalítica requiere algunos complementos y ampliaciones. He aquí cinco puntos, entre otros, que me parecen deseables:

- Completar la perspectiva tópica sobre el aparato psíquico con una más estrictamente topográfica, es decir, en relación con la organización espacial del Yo corporal y del Yo psíquico.
- Completar el estudio de las fantasías relativas a los contenidos psíquicos con el de las fantasías que se refieren a los continentes psíquicos.
- Completar la comprensión del estado oral como reposando sobre la actividad de succión con la toma en consideración del contacto cuerpo a cuerpo entre el bebé y la madre o la persona maternante, es decir, ampliar la relación pecho-boca a la relación pecho-piel.
- Completar la doble prohibición edípica con una doble prohibición del tocar que es su precursora.
- Completar el *setting* psicoanalítico tipo, no sólo con adaptaciones eventuales (cf. el psicoanálisis transicional), sino con la toma en consideración de la disposición del cuerpo del paciente y su representación del espacio analítico en el interior del dispositivo analítico.

Un sexto punto es el tema de la pulsión. Sabemos que las concepciones de Freud sobre la pulsión han variado. Sucesivamente, opuso las pulsiones de autoconservación a las pulsiones sexuales; después, la libido de objeto a la libido del Yo; finalmente, las pulsiones de vida a las pulsiones de muerte. Dudó sobre la forma de articular la pulsión con el principio de constancia y después con el principio de inercia o de Nirvana. Si conservó siempre los cuatro parámetros de la pulsión (la fuente, la potencia, el fin y el objeto), siempre repitió también que la lista de las pulsiones no estaba cerrada y que se podrían descubrir nuevas pulsiones. Esto me autoriza a considerar una pulsión de apego (según Bowlby) o de agarramiento (según Hermann), no como algo probado, sino como una hipótesis de trabajo útil. Si fuera absolutamente necesario situarla en relación con las hipótesis freudianas, yo la situaría más bien entre las pulsiones de autoconservación. Igualmente, Freud ha descrito una pulsión de dominio, de estatus ambiguo e intermedio en relación con las parejas de opuestos recordadas anteriormente. En la medida en que se apoya en la musculatura y más particularmente en la actividad de la mano, me parece que la pulsión de dominio debe completar a la pulsión de agarramiento que apunta a la constitución de una imagen de la piel como superficie continente y pasivamente sensible. Se comprende que estas dificultades teóricas

(aunque no he evocado todas) conducen a los analistas a interrogarse, cada vez más, sobre la oportunidad de conservar o no el concepto de pulsión (1).

## El universo táctil y cutáneo

Desde antes de su nacimiento las sensaciones cutáneas introducen a los niños de la especie humana en un universo de gran riqueza y complejidad; universo difuso aún, pero que despierta el sistema percepción-conciencia que subtiende un sentimiento global y episódico de existencia y que proporciona la posibilidad de un espacio psíquico originario. La piel permanece como un tema de investigación, de cuidados y de discursos casi inagotable. Empecemos por una síntesis de los conocimientos que le conciernen.

1. El lenguaje, corriente o culto, es especialmente prolijo cuando se refiere a la piel. Examinemos primero el terreno léxico. Cualquier ser vivo, órgano o célula tiene una piel o una corteza, túnica, envoltura, caparazón, membrana, meninge, armadura, película, tabique, pleura... La lista de los sinónimos de *membrana* es considerable: amnios, aponeurosis, blastodermo, corión, mesentéreo, corteza, redano, diafragma, endocardio, endocarpio, epéndimo, red, asadura, himen, manto, opérculo, pericardio, pericondrio, periostio, peritoneo... Un caso significativo es el de la «dura-madre», envoltura inmediata de los centros nerviosos; es la más profunda de las meninges; contiene los vasos sanguíneos de la médula y del encéfalo: etimológicamente el término designa la «madre-piel»; el lenguaje transmite muy bien la noción pre-consciente de que la piel de la madre es la primera piel. En el gran diccionario francés *Robert*, los artículos *peau*, *main*, *toucher*, *prendre* se encuentran entre los de acepciones más numerosas (en orden cuantitativo decreciente) con *faire*, *tête* y *être*. El artículo *toucher* es el más largo del *Oxford English Dictionary*.

Abordemos ahora el campo semántico. Numerosas acepciones del lenguaje hablado hacen referencia a la mayor parte de las funciones conjuntas de la piel y del Yo. He aquí una pequeña selección:

- «Acariciar una idea» (función del placer táctil).
- «Sudar la gota gorda» (función de eliminación).
- «Tratar a alguien con mano dura», «Sacarle a alguien la piel a tiras» (función defensivo-agresiva).
- «Meterse en el pellejo de alguien» (función de indentificación).

(1) Cf. las actas, editadas por la «Association Psychanalytique de France», del coloquio *La Pulsion, pour quoi faire?* (1984), fundamentalmente el artículo crítico de D. Widlöcher, «Quel usage faisons-nous du concept de pulsion?».

- «Se puede tocar con los dedos», «Poner el dedo en la llaga» (función de prueba de la realidad).
- «Entrar en contacto», «Me lo he oído» (función de comunicación).

Dos palabras que tienen un sentido vago y múltiple designan la resonancia subjetiva de las cosas en nosotros, y que originalmente se refieren al contacto con la piel: sentir e impresión.

Renuncio a proceder a un estudio de las representaciones de la piel en las artes plásticas o en las sociedades diferentes de la nuestra. La obra ricamente ilustrada de Thevoz (1984), *le Corps peint*, esboza esta investigación.

2. Por su estructura y sus funciones, la piel es más que un órgano, es un conjunto de órganos diferentes. Su complejidad anatómica, fisiológica y cultural anticipa, en el plano del organismo, la complejidad del Yo en el plano psíquico. De todos los órganos de los sentidos es el más vital: se puede vivir ciego, sordo, privado de gusto y de olfato. Sin la integridad de la mayor parte de la piel no se puede sobrevivir. La piel tiene más peso (el 20% del peso total del cuerpo en el recién nacido; el 18% en el adulto) y ocupa mayor superficie (2.500 cm<sup>2</sup> en el recién nacido, 18.000 en el adulto) que cualquier otro órgano de los sentidos. Aparece en el embrión con anterioridad a los otros sistemas sensoriales (hacia el final del segundo mes de la gestación, precediendo a los otros dos sistemas proximales, el olfato y el gusto, al sistema vestibular y a los dos sistemas distales, auditivo y visual) en virtud de la ley biológica según la cual cuanto más precoz es una función, más posibilidades tiene de ser fundamental. La piel contiene gran cantidad de receptores (50 por cada 100 milímetros cuadrados).

La piel, sistema de varios órganos de los sentidos (tocar, presión, dolor, calor...), está en estrecha conexión con los demás órganos externos de los sentidos (oído, vista, olfato y gusto) y con las sensibilidades kinestésica y de equilibrio. La sensibilidad compleja de la piel (táctil, térmica y algica) permanece mucho tiempo difusa e indiferenciada en el niño pequeño. Transforma al organismo en un sistema sensible, capaz de experimentar otros tipos de sensaciones (función de iniciativa), de relacionarlas con sensaciones cutáneas (función asociativa), o de diferenciarlas y localizarlas como figuras que emergen sobre el fondo de una superficie corporal global (función de pantalla). A continuación, aparece una cuarta función en la que la epidermis proporciona el prototipo y la base de referencia, y que se extiende a la mayor parte de los órganos de los sentidos, de la postura y, en su momento, de la motricidad: el intercambio de señales con el entorno, en forma de doble *feed-back* que examinaré más adelante.



La piel aprecia el tiempo (menos que el oído) y el espacio (menos que el ojo), pero sólo ella combina las dimensiones espaciales y temporales. La piel evalúa las distancias en su superficie con más precisión que el oído sitúa las distancias de sonidos lejanos.

La piel reacciona a estímulos de naturaleza diferente: se ha podido codificar el alfabeto en forma de impulsos eléctricos sobre la piel y enseñárselo a los ciegos. La piel está casi siempre disponible a recibir señales, a aprender códigos sin que interfieran con los demás. La piel no puede rechazar una señal vibrotáctil o electrotáctil: no puede ni cerrar los ojos o la boca ni taparse las orejas o la nariz. La piel no está llena de una verborrea excesiva como lo están la palabra y la escritura.

Pero la piel no es solamente órgano(s) de los sentidos. Realiza papeles anexos de muchas otras funciones biológicas: respira y transpira, segrega y elimina, mantiene el tono, estimula la respiración, la circulación, la digestión, la excreción y, por supuesto, actúa sobre la reproducción; participa en la función metabólica.

Al lado de estos papeles sensoriales específicos y del de auxiliar en todos los terrenos respecto a los diversos aparatos orgánicos, la piel cumple una serie de papeles esenciales con relación al cuerpo vivo considerado ahora en su conjunto, en su continuidad espacio-temporal, en su individualidad: sostenimiento del cuerpo en torno al esqueleto y su verticalidad, protección (por su capa córnea superficial, por su barniz de queratina, por su almohadilla de grasa) contra las agresiones exteriores, captación y transmisión de excitaciones o de informaciones útiles.

3. En numerosos mamíferos, fundamentalmente los insectívoros, y en las descripciones de los fisiólogos, se encuentra la existencia de dos órganos distintos y complementarios reunidos en el mismo aparato.

- La piel, que recubre la casi totalidad del cuerpo y que asegura lo que desde Freud se puede llamar la función de para-excitación; tiene la misma función que el plumaje en los pájaros o las escamas en los peces pero, además, posee cualidades táctiles, térmicas y olfativas que hacen de ella uno de los soportes anatómicos de la pulsión de agarramiento o de apego, tan importante en los mamíferos, y que convierten así los lugares en los que sobrevive el sistema piloso en una de las zonas erógenas favoritas de la pulsión sexual en los humanos.
- Los folículos pilosos o vello (es decir, un pelo largo o un mechón de esos pelos implantado sobre un mamelón carnudo, por ejemplo los «bigotes del gato») en relación directa con una terminación nerviosa que les dota de una gran sensibilidad táctil.

Su distribución sobre el cuerpo varía según las especies, los individuos y los estados de desarrollo. En los primates, el vello está en regresión; desaparece en el hombre, al menos en su estado adulto, pero se encuentra en el feto o en el recién nacido; en estas especies, la epidermis es la que asegura la doble función de para-excitación y de sensibilidad táctil, gracias a una *anastomosis* con la capa endurecida o córnea, protectora de las terminaciones nerviosas. «El estudio de la estructura de la piel, fundamentalmente en el orden de los primates, permite atribuir un valor filogenético cierto a algunos caracteres: implantación de los pelos, espesor de la epidermis, estado de desarrollo de las arrugas epidérmicas y mayor o menor complejidad de los capilares subepidérmicos. (Vincent F., 1972)

La piel de un ser humano presenta, para un observador exterior, características físicas variables según la edad, el sexo, la etnia, la historia personal, etc., que, como los vestidos que la cubren, facilitan (o complican) la identificación de la persona: pigmentación, pliegues, arrugas, surcos; distribución de los poros; pelos, cabellos, uñas, cicatrices, espinillas, «lunares»; sin hablar del granulado de la piel, de su olor (reforzado o modificado por los perfumes), de su suavidad o de su rugosidad (acentuada por las cremas, los bálsamos, el género de vida)...

4. El análisis histológico nos muestra una complejidad aún mayor, un enmarañamiento considerable de los tejidos de estructuras diferentes, cuyo estrecho ajustamiento contribuye a asegurar el mantenimiento global del cuerpo, el para-excitación y la riqueza de la sensibilidad.

- a) La epidermis superficial, o capa córnea, se compone de una *fusión compacta* (análoga a los morrillos de un muro) de cuatro capas de células en las que la queratina producida por algunas de ellas encapsula a las demás, reducidas a convertirse en cascarones vacíos mucho más sólidos.
- b) La epidermis subyacente, o cuerpo mucoso, es una estratificación de seis a ocho capas de grandes células poliédricas, con un protoplasma espeso, unidas entre sí por los numerosos filamentos (estructura en *mallá de red*), y la última capa tiene una estructura en *empalizada*.
- c) La dermis superficial comprende abundantes papilas, ricamente vascularizadas, que absorben activamente ciertas sustancias que se encuentran en el hígado, las suprarrenales...: se articulan al cuerpo mucoso precedente por medio de una estructura en *engranaje*. El conjunto b y c (cuerpo mucoso y cuerpo capilar) asegura una función regeneradora de las heridas y de lucha

contra el envejecimiento (vaciándose de su protoplasma, empujan sin cesar hacia el exterior las capas subyacentes que se gastan).

- d) La dermis o corión es un tejido de sostén muy estructurado. Presenta una estructura como de *fieltro*, resistente y elástica, «cemento amorfo» hecho de haces entrecruzados de fibrillas.
- e) La hipodermis es un aislante; tiene una estructura en *esponja* que permite el paso de los vasos sanguíneos y de los nervios hacia la dermis y que separa (sin línea de demarcación neta) los tegumentos de los tejidos subyacentes.

La piel cuenta, también, con diferentes glándulas (que secretan respectivamente los olores, el sudor y el sebo lubricador); nervios sensitivos con terminaciones libres (dolor, contacto) o que desembocan en corpúsculos especializados (calor, frío, presión...); nervios motores (que gobiernan la mímica) y nervios vasomotores (que gobiernan el funcionamiento glandular).

5. Si se considera ahora su psicofisiología, no ya su anatomía, la piel proporciona numerosos ejemplos de funcionamiento paradójico, hasta el punto de que se puede uno preguntar si la condición paradójica psíquica no encuentra en la piel una parte de su soporte. La piel mantiene el equilibrio de nuestro medio interno contra las perturbaciones exógenas, pero en su forma, textura, coloración y cicatrices conserva las marcas de esas perturbaciones. A su vez, este estado interno que ella debe preservar, en gran parte lo muestra externamente; a los ojos de los demás es un reflejo de nuestra buena o mala salud orgánica y el espejo de nuestra alma. A su vez, también, esos mensajes no verbales emitidos espontáneamente por la piel son intencionadamente desviados o invertidos por los cosméticos, el bronceado, las pinturas, los baños e incluso por la cirugía estética. Pocos órganos solicitan los cuidados o los intereses de un número tan grande de especialistas: peluqueros, perfumistas, esteticistas, kinesiterapeutas, fisioterapeutas, sin contar los publicistas, higienistas, quirománticos, curanderos, dermatólogos, alergólogos, prostitutas, ascetas, ermitaños, policías judiciales (para las huellas dactilares), poetas en busca de una piel de palabras para tejer sobre la página blanca o el novelista que descubre la psicología de sus personajes con la descripción de sus caras y de sus cuerpos, y —si se añaden las pieles animales— los curtidores, peleteros y fabricantes de pergamino.

Otras paradojas. La piel es permeable e impermeable. Es superficial y profunda. Es verídica y engañosa. Es regeneradora en vías de desecamiento permanente. Es elástica, pero un trozo de piel separada del conjunto se retrae considerablemente. Atrae las catexias pulsionales tanto narcisísticas como sexuales. Es la sede del bienestar y tam-

bién de la seducción. Nos proporciona tanto dolores como placeres. Transmite al cerebro las informaciones que provienen del mundo exterior, incluso de los mensajes «impalpables»; una de sus funciones es precisamente la de «palpar» sin que el Yo sea consciente. La piel es sólida y frágil. Está al servicio del cerebro, pero se regenera mientras que las células nerviosas no pueden hacerlo. Materializa nuestra indigencia por su desnudez, pero también muestra excitación sexual. Traduce nuestra vulnerabilidad por su finura, nuestro desamparo originario mayor que el de cualquier otra especie, y, al mismo tiempo, nuestra flexibilidad adaptativa y evolutiva. Separa y une las diferentes sensorialidades. En todas estas dimensiones, a las que acabo de pasar revista de forma incompleta, la piel tiene un estatus de intermediaria, de separación, de transicionalidad.

6. En su obra muy bien documentada *La Peau et le toucher*, Montagu (1971) pone fundamentalmente en evidencia tres fenómenos generales:

*La influencia precoz y prolongada de las estimulaciones táctiles en el funcionamiento y el desarrollo del organismo.* De aquí surgen las etapas siguientes, en el curso de la evolución de los mamíferos, del contacto táctil de las madres con sus pequeños como estimulación orgánica y como comunicación social: lameteo con la lengua, peinado de la piel con los dientes, despioje con los dedos, tocamientos y caricias humanos. Estas estimulaciones favorecen la iniciación de actividades nuevas que son, en el momento del nacimiento, la respiración, la escreción, las defensas inmunitarias, la vigilancia y después la sociabilidad, la confianza y el sentimiento de seguridad.

*Los efectos de intercambios táctiles sobre el desarrollo sexual* (búsqueda de la pareja, disponibilidad para la excitación, placeres preliminares, desencadenamiento del orgasmo o de la lactancia).

*El gran abanico de actitudes culturales hacia la epidermis y el tacto.* El bebé esquimal es llevado desnudo contra el centro de la espalda de la madre, con el vientre contra su calor rodeado por el vestido de piel de ésta, sostenido por un chal anudado en torno a los dos cuerpos. La madre y el niño se hablan por la piel. Cuando tiene hambre, el bebé rasca la espalda de su madre y chupa su piel; ella lo pasa hacia delante y le da el pecho. La necesidad de moverse se satisface por la actividad de la madre. La eliminación urinaria e intestinal se realiza sin abandonar la espalda de la madre; ella lo retira y lo limpia para evitar la incomodidad, más la de él que la de ella. Va por delante de todas las necesidades del niño que adivina de forma táctil. Es raro que el niño lllore. Ella le lametea la cara y las manos para limpiarle porque es caro hacer fundir el agua helada. De aquí la serenidad ulterior de los esquimales frente a la adversidad; su capacidad de vivir con una



confianza básica fundamental, en un medio físico hostil; su comportamiento altruista; sus aptitudes espaciales y mecánicas excepcionales.

En numerosos países se establecen los tabúes del tacto para proteger de la excitación sexual, para obligar a renunciar al contacto epidérmico global y tierno, al mismo tiempo que se valoran la rudeza de los contactos manuales y musculares, los empujones, los castigos físicos aplicados sobre la piel. Ciertas sociedades aún infligen sistemáticamente prácticas dolorosas sobre la piel de los niños (de las que Montagu da una lista impresionante), ya sea como rituales iniciáticos, ya para provocar un aumento de la talla y/o el embellecimiento del cuerpo, lo que en todos los casos conlleva una elevación del estatus social.

7. La piel ha interesado relativamente poco a los psicoanalistas. Un artículo muy documentado de la americana Barrie B. Biven (1982), «The role of skin in normal and abnormal development, with a note on the poet Sylvia Plath», realiza una recensión útil de las publicaciones psicoanalíticas sobre este tema. No aporta una verdadera idea directriz, pero enumera una gran cantidad de datos, de interpretaciones o de puntualizaciones, de las que voy a reseñar las más interesantes en las páginas siguientes.

- La piel proporciona un núcleo fantasmático a los pacientes que han sufrido privaciones precoces. Por ejemplo, pueden buscar el suicidio como restablecimiento de una envoltura común con el objeto de amor.
- Para el pequeño, la boca sirve tanto para tocar los objetos como para absorber el alimento, contribuyendo así al sentido de la identidad y a la distinción de lo animado y de lo inanimado. La incorporación del objeto por la piel es, quizá, anterior a su absorción por la boca. El deseo de ser incorporado de esta forma es tan frecuente como el deseo de incorporarse por la piel.
- El Sí-mismo no coincide necesariamente con el aparato psíquico: en numerosos pacientes, partes de su cuerpo y/o de su psiquismo son vividas como extrañas.
- La piel que el recién nacido aprende a conocer mejor es la de las manos y la de los pechos de la madre.
- La proyección de la piel sobre el objeto es un proceso corriente en el niño pequeño. Esta se reencuentra en la pintura cuando el lienzo (a menudo sobrecargado o sombreado) proporciona una piel simbólica (a menudo frágil) que sirve al artista de barrera contra la depresión. La catexia pulsional autoerótica de su propia piel aparece más precozmente en los bebés separados demasiado pronto de su madre. —La Biblia señala las llagas supurantes de Job, expresión de su depresión, y la superchería de

Rebeca que recubre con piel de cabrito las manos y la nuca de su hijo imberbe Jacob, para que se haga pasar por su hijo velludo Esaú ante Isaac, su padre era ciego.

- Hélène Keller y Laura Bridman, sordas y ciegas, aisladas del mundo, pudieron aprender a comunicarse por la piel.
- El tema de la piel domina en la obra de la poetisa y novelista americana Sylvia Plath, que se suicidó en 1963 a la edad de 31 años. He aquí el recuerdo infantil que evoca cuándo su madre volvió de casa con un bebé:

«Detestaba a los bebés. Yo que durante dos años y medio había sido el centro de un universo de ternura, sentí cómo una bofetada y un frío polar inmovilizó mis huesos... atrozando mi rencor... ruín y llena de remordimientos, como un pequeño osezno triste me fui arrastrando las piernas tristemente, completamente sola, hacia una dirección opuesta, hacia la prisión del olvido. Sentí entonces, fría y sobriamente, como si estuviera lejos en una estrella, la separación de todo... Sentí el muro de mi piel. Soy yo. Esta piedra es una piedra: la fusión maravillosa que había existido entre yo misma y las cosas del mundo ya no existía.»

Y también: «La piel se pela fácilmente, como si se levantara un papel».

- En cuanto a las dolencias de la piel, el arañazo es una de las formas arcaicas de la vuelta de la agresividad contra el propio cuerpo (en lugar de volverse contra el Yo, lo que supone la instauración de un Superyó más evolucionado). La vergüenza consecutiva aparece cuando se siente que si uno empieza a arañarse no se podrá detener, que a uno lo lleva una fuerza incontrollable y escondida, que se está abriendo una brecha en la superficie de la piel. A su vez, la vergüenza tiende a desaparecer cuando aparece de nuevo la excitación erótica que se encuentra en arañar, de acuerdo con una reacción circular cada vez más patológica.
- Las mutilaciones de la piel —a veces reales, más a menudo imaginarias— son tentativas dramáticas para mantener los límites del cuerpo y del Yo, para restablecer el sentimiento de estar intacto y cohesivo. El artista vienés Rudolf Schwarzhogler que percibía su propio cuerpo como objeto de su arte, se amputó su propia piel, trozo a trozo, hasta morir. Se le fotografió durante esta operación y las fotografías fueron objeto de una exposición en Kassel, en Alemania.
- Las fantasías de mutilación de la piel se expresan libremente en la pintura occidental a partir del siglo XV, bajo la justificación

de arte anatómico. Un personaje de Juan Valverde se arranca la piel hasta el final del brazo. Otro de Joachim Remmelini (1619) la lleva enrollada alrededor del vientre como un taparrabos. el de Felice Vicq d'Azy (1786) tiene el cuero cabelludo colgando sobre la cara. El de Van Der Spieghel (1927), separa la piel de sus fémures para hacerse unas polainas. El de Benetini está cegado por los colgajos de su propia piel. La mujer pintada por Bidloo (1685) tiene las muñecas ceñidas por colgajos de piel que proceden de su espalda.

Termino mi resumen del artículo de B. B. Biven subrayando que, mucho antes que los escritores e investigadores, los pintores han aprendido y representado el vínculo específico entre el masoquismo perverso y la piel.

## 2. CUATRO SERIES DE DATOS

En tiempos de Freud lo que se reprimía en los discursos individuales y en las representaciones colectivas era el sexo; ésta fue la razón del origen externo (la otra fue su autoanálisis) que llevó al inventor del psicoanálisis a poner el acento en la sexualidad. Durante casi todo el tercer cuarto del siglo XX, el gran ausente, el desconocido, el relegado de la enseñanza, de la vida cotidiana, de la expansión del estructuralismo, de la psicología de muchos terapeutas y a veces incluso de la puericultura, fue (y lo sigue siendo en gran medida) el cuerpo como dimensión vital de la realidad humana, como dato global presexual e irreductible, como aquello en lo que las funciones psíquicas encuentran su soporte. No sin motivo, la noción de imagen del cuerpo, inventada por el psicoanalista vienés P. Schilder (1950), está ausente en el *Vocabulario del psicoanálisis* de Laplanche y Pontalis (1968), muy bien documentado por otra parte, y la civilización occidental contemporánea está marcada por la masacre de los equilibrios naturales, el deterioro del entorno y la ignorancia de las leyes de la vida. Tampoco es obra de la casualidad que el teatro de vanguardia de los años sesenta haya querido ser un teatro de gesto y no de texto, que el éxito de los métodos de grupo en los Estados Unidos en esos mismos años, y en Europa después, ya no se deba a los intercambios verbales inspirados en la técnica psicoanalítica de las asociaciones libres, sino en los contactos corporales y en las comunicaciones preverbales que se instauran en ellos. Durante este período ¿qué progresos en su ascensión hacia el origen del funcionamiento psíquico cumple el saber psicoanalítico?

La pregunta psicoanalítica sobre los efectos psíquicos de las carencias maternas es el planteamiento de los investigadores que, antes de ser psicoanalizados o al mismo tiempo de serlo, eran, siguen siendo o se convirtieron en psiquiatras de niños o pediatras: Bowlby, a partir de 1940; Winnicott, a partir de 1945, y Spitz, a partir de 1946, limitándose a las fechas de sus primeras publicaciones sobre este tema (sin hablar de los trabajos anteriores de los dos primeros analistas de niños —no médicos— Melanie Klein y Ana Freud). A partir de este momento, parece que la forma en que un niño se desarrolla depende, en buena parte, del conjunto de cuidados que recibe durante su infancia y no únicamente de la relación de nutrición; que la libido no recorre la serie de fases descritas por Freud cuando el psiquismo del bebé ha su-



frido violencia; y que una dislocación mayor de las primeras relaciones madre-niño provoca, en este último, graves alteraciones de su equilibrio económico y de su organización tópica. La metapsicología freudiana no es suficiente para curar a los niños carenciales. Spitz, en los Estados Unidos, describe con el término poco acertado de hospitalismo las r gresiones graves y rápidamente irreversibles que sobrevienen a los niños a los que una hospitalización precoz separa de sus madres, y que son objeto de cuidados rutinarios, incluso escrupulosos por parte del personal, pero sin calor afectivo, sin el libre juego de las comunicaciones olfativas, auditivas, táctiles, habitualmente ejercidas a título de las manifestaciones de lo que Winnicott ha llamado «solicitud primaria» materna.

La comprobación de los hechos en un terreno determinado sólo puede llevar a un progreso científico si se dispone de una parrilla de observaciones que permita el descubrimiento de los aspectos esenciales (a menudo desconocidos) de esos hechos y sólo si las conjeturas que se sacan de este terreno, por una parte, se completan con ciertos conocimientos adquiridos ya en otro lugar y, por otra, si se encuentran aplicaciones o transposiciones fecundas en nuevos campos. Cuatro series de datos han alimentado, orientado y cuestionado la investigación psicoanalítica sobre la génesis y las alteraciones precoces del aparato psíquico.

### Datos etológicos

Hacia 1950 se publicaron en inglés las obras cumbre de los etólogos Lorenz (1949) y Tinbergen (1951). Bowlby (1961), psicoanalista inglés, conoció entonces el fenómeno de la huella: en la mayor parte de los pájaros y entre algunos mamíferos, los pequeños están genéticamente predispuestos a mantener la proximidad con un individuo en particular, diferenciado ya a las pocas horas o días de su nacimiento y que es preferido entre todos. Generalmente es la madre, pero la experimentación muestra que puede ser una madre de cualquier otra especie: una pelota de espuma, una caja de cartón o el mismo Lorenz. Para el psicoanalista, el interés del experimento est  en que el pequeño no sólo permanece al lado de su madre o la sigue en sus desplazamientos, sino que la busca cuando ella no est  y que entonces la llama con el mayor desconsuelo. Este desconsuelo de la cría (de pájaro o de mamífero) es análogo a la angustia de separación de la madre en la cría humana, y desaparece a partir del restablecimiento del contacto con la madre. Bowlby se sorprende por el carácter primario de esta manifestación y por el hecho de que no se relaciona con la problemática oral entendida en su sentido estricto (alimentación, lactancia, p r-

dida y después alucinación del pecho) al que los psicoanalistas se solían limitar a partir de Freud en cuanto a los niños pequeñitos. Piensa que Spitz, Melanie Klein y Ana Freud, al quedar prisioneros del aparato teórico freudiano, no pudieron o no supieron asumir esta consecuencia y, refiriéndose a los trabajos de la escuela húngara sobre el instinto filial y la puls n de agarramiento (I. Hermann, 1930, retomado en Francia por Nicolás Abraham, 1978) y sobre el amor primario (A. y M. Balint, 1965), como propone su teoría sobre una puls n de apego. Evoco en síntesis la idea de Hermann. Las crías de los mamíferos se agarran a los pelos de su madre para encontrar una doble seguridad física y psíquica. La desaparición casi completa de pieles sobre la superficie del cuerpo humano facilita los intercambios táctiles primarios significativos entre la madre y el bebé y prepara el acceso de los humanos al lenguaje y a los otros códigos semióticos, pero hace más aleatoria la satisfacción de la puls n de agarramiento en el niño pequeño. Enganch ndose al pecho, a las manos, al cuerpo entero y a los vestidos de su madre desencadenar , como respuesta, conductas hasta entonces atribuidas a un utópico instinto maternal. La catástrofe que atormentar  el psiquismo naciente del bebé humano será la del desenganchamiento: su aparición —precisa más tarde Bion, al que cito— le sumerge en «un terror incalificable».

A partir de estos últimos decenios la clínica psicoanalítica se encuentra enfrentada a la necesidad de introducir nuevas categorías nosológicas, siendo la de los casos límites la más prudente y la más corriente. Se puede considerar que se trata de pacientes más desenganchados específicamente, de pacientes que han experimentado alternancias contradictorias —precoces y repetidas—, enganchamientos excesivos y desenganchamientos bruscos e imprevisibles que han sido violentos para su Yo corporal y/o su Yo psíquico. De ahí se desprenden ciertas características de su funcionamiento psíquico; no están seguros de lo que sienten; están mucho más preocupados por lo que suponen que son los deseos y los afectos de los demás; viven en el aquí y ahora y se comunican en forma de narración; no tienen una disposición de espíritu que permita, según la expresión de Bion (1962), aprender por la experiencia de la vivencia personal, representarse esta experiencia, sacar una perspectiva nueva cuya idea permance inquietante para ellos; les cuesta desengancharse intelectualmente de esta vivencia borrosa, mixta de ellos mismos y del otro, abandonar el contacto táctil, reestructurar sus relaciones con el mundo en torno a la vista, acceder a una «visión» conceptual de las cosas y de la realidad psíquica y les cuesta también el razonamiento abstracto; permanecen pegados a los demás en su vida social, pegados a las sensaciones y a las emociones en su vida mental; temen la penetración, ya sea la de la vista o la del coito genital.

Volvamos a Bowlby. En su artículo de 1958, *The nature of the child ties to his mother*, presenta la hipótesis de una pulsión de apego, independiente de la pulsión oral, que sería una pulsión primaria no sexual. Distingue cinco variables fundamentales en la relación madre-niño: la succión, el abrazo, el grito, la sonrisa y la compañía. Esto estimula los trabajos de los etólogos que por su parte se encaminaban hacia una hipótesis análoga y que acababan de conseguir la célebre y elegante demostración experimental de Harlow en los Estados Unidos, publicada igualmente en 1968 en un artículo titulado *The nature of the love*. Comparando las reacciones de bebés-monos ante madres artificiales constituidas por un soporte revestido de trapos suaves, que lactaban o no (es decir, que presentaban o no un biberón) y ante madres artificiales igualmente lactantes o no, pero hechas solamente de hilos metálicos, comprueba que si se elimina la variable lactancia la madre-pelaje es siempre preferida a la madre-alambre como objeto de apego, y que si se toma en consideración la variable lactancia, ésta no introduce una diferencia estadísticamente significativa.

A partir de aquí, las experiencias de Harlow y su equipo hacia los años 1960 intentan calibrar el peso respectivo de los factores en el apego del niño pequeñito a su madre. El bienestar proporcionado por el contacto con la suavidad de una piel o de un pelaje resulta ser el más importante. El bienestar no se encontró más que de forma secundaria en los otros tres factores: la lactancia, el calor físico experimentado por el contacto y el acunamiento del bebé por los movimientos de su madre cuando lo lleva o lo tiene agarrado a ella. Si el bienestar del contacto se mantiene, los niños-monos prefieren una madre artificial que les lacta a la que no les lacta, y esto durante cien días; prefieren igualmente un sustituto basculante a un sustituto estable durante ciento cincuenta días. Solamente la búsqueda del calor se ha revelado, en algunos casos, más fuerte que la del contacto: un bebé macaco, puesto en contacto con una madre artificial de trapo suave pero sin calor, no la abrazó más que una vez y huyó hacia el otro extremo de la jaula durante todo el mes que duró la experiencia; otro prefirió una madre de alambre calentada eléctricamente a una madre de trapos a la temperatura ambiente (cf. también Kaufman I.C., 1961).

En la observación clínica de los niños humanos normales se comprobaron durante mucho tiempo fenómenos análogos, por lo que Bowlby (1961) emprendió una reelaboración de la teoría psicoanalítica susceptible de dar una explicación. Adoptó como modelo la teoría del control, nacida en la mecánica y desarrollada en la electrónica y después en la neurofisiología. La conducta ya no se define en términos de tensión y de reducción de las tensiones, sino de fines esperados, de procesos que conducen a esos fines y de señales que activan o inhiben esos procesos. La vinculación aparece, en esta perspectiva, como una

forma de homeostasis. La finalidad del niño es mantener a la madre a una distancia que la deje accesible. Los procesos son los que conservan o aumentan la proximidad (desplazarse hacia, llorar, estrechar) o los que animan a la madre a hacerlo (sonreír u otro tipo de amabilidades). La función es una función de protección del pequeño fundamentalmente frente a los depredadores. Una prueba es que el comportamiento de apego se observa no solamente en la relación con la madre, sino también con el mono macho que defiende al grupo contra los depredadores y protege a los monos pequeños contra los grandes. El apego de la madre al niño se modifica a medida que éste crece, pero la reacción de desconsuelo cuando lo ha perdido no varía. El niño soporta ausencias cada vez más largas de la madre, pero sigue trastornándose de la misma forma si no viene en el momento en que la espera. El adolescente conserva esta reacción interiorizándola, porque tiende a escondérsela a los demás, incluso a sí mismo.

Bowlby ha dedicado tres volúmenes al desarrollo de su tesis con el título general de *Attachement and Loss*. Acabo de dar un resumen sumario del primero, *Attachement* (1969). El segundo, *La Separación* (1973), explica la sobredependencia, la ansiedad y la fobia. El tercero, *La perte, tristesse et dépression* (1975), está consagrado a los procesos inconscientes y a los mecanismos de defensa que los mantienen inconscientes.

Winnicott (1951) no ha comparado a los pequeños de los humanos con los de los animales, ni ha intentado teorizar de forma tan sistemática, pero los fenómenos transicionales que ha descrito y el espacio transicional que la madre establece para el niño, entre ella y el mundo, podrían ser entendidos muy bien como efectos del apego. La observación de Hélène, proporcionada por Monique Douriez-Pinol (1974), es ilustrativa: Hélène guiña los ojos y frunce la nariz con gesto satisfecho cuando al dormirse explora con el dedo sus pestañas y luego extiende esta reacción a la exploración de las pestañas de su madre, de su muñeca, a frotarse la nariz contra la oreja del oso de peluche y, por fin, al contacto o a la evocación verbal de su madre, de vuelta tras haberse ausentado, o a aproximarse a otros niños, a un gato, a zapatos forrados de piel o a un pijama mullido. El autor lo describe con exactitud como un fenómeno transicional. Por mi parte, añado que el denominador común a todos estos comportamientos de Hélène es la búsqueda del contacto con partes del cuerpo u objetos caracterizados por la presencia de pelos especialmente suaves al tacto o compuestos por una materia que proporciona una sensación táctil análoga. Este contacto la sumerge en un encantamiento cuya naturaleza erógena parece difícil afirmarse: el placer que se encuentra en la satisfacción de la pulsión de apego parece de una clase distinta de la del placer que se encuentra en la satisfacción de la pulsión sexual oral y manifiesta-



mente ayuda a Hélène primero a dormirse confiadamente, después a tener confianza en el regreso de su madre y, finalmente, a proceder a la clasificación de los seres y objetos en los que puede tener confianza.

Winnicott prefirió trabajar en una perspectiva etiológica y articular, con más precisión que sus predecesores, la gravedad del trastorno mental con la precocidad de la carencia materna. Citemos el resumen que da en «L'enfant en bonne santé et l'enfant en période de crise. Quelques propos sur les soins requis» (1962 b, pp. 22-23): si la carencia sobreviene antes de que el bebé se haya convertido en una persona, provoca la esquizofrenia infantil, los trastornos mentales no orgánicos y la predisposición a trastornos clínicos mentales posteriores; si la carencia engendra un traumatismo en un ser lo bastante evolucionado como para considerarse susceptible de resultar traumatizado, produce la predisposición a trastornos afectivos y a tendencias antisociales; si sobreviene cuando el niño quiere conquistar su independencia, provoca la dependencia patológica, la oposición patológica y las crisis de cólera.

Winnicott (1962 a) ha precisado, igualmente, la diversidad de las necesidades del lactante que, por otra parte, subsiste en todo ser humano. Junto a las necesidades corporales, el niño pequeño presenta necesidades psíquicas que son satisfechas por una madre «suficientemente buena»; la insuficiencia de las respuestas del entorno a esas necesidades psíquicas acarrea trastornos en la diferenciación del Yo y del no-Yo; el exceso de respuesta prepara un hiperdesarrollo intelectual y fantasmático defensivo. Junto con la necesidad de comunicar, el niño pequeño siente la necesidad de no comunicar y de vivir episódicamente el bienestar de la no integración del psiquismo y del organismo.

Después de este reparo histórico intentemos reflexionar. Empecemos por hacer un inventario de los hechos establecidos. En lo referente a la etología, pueden resumirse así:

1. La búsqueda del contacto corporal entre la madre y el niño pequeño es un factor esencial del desarrollo afectivo, cognitivo y social de este último.
2. Es un factor independiente del don de la alimentación: un mono joven al que se da libre acceso a un biberón dispuesto sobre el soporte metálico no se acerca a él y parece asustado; si en el soporte se ponen trapos o pieles (no obligatoriamente pieles de mono), se acurruca y su comportamiento muestra calma y seguridad.
3. La privación de la madre o de su sustituto conlleva perturbaciones que pueden llegar a ser irreversibles. Así, el joven chimpancé privado del contacto físico con sus compañeros, no llega después a emparejarse. Los monos de cualquier clase no adop-

tan actitudes adecuadas en presencia de los estímulos sociales que sus congéneres emiten, lo que desencadena en ellos toda clase de brutalidades y, en él, accesos de violencia.

4. Los trastornos del comportamiento se pueden prevenir en gran parte si el bebé mono privado de su madre está en contacto con sus congéneres también privados de sus madres: el grupo de compañeros es un sustituto materno. Las investigaciones etnológicas sobre las civilizaciones negro-africanas ya habían llegado al mismo resultado: el grupo de edad reemplaza y sustituye a la madre. En el mono, el desarrollo del individuo resulta ser el más favorecido en el caso de los pequeños que sucesivamente se benefician del contacto materno y grupal.
5. A la edad conveniente, el bebé-mono —tanto en su medio ambiente como en el laboratorio— se separa de su madre y explora el mundo que le rodea. Comportamiento en el que está apoyado y guiado por su madre. Al menor peligro real o imaginario se precipita en sus brazos o se cuelga de sus pelos. El placer del contacto con el cuerpo materno y el del agarramiento está, pues, a la vez, en la base del apego y de la separación. Si los estímulos externos son poco hostiles, el bebé se familiarizará con ellos y cada vez tiene menos necesidad del consuelo de su madre. Si son terroríficos (en el experimento de Harlow se trata de un perro mecánico o de un oso igualmente mecánico que toca un tambor), el bebé-mono continúa buscando el consuelo de su madre, incluso si ha llegado a tocar y explorar esos monstruos. Una vez establecida la confianza del niño en el mundo circundante, la separación definitiva de la madre tiene lugar bien sea por parte de la madre o por parte del niño.
6. En los monos, el acceso a la vida sexual se realiza en tres etapas. La primera es una experiencia de apego satisfactoria —de carácter no sexual— durante la infancia con la madre. Después viene la posibilidad de practicar, en el grupo de compañeros, manipulaciones del cuerpo del compañero con un carácter cada vez más sexual (descubrimiento de la sexualidad infantil). Ese apego y después esos juegos preparan y, en ciertas especies, condicionan el acceso a la sexualidad adulta. En los monos y en muchos mamíferos y pájaros, la madre no es *jamás* el objeto de manifestaciones sexuales por parte de sus hijos. Los etólogos explican este tabú del incesto por el hecho de que la madre es y permanece como el animal dominante para el joven macho. El macaco que se convierte en jefe de un grupo en el que sigue estando su madre tiene derecho a poseer a todas las hembras; también prefiere generalmente abandonar el grupo

antes que copular con ella. La entrada en la sexualidad adulta está marcada por el fin de la educación, muy permisiva, que le da el grupo en materia de juegos sexuales infantiles, y por la introducción de las restricciones brutales por parte de los que dominan que se reservan, repartiéndoselas, la posesión de las hembras del grupo (1).

### Datos grupales

La observación de grupos humanos ocasionales para la formación o la psicoterapia ha proporcionado una segunda serie de hechos desde que esta observación se llevó al grupo amplio de treinta y sesenta personas (ya no solamente al grupo restringido), desde que se consideró la forma en la que el grupo habita su lugar y cuál es el espacio imaginario que los miembros del grupo proyectan sobre ese lugar. Ya en el grupo pequeño se observa la tendencia de los participantes a llenar el vacío (se agrupan en una parte de la habitación si es grande o disponen las mesas en el medio si han adoptado una disposición circular) y a tapar los huecos (no les gusta tener sillas vacías entre ellos, amontonan las sillas sobrantes en un rincón del local, la silla vacía de una persona ausente se soporta mal, se cierran puertas y ventanas, aunque ello haga que la atmósfera sea físicamente irrespirable). En el grupo amplio, en el que el anonimato se acentúa, en el que las angustias de fraccionamiento se reavivan, en el que la amenaza de pérdida de identidad yoica es fuerte, el individuo se siente perdido y tiene tendencia a preservarse replegándose sobre sí mismo y guardando silencio. Los tres principales mecanismos de defensa de la posición esquizo-paranoide coinciden. La escisión del objeto: el objeto malo se proyecta sobre el grupo amplio en su conjunto, sobre los monitores o sobre un participante tratado como víctima expiatoria; el objeto bueno se proyecta sobre los grupos pequeños en los que favorece la instauración de la ilusión grupal. La proyección de la agresividad: percibo a los demás como devoradores cuando hablan sin que yo pueda identificar al que habla, o cuando me miran sin que yo les vea mirarme. La búsqueda del vínculo: si se deja a los participantes libres para sentarse, sin disposición previa de las sillas, la mayoría tiende a aglutinarse. Más tarde

(1) Las dos primeras reflexiones sobre este tema publicadas por autores de lengua francesa se deben a F. Duyckaerts, «l'Objet d'attachement: médiateur entre l'enfant et le milieu», en *Milieu et Développement* (1972), y a R. Zazzo, «l'Attachement. Une nouvelle théorie sur les origines de l'affectivité» (1972). Dos volúmenes colectivos recogen contribuciones francesas y extranjeras sobre diversos problemas en relación con el apego: *Modèles animaux du comportement humain*, Coloquio del C.N.R.S. dirigido por R. Chauvin (1970); *l'Attachement*, volumen dirigido por R. Zazzo (1974).

y defensivamente, adoptan una disposición en uno o en varios círculos ovals concéntricos: huevo cerrado, seguridad reconstruida de una envoltura narcisística colectiva. Turquet (1974) ha apuntado que la posibilidad, para un participante, de emerger como sujeto fuera de la situación del individuo anónimo y aislado pasa por el establecimiento de un contacto (visual, gestual o verbal) con sus vecinos o con los dos vecinos más inmediatos. Así se constituye lo que Turquet llama «la frontera relacional de mí mismo con la piel de mi vecino». «En el grupo amplio, la ruptura de la frontera de "la piel de mi vecino" es una amenaza siempre presente, no sólo por la acción de las fuerzas centrífugas ya mencionadas que causan la retirada del mí-mismo llevándolo a estar, en sus relaciones, cada vez más aislado, idiosincrásico y alienado. La continuidad con la piel de su vecino también está en peligro porque el grupo amplio promueve numerosos problemas: ¿dónde?, ¿qué?, ¿de qué forma? son los vecinos del mí mismo, sobre todo cuando sus sitios personales cambian en el espacio, como sucede constantemente, estando el otro próximo, después lejos, tan pronto adelante, tan pronto detrás, antes a la izquierda, ahora a la derecha y así sucesivamente. Estos repetidos cambios de sitio hacen que se planteen las preguntas: ¿Por qué este cambio?, ¿con qué base?, ¿en qué dirección se ha marchado mi vecino?, ¿hacia qué?, ¿dónde ir?, etc. Una de las características del grupo amplio es la ausencia de estabilidad; una experiencia kaleidoscópica la sustituye. El resultado para el mí-mismo es la experiencia de una piel relajada, unida al último vecino que ha hablado pero que está lejos. Tal extensión puede alcanzar el umbral del estallido de la piel; para evitarlo, el mí-mismo no se hace ya solidario y abandona, se convierte en un "singleton" y así en un desertor».

Aunque Turquet no haga referencia a ella, su descripción apoya la teoría de Bowlby demostrando cómo opera la pulsión de apego en los humanos: por la búsqueda de un contacto (en el doble sentido corporal y social del término) que asegure una doble protección contra los peligros exteriores y contra el estado psíquico interno de desamparo, y que hace posible los intercambios de signos en una comunicación recíproca en la que cada compañero se siente reconocido por el otro. El desarrollo, en los grupos, de técnicas de contactos corporales, de expresión corporal y de masajes mutuos va en la misma línea. Como en las variables anexas de Harlow para los monos, la investigación del calor y del movimiento que mece desempeña igualmente un papel. Los cursillistas se quejan del «frío» —físico y moral— que reina en el grupo amplio. En el psicodrama o en los ejercicios corporales aparece siempre un mimo colectivo de varios participantes apretados unos contra otros, balanceando su cuerpo juntos. Su fusión termina a veces con un simulacro de una explosión volcánica, figuración de la descarga común de la tensión tónica acumulada en cada uno, a ima-



gen y semejanza del bebé acariciado rítmicamente, que tanto le gustaba mencionar a Wallon, que descarga el exceso de tono en risas, cada vez más agudas, que pueden, cuando sobrepasan cierto umbral, convertirse en sollozos.

Turquet indica que la principal consecuencia del establecimiento, por el yo psíquico en vías de reconstitución, de una piel-frontera con su vecino es la posibilidad de vivir por delegación: el sujeto que vuelve a emerger como tal «desea que otro miembro del grupo hable por él para escuchar algo que le parezca semejante a lo que piensa o siente y observar o saber, sustituyendo a sí mismo por el otro, qué destino puede tener en el grupo lo que el otro ha dicho por mí». La misma evolución se realiza con respecto a la mirada. Un participante cuenta que estaba sentado frente a un «dulce rostro» y que eso le hizo confiar en sí. Dulzura de un rostro, dulzura de la mirada, dulzura también de la voz: «La calidad de la voz de los monitores tiene más efecto que el contenido de lo que intentan decir, ya que el acento dulce, calmado, tranquilizador es introyectado en tanto que las palabras se dejan de lado». Aquí se reconoce la cualidad típica que persigue la pulsión de apego: la dulzura, la blandura, las pieles, lo velludo, cualidad de origen táctil y metafóricamente extendida después a los demás órganos de los sentidos.

Recordemos que en la teoría de Winnicott (1962 a, pp. 12-13) la integración del Yo en el tiempo y el espacio depende de la forma que tiene la madre de «sostener» (*holding*) al lactante, que la *personalización* del Yo depende de la forma de «cuidarle» (*handling*) y que la instauración, por el Yo, de la relación de objeto depende de la presentación de los objetos por la madre (pecho, biberón, leche...), gracias a los cuales el lactante va a poder encontrar la satisfacción a sus necesidades. El segundo proceso es el que aquí nos interesa: «El Yo se basa en un Yo corporal, pero solamente cuando todo se reliza adecuadamente la persona del lactante empieza a incorporarse al cuerpo y a las funciones corporales, constituyendo la piel la membrana-frontera». Y Winnicott aporta una prueba en contra: la despersonalización ilustra «la pérdida de una unión sólida entre el Yo y el cuerpo, comprendidas las pulsiones del ello y los placeres instintuales».

## Datos proyectivos

Tomo una tercera serie de datos de trabajos referentes a los tests proyectivos. A lo largo de las investigaciones sobre la imagen del cuerpo y la personalidad, los americanos Fischer y Cleveland (1958) han aislado, en las respuestas al test de las manchas de tinta de Rorschach,

dos nuevas variables que no han desaparecido desde entonces: las de Envoltura y de Penetración. La variable *Envoltura* se anota cuando cualquier respuesta implica una superficie protectora, membrana, concha de piel que, simbólicamente, podría estar en relación con la percepción de las fronteras de la imagen del cuerpo (ropas, pieles de animales en donde se insiste en el carácter granuloso, velludo, moteado o rayado en su superficie, agujeros en la tierra, vientres prominentes, superficies protectoras o dominantes, objetos dotados de un blindaje o de una forma de continente, seres objetos cubiertos por algo o escondidos detrás de algo). La variable *Penetración* se opone a la precedente porque se relaciona con cualquier respuesta que puede ser la expresión simbólica de un sentimiento subjetivo, según el cual el cuerpo no tiene más que un débil valor protector y puede ser penetrado fácilmente. Fischer y Cleveland han precisado tres tipos de representaciones de la penetración:

- a) perforación, explosión o desollamiento de una superficie corporal (herida, fractura, desolladura, aplastamiento, desangramiento);
- b) vías y modos de penetración hacia el interior o de expulsión hacia el exterior (boca abierta, orificio del cuerpo o de la casa, abertura en la tierra que deja salir sustancias líquidas, radiográficas o secciones de órganos que permiten ver directamente el interior);
- c) representación de la superficie de una cosa como permeable y frágil (cosas inconsistentes, blandas, sin fronteras palpables; transparencias; superficies marchitas, ajadas, deterioradas, en degeneración).

Administrando el test de Rorschach a enfermos psicósomáticos, Fischer y Cleveland llegaron a la conclusión de que aquellos en los que los síntomas estaban en relación con la parte exterior del cuerpo imaginaban un cuerpo bien delimitado por una pared defensiva, mientras que aquellos en los que los síntomas se presentaban en las vísceras representaban su cuerpo como fácilmente penetrable y desprovisto de barrera protectora. Los autores creen que está probado el hecho de que esas representaciones imaginarias preexistían con respecto a la aparición de los síntomas y tienen así valor etiológico. Consideran que los tratamientos que movilizan el cuerpo (masajes, relajación, etc.) pueden ayudar a liberar esas representaciones imaginarias.

Definida así por esas dos variables, la noción de imagen del cuerpo no podría sustituir a la del Yo, aunque presenta la ventaja de acentuar lo que se refiere al conocimiento del propio cuerpo en cuanto a la percepción de sus fronteras. Los límites de la imagen del cuerpo (o la imagen de los límites del cuerpo) se adquieren durante el

proceso de disolución del niño en relación con su madre y presentan alguna analogía con las fronteras del Yo que Federn mostró como descargadas pulsionalmente en el proceso de despersonalización. Si queremos tomar la imagen del cuerpo no como una instancia o una función psíquicas, sino únicamente como una representación elaborada bastante precozmente por el Yo, también él en plena estructuración, podemos mantener, con Angelergues (1975), que se trata de un «proceso simbólico de representación de un límite que tiene función de "imagen estabilizadora" y de envoltura protectora. Esta posición sitúa al cuerpo como el objeto de la catexia pulsional y a su imagen como el producto de esta catexia pulsional, una catexia que conquista a un objeto no intercambiable, salvo en el delirio; un objeto que debe ser mantenido intacto a cualquier precio. La función de los límites se acerca al imperativo de integridad. La imagen del cuerpo está situada en el orden de la fantasía y de la elaboración secundaria, representación que actúa sobre el cuerpo».

### Datos dermatológicos

Un cuarto conjunto de datos nos lo proporciona la dermatología. Salvo en casos accidentales, las afecciones de la piel mantienen relación estrecha con los stress de la existencia, con las crecidas emocionales y, lo que es más interesante para mi propósito, con las fallas narcisísticas y las insuficiencias de estructuración del Yo. Estas afecciones, espontáneas en su origen, a menudo se mantienen y agravan por las compulsiones de rascarse que las transforman en síntomas de los que el sujeto ya no puede prescindir. Cuando éstas se localizan en los órganos que corresponden a los diversos estados de la evolución libidinal, es evidente que el síntoma añade un placer erótico al dolor físico y a la vergüenza moral necesaria para calmar la necesidad de castigo que emana del Superyó. Pero en las patomimias puede ocurrir que la lesión de la piel sea provocada y desarrollada voluntariamente, por ejemplo, por un raspado cotidiano con cascotes de botella (cf. la obra de Corraze, 1976, sobre este tema). Aquí el beneficio secundario es la obtención de una pensión de invalidez; el beneficio primario, no sexual, consiste en la tiranía ejercida sobre el entorno por el enfermo considerado incurable y en el fracaso prolongado del saber y poder médicos; la pulsión de dominio está actuando, aunque no es la única. La agresividad inconsciente subyace solapadamente en esta conducta, agresividad reactiva a una necesidad constante de dependencia cuya presencia resulta insoportable al simulador. Intenta devolverla haciendo dependientes de él a las personas que reproducen los primeros objetos enfocados por su pulsión de apego; objetos antaño frustrantes y

que reclaman su venganza desde entonces. Esta intensa necesidad de dependencia es correlativa a la fragilidad de la inmadurez de la organización psíquica del pitiático, así como a una insuficiencia de la diferenciación tópica, de la cohesión del Sí-mismo y del desarrollo del Yo en relación con las otras instancias psíquicas. Estos enfermos responden también a la patología de la pulsión de apego. A causa de la fragilidad de su Yo-piel, los patomimios oscilan entre una angustia de abandono, si el objeto de apego ya no está en contacto próximo, y una angustia de persecución si existe demasiada proximidad con él.

La aproximación psicosomática de las dermatosis ha generalizado este resultado. El prurito no está relacionado sólo con deseos sexuales culpabilizados en un juego circular entre el autoerotismo y el autocastigo. Es también, y ante todo, una forma de llamar la atención sobre sí, más especialmente sobre la piel en tanto en cuanto ésta no ha podido encontrar en la primera infancia, por parte del entorno materno y familiar, los contactos dulces, calientes, firmes y tranquilizantes y sobre todo significativos, evocados anteriormente. La comezón es la de ser comprendido por el objeto amado. Por efecto del automatismo de repetición, el síntoma físico reaviva, con la forma primaria del «lenguaje» cutáneo, las antiguas frustraciones con la exhibición de sus sufrimientos y sus cóleras reanudadas: la irritación de la piel se confunde, por la indiferenciación somatopsíquica a la que los pacientes permanecen fijados, con la irritación mental, la erotización de la parte herida del cuerpo que aparece después para hacer tolerables el dolor y el odio y para intentar convertir el displacer en placer. El eritema llamado púdico, no es angustioso únicamente porque la piel del enfermo juegue el papel de «espejo del alma», en detrimento del de frontera, permitiendo al interlocutor leer directamente los deseos sexuales y agresivos de los que el enfermo se avergüenza, sino también porque la piel se manifiesta entonces a los demás como una envoltura frágil que invita a las penetraciones físicas y a las intrusiones psíquicas.

El eczema generalizado podría traducir una regresión al estado infantil de completa dependencia, una conversión somática de la angustia de desfondamiento psíquico, la llamada muda y desesperada a un Yo auxiliar que proporciona un apoyo total. El eczema de niños de menos de dos años afirmaría la falta de un contacto físico tierno y envolvente de la madre. Spitz (1965) duda en su interpretación: «Nos hemos preguntado si los trastornos cutáneos eran una tentativa de adaptación o, por el contrario, una reacción de defensa. La reacción del niño en forma de eczema puede ser tanto una petición dirigida a la madre para incitarla a tocarle más a menudo como un modo de aislamiento narcisístico en el sentido en que, mediante el eczema, el niño se proporciona a sí mismo en el campo somático los estímulos que la madre le niega. No podemos saberlo». Yo mismo permanezco



en esta duda desde mis primeras prácticas de joven psicólogo, hacia los años cincuenta, en el servicio de dermatología del profesor Graciansky en el Hospital Saint Louis de París. ¿Había afecciones de la piel típicas en pacientes que se hubieran beneficiado —y a la vez hubieran sufrido precozmente en su infancia— de una sobreestimulación de la piel por los cuidados maternos, en oposición a otras afecciones que repetirían los resultados o las huellas de una antigua carencia de contactos con el cuerpo y la piel de la madre? En los dos casos, sin embargo, la problemática inconsciente giraría en torno a esta prohibición primaria del tocar, a la que me referiré más adelante: la carencia de la caricia y del abrazo maternos sería vivida inconscientemente, por el psiquismo naciente, como la aplicación excesiva, prematura y violenta de la prohibición de pegarse al cuerpo del otro; la sobreestimulación en materia de contactos maternos sería desagradable físicamente en la medida en que desbordara el para-excitación todavía poco seguro del niño, y peligrosa, inconscientemente, en la medida que transgrediera y pusiera fuera de juego la prohibición del tocar cuya necesidad siente el aparato psíquico para construir una envoltura psíquica que le pertenezca como propia.

La hipótesis más simple y la más segura, a la luz de las observaciones clínicas reunidas, es de momento la siguiente: «La profundidad de la alteración de la piel es proporcional a la profundidad de la herida psíquica» (2).

Prefiero, por mi parte, reformular esta hipótesis introduciendo mi noción del Yo-piel que voy a presentar ahora: la gravedad de la alteración de la piel (que se mide por la resistencia creciente del enfermo a los tratamientos quimioterápicos y/o psicoterápicos) está en relación con la importancia cuantitativa y cualitativa de las fallas del Yo-piel.

(2) Cf. los artículos de Denise Pomey-Rey, asistente de psiquiatría en el servicio de dermatología del Hospital Saint Louis, en *Cutis*, especialmente «Pour mourir guérie», 1979, en donde expone un caso trágico, el de la señorita P.

### 3. LA NOCION DEL YO-PIEL

Las cuatro series de datos —etológicos, grupales, proyectivos y dermatológicos— a las que acabo de pasar revista me han llevado a la hipótesis de un Yo-piel, publicada ya en 1974 en la *Nouvelle Revue de Psychanalyse*. Antes de retomar y completar dicha hipótesis, me parece deseable replantear la noción del estadio oral.

#### Pecho-boca y pecho-piel

Freud no limitaba la fase que calificaba de oral a la experiencia de la zona buco-faríngea y al placer de la succión. Siempre subrayó la importancia del placer consecutivo a esta repleción. Si la boca proporciona la primera experiencia, viva y breve, de un contacto diferenciador, de un lugar de paso e incorporación, la repleción aporta al lactante la experiencia más difusa, más duradera de una masa central, de algo pleno, de un centro de gravedad. No es sorprendente que la psicopatología contemporánea conceda cada vez más importancia al sentimiento de un vacío interior en ciertos enfermos, ni que un método de relajación como el de Schulz sugiera que se sienta, en primer lugar y simultáneamente en todo el cuerpo, el calor (= el paso de la leche) y la pesadez (= la repleción).

Con ocasión de la lactancia y de los cuidados, el bebé realiza una tercera experiencia concomitante a las dos precedentes: se le tiene en brazos, estrechado por el cuerpo de la madre cuyo calor, olor y movimientos siente; se siente llevado, manipulado, frotado, lavado, acariciado, y todo ello acompañado generalmente de un baño de palabras y de canturreos. Encontramos aquí las características de la pulsión de apego descritas por Bowlby y Harlow y las que, para Spitz y Balint, evocan la idea de cavidad primitiva. Estas actividades conducen progresivamente al niño a diferenciar una superficie que se compone de una cara interna y otra externa, es decir, una interfaz que permite la distinción del afuera y del adentro, y volumen que le aportan la experiencia de un continente.

El pecho es el vocablo corrientemente utilizado por los psicoanalistas para designar la realidad completa vivida entonces por el niño, donde se mezclan cuatro características que, a semejanza del niño, el psicoanalista se siente a veces tentado a confundir: pecho nutricio, por

una parte, que llena; por otra, piel caliente y dulce al contacto, receptáculo activo y estimulante. El pecho materno global y sincrético es el primer objeto mental. Por ello, el doble mérito de Melanie Klein es el de haber demostrado que éste es apto para las primeras sustituciones metonímicas: pecho-boca, pecho-cavidad, pecho-heces, pecho-orina, pecho-pene, pecho-bebés rivales que despierta las catexias antagonistas de las dos pulsiones fundamentales. El disfrute que aporta a las pulsiones de vida —disfrute por participar en su creatividad— provoca gratitud. Contrariamente, la envidia destructiva enfoca este pecho en su creatividad misma, cuando frustra al bebé dando el disfrute a otro que no es él mismo. Pero, al poner el acento exclusivamente en la fantasía, Melanie Klein descuida las cualidades propias de la experiencia corporal (como reacción a esta negligencia, Winnicott (1962 a) privilegió el *holding* y el *handling* de la madre real) y, al insistir en las relaciones entre ciertas partes del cuerpo y sus productos (leche, esperma, excrementos) en una dinámica creadora-destructora, descuida lo que une a estas partes entre sí en un todo unificador, la piel. La superficie del cuerpo está ausente en la teoría de Melanie Klein, ausencia tanto más sorprendente cuanto que uno de los elementos esenciales de esta teoría, la oposición entre la introyección (sobre el modelo de lactancia) y la proyección (sobre el modelo de la excreción) presupone la constitución de un límite que diferencia el adentro del afuera. A partir de aquí se comprenden mejor algunas reservas que suscita la técnica kleiniana: el bombardeo interpretativo corre el riesgo de privar al Yo no solamente de sus defensas, sino también de su envoltura protectora. Si bien es verdad que al hablar de «mundo exterior» y de «objetos internos», Melanie Klein presupone la noción de espacio interno (cf. D. Houzel, 1985 a).

Algunos de sus discípulos, sensibles a esta omisión, han elaborado para paliarla nuevos conceptos (entre los cuales el Yo-piel encuentra naturalmente su lugar): introyección, por el pequeño, de la relación madre-niño en cuanto relación continente-contenido, y constitución consecutiva de un «espacio emocional» y de «un espacio del pensamiento» (el primer pensamiento, el de la ausencia del pecho, hace tolerable la frustración que esta ausencia proporciona), desembocando en un aparato para pensar los pensamientos (Bion, 1962); representaciones respectivas de un Yo pulpo blando y fofo y de un Yo-crustáceo rígido en las dos formas, primaria anormal y secundaria con caparazón, del autismo infantil (Frances Tustin, 1972); segunda piel muscular como coraza defensiva-ofensiva en los esquizofrénicos (Esther Bick, 1968); constitución de tres fronteras psíquicas con el espacio interno de los objetos externos, con el espacio interno de los objetos internos, con el mundo exterior, pero que dejan subsistir un «agujero negro» (por analogía con la astrofísica) que engulle cualquier elemento psi-

quico que se le aproxima (delirio, torbellino autístico) (Meltzer, 1975).

Sin más demora, debo citar aquí igualmente a cuatro psicoanalistas franceses (de origen húngaro los dos primeros, italiano y egipcio los últimos) cuyas intuiciones clínicas y elaboraciones teóricas, convergentes con las mías, me han ilustrado, estimulado y confortado. Cualquier conflicto psíquico inconsciente se despliega no solamente con relación a un eje edípico, sino también y al mismo tiempo con relación a un eje narcisístico (B. Grunberger, 1971). Cada subsistema de aparato psíquico y el sistema psíquico en su conjunto obedecen a una interacción dialéctica entre corteza y núcleo (N. Abraham, 1978). Existe un funcionamiento originario, de naturaleza pictogramática, del aparato psíquico más arcaico que los funcionamientos primario y secundario (P. Castoriadis-Aulagnier, 1975). Un espacio imaginario se desarrolla a partir de la relación de inclusión mutua de los cuerpos de la madre y del niño, por un doble proceso de proyección sensorial y fantasmática (Sami-Ali, 1974).

Toda figura supone un fondo sobre el cual aparece como figura: esta verdad elemental es fácilmente desconocida porque la atención resulta normalmente atraída por la figura que emerge y no por el fondo sobre el que ella destaca. La experiencia que tiene el bebé de los orificios que permiten el paso en el sentido de la incorporación o en el de la expulsión es seguramente importante, pero solamente existe orificio perceptible por la relación con una sensación, aunque sea vaga, de superficie y de volumen. El *infans* adquiere la percepción de la piel como superficie por las experiencias de contacto de su cuerpo con el cuerpo de la madre y dentro del cuadro de una relación aseguradora de apego con ella. Se llega así no solamente a la noción de un límite entre el exterior y el interior, sino también a la confianza necesaria para el control progresivo de los orificios, porque no se puede sentir confianza en cuanto a su funcionamiento si no se posee, por otra parte, un sentimiento básico que garantice la integridad de su envoltura corporal. La clínica confirma en esto lo que Bion (1962) ha teorizado con su noción de «continente» psíquico (*container*): los peligros de despersonalización están ligados a la imagen de una envoltura perforable y a la angustia —primaria según Bion— de un derrame de la sustancia vital por los agujeros, angustia no de fraccionamiento sino de vaciamiento, bastante bien metaforizada por algunos pacientes que se describen como un huevo con la cáscara agujereada vaciándose de su clara e incluso de su yema. La piel es, por otra parte, la sede de las sensaciones propioceptivas, cuya importancia en el desarrollo del carácter y del pensamiento ha subrayado Henri Wallon: es uno de los órganos reguladores del tono. El pensar en términos económicos (acumulación, desplazamiento y descarga de la tensión) presupone un Yo-piel.



En el bebé, la superficie del conjunto de su cuerpo y del de su madre es objeto de experiencias tan importantes, por su cualidad emocional para estimular la confianza, el placer y el pensamiento, como las experiencias unidas a la succión y a la excreción (Freud) o a la presencia fantástica de objetos internos que representan los productos del funcionamiento de los orificios (M. Klein). Los cuidados de la madre producen estímulos involuntarios de la piel con ocasión de los baños, lavados, frotamientos, traslados y cuidados. Además, las madres conocen muy bien la existencia de los placeres de la piel en el lactante —y en ellas— y, con sus caricias y sus juegos, los provocan conscientemente. El niño pequeño recibe gestos maternos al principio como excitación, después como comunicación. El masaje se convierte en mensaje. El aprendizaje de la palabra requiere, fundamentalmente, el establecimiento previo de dichas comunicaciones preverbales precoces. La novela y película *Johnny cogió su fusil* lo ilustran bien: un soldado gravemente herido ha perdido la vista, el oído y el movimiento; una enfermera llega a comunicarse con él dibujando letras con la mano sobre el pecho del herido —procurándole, después, como respuesta a una petición muda y por medio de una masturbación condescendiente, el placer de la descarga sexual. El enfermo vuelve a encontrar así el gusto por la vida, porque se siente sucesivamente reconocido y satisfecho en su deseo de comunicación y en su deseo viril. Que existe erotización de la piel en el desarrollo del niño es un hecho innegable; los placeres de la piel están integrados en la forma preliminar de la actividad sexual del adulto; conservan un papel primordial en la homosexualidad femenina. No es menos cierto que la sexualidad genital, incluso autoerótica, sólo es accesible a los que han adquirido mínimamente el sentimiento de una seguridad de base en su propia piel. Además, como sugirió Federn (1852), la erotización de las fronteras del cuerpo y del Yo llama a la represión y a la amnesia de los estados psíquicos originarios del Si-mismo.

### La idea de Yo-piel

La instauración del Yo-piel responde a la necesidad de una envoltura narcisística y asegura el aparato psíquico la certeza y la constancia de un bienestar básico. Correlativamente, el aparato psíquico puede intentar las catexias sádicas y libidinales de los objetos; el Yo psíquico se fortalece con las identificaciones a estos objetos y el Yo corporal puede gozar de los placeres pregenitales y, después, de los genitales.

Con el término de Yo-piel designo una figuración de la que el niño se sirve, en las fases precoces de su desarrollo, para representarse a sí

mismo como Yo que contiene los contenidos psíquicos a partir de su experiencia de superficie del cuerpo. Esto corresponde al momento en el que el Yo psíquico se diferencia del Yo corporal en el plano operativo y permanece confundido con él en el plano figurativo. Tausk (1919) ha demostrado especialmente bien que el síndrome del aparato para influenciar sólo se comprendía por la distinción de estos dos Yo; el Yo psíquico sigue siendo considerado como suyo por el sujeto (también ese Yo pone en práctica mecanismos de defensa contra las pulsiones sexuales peligrosas y, lógicamente, interpreta los datos perceptibles que le llegan), mientras que el Yo corporal ya no es reconocido por el sujeto como suyo y las sensaciones cutáneas y sexuales que emanan de él se atribuyen a la maquinaria del aparato para influenciar, dirigida por las maquinaciones de un seductor-perseguidor.

Toda actividad psíquica se apoya en una función biológica. El Yo-piel encuentra su apoyo en las diversas funciones de la piel. Esperando proceder más adelante a su estudio sistemático, señalo aquí brevemente tres de ellas (a las que me limitaba en mi más importante artículo de 1974). La piel, primera función, es el saco que contiene y retiene en su interior lo bueno y lo pleno que la lactancia, los cuidados y el baño de palabras han acumulado en él. La piel, segunda función, es la interfaz que marca el límite con el afuera y lo mantiene en el exterior, es la barrera que protege de la penetración de las afecciones y agresiones que provienen de los demás, seres y objetos. La piel, finalmente, tercera función, al mismo tiempo que la boca y por lo menos tanto como ella, es un lugar y un medio primario de comunicación con el prójimo y de establecimiento de relaciones significantes; es, además, una superficie de inscripción de las huellas que ellos dejan.

Con este origen epidérmico y propioceptivo, el Yo hereda la doble posibilidad de establecer barreras (que se convierten en mecanismos de defensa psíquicos) y de filtrar los intercambios (con el Ello, el Superyó y el mundo exterior). Según mi criterio, si la pulsión de apego está pronto y suficientemente satisfecha, aporta al lactante la base sobre la cual puede manifestarse lo que Luquet (1962) ha llamado el impulso integrador del Yo. Consecuencia ulterior: el Yo-piel proporciona la posibilidad del pensamiento.

### La fantasía de una piel común y sus variantes narcisísticas y masoquistas

La noción, discutida, de masoquismo primario encontraría aquí argumentos de apoyo y precisión. El sufrimiento masoquista, antes de ser secundariamente erotizado y de conducir al masoquismo sexual o moral se explica, ante todo, por alternancias bruscas, repetidas y casi

traumáticas, antes de andar, del estadio del espejo y de la palabra, por sobreestimulaciones y por privaciones del contacto físico con la madre o sus sustitutos y así, también, por satisfacciones y frustraciones de la necesidad de apego.

La constitución del Yo-piel es una de las condiciones del doble paso del narcisismo primario al narcisismo secundario y del masoquismo primario al masoquismo secundario.

En las curas psicoanalíticas de pacientes que presentan tanto comportamientos sexuales masoquistas como una fijación parcial de posición masoquista perversa, he encontrado a menudo el elemento siguiente: han presentado, en su tierna infancia, un episodio de ataque físico real de su piel que ha proporcionado un material decisivo a su organización fantasmática. Esta puede ser una intervención quirúrgica superficial: entiendo por ello que fundamentalmente se ha producido en la superficie del cuerpo. Puede ser una dermatosis, una alopecia. Puede ser un choque o una caída accidentales en los que una parte importante de la piel ha sido arrancada. Pueden ser, finalmente, síntomas precoces de conversión histérica.

La fantasía inconsciente que estas observaciones no han permitido poner al día no es la del cuerpo «desmembrado», como la hipótesis que han emitido algunos psiconalistas: esta última fantasía me parecía más bien típica de la organizaciones psicóticas. En mi opinión, es la fantasía del cuerpo «desollado» la que subtiende a la conducta del masoquismo perverso.

A propósito del hombre de las ratas, Freud evoca «el horror a la satisfacción ignorada». El placer del masoquista alcanza el grado máximo de horror cuando el castigo corporal, aplicado a la superficie de la piel (azotes, flagelación, inyecciones), se lleva hasta tal punto que hay trozos de piel que resultan desgarrados, agujereados, arrancados. La voluptuosidad masoquista, como es sabido, requiere que los sujetos puedan imaginarse que los golpes han dejado una huella en la superficie de su cuerpo. Entre los placeres pregenitales que acompañan normalmente a la satisfacción sexual genital, se encuentran bastante a menudo el de dejar sobre la piel de la pareja las marcas de mordeduras o arañazos: es éste el indicio de un elemento fantasmático anexo que pasa a primer término en el masoquista.

Como veremos en el capítulo siguiente, consagrado al mito griego de Marsias, la protofantasía del masoquismo está constituida por la representación: 1.º de que una misma piel pertenece al niño y a su madre, piel figurativa de su unión simbiótica, y 2.º de que el proceso de difusión y de acceso del niño a la autonomía lleva consigo una ruptura y un desgarramiento de esta piel común. Esta fantasía de ser desollado está reforzada por las observaciones realizadas en animales do-

mésticos muertos y preparados para el consumo o sobre sí mismo con ocasión de azotes o de cuidados de heridas o costras.

La mayoría de los pacientes en quienes he encontrado una fijación masoquista importante presentaban fantasías más o menos conscientes de fusión cutánea con la madre. El acercamiento de la fantasía inconsciente del cuerpo desollado a la fantasía preconscious de la fusión me parece esclarecedor. La unión simbiótica con la madre está representada, en el lenguaje del pensamiento arcaico, por una imagen táctil (y probablemente olfativa) en la que los dos cuerpos, el del niño y el de la madre, tienen una superficie común. La separación de la madre está representada por el arrancamiento de esta piel común. Elementos de realidad dan crédito a esta representación fantasmática. Cuando en una enfermedad, operación o accidente que ha provocado una herida, el vendaje se pega a la carne, la madre o sustituto arranca, o se piensa que puede arrancar, trozos de piel con el vendaje: la que proporciona los cuidados es también la que desuella. Pero la que ha desgarrado la envoltura común es también la que puede repararla.

En la fantasía masoquista la piel (cf. *La Venus de pieles*, de Sacher-Masoch) aporta la representación figurada de la vuelta a un contacto piel a piel, aterciopelado, voluptuoso y oloroso (no hay nada más fuerte que el olor de una piel nueva), a este abrazo de los cuerpos que constituye uno de los placeres anexas de la satisfacción genital. El que la Venus flagelante de Secher-Masoch —en su vida como en su novela— esté desnuda bajo unas pieles, confirma el valor primario de la piel-pieles como objeto de apego antes de adquirir un valor expresivo del objeto sexual. ¿Hay que recordar que las pieles, en la realidad, son una piel de animal y que su presencia remite a un animal desollado y despellejado? El niño Séverin, fascinado por Venus o por Wanda vestida con pieles, ve, en su imaginación, a su madre cubierta con una piel que significa la fusión y el desgarramiento al mismo tiempo. Estas pieles representan la dulzura física, la ternura sensual vivida en el contacto con una madre que amorosamente dispensa sus cuidados al niño. Pero la Venus con pieles representa también a la madre que el niño ha intentado ver desnuda o que ha intentado seducir exhibiéndole real o imaginariamente su pene; la madre, que en la realidad le ha castigado pegándole y en la imaginación arrancándole la piel hasta desollarle vivo y que ahora se envuelve, triunfante, con la piel del vencido como los héroes cazadores de la mitología antigua donde las sociedades llamadas primitivas se visten con las pieles de los animales salvajes o de los enemigos que han matado.

Es hora de introducir una distinción fundamental entre los dos tipos de contactos ejercidos por la madre y el entorno materno sobre el cuerpo y la piel del bebé. Algunos contactos comunican una excitación (por ejemplo, una excitación fuertemente libidinizada de la ma-



dre durante los cuidados corporales que da al niño, puede transmitirle una estimulación erógena tan prematura y excesiva, con relación al grado de desarrollo psíquico del niño, que éste la vive como una seducción traumática). Otros contactos comunican una información (en relación, por ejemplo, con las necesidades vitales del lactante, con los afectos experimentados por los dos, con los peligros que provienen del mundo exterior, con la manipulación de objetos, manipulación diferente según sean éstos animados o inanimados...). Estos dos tipos de contactos son al principio indiferenciados para el niño y tienden a permanecer así tanto más tiempo cuanto que la madre y el entorno maternante los invierten, los mezclan, los alteran. En el histérico, su confusión tiende a subsistir permanentemente: él (o ella) emite hacia la pareja, bajo cobertura de excitaciones, informaciones de tal forma disimuladas que la pareja tiene todas las posibilidades de responder a la excitación, no a la información, provocando así la decepción, el rencor, y las quejas del histérico. En algunas formas de depresión se desarrolla una dinámica inversa: el bebé ha recibido los cuidados corporales necesarios y suficientes, con su cortejo de excitaciones pulsionales; pero la madre, acaparada por el luto por un pariente próximo, por el desconcierto de una ruptura conyugal, por una depresión *post partum*, no está suficientemente interesada por captar el sentido de las señales emitidas por el bebé ni por devolvérselas a su vez. Convertida en adulta, la persona se deprime cada vez que recibe el alimento material o espiritual que no vaya acompañado de intercambios significantes, y cuya absorción le hace sentir más intensamente su vacío interior.

Los destinos de estos dos tipos de contactos —excitantes y significantes— conciernen al masoquismo y al narcisismo respectivamente.

La paradoja de los contactos excitantes consiste en que la madre, que sirve al bebé de para-excitación pulsional de origen interno, cuyo exceso se revela más o menos rápidamente como desagradable. La construcción del Yo-piel se encuentra entonces obstaculizada por la instauración duradera de un envoltorio psíquico que es, a la vez, envoltura de excitación y envoltorio de sufrimiento (en lugar de un Yo-piel a la vez para-excitación y envoltorio de bienestar). Esta es la base económica y topográfica del masoquismo, con la compulsión de repetir las experiencias que reactivan a la vez la envoltura de excitación y la de sufrimiento.

La paradoja de los contactos significantes reside en que la madre, atenta a las necesidades no solamente corporales sino también psíquicas del bebé, no sólo satisface esas necesidades, sino que muestra, tanto por los ecos sensoriales que remite como por las acciones concretas que cumple, que ha interpretado correctamente esas necesidades. El bebé está satisfecho en sus necesidades, y, sobre todo, está tranquilo en

cuanto a la necesidad de que se comprendan sus necesidades. De donde nace la construcción de una envoltura de bienestar, narcisísticamente cargada, soporte de la ilusión, necesaria para fundar un Yo-piel, en el que un ser pegado al otro lado de esta envoltura reacciona inmediatamente en simetría complementaria de sus señales: ilusión aseguradora de un doble narcisismo omnisciente a su permanente disposición.

Subyacente a los dos casos, tanto al narcisismo secundario como al masoquismo secundario, se encuentra la fantasía de la superficie de piel común a la madre y al niño; superficie en la que domina aquí el intercambio directo de las excitaciones y allí el intercambio directo de las significaciones.

Cuando el Yo-piel se desarrolla fundamentalmente sobre la vertiente narcisística, la protofantasía de una piel común se transforma en la fantasía secundaria de una piel reforzada e invulnerable (caracterizada por la doble pared pegada, cf. pp. 142-143). Cuando el Yo-piel se desarrolla más en el plan masoquista, la piel común es fantaseada como piel desgarrada y herida. Las diversas fantasías de la piel, tal y como la mitología permite inventarlas (cf. D. Anzieu, 1984), jalonan esas dos vertientes: piel escudo (la égida de Zeus), piel oropel (los trajes celestiales y el recubrimiento animal de Piel de Asno) para la primera vertiente; piel magullada; piel desollada, piel mortífera para la segunda vertiente.

S. Consoli (1) ha expuesto el caso de un paciente (masoquista) que se complace imaginándose víctima de humillaciones impuestas por una mujer en las siguientes condiciones: ella está de pie, revestida con una piel de carnero o de vaca, y él, a cuatro patas a los pies de la mujer, se identifica con el carnero o la vaca. Existen, pues, representaciones de una piel común al hombre (transformado en animal) y a la mujer que le doma, portadora de la piel del mismo animal, en una complementariedad de papeles que acentúa la ilusión de una continuidad narcisística. En su cuerpo a cuerpo cada uno es, antes que la «prolongación» del otro (como cree S. Consoli), una de las dos caras respectivas de esta interfaz cutánea común que acabo de poner en evidencia. Conviene añadir que, en numerosos argumentos perversos o en simples fantasías eróticas, las pieles juegan un papel de fetiche por similitud con los pelos que disimulan la percepción de los órganos genitales y, así, el reconocimiento de la diferencia de sexos.

(1) Expuesto en las jornadas *Peau et Psychisme* (Hospital Tarnier, 19 febrero 1983).

#### 4. EL MITO GRIEGO DE MARSIAS

##### Marco sociocultural

El mito griego de Marsias (nombre que se deriva etimológicamente del verbo griego *marnamaī* y designa «al que combate») evoca, según los historiadores de las religiones, los combates de los griegos para someter a Frigia y a su ciudadela Celene (estado de Asia Menor situado al este de Troya), y para imponer a los habitantes el culto de los dioses griegos (representados por Apolo) como contrapartida de la conservación de sus cultos locales, especialmente los de Cibeles y Marsias. La victoria de Apolo sobre Marsias (que toca una flauta de dos tubos) es seguida y reforzada por la victoria en Arcadia, del dios griego sobre Pan (el inventor de la flauta de un solo tubo o siringa) (1). «Las victorias de Apolo sobre Marsias y Pan conmemoran las conquistas helénicas de Frigia y Arcadia así como la sustitución de los instrumentos de viento por los de cuerda en esas regiones, salvo entre los campesinos. El castigo de Marsias puede ser que se relacione con el rey sagrado a quien se desollaba ritualmente —lo mismo que Atenea retira a Palas su égida mágica— o con la corteza de un brote de aliso que se talla para fabricar un caramillo de pastor, siendo el aliso la personificación de un dios o un semidiós» (Graves, R., 1958, p. 71).

La competición musical entre Marsias y Apolo condensa toda una serie de oposiciones: la de los bárbaros y los griegos; la de los pastores de la montaña con costumbres medio animales y los habitantes cultos de la Ciudad; la de los instrumentos de viento (la flauta de uno o de dos tubos) y los instrumentos de cuerdas (la lira tiene siete); la de una

(1) Marsias tenía un hermano, Babis, que tocaba la flauta de un solo tubo, pero tan mal que Apolo le habría dispensado de tocar: volvemos a encontrar aquí el tema de los campesinos montañeros, extranjeros, groseros y ridículos a los que los griegos civilizados y conquistadores toleran el que conserven sus antiguas creencias con la condición de que honren igualmente a los dioses griegos. Pan, con su flauta y su rama de pino, es el doble mitológico de Marsias: es un dios de la Arcadia, región montañosa del centro del Peloponeso; Pan simboliza a sus pastores ágiles y velludos, de costumbres rudas y brutales como las de sus rebaños, de formas bestiales, gustos simplistas por siestas sombreadas, por una música ingenua y una sexualidad polimorfa (pan quiere decir «todo» en griego; el dios Pan tiene fama de probar indistintamente placeres homosexuales, heterosexuales y solitarios; una leyenda tardía supone que Penélope habría hecho el amor sucesivamente con todos sus pretendientes antes de la vuelta de Ulises, y que Pan habría nacido de esos múltiples amores).



sucesión monárquica y cruel de poder político (por la muerte periódica del rey o del gran padre y por su desollamiento) y una sucesión democrática; la de los cultos dionisiacos y los cultos apolónicos; la de la arrogancia de la juventud o de las creencias caducas de la vejez, llamadas ambas a inclinarse ante el control y la ley de la madurez. Marsias, efectivamente, está representado tan pronto como por un sileno, es decir, un sátiro viejo, como por un joven compañero de la gran diosa-madre de Frigia, Cibeles, inconsolable por la muerte de su servidor, y sin duda hijo y amante, Atis (2). Marsias calma su pena tocando la flauta. Este poder reparador seductor de Marsias sobre la madre de los dioses lo hace ambicioso y pretencioso, lo que provoca el desafío de Apolo para determinar cuál de los dos producirá con su instrumento la mejor música. Cibeles dio su nombre al monte Cibeleo, en donde nace el río Marsias, y en cuya cima estaba construida la ciudadela frigia de Celene.

Un mito —este principio lo he enunciado ya (Anzieu D., 1970)— obedece a una doble codificación, una codificación de la realidad externa, botánica, cosmológica, socio-política, toponímica, religiosa, etc., y una codificación de la realidad psíquica interna por su correspondencia con los elementos codificados de la realidad externa. Mi idea es que el mito de Marsias es una codificación de esta realidad psíquica particular que yo llamo el Yo-piel.

Lo que llama mi atención en el mito de Marsias y constituye su especificidad en relación con los otros mitos griegos es, primero, el paso de la envoltura sonora (proporcionada por la música) a la envoltura táctil (proporcionada por la piel); y, segundo, la transformación de un destino maléfico (que se inscribe en y por la piel desollada) en un destino benéfico (esta piel conservada preserva la resurrección del Dios, el mantenimiento de la vida y la vuelta de la fecundidad al país). En mi análisis de este mito griego no retendré más que los elementos básicos o mitemas que se relacionan directamente con la piel (y que se encuentran figurados en las expresiones corrientes del lenguaje actual: se triunfa completamente sobre un adversario cuando se conserva la piel, se está a gusto dentro de su piel cuando se la conserva entera; pudiendo ser las mujeres las mejores inseminadas por los hombres por lo que ellas tienen en la piel). La comparación con otros mitos griegos, en los que la piel interviene solamente de forma accesoria, me permitirá verificar y completar la lista de mitemas fundamentales de la piel y dejar entrever la posibilidad de una clasificación estructural de estos

(2) Fue Frazer en *le Rameau d'or* (1890-1915, tr. fr., tomo 2, cap. V) quien tuvo la idea de relacionar a Marsias con Atis (y también con Adonis y con Osiris). El tema común es el del destino trágico del hijo demasiado amado por una madre que quiere conservarlo amorosamente para ella.

mitos según la presencia o la ausencia de tal o cual mitema y según su sucesión y combinación.

### Primera parte del mito

Ante todo evocaré brevemente la historia de Marsias antes de que la piel entrara en escena, historia bastante común de rivalidad abierta y de deseos incestuosos velados: A mi parecer, esto manifiesta que las funciones originarias del Yo-piel, en la ontopsicogénesis, resultan cubiertas, ocultadas y alteradas por los procesos primarios y también por los secundarios relacionados con el desarrollo pregenital y genital y con la edificación del funcionamiento psíquico.

Un día, Atenea hizo una flauta de dos tubos con huesos de ciervo y la tocó en un banquete de los dioses. Se preguntaba por qué Hera y Afrodita reían en silencio, tapándose la cara con las manos, mientras los otros dioses estaban encantados con la música. Se marchó sola a un bosque de Frigia, al borde de un río, y miró su imagen soplando la flauta reflejada en el agua: sus mejillas infladas y su cara congestionada le daban un aspecto grotesco (3). Tiró la flauta profiriendo una maldición sobre aquel que la recogiera. Marsias tropezó con esa flauta y apenas la había acercado a sus labios cuando la flauta, acordándose de la música de Atenea, se puso a tocar sola. Marsias recorrió así Frigia siguiendo a Cibeles a quien consolaba por la muerte de Atis, encantando a los campesinos, quienes exclamaban que el mismo Apolo con su lira no habría podido tocar mejor. Marsias tuvo la imprudencia de no contradecirles. De aquí la cólera de Apolo que le propuso el concurso ya citado, concurso cuyo vencedor infligiría al vencido un castigo a su elección. El orgulloso Marsias aceptó. El jurado estaba compuesto por las Musas (4).

El concurso se desarrollaba sin que se impusiera un vencedor; las Musas estaban encantadas por ambos instrumentos. Entonces Apolo desafió a Marsias a hacer como él: tocar y cantar al mismo tiempo,

(3) Este episodio ilustra lo que, por contraste con la envidia del pene, convendría llamar el horror del pene en la mujer. La virgen y guerrera Atenea se horroriza al ver su cara transformada en un par de nalgas con un pene que cuelga o que se yergue en el medio.

(4) Según algunas versiones, el jurado estaba presidido por el dios del monte Tmolos (lugar de concursos), e incluía también a Midas, el rey de Frigia, introductor del culto a Dionisio en este país. Cuando Tmolos dio el premio a Apolo, Midas objetó la decisión. Para castigarle, Apolo le hizo crecer las famosas orejas de asno (castigo apropiado para alguien que no tenía oído musical!); escondidas en vano bajo el gorro frigio, que terminaron por ser la causa de una vergüenza mortal para el que las llevaba (Graves, *op. cit.*, p. 229). Según otras versiones, el concurso que Midas arbitró sería el concurso siguiente entre Apolo y Pan.

poniendo su instrumento al revés. Evidentemente, Marsias fracasó, mientras que Apolo tocaba su lira vuelta del revés y cantaba himnos tan maravillosos, en honor a los dioses del Olimpo, que las Musas no tuvieron más remedio que darle el premio (Graves, *op. cit.*, pp. 67-68). Allí empieza la segunda parte del mito, la que concierne específicamente a la piel. Aquí sigo la versión de Frazer (*op. cit.*, pp. 396-400) de la que voy a ir extrayendo los mitemas subyacentes.

## Segunda parte: los nueve mitemas

**Primer mitema:** Apolo ha colgado de un pino a Marsias. No es que lo colgara por el cuello, lo que habría provocado su muerte por el estrangulamiento, sino que lo colgó por los brazos a una rama del árbol, lo que permite despedazar o sangrar fácilmente a la víctima. Frazer ha reunido una serie impresionante de ejemplos de dioses colgados (incluso de sacerdotes o de mujeres que se cuelgan voluntaria o ritualmente). Estos sacrificios, humanos en su origen, fueron reemplazados poco a poco por sacrificios de animales y después de efigies.

Este mitema, a mi juicio, está relacionado con la verticalidad del hombre por oposición a la horizontalidad del animal. Habiendo salido de la infancia y de la animalidad, el hombre se sostiene de pie apoyándose en el suelo (como el bebé se apoya en la mano de su madre para levantarse). Es la verticalidad positiva (aumentada por el pino, el árbol más vertical que existe). El castigo consiste en infligir la verticalidad negativa: la víctima permanece vertical pero suspendida en el aire (a veces con la cabeza hacia abajo), posición dolorosa y humillante que la expone sin defensa a todos los suplicios y que reproduce el desamparo del lactante no sostenido o mal sostenido por su madre.

**Segundo mitema:** La víctima suspendida desnuda con la piel cortada o agujereada a golpe de lanza para que se vacíe de la sangre (ya sea para fertilizar la tierra o para llamar a los vampiros evitando que ataquen a los allegados, etc.). Este mitema, ausente en el mito de Marsias, está universalmente extendido en conjunción con el precedente; Edipo, recién nacido, tiene los tobillos agujereados y está colgado horizontalmente de un bastón; Edipo Rey se hace saltar los ojos a la vista del cadáver de Yocasta que cuelga, estrangulada, de una cuerda. Cristo está clavado a una cruz; san Sebastián, atado a un árbol, está atravesado por flechas; tal santa, en la misma posición, tiene los pechos cortados; a los prisioneros de los Aztecas, boca abajo con la espalda contra una gran piedra, se les arranca el corazón, etc.

A mi modo de ver, este mitema está en relación con la capacidad de la piel para contener el cuerpo y la sangre, y que el suplicio consis-

te en romper la continuidad de la superficie continente, agujereándola con orificios artificiales. Esta capacidad continente es respetada por los griegos en Marsias.

**Tercer mitema:** Marsias es desollado entero y vivo por Apolo y su piel vacía permanece suspendida clavada al pino. El propietario del prisionero sacrificado por los sacerdotes aztecas vestía la piel de éste durante veinte días. San Bartolomé fue desollado vivo, pero no se conservó su piel. Octave Mirbeau ha descrito en *Le Jardin des supplices* (1899) a un hombre desollado que arrastraba su piel detrás de él como una sombra, etc.

A mi modo de ver, si la piel arrancada del cuerpo conserva la integridad, representa la envoltura protectora, el para-excitación que hace falta fantasmáticamente tomar de otro para tenerla o para revestir o reforzar la suya propia, pero con el peligro de que haya sido recortada.

Esta piel para-excitación es preciosa. Como el Toisón de oro, custodiado por un temible dragón, que Jasón tiene la misión de conquistar, piel de oro de un carnero sagrado ofrecido antaño por Zeus a dos niños amenazados de muerte por su madrastra; Medea, la hechicera, protege a su amante proporcionándole un bálsamo con el que se unta todo el cuerpo y que le protege de las llamas y heridas durante veinticuatro horas. Y también está la piel de Aquiles convertida en invulnerable por su madre, una diosa que, suspendiendo al niño por un talón (mitema número 1), le sumerge en el agua infernal del Estigia.

Con este mitema es con el que el destino de Marsias, hasta ahora maléfico, se convierte en benéfico gracias al mantenimiento de la integridad de su piel.

**Cuarto mitema:** La piel intacta de Marsias se conservaba, aún en la época histórica, al pie de la ciudadela de Celea; estaba colgada de una gruta de donde brotaba el río Marsias, un afluente del Meandro. Los frigios veían en ella el signo de la resurrección de su dios colgado y desollado. Sin duda existe la intuición de que un alma personal —un Sí mismo psíquico— subsiste mientras que una envoltura corporal garantiza su individualidad.

La égida de Zeus condensa los mitemas uno, tres, cuatro, cinco y seis. Salvado por astucia de la madre de ser devorado por el padre, Zeus es alimentado por la cabra Amaltea que le esconde colgándolo de un árbol y que, al morir, le lega su piel para que se haga una armadura. Protegida a su vez por esta égida, su hija Atenea vence al gigante Palas y le quita la piel. La égida no solamente constituye un escudo perfecto en los combates, sino que permite que la fuerza de Zeus se extienda y cumpla su destino específico, que es el de convertirse en el señor del Olimpo.

Hay un quinto mitema, frecuente en los ritos y las leyendas de dife-



rentes culturas, que en una primera lectura parece ausente del mito de Marsias. De alguna manera es el complemento, en negativo, del cuarto mitema. La cabeza de la víctima se separa del resto del cuerpo (que se puede quemar, comer, enterrar); la cabeza se conserva celosamente, bien para asustar a los enemigos o para solicitar los favores del espíritu del muerto multiplicando los cuidados de uno y otro órgano de esta cabeza: la boca, la nariz, los ojos, las orejas...

A mi parecer, este quinto mitema está construido sobre la antinomia siguiente: o bien se conserva sólo la cabeza después de haber sido separada del cuerpo, o bien se conserva globalmente la piel incluidos la cara y el cráneo. Esto no constituye únicamente el vínculo entre la periferia (la piel) y el centro (el cerebro) que aquí se destruye o se reconoce; es ante todo el vínculo entre la sensibilidad táctil, extendida por toda la superficie del cuerpo, y los otros cuatro sentidos externos localizados en la cara. La individualidad de la persona, enunciada por el cuarto mitema que pone el acento en la resurrección (es decir, por ejemplo, la vuelta regular a la conciencia de sí al despertar), requiere la puesta en relación de las diferentes cualidades sensoriales de ese continuum de fondo proporcionado por la representación de la piel global.

Si la cabeza cortada se conserva prisionera mientras el resto del cuerpo se tira o destruye, el espíritu del muerto pierde toda voluntad propia; está alienado por la voluntad del propietario de su cabeza. Ser sí-mismo es, en primer lugar, tener una piel para sí y, en segundo lugar, servirse de ella como de un espacio donde situar sus sensaciones.

La égida de Zeus no solamente le resguardaba de los enemigos, sino que la horrible cabeza de la Gorgona fijada sobre ella les dejaba estupefactos. Guiado por un escudo de bronce pulido que Atenea tenía encima de su cabeza, Perseo pudo vencer a la horrible Gorgona y decapitarla; en agradecimiento, donó la cabeza a Atenea, quien la utilizó para reforzar el poder de la égida.

**Sexto mitema:** Bajo el emblema de esta piel suspendida e inmortal del dios flautista, Marsias brotó, impetuoso y ruidoso, el río Marsias con abundantes aguas, promesas de vida para la región y cuyos fragores, que las paredes de las cavernas hacen repercutir, producen una música que encanta a los frigios.

La metáfora es clara. Por una parte, este río representa a las pulsiones de vida, con su fuerza y sus encantos. Por otra, la energía pulsional sólo está disponible para aquellos que han preservado la integridad de su Yo-piel, apoyado en la envoltura sonora y en la superficie cutánea a la vez.

**Séptimo mitema:** El río Marsias es también una fuente de fecundidad para la región: asegura la germinación de las plantas, la reproducción de los animales y el alumbramiento de las mujeres.

Aquí también la metáfora es explícita: la realización sexual requie-

re la adquisición de una seguridad narcisística de base, un sentimiento de bienestar de la piel.

El mito de Marsias permanece mudo con relación a las cualidades de la piel que estimulan el deseo sexual. Otros mitos, cuentos o narraciones de ficciones se refieren a ella: la piel de la madre deseable para el niño es vivida como *Venus con pieles* (Sacher-Masoch); la piel del padre que tiene proyectos incestuosos es vivida por la niña como *Piel de asno* (Perrault).

El exceso de deseo sexual es tan peligroso para la fecundidad como su carencia. Edipo, que tuvo la desmesura de hacer cuatro niños a su madre, sume a Tebas en la esterilidad.

**Octavo mitema:** La piel de Marsias, colgada en la gruta de Celeus, permanecía sensible a la música del río y a los cantos de los fieles; vibraba al son de las melodías frigias, pero permanecía sorda e inmóvil a los sonos en honor de Apolo.

Este mitema ilustra el hecho de que la comunicación originaria entre el bebé y el entorno materno y familiar es un espejo táctil y sonoro a la vez. Comunicar es, ante todo, entrar en resonancia, vibrar en armonía con el otro.

El mito de Marsias se detiene aquí, pero otros mitos me llevan a proponer un último mitema.

**Noveno mitema:** La piel se destruye a sí misma o es destruida por otra piel. El primer caso tiene como alegoría *la Peau de chagrin* (Balzac); la piel individual se encoge simbólicamente de forma proporcional a la energía que ella hace posible gastar para vivir y, paradójicamente, su buen funcionamiento se acerca y nos acerca a la muerte por un fenómeno de autodesgaste. El segundo caso es el de la piel mortífera, ilustrado por dos célebres mitos griegos; la ropa y las joyas, voluntariamente envenenadas que Medea hace llevar a su rival, la queman en el momento en que recubre con ellas su piel, y también a su padre que corrió a socorrerla y a todo el palacio real; la túnica, involuntariamente envenenada por Deyanira con la sangre y el esperma del pérfido centauro Neso (que había abusado de ella física y moralmente) se pega a la piel de su infiel marido Heracles y el veneno, recalentado por el contacto, penetra en la piel del héroe y le corroe; intentando arrancar esta segunda piel corrosiva, Heracles arranca jirones de su propia carne; loco de dolor y para librarse de esta envoltura autodestructora, no encuentra otra solución que la de inmolarse por medio del fuego, en una hoguera que por misericordia su amigo Filoctetes acepta encender.

¿A qué corresponde psicológicamente este mitema? A los ataques fantasmáticos eventualmente acompañados de actuaciones contra los contenidos del cuerpo y del pensamiento, conviene añadir las nociones de ataques contra el continente, de vuelta contra el continente, de

ataques contra el contenido, e incluso de vuelta del continente contra sí mismo, nociones sin las que la problemática masoquista no puede explicarse. Los ocho primeros mitemas, cuyo encadenamiento constituye el mito particular de Marsias son, cada uno a su modo, el lugar de un combate análogo, de un conflicto interno del que el concurso entre Apolo y Marsias constituye una figuración.

A mi parecer, esta vuelta destructora tiene aparejada una vuelta creadora que consiste, como ha demostrado Guillaumin (1980), en volver imaginariamente la piel como un guante, haciendo del contenido un continente, del espacio del interior una llave para estructurar el exterior, del sentir interno una realidad cognoscible.

Volvamos a la novela de Sacher-Masoch. El episodio final de la *Venus de las pieles* presenta una variante del primer mitema de Marsias. Séverin ha asistido, escondido, al comercio sexual entre su amante, Wanda, y el amante de ésta, el Griego: así, es el deseo voyerista de Séverin el que va a ser castigado, como el deseo exhibicionista lo ha sido en Marsias. Wanda abandona entonces a Séverin, sólidamente atado a una columna, a los latigazos del Griego, de la misma forma que Atenea, a causa de su imprecación, devolvió a Marsias a Apolo para que fuera desollado. En los textos griegos se sobreentiende que ella asiste al suplicio. Esta analogía está reforzada por otros detalles. Sacher-Masoch describe la belleza del Griego comparándolo con una estatua antigua de Efebo; es una forma indirecta de decir que es tan bello como Apolo. Las últimas frases de la novela explicitan la renuncia de Séverin a su sueño masoquista: ser azotado por una mujer, incluso disfrazada de hombre, puede pasar; pero «ser desollado por Apolo» (esta es la penúltima línea del texto), por un Griego robusto con apariencia ambigua de mujer travestida, por un Griego que pega demasiado fuerte, no puede ser. La satisfacción ha llegado a un punto de horror insostenible.

Los nueve mitemas del mito griego de Marsias aportan una confirmación indirecta de la teoría (que expongo en el capítulo 7) de las nueve funciones del Yo-piel.

## 5. PSICOGENESIS DEL YO-PIEL

### El doble feed-back en el sistema diádico madre-niño

A partir de 1970 se ha desarrollado un interés científico considerable sobre los recién nacidos. Fundamentalmente las investigaciones del pediatra Berry Brazelton (1981), que se desarrollaron primero en Inglaterra y después en los Estados Unidos paralelamente a mis propias reflexiones sobre el Yo-piel pero independientemente de ellas, aportan una interesante confirmación y unas precisiones complementarias. Con la finalidad de estudiar lo más precoz y sistemáticamente posible la diada lactante-entorno (que prefiero llamar maternante que materno para no limitar el entorno a la madre biológica), Brazelton ha puesto a punto en 1973 una *Escala de evaluación del comportamiento del recién nacido*, ampliamente aplicada después en los Estados Unidos, de la que Bazelton saca los siguientes resultados:

1. Ya en el nacimiento y en los días siguientes el niño presenta un esbozo de Yo, por las experiencias sensoriales hechas ya hacia el final de la vida intrauterina y, sin duda también, por el código genético que predeterminaría su desarrollo en este sentido. Para sobrevivir, el recién nacido necesita no sólo recibir los cuidados repetidos y ajustados de un entorno maternante, sino también: a) emitir, en relación con este entorno, las señales susceptibles de desencadenar y afinar estos cuidados; b) explorar el entorno físico en busca de los estímulos necesarios para ejercer sus potencialidades y activar su desarrollo sensoriomotor.

2. En la situación diádica, el bebé no es un compañero pasivo sino activo (cf. M. Pinol-Douriez, 1984); está en interacción constante con el entorno en general y con el entorno maternante en particular, desde que éste está presente, desarrollando rápidamente las técnicas adecuadas para hacerlo presente cuando lo necesita.

3. El bebé solicita a los adultos que lo rodean (en primer lugar a su madre) en la misma medida en que el adulto solicita al bebé. Esta doble sollicitación (que correspondería a determinismos epigenéticos, previstos o preparados por el código genético) se desarrolla según un



encadenamiento que Brazelton compara con el fenómeno físico del feed-back; es decir, en cibernética, con el bucle de autorregulación propia de los sistemas asistidos. La solicitud mutua permite al bebé actuar sobre el entorno humano (y, por intermedio de éste, sobre el entorno físico), adquirir la distinción fundamental entre animado e inanimado, imitar las imitaciones de algunos de sus gestos que los adultos le reenvían, preparándose así a la adquisición de la palabra. Esto presupone —hablaré de ello más adelante— el considerar la diada madre-lactante como un único sistema formado por elementos interdependientes que se comunican informaciones y en el que el feed-back funciona en los dos sentidos, desde la madre hacia el bebé y desde el bebé hacia la madre.

4. Si el entorno maternante no entra en este juego de solicitud recíproca y no alimenta esta doble retroalimentación o si un déficit del sistema nervioso priva al bebé de tomar iniciativas sensomotrices en relación con su entorno y/o de responder a las señales emitidas con esta intención, el bebé presenta reacciones de retraimiento y/o de cólera, que son pasajeras si la frialdad, la indiferencia y la ausencia del entorno maternante son también pasajeras (como ha observado experimentalmente Brazelton, pidiendo a las madres habitualmente comunicativas que mantengan un rostro impasible y que se abstengan voluntariamente, durante algunos minutos, de cualquier manifestación en relación con sus bebés). Estas reacciones tienden a convertirse en permanentes, intensas y patológicas si la no respuesta del entorno maternante persiste.

5. Los padres sensibles al feed-back enviado por el bebé se guían por él para actuar, para cambiar eventualmente de actitud y para sentirse seguros en el ejercicio de su función paterna. Un bebé pasivo e indiferente (como consecuencia de un traumatismo intraterino o de un fallo en el código genético) es la causa de la incertidumbre y del desconcierto de los que se ocupan de él; hasta el punto, como ha detectado M. Soulé (1978), de volver loca a su madre cuando esta madre no tiene ningún problema de esta clase con sus otros hijos.

6. Hay modelos de comportamiento psicomotor que se constituyen precozmente en el bebé como consecuencia de estas interacciones; si han sido exitosos, repetidos y aprendidos, se convierten en el comportamiento preferido y son precursores de los modelos cognitivos ulteriores. Aseguran el desarrollo de un estilo y de un temperamento propios del lactante, los cuales, a su vez, proporcionan una parilla que se convierte, para el entorno, en un medio de prever las reacciones del bebé (de los ciclos de alimento, por ejemplo, de sueño o

de tal tipo de actividad) y que determina el nivel de espera de los que lo maternan (cf. Ajuriaguerra: el niño es «creador de madre»). Entonces los miembros del entorno empiezan a considerarlo como una persona, es decir, como poseedor de un Yo individual. Lo rodean, como dice Brazelton, de una «envoltura de maternaje» constituida por un conjunto de reacciones adaptadas a su personalidad singular. Brazelton habla también de un «envoltura de control» que es recíproca de la precedente: las reacciones del bebé rodean con una envoltura de control su entorno humano al que él obliga a tener en cuenta sus reacciones. Brazelton habla igualmente del sistema de doble feed-back como de una «envoltura» que engloba a la madre y al lactante (lo que corresponde a lo que yo llamo Yo-piel).

7. El estudio experimental de los lactantes ha precisado la naturaleza de algunos de los bucles específicos del feed-back que han sido posibles gracias a las etapas sucesivas de la maduración nerviosa y cuya experiencia realiza el bebé si el entorno le da la ocasión:

- La mirada prolongada del bebé fija en la mirada de la madre, entre las 6 semanas y los 4 meses aproximadamente (antes de los 3-4 meses, el bebé atrae la atención del adulto con la mirada; después de los 3-4 meses, por los contactos corporales, y después, las vocalizaciones).
- La identificación precoz que realiza el bebé (de algunos días o semanas) de la melodía habitual de la voz materna, con efectos de cesación de la agitación y de estimulación de ciertas actividades.
- Los mismos efectos se producen cuando se le presenta al bebé una tela impregnada del olor materno.
- La distinción refleja del bebé, seis horas después del nacimiento, entre un sabor bueno (azucarado), un sabor neutro (agua insípida) y un sabor malo (en tres grados crecientes, salado, ácido y amargo), las modulaciones progresivas de esas distinciones reflejas durante los meses que siguen, de acuerdo con los estímulos, las prohibiciones, las exhortaciones del entorno maternante y el bebé que aprende a leer en la mímica de la madre lo que ella considera como bueno o como malo para él y que no corresponde siempre exactamente (incluso en absoluto) al esquema reflejo originario del bebé (Chiva, 1984).
- La percepción de los sonidos verbales como distintos de otros sonidos y su diferenciación según las mismas categorías que los adultos desde los dos meses.

8. El éxito del bebé en interacción con el entorno maternante al conducir correctamente cualquiera de estos bucles sucesivos de feed-back añade a sus capacidades de discriminación sensorial, de efectos

motrices y de emisión significativa, una fuerza que le empuja a experimentar otros bucles para intentar nuevos aprendizajes. El bebé adquiere un poder de control endógeno que va desde un sentimiento de confianza en sus empresas hasta un sentimiento euforizante de una omnipotencia ilimitada; en la medida en que cada paso es controlado, la energía, lejos de disiparse por la descarga en la acción, aumenta por el éxito (fenómeno de recarga libidinal, según el psicoanálisis) y se carga libidinalmente con anticipación a la etapa siguiente; este sentimiento de una fuerza interior es indispensable al bebé para cumplir las reorganizaciones de sus esquemas senso-motores y afectivos, necesarios para su maduración y sus experiencias.

El éxito del bebé en sus experiencias sobre el entorno físico y humano suscita, por parte de éste, no sólo una aprobación, sino unas marcas anejas gratificadoras que el bebé intenta volver hacia sí para su placer: a la fuerza del deseo de lanzarse a empresas nuevas se añade la fuerza del deseo de ir por delante de los que los mayores esperan.

### Divergencias entre los puntos de vista cognitivo y psicoanalítico

Existe acuerdo entre la psicología experimental y el psicoanálisis en lo que concierne a la existencia, en el recién nacido, de un pre-Yo corporal dotado de un impulso integrador de los diversos datos sensoriales, de una tendencia a ir al reencuentro de los objetos y a realizar estrategias, a establecer relaciones de objeto con las personas del entorno maternante (entre las que el apego es un caso particular), dotado de una capacidad de ajuste por la experiencia de las funciones corporales y psíquicas que el código genético y el desarrollo intrauterino han puesto a su disposición, entre ellas la capacidad de discernir los ruidos y sonidos no verbales y reconocer, en el interior de estos, las distinciones fonológicas pertinentes en la lengua hablada en torno a él, dotado de la capacidad de emitir las señales intencionadas hacia el entorno (mímicas y gritos primero y quizá emisión de olores, después mirada y postura y, después, gestos y vocalizaciones). Este pre-Yo corporal es un precursor del sentimiento de la identidad personal y de su sentido de la realidad, que caracterizan al Yo psíquico propiamente dicho. Da cuenta de dos hechos tanto objetivamente como subjetivamente constatables: por una parte, muy poco después del nacimiento, el ser humano es un individuo que posee su estilo particular y probablemente el sentimiento de ser un Sí-mismo único; por otra, su éxito en las experiencias anteriormente enumeradas proveen a su pre-Yo de un dinamismo que le empuja a emprender nuevas experiencias y que va acompañado de un verdadero sentimiento de júbilo.

No son menores las diferencias existentes entre una teoría de tipo cognitivo y una de tipo psicoanalítico. La primera acentúa la simetría entre el entorno maternante y el lactante que realiza un emparejamiento que tiende a un sistema homeostático. No me sorprende que el estudio de los bebés movilice en el observador ilusiones, por el cristal deformante a través del cual efectúa sus observaciones. Ahora resulta obsoleta la ilusión de un bebé pasivo, con un psiquismo del que se hace tabla rasa o considerado como cera blanda, con un psiquismo del que se prescinde o que cada cual moldea a su manera. Esta ha sido reemplazada por la ilusión de un bebé competente, dinámico, compañero, casi en igualdad, en las interacciones que forma con su madre si es también ella una compañera competente y dinámica, una pareja perfectamente adaptada y feliz, más próxima a un par de gemelos que a la diada complementaria pero disimétrica compuesta por un adulto, cuyo desarrollo se supone terminado, y un ser, si no prematuro, por lo menos inacabado. La misma ilusión gemelar se reaviva igualmente en el adulto por el enamoramiento: Berenstein y Puget (1984) han demostrado que la ilusión gemelar es el fundamento del emparejamiento amoroso. Sin embargo, no puede existir simetría si no está en relación con un plano (o con un eje). Compruebo que es una fantasía la que proporciona este plano —desconocido para los experimentalistas—, el de una piel común a la madre y al niño; esta fantasía tiene una estructura de interfaz; se trata de una interfaz particular que separa dos regiones del espacio que tienen el mismo régimen y entre las cuales se instaura así una simetría (si los regímenes son diferentes, o si son más de dos, la estructura de la interfaz se modifica, se enriquece, por ejemplo, con bolsas o con puntos de fractura).

Los psicoanalistas insisten (cf. fundamentalmente Piera Aulagnier, 1979) en la disimetría entre el paciente y el psicoanalista, entre el lactante y su entorno, entre la dependencia primera y el desamparo original (llamado así por Freud, 1895) a los que el paciente regresa como consecuencia del proceso psicoanalítico. Winnicott ha comprobado que, junto a los estados de integración del Yo físico y del Yo corporal, el bebé experimenta estados de no-integración que no son necesariamente dolorosos y que pueden acompañarse de un sentimiento eufórico de tener un Sí-mismo psíquico ilimitado o que, incluso, puede desear no comunicar porque se encuentra o demasiado bien o demasiado mal. El pequeño adquiere poco a poco un esbozo de comprensión del lenguaje humano, aunque limitado a la segunda articulación y sin poseer él mismo la posibilidad de poder utilizarlo para emitir mensajes; la primera articulación se le escapa; vive este misterio sonoro y su impotencia semiótica entre dolor y cólera, como una violencia psíquica fundamental que se ejerce sobre él —lo que Piera Castoriadis-Aulagnier (1975) ha llamado la «violencia de la interpretación»—, sin



contar la brutalidad de las agresiones físicas y químicas a las que su cuerpo está expuesto, sin hablar de la «violencia fundamental» (Berge-ret, 1984) del odio, del rechazo, de la indiferencia, de los malos cuidados y de los golpes que provienen del entorno humano. Esta dependencia, cada vez peor soportada, de una madre que es el «portavoz» (Piera Castoriadis-Aulagnier, 1975) necesario para sus necesidades, esta violencia actualiza en su Yo psíquico naciente la imagen de la madre persecutora que suscita fantasías terroríficas y que le obliga a movilizar mecanismos de defensa inconscientes que van a frenar, parar o destruir el feliz desarrollo esbozado anteriormente: el dismantelamiento detiene el dinamismo integrador de las sensaciones; la identificación proyectiva impide el feed-back para constituirse en bucle; la escisión múltiple desparrama, en un espacio nebuloso que no es ni interno ni externo, aglomerados de partes del Sí-mismo y de partes del objeto; un cinturón de rigidez muscular o de agitación motriz o de sufrimiento físico constituye una segunda piel psicótica o un caparazón autístico, o una envoltura masoquista que suplen, enmascarándolo, al Yo-piel desfalleciente.

Una segunda divergencia se desprende del hecho de que Brazelton trabaja sobre los comportamientos y de acuerdo con el esquema de estímulo-respuesta, mientras que el psicoanalista trabaja sobre las fantasías relacionadas con conflictos inconscientes y con organizaciones específicas del espacio psíquico. Brazelton llega a considerar, justamente, que los múltiples feed-back puntuales que intervienen en la relación lactante-entorno maternante consituyen un sistema dinámico, incluso económico, y crean una realidad psíquica nueva de naturaleza topográfica que llama «envoltura», sin precisar de qué se trata. Envoltura es una noción abstracta que expresa el punto de vista de un observador minucioso pero exterior. No obstante, el bebé tiene una representación concreta de esta envoltura, proporcionada con la realización de una experiencia sensorial frecuente, a saber, la piel, una experiencia sensorial infiltrada de fantasías. Son estas las fantasías cutáneas que visten su Yo naciente de una figuración imaginaria, ciertamente, pero que moviliza, tomando una expresión de Paul Valéry (1), lo más profundo que hay en nosotros que es nuestra superficie. Son ellas las que jalonan los niveles de estructuración del Yo y las que traducen las fallas. El desarrollo de los demás sentidos está en relación con la piel, superficie fantaseada como «originaria» (en el sentido en que P. Castoriadis-Aulagnier, 1975, entiende lo originario, como precursor y fundamento del funcionamiento psíquico primario).

(1) *La idea fija: «Lo más profundo del hombre es la piel»*. «Y además médula, cerebro, todo lo necesario para sentir, padecer, pensar... ser profundo...», ison invenciones de la piel... Por más que profundizamos, doctor, somos... ectodermo». (P. Valéry, *La Pléiade*, tomo 2, pp. 215-216).

Como psicoanalista, encuentro aquí una tercera divergencia en la interpretación de los resultados experimentales. Según los psicólogos cognitivistas, el sentido del tacto no se encuentra entre los primeros en desarrollarse. Las sensibilidades gustativa, olfativa, auditiva, cuya existencia está ya probada desde el nacimiento, permiten al bebé la identificación de su madre (y la identificación consecutiva con su madre), así como un esbozo de diferenciación entre lo que es bueno o malo para él. A continuación, cuando el niño pequeño entra en el universo de las comunicaciones intencionales, las ecopraxias, las ecolalias y las ecorritmias jugarían un papel más decisivo que lo que yo he propuesto llamar ecotactilismos, o intercambios significativos de contactos táctiles.

Tengo que poner algunas objeciones a esta minimización del papel de la piel en el desarrollo del psiquismo. En el embrión, por no decir en el recién nacido, la sensibilidad táctil es la primera en aparecer (cf. p. 24) y ahí está, sin duda, la consecuencia del desarrollo del ectodermo, fuente neurológica común a la piel y al cerebro. El acontecimiento del nacimiento aporta al niño, en su momento, una experiencia de masaje de todo el cuerpo y de frotamiento generalizado de la piel durante las contracciones maternas y la expulsión fuera del envoltorio vaginal dilatado hasta las dimensiones del niño. Se sabe que estos contactos táctiles naturales estimulan el desencadenamiento de las funciones respiratorias y digestivas; en caso de insuficiencia son reemplazados por contactos artificiales (sacudidas, baños, envoltorios calientes, masajes manuales). El desarrollo, después, de las actividades de las comunicaciones sensoriales por el oído, la vista, el olfato y el gusto resulta favorecido, en su momento, cuando las personas del entorno sostienen al niño, le tranquilizan apretando su cuerpo contra el suyo, sosteniendo su cabeza a su columna vertebral. Como lo demuestra el lenguaje corriente que habla de «contacto» para todos los sentidos (se contacta por teléfono con alguien que se escucha a distancia, sin verle; se tiene buen contacto con alguien que se ve pero que no se toca), la piel es la referencia básica a la que espontáneamente se refieren los distintos datos sensoriales. La piel, aun suponiendo que no posee la anterioridad cronológica, posee una primacía estructural sobre todos los otros sentidos, al menos por tres razones. Es el único sentido que recubre todo el cuerpo. En sí misma contiene diferentes sentidos (calor, dolor, contacto, presión...) cuya proximidad física entraña la continuidad psíquica. Finalmente, como señala Freud alusivamente (1923), el tacto es el único de los cinco sentidos externos que posee una estructura reflexiva: el niño que toca con el dedo las partes de su cuerpo experimenta las dos sensaciones complementarias de ser un trozo de piel que toca, al mismo tiempo que de ser un trozo de piel que es tocado. Según el modelo de la reflexividad táctil es como se

construyen las otras reflexividades sensoriales (escucharse emitir sonidos, oler su propio olor, mirarse en el espejo), y después la reflexividad sensorial del pensamiento.

### Particularidades del Yo-piel considerado como interfaz

Ahora puedo precisar mi concepción del Yo-piel. Llamo así al entorno maternante porque «rodea» al niño con una envoltura externa de mensajes que se ajusta con cierta suavidad dejando un espacio disponible a la envoltura interna, a la superficie del cuerpo del bebé, lugar e instrumento de emisión de mensajes: ser un Yo es sentir la capacidad de emitir señales que los demás reciben.

Esta envoltura a medida termina la individualización del bebé por el reconocimiento que le aporta la confirmación de su individualidad: tiene su estilo, su temperamento propio, diferente de los demás sobre un fondo de parecido. Ser un Yo es sentirse único.

La distancia entre la hoja externa y la interna deja al Yo, en su progresivo desarrollo, la posibilidad de no hacerse comprender, de no comunicarse (Winnicott). Tener un Yo es poderse replegar sobre sí mismo. Si la hoja externa se adhiere demasiado a la piel del niño (cf. el tema de la túnica envenenada en la mitología griega), el Yo del niño es ahogado por su desarrollo, es invadido por los Yo del entorno; es una de las técnicas para volver loco al otro puesta en evidencia por Searles (1965).

Si la hoja externa es demasiado laxa, el Yo carece de consistencia. La hoja interna tiende a formar una envoltura lisa, continua, cerrada, mientras que la hoja externa tiene una estructura en red de malla (cf. el «tamiz» de las barreras de contacto según Freud, que expondré más adelante, p. 86). Una de las patologías de la envoltura consiste en una inversión de las estructuras: la hoja externa propuesta/impuesta por el entorno se hace rígida, resistente, cerradora (segunda piel muscular), y la hoja interna es la que se muestra agujereada, porosa (Yo-piel colador).

Desde mi punto de vista, el doble feed-back observado por Brazelton acaba por constituir una interfaz representada en forma de una piel común a la madre y al niño, interfaz en la que la madre se encuentra en un extremo y el niño en el otro. La piel común les mantiene unidos pero según una simetría que anuncia su próxima separación. Esta piel común, que conecta al uno con la otra, asegura a la pareja una comunicación sin intermediarios, una empatía recíproca, una identificación adhesiva: pantalla única que entra en resonancia con las sensaciones, afectos, imágenes mentales y ritmos vitales de los dos.

Con anterioridad a la constitución de la fantasía de piel común, el psiquismo del recién nacido está dominado por una fantasía intrauterina que niega el nacimiento y que expresa el deseo propio del narcisismo primario de un retorno al seno materno —fantasía de inclusión recíproca, de fusión narcisista primaria a la que arrastra, más o menos, a su propia madre vacía a causa del nacimiento del feto que llevaba; fantasía que la experiencia amorosa reaviva más tarde, según la cual, al abrazarse, cada uno envolvería al otro siendo, al mismo tiempo, envuelto por él. Las envolturas autísticas (cf. p. 245) traducen la fijación a la fantasía intrauterina y el fracaso del acceso a la fantasía de una piel común. Mas, precisamente a causa de este fracaso (ya sea debido a un fallo del programa genético, a un feed-back deficiente del entorno o a una incapacidad de fantasmaticización), el bebé, por una reacción prematura y patológica de auto-organización negativa, escapa al funcionamiento en sistema abierto, se protege con una envoltura autística y se retira dentro de un sistema cerrado, el de un huevo que no se abre.

La interfaz transforma el funcionamiento psíquico en sistema cada vez más abierto, lo que encamina a la madre y al niño hacia funcionamientos cada vez más separados. Pero la interfaz mantiene a los dos compañeros en una dependencia simbiótica mutua. La etapa siguiente requiere la desaparición de esta piel común y el reconocimiento de que cada uno tiene su propia piel y su propio Yo, lo que no se efectúa sin resistencia ni dolor. Estas son las fantasías de la piel arrancada, robada, de la piel magullada o mortífera que están actuando (cf. D. Anzieu, 1984).

Si las angustias ligadas a estas fantasías llegan a ser dominadas, el niño adquiere un Yo-piel que le es propio, según un proceso de doble interiorización:

- a) de la interfaz, que se convierte en una envoltura psíquica continente de los contenidos psíquicos (de aquí la constitución, según Bion, de un aparato para pensar los pensamientos);
- b) del entorno maternante, que se convierte en el mundo interior de los pensamientos, de las imágenes y de los afectos.

Esta interiorización tiene como condición lo que he llamado la doble prohibición del tocar (cf. cap. 10). La fantasía que está en juego, típica del narcisismo secundario, es la de una piel invulnerable, inmortal y heroica.

La fijación a cualquiera de estas fantasías, especialmente a la de la piel arrancada, los mecanismos de defensa puestos en juego para reprimirlas, proyectarlas, convertirlas en su contrario, sobrecargarlas eróticamente, juegan un papel especialmente evidente en las afecciones dermatológicas y las del masoquismo.



Resumiendo los trabajos postkleinianos, D. Houzel (1985, a) describe los estadios cada vez más complejos de la organización del espacio psíquico que convergen con la evolución del Yo-piel que acabo de esbozar. En el primer estadio (que Houzel denomina de forma discutible amorfo y que, de hecho, está marcado por la mamada del pecho-leche y por la fermentación intestinal), el lactante vive su sustancia psíquica como líquido (de aquí la angustia de vaciamiento) o como gaseosa (de aquí la angustia de explosión); la frustración provoca fisuras en el para-excitación que se esboza, que abren la puerta al vaciamiento o a la explosión; la falta de consistencia interna del Sí-mismo, a mi juicio, debe ser puesta en relación con la no-constitución de la primera función del Yo-piel (sostenimiento por apoyo en un objeto soporte).

En el segundo estadio, la aparición de los primeros pensamientos (que son pensamientos de ausencia y de carencia) hace tolerables las dehiscencias abiertas en la envoltura por las frustraciones. «El pensamiento es como una armazón interna». Pero —añado— éstos son pensamientos cuyo ejercicio requiere la seguridad de una continuidad del contacto con el objeto soporte convertido, además, en un objeto continente (cf. mi noción del pecho-piel), continuidad de contacto que encuentra su representación en la fantasía de una piel común. La relación de objeto se apoya en una identificación adhesiva (Meltzer, 1975). El Sí-mismo, aún no muy distinto del Yo, aparece como superficie sensible que permite la constitución de un espacio interno distinto del espacio externo. El espacio psíquico es bidimensional. «El significado de los objetos es experimentado como inseparable de las cualidades sensoriales que se pueden percibir en su superficie» (Meltzer, *ibid.*).

En el tercer estadio, con el acceso a la tridimensionalidad y a la identificación proyectiva, aparece el espacio interno de los objetos, parecido pero distinto del espacio interno del Sí-mismo, espacios en que se pueden proyectar o introyectar pensamientos; el mundo interno empieza a organizarse gracias a las fantasías de exploración del interior del cuerpo de la madre; se constituye el aparato para pensar los pensamientos; «se produce el nacimiento psíquico» (M. Mahler, en F. Tustin, 1972). Pero la simbiosis subsiste; el tiempo se para, es repetitivo u oscilante, cíclico.

En el estadio siguiente, la identificación introyectiva de los buenos padres combinados en la escena primitiva y fantaseados como fecundos y creadores conlleva la adquisición del tiempo psíquico. Existe ahora un sujeto que tiene una historia anterior y que puede pasar de la relación narcisista a una relación objetal. Las otras seis funciones positivas que yo atribuyo al Yo-piel (después del mantenimiento y la continencia), pueden desarrollarse; la función, negativa, de autodestrucción del continente se hace menos temible.

## Dos ejemplos clínicos

### Observación de Juanito

Una colega hispanoamericana, que escuchó una de mis conferencias sobre el Yo-piel, me cuenta este caso: Juanito, que sufre una malformación congénita, tuvo que ser operado en los Estados Unidos poco después de su nacimiento. Su madre, que interrumpió sus actividades familiares y profesionales para acompañarle, no pudo verlo durante semanas más que a través de un cristal, sin poder tocarlo ni hablarle. La operación tuvo éxito. Gracias a esas condiciones draconianas la convalecencia se desarrolló correctamente. Después del regreso a su país de origen, la adquisición de la palabra se desarrolló normal e incluso precozmente. Pero el niño, no lo dudamos, había conservado importantes secuelas psíquicas que motivaron la realización de una psicoterapia hacia los cinco o seis años.

El cambio decisivo de esta psicoterapia se produce en una sesión en la que Juanito despegó de la pared un gran trozo de papel adhesivo lavable y sin utilizar, dispuesto a propósito para que los niños pudieran pintar en las paredes con toda libertad. Corta este gran trozo de papel en trozos pequeños. Se desviste completamente y pide a su psicoterapeuta que pegue esos trozos por todo su cuerpo, exceptuando sus ojos, e insistiendo mucho en la doble necesidad de utilizar todos los trozos, por una parte y, por otra, de cubrir toda la superficie de su cuerpo sin dejar espacios libres (salvo para la mirada). A lo largo de las sesiones siguientes repite este juego del envolvimiento íntegro de su piel por su psicoterapeuta, y luego él realiza la misma operación con un bañista de celuloide.

Así, Juanito reparó las fallas de su Yo-piel, debidas a la carencia, inevitable durante semejante hospitalización, de los contactos táctiles y sonoros y de las manipulaciones corporales de la madre y del entorno maternante. El mantenimiento de un vínculo visual cotidiano con ella permitió salvaguardar el Yo naciente: de aquí que la necesidad, en el juego de empapelamiento con su psicoterapeuta, de mantener los ojos abiertos. Este niño inteligente, que tiene un buen dominio del lenguaje, supo verbalizar ante su psicoterapeuta las dos necesidades de su Yo corporal: la necesidad de sentir su piel como una superficie continua y la de registrar todos los estímulos recibidos del exterior e integrarlos en *sensorium commune* (un sentido común).

## Observación de Leonor

Colette Destombes, que conoce mi interés por el Yo-piel, me comunica una secuencia de la psicoterapia psicoanalítica de esta niña de unos nueve años cuyo fracaso escolar es patente. La niña, de inteligencia aparentemente normal, comprende al momento las explicaciones de la maestra, pero es incapaz de retenerlas de un día para otro. Aprende sus lecciones y las olvida inmediatamente. El síntoma se repite en la cura, haciendo ésta cada vez más difícil: la niña no se acuerda de lo que ha dicho o dibujado en la sesión precedente. Se muestra sinceramente desconsolada: «¿Se da usted cuenta de que no se puede hacer nada conmigo?» Su psicoterapeuta está a punto de abandonar pensando que se había encontrado con una deficiencia subyacente.

En una sesión en la que el síntoma aparece más flagrante que nunca, hace el último intento y dice a la niña: «En resumen, tu cabeza es un colador». La niña cambia de semblante y de tono: «¿Cómo lo ha adivinado usted?» Por primera vez Leonor recibe la formulación justa que ella tiene de su Yo y de su funcionamiento psíquico en lugar de los reproches explícitos e implícitos de su entorno. Explica que se siente exactamente así, que tiene miedo de que los demás se den cuenta y que hace todo lo posible para ocultarlo, agotando su energía mental en el hecho de disimular. A partir de este reconocimiento y de esta confesión se acuerda de sus sesiones. En la entrevista siguiente es ella la que propone espontáneamente a su terapeuta dibujar. Dibuja un bolso. Dentro del bolso, una navaja cerrada que abrirá mediante los dibujos realizados en las sesiones siguientes.

Así, por fin, Leonor ha podido revelar a alguien, a quien ha encontrado dispuesto a comprenderla, la pulsión que era su problema. El bolso es la envoltura desde ahora continua de su Yo-piel que le garantiza el sentimiento de la continuidad del Sí-mismo. La navaja es su agresividad inconsciente, negada, encerrada, vuelta sobre sí misma que perfora su envoltura psíquica de una parte a otra. Por los múltiples agujeros puede escaparse su envidia rencorosa y destructora sin demasiado peligro porque está escindida, fragmentada y proyectada en numerosos trozos. Al mismo tiempo, y por los mismos agujeros, su energía psíquica se vacía, su memoria se pierde, la continuidad de su Sí-mismo se pulveriza y su pensamiento no puede contener nada.

A partir de aquí, la psicoterapia se desarrolló normalmente, lo que no quiere decir sin dificultad. La niña liberó una agresividad cada vez más abierta y violenta, atacando y amenazando a su psicoterapeuta,

peuta, pero de una forma interpretable que constituía un progreso con relación a la fase precedente de reacción terapéutica negativa, en la que destruía en silencio a su psicoterapeuta y su aparato para pensar los pensamientos. Esta observación de Leonor pone en evidencia una configuración frecuente del Yo-piel que resulta de los ataques de odio inconscientes contra la envoltura psíquica continente: el Yo-piel colador.



## 6. DOS PRECURSORES DEL YO-PIEL: FREUD, FEDERN

### Freud y la estructura topográfica del Yo

Releyendo a Freud, me sorprende, como ha sorprendido a la mayor parte de sus sucesores, ver cómo las innovaciones que ellos propusieron se encuentran en germen ya en él, como pensamientos figurativos o como conceptos prematuramente esbozados y después abandonados. Voy a intentar demostrar cómo lo que la primera descripción dada en 1985 por S. Freud de lo que llamará, en 1896, el «aparato psíquico» (1) es una anticipación del Yo-piel gracias a la noción, abandonada posteriormente e inédita durante toda su vida, de las «barreras de contacto». Seguiré la evolución de Freud hasta una de sus últimas descripciones del aparato psíquico, la de «El bloc maravilloso» (1925), y me esforzaré en hacer evidente allí el paso a un modelo topográfico, cada vez más depurado, de referencias anatómicas y neurológicas, que requiere el apoyo implícito y tal vez originario del Yo en las experiencias y las funciones de la piel.

Sin duda, por su cultura y su espíritu científico, Freud piensa en términos de aparato, palabra que en alemán y en español significa tanto un conjunto natural como uno fabricado con piezas o con órganos para realizar un uso práctico o una función biológica. En los dos casos, el aparato en cuestión (en cuanto realidad material) está organizado por un sistema subyacente, realidad abstracta que preside la disposición de las partes, que dirige el funcionamiento del conjunto y que permite que los efectos buscados se reproduzcan. Como son, tomando de Freud los ejemplos sobre los que se apoya, un aparato eléctrico o un aparato óptico en el caso de los aparatos concebidos para el hombre y el aparato digestivo o uro-genital si se trata de los aparatos pertenecientes al organismo vivo. Una de las ideas nuevas de Freud fue estudiar el psiquismo como un aparato y concebir este aparato como articulador de sistemas diferentes (es decir, como un sistema de subsistemas).

(1) Carta a Fliess del 06-XII-1886, en Freud S., 1887-1902, tr. fr., p. 157).

## El aparato del lenguaje

En 1891, en su primera obra publicada, *Contribution à la conception des aphasies*, Freud forja la idea y la expresión de *aparato del lenguaje* (2). Criticando la teoría de las localizaciones cerebrales entonces reinante, se inspira explícitamente en los caminos evolucionistas de Hughlings Jackson: el sistema nervioso es un «aparato» altamente organizado que, en estado normal, integra los «modos de reacciones» correspondientes a «etapas anteriores de su desarrollo funcional» y que, bajo ciertas condiciones patológicas, libera modos de reacción de acuerdo con una «involución funcional» (trad. fr., p. 137). El aparato del lenguaje conecta dos sistemas (Freud habla de «complejos», no de sistemas), el de la representación de palabra y el que denominará, a partir de 1915, la representación de cosas y que en 1891 son para él las «asociaciones del objeto» o la «representación del objeto». El primero de estos «complejos» es cerrado (o cercado), mientras que el segundo es abierto.

Reproduzco a continuación la figura 8 del libro con el comentario de Freud (*ibid.*, p. 91):

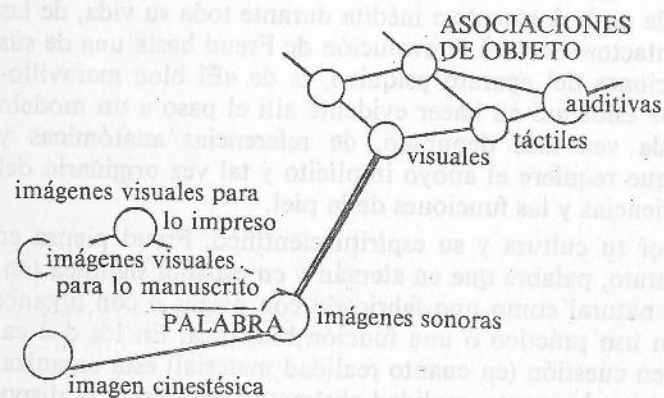


Figura 8.—Esquema psicológico de la representación de palabra.

«La representación de palabra aparece como un complejo representativo cerrado, la representación de objeto, por el contrario, como un complejo abierto. La representación de palabra no conecta con to-

(2) *Sprache apparatus*. «Aparato para hablar» es la traducción de J. Nassif (Freud, *l'Inconscient*, éditions Galilée, 1977, p. 266 y sig. El capítulo III está enteramente consagrado al comentario del libro de Freud sobre la afasia). M. Vincent y G. Diatkine proponen «aparato de lenguaje» (traducción con adición de notas, Instituto de Psicoanálisis, París). C. Van Reeth conserva la de «aparato del lenguaje» en su traducción francesa (aparecida en 1983) de la obra de Freud sobre la afasia; mis citas se cifien a esta traducción.

das las partes que constituyen la representación de objeto, sino únicamente con la imagen sonora. Entre las asociaciones de objeto, son las visuales las que representan el objeto de la misma forma que la imagen sonora representada la palabra. Las relaciones de la imagen sonora verbal con las otras asociaciones de objeto no están indicadas (5)».

Evidentemente, también el aparato del lenguaje reposa sobre un esquema neurológico. «Para representarnos la construcción del aparato del lenguaje nos basamos en la observación de que dichos centros del lenguaje son contiguos, hacia el exterior (en el borde), a otros centros corticales importantes para la función del lenguaje, en tanto que delimitan, hacia el interior (nuclearmente), una región que no se prueba por la localización y que probablemente es también un campo del lenguaje. El aparato del lenguaje se nos revela como una parte continua del cortex en el hemisferio izquierdo, entre las terminaciones corticales de los nervios acústicos y ópticos, y la de los haces motores del lenguaje y del brazo. Las partes del campo del lenguaje, contiguas a estas tareas corticales, adquieren —con una limitación necesariamente indeterminada— la significación de centros del lenguaje en el sentido de la anatomía patológica y no en el de la función» (*ibid.*, pp. 115-116).

Las lesiones situadas en esta periferia separan uno de los elementos asociados a la palabra de sus conexiones con los demás; éste no es el caso de las lesiones situadas en el centro.

Es éste el esquema psicológico que permite a Freud ver con claridad el esquema neurológico y clasificar las afasias en tres tipos:

- la afasia verbal, en la que sólo las asociaciones entre los elementos de la representación de palabra son las que están perturbadas (este es el caso de las lesiones periféricas con destrucción completa de uno de los supuestos centros del lenguaje);
- la afasia asimbólica, que separa la representación de palabra de la representación de objeto (la lesión periférica en este caso entraña una destrucción incompleta);
- la afasia agnósica, que afecta al reconocimiento de los objetos y en la que, como rebote, la incitación a hablar está perturbada por la agnosia (es éste un desorden puramente funcional del aparato del lenguaje, consecutivo a una lesión situada en el centro).

(5) Las asociaciones (acústicas, visuales, táctiles...) del objeto constituyen la *representación de objeto*. En 1915, en la última parte de su artículo sobre *El inconsciente*, Freud modifica su terminología y a partir de aquí hablará de *representación de cosa*, siempre como oposición a la representación de palabra, reservando la expresión de *representación de objeto* al resultado de la combinación *representación de cosa* y *representación de palabra*.



Del trabajo teórico de Freud sobre el aparato del lenguaje voy a retener tres rasgos importantes en la evolución de su pensamiento: el esfuerzo para separar el estudio del lenguaje de una estrecha correlación, término a término, con los datos anatómicos y neurofisiológicos y para buscar la especificidad del pensamiento verbal y del funcionamiento psíquico en general; la necesidad de clasificación ternaria (los tres tipos de afasia son el prelude del aparato psíquico); y una intuición topográfica original y de rico porvenir: lo que funciona como «centro supuesto» se encuentra situado en la «periferia».

## El aparato psíquico

En 1895, en los *Estudios sobre la histeria* escritos en colaboración con Breuer, Freud utiliza todavía los términos corrientes de «organismo» y de «sistema nervioso» (6). En el «Proyecto de una psicología científica» en 1895, diferencia el «sistema nervioso» (7) en tres sistemas que corresponden a tres tipos ficticios de neuronas, los sistemas  $\phi$ ,  $\psi$ ,  $\omega$ , con el papel clave de «barreras de contacto» entre los sistemas  $\phi$ ,  $\psi$ ,  $\omega$ ; y el conjunto forma el «aparato  $\phi, \psi, \omega$ », protegido del exterior por una pantalla para-cantidades constituida por los «aparatos de las terminaciones nerviosas».

En *La interpretación de los sueños*, publicada en 1899 pero con fecha de 1900, Freud introduce la expresión original de «aparato psíquico» (8). Se la había comunicado ya a Fliess el 6 de diciembre de 1896, relacionándola con su trabajo anterior sobre la afasia y, más precisamente, con el hecho de que la memoria emerge de un sistema psíquico diferente de la percepción, poseyendo no uno sólo, sino varios registros de los acontecimientos (el «rearreglo» de los trazos constituye una «reinscripción»). Este aparato psíquico está compuesto de tres sistemas que Freud generalmente llama instancias (9) (*Instanz*); consciente, pre-consciente e inconsciente, cuyas interacciones particulares parten de un hecho topográfico, esto es, están separadas por las dos censuras, y de una diferencia de finalidad, es decir, obedecen a principios de funcionamiento distintos.

La propiedad esencial de este aparato —aparato del lenguaje; aparato  $\phi, \psi, \omega$ ; aparato psíquico— es establecer asociaciones, conexiones

(6) Treinta años más tarde, en la última frase de este libro, en su reedición de 1925, reemplaza significativamente *Nervensystem* por *Seelenben* (vida psíquica).

(7) La traducción francesa lo llama «sistema neurónico».

(8) Freud escribe indistintamente *psychischer* o *seelischer Apparat* (aparato psíquico o mental).

(9) La *Standard Edition* ha elegido para la traducción inglesa el término de *agency* (agencia) por razones que están expuestas en el Prefacio general (S.E., I, XXIII-XXIV).

y uniones. El término de «asociación» se repite frecuentemente en la monografía sobre la afasia, texto arduo en el que no es fácil distinguir entre el empleo de dicho término, en el sentido de conexiones nerviosas, y el de asociaciones de ideas tan apreciado por la psicología empirista inglesa (10).

La evolución teórica de Freud es concomitante no sólo con la de sus intereses clínicos, sino también con la de sus técnicas terapéuticas con sus pacientes neuróticos. En la época del aparato del lenguaje practica la electroterapia y la contrasugestión hipnótica. El aparato  $\phi, \psi, \omega$  es contemporáneo del paso del método catártico (expuesto en los *Estudios sobre la histeria*) al de la concentración mental con la eventual imposición de las manos sobre la frente del paciente despierto. El aparato psíquico se concibe, poco más o menos, al mismo tiempo que la palabra —y la noción— de «psicoanálisis» que instaaura el método de la asociación libre y que introduce, como uno de los dinamismos de la cura, la interpretación de los sueños y de las formaciones inconscientes análogas. Estoy sorprendido de ver cómo la doble arborescencia dibujada por el esquema psicológico de la representación de palabra de 1891, podría servir para formar la red de la libre asociación verbal en el pre-consciente y el desdoblamiento de ésta en dos direcciones, la de la conciencia (donde se convierte en un sistema abierto) y la del inconsciente (donde compone un sistema cerrado).

Durante treinta años este esquema, de una doble arborescencia disimétrica, permanece como uno de los modelos implícitos de las conceptualizaciones y de la práctica de Freud. «Más allá del principio del placer» (1920) y «El Yo y el Ello» (1923) marcan la ruptura con este esquema: para representar el aparato psíquico la doble arborescencia deja paso a la imagen y a la noción de una vesícula, de una envoltura. Se ha desplazado la atención de los contenidos psíquicos conscientes e inconscientes al psiquismo como continente. «El bloc maravilloso» (1925) termina de precisar la estructura topográfica de esta envoltura y de confirmar implícitamente el apoyo del Yo sobre la piel. En el intervalo, el manuscrito enviado a Fliess en 1895 continúa la inversión epistemológica iniciada por Freud en su monografía sobre *La afasia*: el aparato psíquico (a punto de ser denominado como tal) no es sólo un sistema de transformación de fuerzas; la disposición relativa de los subsistemas que lo componen define un espacio psíquico cuyas configuraciones específicas permanecen aún, en el espíritu y la imaginación de Freud, muy dependientes de los esquemas anatómicos y neurológicos antes de encontrar su asiento topográfico en la proyec-

(10) Por lo que yo conozco, no existe en Freud un estudio sólido sobre esta cuestión. Tal estudio podría demostrar cómo Freud pasa de las concepciones neurológicas y psicológicas del término a la noción propiamente psicoanalítica de las asociaciones libres.

ción de la superficie del cuerpo, en cuyo fondo emergen como figuras significantes las experiencias sensoriales.

### Las barreras de contacto

En el «Proyecto de una psicología científica», enviado a Fliess el 8 de octubre de 1895 e inédito hasta su muerte, Freud elabora una noción nueva, la de «barrera de contacto» (*Kontaktsschrank*), que no utilizará después en ninguno de sus textos publicados y que, hasta ahora, únicamente Bion ha retomado con importantes modificaciones (11). El concepto es sorprendente: es la paradoja de una barrera que cierra el paso porque está en contacto y porque, por esta razón, permite el paso parcialmente. Aunque Freud no lo explicita, parece que se ha inspirado en el modelo de la resistencia eléctrica. Este concepto pertenece a la especulación neurofisiológica, apreciada por él durante el período de juventud científica y que abandona casi definitivamente con el descubrimiento del complejo de Edipo en octubre de 1897. A partir de 1884, Freud afirma que la célula y las fibras nerviosas constituyen una unidad anatómica y fisiológica, revelándose así como precursor de la teoría de la neurona, elaborada en 1891 por Waldeyer. De forma parecida, la noción de barrera de contacto, en 1895, anticipa la de sinapsis enunciada por Sherrington en 1897. Noción que se inventa para responder a necesidades teóricas.

La psicología científica, tal como Freud sueña entonces fundarla sobre el modelo de las ciencias fisicoquímicas, parte de las dos nociones fundamentales de cantidad y de neurona. Es ésta la ciencia de las cantidades psíquicas y de los procesos que les afectan, por ejemplo, la conversión histérica, las representaciones hiperintensas de las neurosis obsesivas. En cuanto a las neuronas, obedecen al principio de la inercia, es decir, tienden a desembarazarse de las cantidades. La crisis histérica es un ejemplo de abreacción, casi refleja, de una importante cantidad de excitación de origen sexual, que no ha sido descargada de otra forma. «Este proceso de descarga constituye la función primaria de los sistemas neuronales» (Freud, S., 1895 a; S.E. I, p. 297; O.C., I, 212) (12). Pero el organismo elabora actividades:

(11) En el capítulo 8 de *Aux sources de l'expérience* (1962), Bion llama barreras de contacto a la frontera entre el inconsciente y el consciente. El sueño es su prototipo; sin embargo, éstas se producen también en estado de vigilia. Esta frontera está en perpetuo proceso de formación. Consiste en un acercamiento y multiplicación de elementos alfa. Pueden ser simplemente aglomerados o pueden tener una cohesión o pueden estar ordenados en un orden cronológico, lógico o geométrico. La pantalla beta es su contrapartida patológica.

(12) En la continuación de este capítulo, las referencias a la traducción francesa se refieren a *La naissance de la psychanalyse*, París, P.U.F., 1956.

- que son más complejas que las simples respuestas reflejas a los estímulos exteriores;
- que corresponden a las grandes necesidades vitales internas (hambre, respiración, sexualidad),
- y cuya puesta en funcionamiento requiere un almacenamiento previo de ciertas cantidades.

Esta complejidad creciente, al servicio de la satisfacción de las necesidades vitales, se llama vida psíquica. Reposa sobre la función secundaria del sistema nervioso que es la de «soportar una cantidad almacenada» ¿Cómo lo consigue este sistema? (13).

Mientras que las neuronas son permeables (transmiten las cantidades recibidas del mundo exterior y dejan pasar las corrientes), las neuronas son impermeables; pueden estar vacías o llenas; la extremidad que pone en contacto unas con otras está dotada de una barrera de contacto que inhibe la descarga, retiene la cantidad o no le deja más que un «paso parcial o difícil»: estos son «los contactos que funcionan así como barreras» (S.E., I, p. 298; O.C., p. 214). Las propiedades de las barreras de contacto son numerosas y capitales para el funcionamiento psíquico.

1) Son las que retienen las cantidades. O, empleando un término de Bion, son «contenedores» de energía que así se hace disponible para el sujeto.

2) Son órganos simples y maleables; las barreras de contacto aceptan una abertura que hace que, la próxima vez, una excitación más pequeña pueda atravesarlas; de esta forma se hacen cada vez más permeables.

3) Restablecen la resistencia después del paso de la corriente; aunque se haya establecido una abertura total, persiste cierta resistencia idéntica en todas las barreras de contacto; de esta forma, cualquier cantidad que esté presente no circula; una parte permanece retenida; ellas son destensoras de energía.

4) Como consecuencia, pueden repartir la cantidad así controlada de acuerdo con diferentes vías de conducción; son repartidores de energía: «Un estímulo no poderoso sigue una vía distinta que otro débil. De tal manera, la vía  $\phi$  única se traducirá por el hecho de catectizar varias neuronas en  $\psi$  en lugar de una sola así, cantidad en  $\phi$  se expresa por complejidad en  $\psi$ »... (S.E., I, 314-315; O.C., I, p. 226-227).

(13) Doy las gracias a Jean-Michel Petot que, con su estudio minucioso de los textos, me ha ayudado a redactar el pasaje siguiente sobre las barreras de contacto.



Y Freud evoca alusivamente, como caso particular de esta propiedad general, la ley de Fechner (que establece que la sensación varía como el logaritmo de la excitación). Un aumento cuantitativo se traduce en cambios cualitativos que amortiguan los aumentos de intensidad primitiva y que producen cualidades sensibles cada vez más complejas.

5) Su resistencia tiene un límite. Son abolidas temporalmente, incluso duraderamente por la irrupción de cantidades elevadas. Este es el caso del dolor que, como consecuencia de una excitación sensorial de cantidad elevada, pone en movimiento el sistema  $\phi$ , transmitiéndose sin ningún obstáculo al sistema  $\psi$ . Este dolor, «como el resplandor del rayo (*blitz*), deja tras de sí aberturas permanentes e incluso borra por completo la resistencia de las barreras de contacto» (S.E., I, 307; O.C., I, 221).

6) Pero «puede haber dolor en donde los estímulos exteriores son débiles, caso en el cual aparece siempre vinculado con una solución de continuidad; es decir, que un dolor se produce cuando cierta cantidad (Q) externa actúa directamente sobre las terminaciones de las neuronas  $\phi$ , sin mediación de los «aparatos de las terminaciones nerviosas» (*ibid*). Las barreras de contacto son, pues, protecciones de segunda línea que para funcionar requieren la intervención en primera línea, al menos en relación con el exterior, de un «para-cantidades» (*Quantitätsschirme*) cuya ruptura abre la vía al desbordamiento cuantitativo de las barreras de contacto. En efecto:

«Las neuronas  $\phi$  no terminan libremente en la periferia, sino a través de formaciones celulares, siendo éstas y no dichas neuronas las que reciben los estímulos exógenos. Estos «aparatos teleneuronales» —en el sentido más amplio del término— bien podrían tener la finalidad de impedir que las cantidades exógenas (Q) incidan con las de su intensidad sobre  $\phi$ , sino que sean previamente atenuadas. En tal caso cumplirían la función de «pantallas de cantidad» (Q), que sólo dejarían pasar *fracciones* de las cantidades exógenas (Q).

«Con ello concordaría el hecho de que el otro tipo de terminaciones nerviosas —el que las terminaciones libres, sin órgano teleneuronal— sea, con mucho, el más común en la periferia interna del cuerpo. Allí parecen ser innecesarias las pantallas de cantidad (Q), probablemente porque las cantidades (Qn) que allí son recibidas no necesitan ser reducidas al nivel intercelular, dado que de por sí ya se hallan en ese nivel» (S. E., I, 306; O.C., I, 220).

Se trata de una estructura disimétrica. Aunque Freud no habla aún de envoltura psíquica, se la presiente y se la describe como un ajusta-

miento de dos capas, una capa externa («para-cantidades»; cf. la membrana celulósica de los vegetales, el cuero y las pieles de los animales), y una capa interna (la red de «barreras de contacto»; cf. los órganos sensoriales de la epidermis, o la funda cortical). La capa interna está protegida de las cantidades exógenas pero no lo está de las cantidades endógenas.

7) El para-cantidades (que Freud llama «para-excitación» (*Reizschutz*) a partir de «Más allá del principio del placer», en 1920) protege al aparato nervioso (que pronto Freud llamará psíquico) de la intensidad de las excitaciones de origen externo; se mantiene como una pantalla. Las barreras de contacto reciben lo que esta pantalla ha dejado pasar de la excitación interna, por una parte, y, por otra, también reciben directamente las excitaciones de origen interno (relacionadas con las necesidades fundamentales). Su función no es ya de protección cuantitativa, sino de fraccionamiento de la cantidad y de filtraje de la calidad. Su estructura ya no es la de una pantalla, sino la de un «tamiz» (*Sieb*). La articulación entre la pantalla y el tamiz ofrece, recurriendo a una terminología más moderna, la estructura de una red de mallas. La figura 13, dibujada por Freud en el manuscrito del «Proyecto de una psicología para neurólogos», esboza esta configuración que Freud describe explícitamente como una estructura de ramificaciones, que se presenta como una variante de la parte de la derecha del esquema de la representación de palabra de 1891.

He aquí el pasaje del texto de Freud que se refiere a esta figura:

«Aquí parece actuar un dispositivo especial que, una vez más, mantiene la cantidad (Q) apartada de  $\phi$ . Las vías sensitivas de conducción en  $\phi$  poseen, en efecto, una estructura peculiar, ramificándose continuamente y presentando vías de variable grosor que concluyen en numerosos puntos terminales, lo que quizá tenga el siguiente significado (fig. 13).

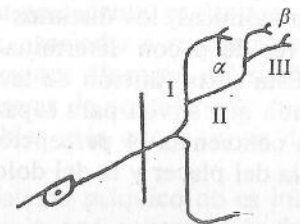


FIGURA 13

«Un estímulo más poderoso sigue una vía distinta que otro más débil. Así, por ejemplo,  $Qn^1$  recorrerá únicamente la vía I y en el punto terminal  $\alpha$  transmitirá una fracción de  $\psi$ .  $Qn^2$  (es decir, una cantidad dos veces mayor que  $Qn^1$ ) no transmitirá en  $\alpha$  una fracción dos veces mayor, sino que podrá pasar también por la vía II, que es la más delgada, y abrirá un segundo punto terminal hacia  $\psi$  (en  $\beta$ );  $Qn^3$  abrirá la más delgada de las vías y transferirá asimismo por el punto terminal (véase la figura). De tal manera que la vía  $\phi$  única quedará aliviada de su carga y la mayor cantidad se traducirá por el hecho de catactizar varias neuronas en  $\psi$ , en lugar de una sola.» (S. E., I, 314-315; O. C., I, 226-227)

Todo esto se refiere al tratamiento de la cantidad. Pero las barreras de contacto tienen igualmente por función la de tratar la calidad, lo que propiamente es su función de filtrado. Las estimulaciones externas poseen, además de la cantidad, un período característico (S. E., I, 313, nota 2; O. C., I, 225, nota 102), en el cual se atraviesa los aparatos de las terminaciones nerviosas, que es el vehículo para las catexias en  $\phi$  y  $\psi$  y que, cuando llega a  $\omega$  (tercer tipo de neuronas cuya función, de servir de soporte a los procesos de percepción-consciencia, forja Freud) se transforma en calidad. Esta noción de período es a la vez un homenaje a Fliess (que distinguía la masculinidad y la feminidad o que recogía los momentos críticos de la existencia según sus períodos), una transposición a la psicología de un fenómeno familiar para los físicos y la toma en consideración de una variable temporal del aparato psíquico. (Yo añado que es la intuición del papel de la resonancia o de la disonancia rítmica en la instauración del Yo-piel o en la de sus fallas). La cantidad que forma un continuo hacia el exterior está «en principio reducida, después limitada por corte». Las cualidades, por el contrario, son discontinuas, «de tal manera que ciertos períodos ni siquiera pueden actuar como estímulos» (S. E., I, 315; O. C., I, 226). «La cantidad de la excitación  $\phi$  se expresa en  $\psi$  por la complejidad, su cualidad se expresa por la topografía, dado que, de acuerdo con las relaciones anatómicas, los distintos órganos neuronales sólo se comunican a través de  $\phi$  con determinadas neuronas  $\psi$ .» (S. E., I, 315; O. C., I, 227). Esta sexta función de las barreras de contacto podría resumirse diciendo que sirven para separar la cantidad de la calidad y para llevar a la conciencia la percepción de las cualidades sensibles, especialmente la del placer y la del dolor.

8) De las propiedades relativas a la cantidad resulta que el conjunto de las neuronas  $\psi$ , a diferencia de las neuronas  $\phi$ , pueden registrar modificaciones y servir de soporte a la memoria. La alteración por

el paso es la que «ofrece una posibilidad de representar la memoria» (S. E., I, 299; O. C., 215). «La memoria está representada por las facilidades existentes entre las neuronas  $\phi$ » (S. E., I, 300; O. C., I, 215). «Existe una ley fundamental de asociación por simultaneidad (...) que constituye la base de todas las conexiones entre las neuronas  $\psi$ . Comprobamos que la consciencia (es decir, la catexia cuantitativa) pasa de una neurona  $\alpha$  a otra  $\beta$ , siempre que la  $\alpha$  y  $\beta$  hayan sido, en algún momento, catectizadas simultáneamente desde  $\phi$  o desde alguna otra parte. En otros términos, la catectización simultánea  $\alpha$  -  $\beta$  ha llevado a la facilitación de una barrera de contacto» (S. E., I, 319; O. C., I, 220).

Independientemente del caso muy particular de la experiencia de satisfacción, existe una separación entre la memoria y la percepción. Para que esta separación tuviera fundamento, Freud propuso dos tipos de neuronas: unas duraderamente alterables, es decir, susceptibles de abrirse (las neuronas  $\psi$ ), las otras inalterables, siempre preparadas para recibir nuevas excitaciones, o bien pasajeraamente alterables, ya que se dejan atravesar por las cantidades pero vuelven a su estado anterior cuando la excitación ha pasado (las neuronas  $\phi$ ). Esta separación de la memoria y de la percepción, que no se reduce únicamente a la acción de las barreras de contacto, es, no obstante, imposible sin ellas.

La red ecilla en malla de las barreras de contacto constituye, así, lo que propongo llamar una superficie de inscripción, distinta de la pantalla para-cantidades a la que se encuentra pegada para su protección.

Como conclusión, las barreras de contacto tienen una función de triple separación del inconsciente y del consciente, de la memoria y de la percepción, y de la cantidad y de la calidad.

Su estructura es la de un envoltorio bifaz disimétrico (aunque la noción de envoltorio no hubiera sido afirmada aún por Freud), una faz vuelta hacia las excitaciones del mundo exterior, transmitidas por las neuronas  $\phi$ , protegida por una pantalla para-cantidades; una faz interna vuelta hacia la *Körperinnerperipherie* (la periferia interna del cuerpo). Las excitaciones endógenas no se pueden reconocer si no se relacionan con el caso precedente, es decir, si no están proyectadas hacia el mundo exterior, asociadas a representaciones visuales, auditivas, táctiles, etc. (cf. los «restos diurnos» del sueño) y finalmente registradas por la red de barreras de contacto. Se deduce, así, que las pulsiones no son identificables más que a través de sus representantes psíquicos.

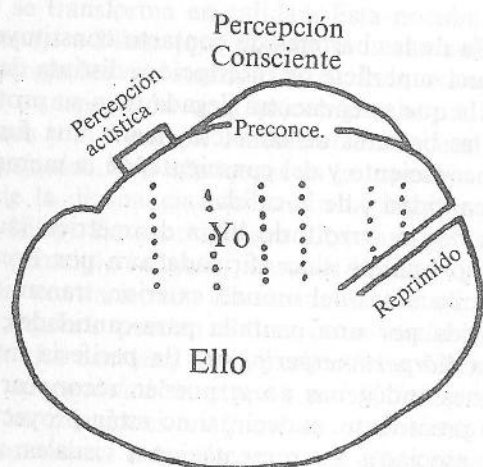
Sin embargo, el sistema psíquico no es independiente, y Freud insiste en ello: al principio está consagrado a la *Hilflosigkeit* (al desamparo originario) y necesita de la intervención de la madre como fuente de la vida psíquica.



## El Yo como interfaz

En 1923, en el capítulo 2 de «El Yo y el Ello» (capítulo subtítulo «El Yo y el Ello»), Freud redefine la noción de Yo, realizando con ello una de las piezas maestras de su nueva concepción del aparato psíquico.

Esta definición está ilustrada por un esquema, durante mucho tiempo olvidado por los traductores franceses y por los comentaristas de Freud, que se apoya en una comparación de naturaleza geométrica. El dibujo y el diagrama de la comparación van en el mismo sentido: el aparato psíquico ya no está pensado esencialmente en una perspectiva económica (es decir, de transformaciones de cantidades de energía psíquica); la perspectiva topográfica tiene más importancia; la antigua tópica (consciente, preconsciente e inconsciente) se ha conservado pero profundamente renovada con la integración del Yo y del Ello dibujados en superposición en el esquema. El aparato psíquico se hace representable, desde un punto de vista topográfico y conceptualizable, en términos de tópica subjetiva.



Las abreviaturas utilizadas arriba son traducciones de las de Freud:

Pept.-Cs:	Percepción-Conciencia	(W-BW) ( <i>Wahrnehmung-Bewusstsein</i> )
Pes.:	Preconsciente	(Vbw) ( <i>Vorbewusste</i> )
Acust.:	(Percepciones) acústicas	(Akust) ( <i>Akustischen Wahrnehmungen</i> )
Yo:		(Ich)
Ello:		(Es)
Reprimido:		(Vdgt) ( <i>Verdrangte</i> )

Así está presentado por Freud este esquema en «El Yo y el Ello» (G.W., 13, 252; S.E., 19, 24-25; O.C., III, 2708).

«Reconocemos en el acto que todas las diferenciaciones que la patología nos ha inducido a establecer se refieren tan sólo a los estratos superficiales del aparato anímico, únicos que conocemos. Todas estas circunstancias quedan gráficamente representadas en el dibujo siguiente, cuya significación es puramente descriptiva. Como puede verse en él (14), y según el testimonio de la anatomía del cerebro, lleva el yo, en uno solo de sus lados, un «receptor acústico (*Hörkappe*).»

La comparación de naturaleza topográfica aparece muchas veces en el texto precedente de Freud, que es fiel a este esquema:

«Sabemos ya dónde hemos de buscar aquí un enlace. Hemos dicho (15) que la conciencia es la superficie del aparato anímico; esto es, la hemos adscrito como función de un sistema espacialmente considerado y no sólo en el sentido del mundo exterior. También nuestra investigación tiene que tomar, como punto de partida, esta superficie perceptora.» (G.W., 13, 246; S.E., 19, 19; O.C., III, 2705)

Después de esta descripción de la conciencia como interfaz viene la articulación de la «corteza» y del «núcleo»; el Yo está explícitamente considerado como «envoltura» psíquica. Esta envoltura no es solamente un saco continente, juega un papel activo en la puesta en contacto del psiquismo con el mundo exterior y en la recogida y transmisión de la información.

«Un individuo es ahora, para nosotros, un *Ello* psíquico desconocido e inconsciente, en cuya superficie aparece el yo, que se ha desarrollado partiendo del sistema P., su nódulo. El yo no vuelve por completo al *Ello*, sino que se limita a ocupar

(14) Desde mi punto de vista, los comentaristas se han equivocado al tomar al pie de la letra esta declaración de prudencia. Freud ha subrayado demasiado el papel mediador de los pictogramas, entre la representación de las cosas y el pensamiento verbal, que se apoyan en la escritura alfabética (aunque sólo fuera para descifrar el jeroglífico del sueño), para no «ver» en este esquema de las preconcepciones que aún no puede verbalizar y que se encuentran en la situación de pensamiento figurativo. Por mi parte, he podido testar la validez de este esquema desplegándolo en el espacio del psicodrama en grupo amplio, facilitando así la construcción de un aparato psíquico grupal (Anzieu D., 1982 a).

(15) Freud remite a *Más allá del principio del placer* (1920), capítulo 4, donde introduce la comparación decisiva del aparato psíquico con la vesícula protoplásmica. El sistema Pept.-Cs, análogo al ectodermo cerebral, está descrito allí como siendo su corteza. Su posición «en el límite que separa el afuera del adentro» le permite «recibir las excitaciones de ambos lados» (G.M., 13, 29; S.E., 18, 28-29; O.C., III, 2517). La cubierta consciente del psiquismo aparece, pues, como lo que los matemáticos llaman ahora una «interfaz».

una parte de su superficie, esto es, la constituida por el sistema P., y tampoco se halla precisamente separado de él, pues confluye con él en su parte inferior (16)» (G.W., 13; S.E., 19, 251; O.C., III, 2707-2708.)

Freud no tiene necesidad de recordar aquí uno de los principios fundamentales del psicoanálisis, según el cual todo lo que es psíquico se desarrolla con referencia constante a la experiencia corporal. Yendo directamente al resultado de una forma tan condensada que puede parecer elíptica, precisa de la experiencia corporal de la que procede específicamente el Yo: la envoltura psíquica deriva, por apuntalamiento, de la envoltura corporal. El «tocar» está especialmente consignado por él, y la piel lo está indirectamente bajo la expresión de «superficie» del «propio cuerpo»:

«En la génesis del yo, y en su diferenciación del Ello, parece haber actuado aún otro factor distinto de la influencia del sistema P. El propio cuerpo, y, sobre todo, la superficie del mismo, es un lugar del cual pueden partir simultáneamente percepciones externas e internas. Es objeto de la visión, como otro cuerpo cualquiera; pero produce al tacto dos sensaciones, una de las cuales puede equipararse a una percepción interna (17)» (G.W., 13, 253; S.E., 19, 25; O.C., III, 2709.)

El Yo en su estado originario corresponde, pues, muy bien en Freud a lo que he propuesto llamar Yo-piel. Un examen más minucioso de la experiencia corporal sobre la cual se apoya el Yo para constituirse, nos llevaría a tener en consideración por lo menos dos factores no tomados en cuenta por Freud: las sensaciones de calor y frío que igualmente proporciona la piel, y los intercambios respiratorios, concomitantes de los intercambios epidérmicos y que, incluso, pueden constituir una variante particular. Con relación a los demás registros sensoriales, lo táctil posee una característica distintiva que lo sitúa no solamente en el origen del psiquismo, sino que le permite proporcionarle permanentemente algo que se puede llamar fondo mental, tela de fondo sobre la cual los contenidos psíquicos se inscriben como figuras o, incluso, envoltura continente que hace que el aparato psíquico sea susceptible de tener contenidos (para expresarme como Bion (1967); en esta segunda perspectiva yo diría que primero existen pensamientos y después un «aparato para pensar los pensamientos»; yo añadiría, a la expresión de Bion, que el paso de los pen-

(16) Por otra parte, Freud dice que el Yo es una diferenciación interna del Ello. La clínica confirma muy bien esta idea freudiana de un espacio fusional entre el Yo y el Ello (cf., el espacio transicional de Winnicott).

(17) Freud subraya *visión* y *tacto*, precisión omitida en la nueva traducción francesa y también en la española.

samientos al pensar, es decir, a la constitución del Yo, se opera por un doble apoyo: en la relación con el niño pequeño, como este autor ha visto claramente, y en la relación, que me parece decisiva, de continuidad con respecto a las excitaciones exógenas, relación cuya experiencia recibe el niño de su propia piel, seguramente estimulada en primer lugar por su madre. Lo táctil proporciona, en efecto, una percepción «externa» y una percepción «interna» a la vez. Freud hace alusión al hecho de que siento al objeto que toca mi piel, al mismo tiempo que siento mi piel tocada por el objeto. Por otra parte, rápidamente —se sabe y se ve— esta bipolaridad de lo táctil es objeto de una exploración activa por parte del niño: con su dedo, voluntariamente toca partes de su cuerpo, se lleva el pulgar o el dedo gordo del pie a la boca, experimentando de esta forma, simultáneamente, las posiciones complementarias del objeto y del sujeto. Se puede pensar que este desdoblamiento, inherente a las sensaciones táctiles, prepara el desdoblamiento reflexivo del Yo consciente que ha venido a apoyarse en la experiencia táctil.

Freud se salta este eslabón que acabo de restablecer para enunciar la conclusión que se impone: «El yo es, ante todo, un ser corpóreo (*Körperliches*) y no sólo un ser superficial (*Oberflächenwesen*), sino, incluso, la proyección de una superficie» (G.W., 13, 253; S.E., 19, 26; O.C., III, 2709). A este pasaje corresponde la adición, con la autorización de Freud, a partir de 1927, en la edición inglesa, de la nota siguiente en la que reproduzco, entre paréntesis, los términos ingleses importantes a los que doy una traducción personal:

«Dicho de otra forma, el Yo se deriva en último término de las sensaciones corporales, principalmente de aquellas que tienen su fuente en la superficie (*superficie*) del cuerpo, por lo que puede considerarse al Yo como una representación mental de la superficie (*superficies*), y que, por lo demás, como ya lo hemos visto, corresponde a la superficie del aparato mental» (S.E., 19 nota I; O.C., III, nota 1634).

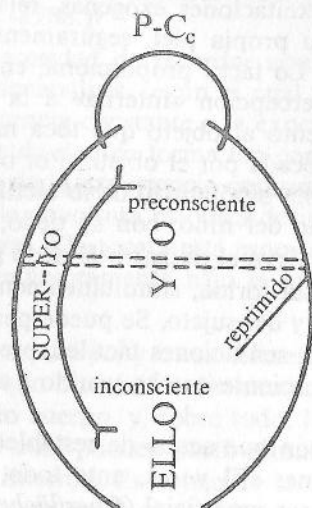
La última línea del capítulo II de «El Yo y el Ello» repite, condensándolo, el mismo enunciado fundamental: «El Yo consciente es ante todo un ser corpóreo (*Körper-Ich*)» (G.W., 13, 255; S.E., 19, 27; O.C., III, 2710). Comentemos: De esta forma la conciencia aparece en la superficie del aparato psíquico; aún mejor, ella es la superficie.

### Perfeccionamientos del esquema topográfico del aparato psíquico

El esquema de 1923 vuelve a aparecer con algunas modificaciones en 1932-1933 en la conferencia 31 de las *Nuevas lecciones introducto-*



rias al psicoanálisis (G.W., 15, 85; S.E., 22, 78; O.C., III, «Diseción de la personalidad psíquica», 3145).



Las dos principales modificaciones que aparecen tienen consecuencias importantes. La primera es la introducción del *Superyó*, situado en el interior del Yo, en sustitución del «receptor acústico» que en 1923 está situado en el mismo sitio pero al exterior. El *Superyó* está en ambos casos lindando con la periferia del Yo, pero tan pronto en la cara externa como en la interna. Aunque la idea permanece implícita en Freud, aunque esté sumergida por el texto y por el esquema a la vez, la exterritorialidad del *Superyó* o su interiorización periférica corresponden a unas fases de evolución diferentes del aparato psíquico, y también a formas psicopatológicas distintas; indican, en la cura psicoanalítica, formas diversificadas de interpretación. Notemos también en otro aspecto del estatuto topográfico del *Superyó*, que es el de que ocupa solamente un arco del círculo del aparato psíquico; de aquí la posibilidad (y la necesidad) para prolongar la intuición de Freud, de escribir un tipo diferente de organización psicopatológica en la cual el *Superyó* tiende a hacerse coextensivo a toda la superficie del Yo y a sustituirle como envoltura psíquica.

La segunda modificación observable en este nuevo esquema es la apertura hacia la parte inferior de la envoltura que envolvía completamente el aparato psíquico en 1923. Esta apertura materializa la continuidad del Ello, sus pulsiones en el cuerpo y las necesidades biológicas, pero al precio de una discontinuidad en la superficie. Confirma el fracaso del Yo para constituirse en envoltura total del psiquismo

(fracaso apuntado ya en 1923). Lo que implica una tendencia antagónica y sin duda más arcaica por parte del Ello para proponerse, él también, como envoltura global. Esta doble tensión (entre la continuidad y la discontinuidad de la superficie psíquica, entre las propensiones respectivas del *Superyó*, del Yo y del Ello a constituir esta superficie) se resuelve en una pluralidad de configuraciones clínicas y reclama estrategias interpretativas apropiadas para el exceso o defecto de continuidad o discontinuidad y para la expansividad de una u otra instancia. Estas consideraciones no figuran explícitamente en el texto de Freud, pero me parece que están contenidas en potencia en este nuevo esquema.

A lo largo de esta andadura, he indicado algunas de las características del aparato psíquico que el modelo de una invención técnica material —la pizarra mágica— permite a Freud poner de relieve en 1925. Resumamos estas características:

- La estructura en doble hoja del Yo, la hoja superficial de celuloide que representa el para-excitación (cf. el caparazón, el cuero, las pieles); la hoja de debajo, en papel encerado, que representa la recepción sensorial de las excitaciones exógenas y la inscripción de sus huellas en la tabla de cera.
- La diferenciación, interna al Yo, de la percepción (consciente) como superficie vigilante y sensible (la hoja de celuloide), pero que no conserva lo inscrito, y la de la memoria (preconsciente) que registra y conserva las inscripciones (la tabla de cera)
- La carga endógena, es decir, pulsional, del sistema del Yo por el Ello; esta carga libidinal que es «periódica», «ilumina y apaga» la conciencia, la consagra a la discontinuidad y proporciona al Yo una representación primaria del tiempo.

Propongo completar esta última intuición de Freud, sugiriendo que el Yo adquiere el sentimiento de su continuidad temporal en la medida en que el Yo-piel se constituye como una envoltura suficientemente flexible a las interacciones del entorno y suficientemente continente de lo que entonces se convierte en contenidos psíquicos. Los llamados casos límite sufren, esencialmente, trastornos en el sentimiento de la continuidad del Sí-mismo, en tanto que los psicóticos son atacados en el sentimiento de unidad del Sí-mismo y que los neuróticos se sienten más bien amenazados en su identidad sexual. Las configuraciones topográficas correspondientes necesitan ser identificadas y explicitadas, partiendo del esquema freudiano porporcinado por «el Yo y el Ello» y por «el Bloc maravilloso» y aportándole los desarrollos así como las modificaciones que la clínica hace necesarios.

## Federn: sentimientos del Yo, sentimientos de fluctuación de las fronteras del Yo

### Originalidad de Federn

Cada psicoanalista tiene uno o dos campos privilegiados para el ejercicio de su autoanálisis. Para Sigmund Freud eran sus sueños nocturnos o, más bien, las transcripciones que hacía, para él mismo o para Fliess, durante el día y por escrito: así los reconstruía y, después, por la asociación de ideas los desconstruía. El sueño es la vía real que lleva al conocimiento del inconsciente: Freud lo afirmó porque era verdad, especialmente para él. En Viena, unos treinta años después de que Freud hubiera empezado a descollar, Paul Federn (1871-1952) remueve el encadenamiento de sus descubrimientos interesándose por sus propios estados de transición: ya no en los sueños que se tienen dormido o en los lapsus, en los actos fallidos que se cometen en estado de vigilia, sino en las transiciones entre la vigilia y el sueño, entre el sueño y la vigilia, y, más ampliamente, entre los niveles de vigilancia del Yo. ¿Qué imágenes del cuerpo se forman entonces o se deforman en el aparato psíquico? ¿Qué sentimiento de Sí-mismo experimenta el Yo psíquico? ¿Cómo se distingue o se confunde con el Yo corporal? La observación de sus propias alucinaciones imagógicas durante el adormecimiento o el despertar cotidiano, o con ocasión de experiencias excepcionales como una anestesia preoperatoria, o incluso (aunque él no lo diga explícitamente) una regresión creadora, la comparación con el material aportado por los pacientes no sólo cuando se han encontrado en situaciones análogas, sino también durante la hipnosis o en momentos críticos de despersonalización y de alienación, abrieron progresivamente a Federn otra vía, quizá menos «real», hacia una comprensión y un tratamiento psicoanalítico de las psicosis.

Esta última empresa fue considerada por Freud como imposible, por eso Federn sólo pudo consagrarse a ella después de la muerte del maestro y de su emigración a los Estados Unidos. El esfuerzo de Freud consistió en comparar el sueño con la neurosis. Sin embargo, el sueño nocturno es una alucinación, es decir, un momento psicótico. Cómo se prepara gradualmente a medida que se entra en el sueño, cuál es la disociación en el interior del Yo y entre el Sí-mismo y el mundo exterior, cuáles son las etapas por las que el sujeto emerge a la vigilia, he aquí el campo singular de la propia experiencia que Federn se asigna entre 1925 y 1935 (18). Presintió cómo un ser humano puede convertir-

(18) Federn publica su artículo sobre el sentimiento del Yo en inglés y en alemán simultáneamente en 1926. Sus artículos sobre el narcisismo, sobre las variaciones del sentimiento del Yo en los sueños y al despertar aparecen entre 1927 y 1935. En 1952 se

se en psicótico si lo que Bion va a llamar la parte psicótica de la personalidad llega a ser dominante en su funcionamiento psíquico; cómo, igualmente, puede volver a ser normal si la parte no psicótica es restablecida y afirmada. Ya Víctor Tausk, también en Viena, manifestó un vivo interés por la extensión de la teoría psicoanalítica a las psicosis. En su estudio titulado «De la genèse de "l'appareil à influencer" au cours de la schizophrénie», Tausk (1919) había adivinado la distinción capital entre el Yo psíquico y Yo corporal. Pero el delirio le preocupaba más que las alucinaciones, y la entrada en la psicosis retenía su reflexión más que los procesos de un eventual desprendimiento. Este interés tenía su fundamento, sin duda, en razones personales que finalmente le llevaron a un suicidio horrible, en 1919, algunos meses después de la aparición de dicho artículo.

Paul Federn es un pensador de límites. Piensa en el límite no como en un obstáculo, no como en una barrera, sino como condición que permite al aparato psíquico establecer las diferenciaciones en el interior de uno-mismo, así como entre lo que es psíquico y lo que no lo es, entre lo que surge de Sí-mismo y lo que proviene de los demás. Federn anticipa la noción fisicomatemática de interfaz. Es necesaria la separación que esta interfaz realiza para que los regímenes locales permanezcan distintos. De acuerdo con el número de esas regiones y según la naturaleza de esos regímenes la forma de la interfaz cambia. Algunos cambios pueden convertirse en «catástrofes» (de las que René Thom ha definido siete tipos matemáticos). A partir de esos efectos de interfaz se hace posible una ciencia (siempre según Thom) general del origen, del desarrollo y de las transformaciones de las formas —una morfogénesis. Federn anticipó este modelo epistemológico en lo que concierne a la estructura del Yo y del Sí-mismo, como continuación de Freud, quien, en 1913, como acabamos de ver, da al Yó una estructura de superficie de dos caras y lo eleva al rango de una instancia dotada de principios de funcionamiento específicos. La segunda tópica freudiana proporcionó a Federn el cuadro en el que pudo efectuar sus descubrimientos propios, un cuadro que le sirvió de apoyo, al mismo tiempo que puso en duda sus fronteras. Su fidelidad a Freud se resume

recopilaron sus artículos ulteriores sobre el tratamiento de la psicosis en una obra traducida al francés en 1979 con el título *La psychologie du Moi et les psychoses*, de donde se han extraído las citas que aparecen a continuación. —Federn se interesa en una forma muy particular de afectos, los sentimientos del Yo (son estados psíquicos más que afectos). Paralelamente, otro psiquiatra vienés, que había llegado más tarde al psicoanálisis, Paul Schilder (1886-1940), estudia los trastornos de la conciencia del Sí-mismo (1913), la noción neurológica de esquema corporal (1923) y, después de su rápida emigración a los Estados Unidos en 1930, publica en 1933 su artículo, de sobra conocido, «L'image du corps» (cf. Schilder, P., 1950). Estas dos investigaciones se ignoran y se completan a la vez: Schilder pone en evidencia representaciones inconscientes; Federn, los sentimientos inconscientes.



así: conserva pero completa (19). Freud se intrerresaba sobre todo por el núcleo, por el inconsciente como núcleo del psiquismo y por el complejo de Edipo como núcleo de la educación, de la cultura y de la neurosis. Paralelamente a Paul Schilder, que elaboraba al mismo tiempo la noción de la imagen corporal. Federn concentra su atención en la corteza y en los fenómenos de los bordes. Freud realizaba el inventario de los procesos psíquicos primarios y secundarios; Federn, junto a estos procesos, estudia los estados del Yo, sin cuyo conocimiento e interpretación la cura psicoanalítica de las personalidades narcisistas resulta incompleta o impotente. Pero actúa de acuerdo con el esquema definido por Freud (1914) en su artículo «Introducción al narcisismo».

Según Federn, las fronteras del Yo «están en cambio perpetuo». Varían con los individuos y en el mismo individuo según los momentos del día o de la noche, según las fases de su vida, encierran contenidos diferentes. Esta afirmación puede comprenderse, creo yo, en relación con la cura psicoanalítica: el psicoanalista tiene que estar atento en las sesiones, no solamente al contenido y al estilo de las asociaciones libres, sino también a las fluctuaciones del Yo del paciente; tiene que localizar los momentos en los que éstas sobrevienen y desarrollar en el yo del paciente una conciencia suficiente (capaz de sobrevivir al final del psicoanálisis) de las modificaciones de sus propias fronteras. De aquí se derivan la oportunidad y la eficacia de la interpretación: la palabra, según Federn, actúa poniendo en relación dos fronteras del Yo lo que, en su momento, produce las modificaciones de la economía libidinal: a las cargas pulsionales «estáticas» pueden sustituirles las cargas «móviles».

## Los sentimientos del Yo

Según Federn, el sentimiento del yo aparece desde el principio de la existencia, pero de una forma vaga y pobre en contenido. Yo añadiría que el sentimiento de los límites del Yo es todavía más incierto, y que habría un sentimiento primario de un Yo ilimitado que sería reex-

(19) Federn formaba parte del pequeño grupo inicial que se reunió en torno a Freud a partir de 1902, la «Sociedad psicológica del miércoles por la tarde», convertida en 1908 en la Sociedad psicoanalítica de Viena. Federn es, con Hitschmann y Sadger, uno de los escasos miembros fundadores que permanecen en esta sociedad hasta su disolución por los nazis durante la Anschluss en 1938. Cuando Freud contrae el cáncer, es a Federn a quien confía la vicepresidencia de la Sociedad psicoanalítica de Viena. Cuando llega el momento de emigrar, es a Federn a quien le da el original de las Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Federn lleva el manuscrito a su exilio americano y lo preserva para su publicación, realizada después por su hijo Ernst en colaboración con H. Nunberg.

perimentado en la despersonalización o en ciertos estados místicos. Igualmente, he descrito este sentimiento de incertidumbre de los límites en la regresión-disociación individual de la búsqueda creadora (primera fase del trabajo de elaboración de una obra) o en la regresión-fusión colectiva de la ilusión grupal (D. Anzieu, 1980 a). La investigación psicoanalítica de la pareja amorosa ha demostrado, por una parte, que los dos compañeros se apegan el uno al otro allí donde sus fronteras psíquicas son inciertas, insuficientes o desfallecientes.

Existe, pues, un sentimiento del Yo del que el sujeto no es consciente en su estado de funcionamiento normal, pero que se revela con ocasión de los fallos de este último. El sentimiento del Yo es un sentimiento primario, constante y variable. El Yo, del que Freud ha hecho una entidad, existe claramente: el ser humano tiene una sensación subjetiva, sensación y no ilusión, porque corresponde a una realidad que es a su vez de naturaleza subjetiva. El Yo es a la vez sujeto (se le designa por el pronombre «Yo») y objeto (se le llama «Sí-mismo»): «El Yo es a la vez vehículo y objeto de la conciencia. Hablamos de Yo en su capacidad de vehículo de la conciencia como Yo-mismo» (Federn P., 1952, tr. fr., p. 101).

Este sentimiento del Yo comprende tres elementos constitutivos, el sentimiento de una unidad en el tiempo (una continuidad), el de una unidad en el espacio en el momento presente (más precisamente, de una proximidad) y, finalmente, el de una casualidad. Federn adjudica al Yo un dinamismo y una flexibilidad que Freud no le había dado. Pero como Freud da al Yo una representación topográfica, el sentimiento del Yo constituye el núcleo del Yo y es (salvo patología grave) constante. El sentimiento de las fronteras del Yo constituye su órgano periférico: a diferencia de lo que pasa con el núcleo en estado normal, este segundo sentimiento es el de una fluctuación permanente de las fronteras.

El tiempo no existe para el sistema inconsciente (de aquí el sentimiento de un Yo sin principio ni fin, de un Yo inmortal). El sistema consciente, por el contrario, tiene el sentimiento de una unidad del Yo en el tiempo; lo que le permite fundamentalmente considerar que los acontecimientos que nos suceden siguen un orden cronológico (de aquí el sentimiento de la fluidez, de un avance hacia un presente; de aquí el orden tradicional en una narración). En el funcionamiento pre-consciente, el sentimiento de unidad del Yo en el tiempo es muy variable; puede estar conservado al menos parcialmente; se mantiene el sentimiento de un orden cronológico de los acontecimientos del sueño, salvo en el sueño que se reduce al flash de una imagen (esto explica que la multiplicidad de los personajes refleje diversas partes del Sí-mismo del sujeto, y que el sueño sea utilizado por algunos creadores

como instrumento de descubrimiento por la desconstrucción de los saberes previos y de los estados conscientes). Si el sentimiento de unidad del Yo en el tiempo desaparece de la vida despierta, se produce fenómenos de despersonalización y de la confusión patológica del presente con el pasado («déjà vu»).

En relación con su contenido, el sentimiento del Yo comprende un sentimiento mental y un sentimiento corporal. En la vida normal esta dualidad no se pone de relieve porque están presentes al mismo tiempo; así, su distinción no se hace presente si no se presta atención a procesos como el despertar o el dormir, donde están separados (la dificultad está en mantener una atención suficiente en estados psíquicos marcados por la disminución de la vigilancia). También existe un tercer sentimiento, el de las fronteras fluctuantes entre el Yo psíquico y el Yo corporal. En estado de vigilia se experimenta el Yo psíquico como situado en el interior del Yo corporal. El Yo corporal, apoyándose en la periodicidad de los procesos corporales, adquiere una evaluación objetiva del tiempo (consciente y preconsciente que nos permite, por ejemplo, despertarnos a una hora determinada); por el contrario, la intensidad del Yo psíquico en los sueños, junto con la ausencia de experiencia del tiempo en el inconsciente, explica la experiencia anormal de la velocidad y de la extensión vivida del tiempo del sueño. El sentimiento mental del Yo (o sentimiento del Yo psíquico) tiene como formulación racional el «pienso, luego existo». Asegura al sujeto la conservación y el sentimiento de su propia identidad. A menudo, va asociado el Superyó, y es puramente mental (porque el Superyó, que no tiene acceso a la movilidad, puede actuar sobre la atención, pero no sobre la voluntad). Por ejemplo, los impulsos o ideas obsesivas vienen del Superyó y van acompañadas del sentimiento (variable con la cantidad de investimento inconsciente) de que están a punto de alcanzar una descarga motriz a la que no llegan realmente jamás (de aquí ese sentimiento del Yo mental tan agudo en el obsesivo). El sentimiento mental del Yo es el sentimiento de un «Yo interior». Este sentimiento es fluctuante: los procesos mentales pueden dejar de ser atribuidos al Yo psíquico interno, es decir, dejar de ser reconocidos como mentales; en la neurosis histérica se convierten en fenómenos corporales; en la psicosis se proyectan hacia la realidad externa.

El sentimiento corporal del Yo es «un sentimiento unificado de los investimentos libidinales de los aparatos motores y sensoriales» (*ibid.*, p. 33). Es «compuesto»: incluye diversos sentimientos sin que sean idénticos entre ellos; por ejemplo, los recuerdos sensoriales y motores que se refieren a nuestra propia persona; la unidad de percepción de nuestro propio cuerpo en relación con la organización somática.

## Los sentimientos de las fronteras del Yo

El ser humano tiene el sentimiento inconsciente de una frontera entre el Yo psíquico y el Yo corporal. Por otra parte, tiene el sentimiento inconsciente de una frontera entre el Yo y el Superyó. Veamos con Federn cómo los sentimientos de estas fronteras intervienen en los estados de paso. El *adormecimiento* disocia el sentimiento mental y el sentimiento corporal del Yo, por una parte, y, por otra, el Yo y el Superyó:

«En el retraimiento de las catexias que acompañan al adormecimiento repentino, el sentimiento corporal del Yo desaparece más rápidamente que el sentimiento mental del Yo o el sentimiento del Superyó. El Yo corporal puede desaparecer completamente mientras se duerme y ser nuevamente recargado y despertado por el Yo mental que ha permanecido despierto. De esta forma, conseguimos retrasar voluntariamente el sueño. Es probable que en la mayoría de las personas que se duermen de forma repentina el Superyó pierda su carga pulsional antes que el Yo.» (*Ibid.*, p. 34.)

En el caso de un proceso normal de *despertar*, 1) el Yo corporal y el Yo mental se despiertan simultáneamente, con una ligera antelación del sentimiento mental del Yo, pero sin ningún sentimiento de extrañeza: nosotros nos descubrimos con placer al comienzo de un nuevo día; 2) el Superyó sólo se despierta después del Yo. Por el contrario, cuando uno se despierta al salir de un sueño, el Yo mental se despierta primero; el Yo corporal se encuentra disociado de él; el cuerpo propio puede incluso estar alucinado como una presencia extraña.

Con el *desvanecimiento* culmina la disociación de los dos sentimientos; disociación que funda la ilusión de una existencia separada del alma y del cuerpo.

Los sueños normales, rememorados como completos y vivos, son de dos clases:

- a) La mayoría de ellos manifiesta una falta de cualquier sentimiento corporal; el Yo del sueño se reduce al Yo mental; la libido ha sido retirada del cuerpo, ha regresado hacia el Ello, no ha sido redirigida hacia el Yo corporal; en el curso de la regresión, el Yo reencuentra representantes de objetos, y la carga libidinal los activa hasta el punto de dar una ilusión de realidad; aunque su sueño sea vivo, el soñador no siente nada de su propio cuerpo;
- b) a veces, por el contrario, el sentimiento mental del Yo no comparece, y las sensaciones vivas son corporales; son los sueños «típicos» de vuelo, de natación y de desnudez; el soñador



está representado por él mismo y sólo eventualmente figuran objetos fragmentarios en su sueño; son los detalles de la decoración, del paisaje y de los personajes los que están vivos (color, claridad), es decir, la realidad externa.

#### Observación de Edgardo (20)

En el sueño la carga libidinal es insuficiente para que exista, a la vez, representación del objeto deseado y del cuerpo; si los dos sentimientos, mental y corporal del Yo estuvieran investidos, el soñador se despertaría.

«Un paciente que no sufría despersonalización cuando estaba despierto me contó un ejemplo notable de distinción entre el Yo mental y el Yo corporal. Había tenido un sueño sexual extraordinariamente completo y vivo con presentación de objetos muy viva y sentimiento del Yo de carácter sexual agradable. El sueño sucedía en su habitación, pero no en su cama. Se despertó repentinamente y se encontró en su cama en un estado de despersonalización completa; tenía la sensación de que su cuerpo estaba tendido al lado de él y no le pertenecía. Su Yo mental se había despertado primero. El sentimiento corporal del Yo no se había despertado con el Yo mental porque la libido utilizable con fines narcisísticos es esencial para despertar del sentimiento corporal del Yo y, en este sueño, toda la libido estaba cargada en esa vivísima presentación objetual. Este acontecimiento inhabitual muestra claramente que la carga pulsional del yo está en relación de compensación con la carga pulsional de un objeto sexual». (*Ibid.*, p. 38).

#### Los sentimientos de fluctuación de las fronteras del Yo

Abordemos ahora las variaciones de la carga libidinal del sentimiento de las fronteras del Yo y sus consecuencias, los *sentimientos de extrañeza o de éxtasis*.

Cada vez que se produce un sentimiento de cambio de carga pulsional del sentimiento del Yo tenemos el sentimiento de las «fronteras» de nuestro Yo. Cada vez que una impresión somática o psíquica entra en colisión, golpea una frontera del Yo que, normalmente, está cargada del sentimiento del Yo. *Si no existe ningún sentimiento del Yo en esta frontera tenemos el*

(20) Soy yo el que llama así a este paciente de Federn.

*sentimiento de que la impresión en cuestión no es extraña.* Mientras no exista colisión entre una impresión y las fronteras del sentimiento del Yo permanecemos sin conciencia de los límites del Yo. El sentimiento psíquico y el sentimiento corporal del Yo pueden ser activos o pasivos.» (*Ibid.*, p. 70)

El sentimiento del Yo es la carga narcisística original del Yo. Al principio no tiene ningún objeto. Más tarde, cuando las cargas libidinales de objeto han alcanzado la frontera del Yo con el mundo exterior o la han investido, y luego se han retirado, aparece el narcisismo secundario.

«La extensión del estado de carga que constituye el Yo varía; su frontera, en un momento dado, es la frontera del Yo, y como tal penetra en la conciencia. Cuando una frontera del Yo está cargada de sentimiento libidinal intenso, pero no es comprendida en su contenido, el resultado es un sentimiento de éxtasis; cuando, por otra parte, es únicamente comprendido pero no sentido, aparece un sentimiento de extrañeza». (*Ibid.*, p. 102.)

Cuando la frontera exterior del Yo pierde su carga, los objetos exteriores continúan siendo percibidos netamente por el sujeto, incluso interesándole, se sienten como extraños, no familiares e incluso irreal (lo que puede llevar a la pérdida del sentido de la realidad). Durante la curación, el aumento de la carga libidinal en la frontera hace que la percepción de los objetos sea más intensa, dotada de un brillo acrecentado. Se siente un objeto como real, sin el socorro de ningún test de realidad, cuando a) está excluido del Yo; y b) cuando sus impresiones avanzan sobre una frontera del Yo bien cargada.

#### Represión de los estados del Yo

La *represión* no se refiere solamente a las representaciones fantasmáticas. Se ejerce también sobre los estados del Yo. La parte inconsciente del Yo estaría formada así por capas estratificadas de los estados del Yo que la hipnosis, por ejemplo, o el sueño (o incluso, desde mi punto de vista la regresión creadora) puede despertar con su cohorte de experiencias, de recuerdos, de disposiciones que le están ligadas.

Cuando existe eficiencia de la carga del Yo, un Yo muy desarrollado y organizado no puede mantener una catexia conveniente en todas sus fronteras y es susceptible de ser invadido por el inconsciente y por sus falsas realidades. El retroceder hacia un estado anterior del Yo que exige menos desgaste de carga pulsional del Yo puede ser un medio de defensa. Las fronteras del Yo se reducen entonces a las de este estado.

De aquí la invasión del espíritu por falsas realidades y la pérdida de la facultad de pensar, que son los rasgos esenciales de la esquizofrenia.

Tratar a un psicótico, según Federn, es ayudarle a no desperdiciar su energía mental, a conservarla. No significa eliminar sus represiones, sino crearlas. Esto no significa utilizar con él la anamnesis, ya que el recuerdo de episodios psicóticos anteriores puede entrañar una recaída. Es revigorizar la frontera debilitada del Yo entre la realidad psíquica y la realidad exterior. Es rectificar las falsas realidades y llevar al enfermo a utilizar correctamente la prueba de la realidad. Es llevarle a darse cuenta del triple estatuto de su cuerpo como parte del Yo, como parte del mundo exterior y como frontera entre el Yo y el mundo.

## 7. FUNCIONES DEL YO-PIEL

Mi fundamentación teórica se basa en dos principios generales. Uno específicamente freudiano: toda función psíquica se desarrolla apoyándose en una función corporal cuyo funcionamiento transpone al plano mental. Aunque Jean Laplanche (1970) recomienda reservar el concepto de apuntalamiento al apoyo que las pulsiones sexuales encuentran en las funciones orgánicas de autoconservación, yo soy partidario de un sentido más amplio, porque el desarrollo del aparato psíquico se efectúa en grados sucesivos de ruptura con base biológica; rupturas que, por una parte, le permiten escapar a las leyes biológicas y, por otra, hacen necesaria la búsqueda de un apuntalamiento de todas las funciones psíquicas en funciones del cuerpo. El segundo principio, igualmente conocido por Freud, es Jacksoniano: a lo largo de su evolución, el desarrollo del sistema nervioso presenta una particularidad que no se encuentra en los otros sistemas orgánicos; a saber, que el órgano más reciente y más cercano de la superficie —el córtex—, tiende a tomar la dirección del sistema cuando integra los otros subsistemas neurológicos. Esto sucede también con el Yo consciente, que dentro del aparato psíquico tiende a ocupar la superficie en contacto con el mundo exterior y a controlar el funcionamiento de este aparato. Igualmente se sabe que la piel (superficie del cuerpo) y el cerebro (superficie del sistema nervioso) derivan de la misma estructura embrionaria, el ectodermo.

Para mí, como psicoanalista, la piel tiene una importancia capital: proporciona al aparato psíquico las representaciones constitutivas del Yo y de sus principales funciones. Y, en su momento, esta constatación se inscribe en el cuadro de la teoría general de la evolución. Desde los mamíferos hasta el hombre, el cerebro no solamente aumenta sino que se hace más complejo. La piel pierde su dureza y sus pelos. Los pelos subsisten apenas sólo en el cráneo, aumentando su papel protector del cerebro, y alrededor de los orificios corporales de la cara y del tronco, donde refuerzan la sensibilidad e incluso la sensualidad. Como demostró Imre Hermann (1930), la pulsión de agarramiento de cualquier pequeño a su madre es más difícil de satisfacer en la especie humana y se manifiesta en las angustias intensas precoces y prolongadas de pérdida de la protección, de falta de objeto soporte y en un desamparo que ha sido calificado de originario. Como contrapartida, la pulsión de apego toma, en el pequeño humano, una importancia tan-



to más considerable cuanto que la infancia humana es proporcionalmente más larga que la de otras especies. Esta pulsión tiene por objeto la localización, primero en la madre y después en el grupo familiar que toma el relevo, de las señales —sonrisa, suavidad del contacto, calor físico del abrazo, diversidad de emisiones sonoras, solidez del transporte, acunamiento, disponibilidad para dar el alimento, los cuidados, la compañía— que proporcionan indicios de la realidad exterior y de su continuidad, por una parte, y, por otra, de los afectos vividos por la compañera, especialmente como respuesta fundamental a los afectos del bebé. Nos encontramos aquí ya no en el registro de la satisfacción de las necesidades vitales de autoconservación (alimento, respiración, sueño) sobre las que los deseos sexuales y agresivos van a constituirse por apuntalamiento, sino en el de la comunicación (preverbal e infralingüística) sobre la que el intercambio de lenguajes encuentra oportuno apoyarse.

A menudo los dos registros funcionan simultáneamente: la mamá, por ejemplo, proporciona la ocasión de las comunicaciones táctiles, visuales, sonoras y olfativas. Pero sabemos que una satisfacción material de las necesidades vitales, sistemáticamente desprovista de esos intercambios sensoriales y afectivos, puede conducir al hospitalismo o al autismo. Se comprueba igualmente que, con el crecimiento del bebé, la parte que dedican él y su entorno a comunicar por comunicar va creciendo independientemente de las necesidades de autoconservación. La comunicación originaria es una comunicación directa en la realidad y más aún en la fantasía, no mediatizada, de piel a piel.

Freud, en «El Yo y el Ello» (1923), ha demostrado que no sólo los mecanismos de defensa y los rasgos del carácter derivan, por apoyo y por transformación, de actividades corporales, sino que sucede lo mismo con las instancias psíquicas: las pulsiones psíquicas que constituyen el Ello derivan de los instintos biológicos; lo que va a llamar el Superyó «tiene raíces acústicas», y el Yo se constituye, primero, a partir de la experiencia táctil. A lo que me parece necesario añadir que preexiste una tópica más arcaica, tal vez originaria, con el sentimiento de existencia del Sí-mismo: Sí-mismo en torno al cual se diferencia un Yo a partir de la experiencia táctil; Sí-mismo en cuyo exterior se proyectan tanto los estímulos endógenos como los exógenos. La tópica secundaria (Ello, Yo, con su apéndice el Yo ideal, Superyó formando pareja con el ideal del Yo) se organiza cuando la envoltura visual —fundamentalmente bajo los efectos de la prohibición primaria del tocar— sustituye a la envoltura táctil, proporcionando al Yo el apoyo esencial, cuando los representantes de cosas (principalmente visuales) se asocian, en el preconsciente que se desarrolla entonces, con representantes de palabras (proporcionados por la adquisición de la palabra) y cuando se adquieren las diferenciaciones, por una parte, del Yo

y del Superyó y, por otra, de la estimulación externa y de la extracción pulsional.

En mi más importante artículo de 1974 sobre el Yo-piel le asignaba yo tres funciones: una función de barrera protectora del psiquismo y una función de filtro de los intercambios y de inscripción de los primeros rasgos, función que hace posible la representación. A estas tres funciones corresponden tres figuraciones: el saco, la pantalla y el tamiz. El trabajo de Pasche (1971) sobre *Le Bouclier de Persée* me lleva a tomar en consideración una cuarta función, la de espejo de la realidad.

## Las nueve funciones del Yo-piel

Voy a realizar ahora el establecimiento de un paralelo más sistemático entre las funciones de la piel y las funciones del Yo, intentando precisar, para cada una, el modo de correspondencia entre lo orgánico y lo psíquico, los tipos de angustia unidos a la patología de esta función y las representaciones del trastorno del Yo-piel que la clínica nos aporta. El orden que voy a seguir no obedece a ningún principio de clasificación riguroso. Tampoco pretendo ser exhaustivo en cuanto al inventario de estas funciones que va a permanecer abierto.

1) Lo mismo que la piel cumple una función de sostenimiento del esqueleto y de los músculos, el Yo-piel cumple la de mantenimiento del psiquismo. La función biológica se ejerce por lo que Winnicott (1962, p. 12-13) llamó holding; es decir, por la forma en que la madre sostiene el cuerpo del bebé. La función psíquica se desarrolla por interiorización del holding materno. El Yo-piel es una parte de la madre —especialmente sus manos— que ha sido interiorizada y que mantiene el funcionamiento del psiquismo, al menos durante la vigilia, de la misma forma que la madre mantiene en ese mismo tiempo el cuerpo del bebé en un estado de unidad y de solidez. La capacidad del bebé para mantenerse psíquicamente a sí mismo condiciona el acceso a la posición de sentado, después a la de de pie y a la de marcha. El apoyo externo sobre el cuerpo materno conduce al bebé a adquirir el apoyo interno sobre su columna vertebral, como una espina sólida que le permite ponerse derecho. Uno de los núcleos que anticipan el Yo consiste en la sensación-imagen de un falo interno materno o, más generalmente, parental, que asegura al espacio mental, en vías de constituirse un primer eje, del orden de la verticalidad y de la lucha contra la pesantez y que prepara la experiencia de tener una vida psíquica para sí. Adosándose a este eje, el Yo hace actuar a los mecanismos de defensa más arcaicos, como la escisión y la identificación

proyectiva. Pero solamente puede adosarse a este soporte con toda seguridad si está seguro de tener en su cuerpo zonas de contacto estrecho y estable con la piel, los músculos y las palmas de la mano de la madre (y de las personas de su entorno primario) y, en la periferia de su psiquismo, un círculo recíproco con el psiquismo de la madre (lo que Sami-Ali (1974) ha llamado «inclusión mutua»).

Blaise Pascal, tempranamente huérfano de madre, teorizó muy bien en física, después en psicología y en la apologetica religiosa, sobre este horror del vacío interior durante mucho tiempo atribuido a la naturaleza y sobre esta falta del objeto soporte necesario al psiquismo para que éste encuentre su centro de gravedad. Francis Bacon pinta en sus cuadros los cuerpos decadentes a quienes la piel y los vestidos aseguran una unidad superficial, pero que están desprovistos de esta espina dorsal que mantiene el cuerpo y el pensamiento: pieles llenas de sustancias más líquidas que sólidas, lo cual corresponde muy bien a la imagen del cuerpo del alcohólico (1).

Lo que aquí está en juego no es la incorporación fantasmática del pecho nutricio, sino la identificación primaria con un objeto soporte contra el cual el niño se abraza y que lo tiene en brazos; es más bien la pulsión de agarramiento o de apego la que encuentra mayor satisfacción que la libido. La unión, cara a cara, del cuerpo del niño con el cuerpo de la madre, está vinculada con la pulsión sexual que encuentra satisfacción a nivel oral en la mamada y en esta manifestación de amor que es el abrazo. Los adultos que se aman encuentran generalmente este tipo de acoplamiento para dar satisfacción a sus pulsiones sexuales a nivel genital. En cambio, la identificación primaria con el objeto soporte supone otro dispositivo espacial que se presenta con dos variantes complementarias: Grotstein (1981), discípulo californiano de Bion, ha sido el primero que las ha precisado: espalda del niño contra vientre de la persona objeto-soporte (*back-ground object*), vientre del niño contra la espalda de ésta.

En la primera variante, el niño está adosado al objeto soporte que se moldea ahuecándose sobre él. Se siente protegido por su parte posterior; es la espalda la única parte de su cuerpo que no se puede ni tocar ni ver. La pesadilla frecuente en los niños con fiebre, de una superficie que se arruga, se comba, se desgarras, llena de jorobas y de agujeros, traduce de forma figurativa la espera de la representación aseguradora de una piel común con el objeto soporte que le sostiene. Esta superficie que desfallece puede ser interpretada por el soñador como una ondulación de serpientes, pero sería un error de interpreta-

(1) Cf. mis dos monografías, «De l'horreur du vide à sa pensée: Pascal» y «La peau, la mère et le miroir dans les tableaux de Francis Bacon», reproducidos en *Le Corps de l'oeuvre* (Anzieu D., 1981 a).

ción el entenderla únicamente como un símbolo fálico. La presencia de muchas serpientes reptando no tiene el mismo sentido que la de una serpiente única que se pone derecha. Grotstein cita uno de estos sueños de una niña pequeña aportado por la madre que se analizaba con él.

«Su hija se despertó en medio de la noche viendo serpientes por todas partes, incluso en el suelo por el que ella caminaba. Corrió a la habitación de su madre y, saltando sobre ella, puso su espalda contra el vientre de su madre. Era éste el único sitio donde podía encontrar consuelo. Aunque la paciente era la madre y no la niña, sus asociaciones en relación con este acontecimiento establecieron, inmediatamente, el hecho de que la madre se había identificado con su niña. Era ella la niña pequeña que deseaba tenderse sobre mí para procurarse el «soporte» (*backing*), la protección y la cobertura (*rearing*) de los que ella se había sentido privada por sus propios padres» (2).

La segunda posición, la del niño tumbado juntando la parte de delante de su cuerpo a la espalda de la persona que cumple para él la función de objeto soporte, aporta al interesado la sensación-sentimiento de que la parte más apreciada y frágil de su cuerpo, es decir, su vientre, está protegida detrás de la pantalla protectora, el para-excitación originario que es el cuerpo de este otro mantenedor. Esta experiencia empieza generalmente con uno u otro de los padres (incluso con ambos); puede continuar durante bastante tiempo con un hermano o hermana con quien el niño comparte la cama. (Hasta su psicoanálisis con Bion, Samuel Beckett no era capaz de vencer la angustia del insomnio si no dormía unido a su hermano mayor). Una de mis pacientes, educada por una pareja de padres violentos y desunidos, encontraba su seguridad interior, hasta la prepubertad, durmiéndose así pegada a su hermana pequeña, con quien compartía la cama. Aquella de las dos que tuviera más miedo «hacia de silla» (ésta era su expresión) para acoger y abrazar contra ella el cuerpo tranquilizador de la otra. Durante toda una fase de su análisis su transferencia me invitaba implícitamente, a mí también, a hacer de silla: me reclamaba la alternancia de mis asociaciones libres con las suyas, la confesión de mis pensamientos y sentimientos, de mis angustias; me proponía el acercamiento de su cuerpo, sin comprender por qué yo rechazaba el que ella viniera a sentarse sobre mis rodillas. Tuve que analizar primero como una sexualización defensiva la seducción histérica con la que ella cubría su petición; después pudimos elaborar su angustia por la pérdida del objeto soporte.

(2) Agradezco a Annick Maufras du Chatellier el haberme hecho conocer este texto y el haberme proporcionado la traducción francesa.



Grotstein relata otro tipo de ejemplo significativo: «Pacientes en análisis, frecuentemente, me han contado sueños en los que ellos conducían un coche desde el asiento de atrás. Las asociaciones a estos sueños conducían, casi invariablemente, a la noción de tener un «soporte» (backing) defectuoso y, como consecuencia, una dificultad para la autonomía». Grotstein propone incluso un juego de palabras intraducible: porque el objeto-soporte está «detrás» o «debajo» (*he under stands*), proporciona el paradigma de la «comprensión» (*understanding*).

2) A la piel, que recubre la superficie entera del cuerpo y que es donde se insertan todos los órganos de los sentidos externos, responde la función de *continente* del Yo-piel. Esta función se ejerce principalmente por el *handling* materno. La sensación-imagen de la piel como saco se despierta en el bebé por los cuidados del cuerpo que, de acuerdo con sus necesidades, le procura la madre. El Yo-piel como representación psíquica emerge de los juegos entre el cuerpo de la madre y el cuerpo del niño, así como de las respuestas de la madre a las sensaciones y a las emociones del bebé; respuestas gestuales y vocales, porque la envoltura sonora refuerza entonces la envoltura táctil, respuestas de carácter circular en las que las ecolalias y las ecoprasias del uno imitan las del otro, respuestas que permiten al niño pequeño experimentar progresivamente esas sensaciones y esas emociones independientemente, sin sentirse destruido. R. Kaës (1979 a) distingue dos aspectos de esta función. El «continente» propiamente dicho, estable e inmóvil, se ofrece como receptáculo pasivo para ser depósito de las sensaciones-imágenes-afectos del bebé, neutralizadas y conservadas así. El «continente» corresponde al aspecto activo, a la ensoñación materna según Bion, a la identificación proyectiva, al ejercicio de la función alfa que elabora, transforma y restituye al interesado sus sensaciones-imágenes-afectos ya representables.

Lo mismo que la piel envuelve todo el cuerpo, el Yo-piel pretende envolver todo el aparato psíquico, pretensión que parece abusiva pero que al principio es necesaria. En este caso, el Yo-piel está representado como corteza y el Ello pulsional como núcleo, teniendo cada uno de los dos términos necesidad del otro. El Yo-piel solamente es continente si tiene pulsiones que contener, que localizar en las fuentes corporales, y, más tarde, que diferenciar. La pulsión no se siente como empuje, como fuerza motriz, si no encuentra límites y puntos específicos de inserción en el espacio mental en el que se despliega, sino solamente si su fuente se proyecta en las regiones del cuerpo dotadas de una excitabilidad especial. Esta complementariedad de la corteza y del núcleo es el fundamento del sentimiento de la continuidad del Sí mismo.

Dos formas de angustia dan respuesta a la carencia de esta función contenedora del Yo-piel. La angustia de una excitación pulsional difusa, permanente, esparcida, no localizable, no identificable, no apaciguable, que traduce una topografía psíquica por un núcleo sin corteza; el individuo busca una corteza sustitutiva en el dolor físico o en la angustia psíquica; se envuelve en el sufrimiento. En el segundo caso, la envoltura existe, pero su continuidad está interrumpida por agujeros. Es un Yo-piel colador; los pensamientos, los recuerdos se conservan con dificultad; huyen (ver anteriormente la observación de Leonor (p. 75). La angustia de tener un interior que se vacía es considerable, especialmente la de la agresividad necesaria a toda afirmación de sí. Estos agujeros psíquicos pueden instalarse en los poros de la piel: la próxima observación de Getsemaní (p. 193) nos muestra a un paciente que transpira durante las sesiones y que lanza de este modo, sobre su psicoanalista, una agresividad nauseabunda que no puede ni retener ni elaborar, en tanto que su representación inconsciente de un Yo-piel colador no haya sido interpretada.

3) La capa superficial de la epidermis protege su capa sensible (aquella en la que se encuentran las terminaciones libres de los nervios y los corpúsculos del tacto, y el organismo en general, contra las agresiones físicas, las radiaciones y el exceso de estímulos. Ya en el «Proyecto de una psicología para neurólogos» de 1895, Freud reconoció una función de *para-excitación* paralela al Yo. En «El bloc maravilloso» (1925), precisa muy bien que el Yo (como la epidermis: pero Freud no hace siempre esta precisión) presenta una estructura en doble hoja. En el «Proyecto» de 1895 Freud da a entender que la madre sirve al bebé de para-excitación auxiliar, y lo hace —soy yo quien lo añade— hasta que el Yo, en su crecimiento, encuentre, sobre su propia piel, un apoyo suficiente para asumir esta función de forma. De forma general, el Yo-piel es una estructura, virtual en el nacimiento, que se actualiza durante la relación entre el lactante y el entorno primario; el origen lejano de esta estructura se remontaría a la aparición misma de los organismos vivos.

Los excesos y los déficits del para-excitación ofrecen distintas problemáticas con apariencias muy variadas. Frances Tustin (1972) ha descrito las dos imágenes del cuerpo que pertenecen al autismo primario y secundario respectivamente: el Yo-pulpa (cuando ninguna de las funciones del Yo-piel han sido adquiridas, ni las de soporte, ni de continente, ni de para-excitación, y cuando la doble hoja aún no ha sido bosquejada), el Yo-crustáceo, con un caparazón rígido que reemplaza al contenedor ausente y que impide el engranaje de las siguientes funciones del Yo-piel.

La angustia paranoide de intrusión psíquica se presenta con dos

formas: a) me roban mis pensamientos (persecución); b) me infunden pensamientos (máquina de influenciar). Aquí las funciones de para-excitación y de contenedor existen de forma distinta pero suficiente.

La angustia de la pérdida del objeto, que cumple el papel de para-excitación auxiliar, aumenta al máximo cuando la madre del niño ha entregado a éste a su propia madre para que lo eduque (es decir, a la abuela materna del niño), y cuando ésta se ocupa del niño con tal perfección cualitativa y cuantitativa que el niño no ha podido conocer la posibilidad ni la necesidad de proporcionarse un auto-apuntalamiento. La toxicomanía puede aparecer entonces como una solución para constituir una barrera de niebla o de humo entre el Yo y los estímulos externos.

El para-excitación puede ser buscado como apoyo en la dermis a falta de epidermis: esta es la segunda piel muscular (E. Bick), la coraza caracterial (W. Reich).

4) La membrana de las células orgánicas protege la individualidad de la célula, distinguiendo los cuerpos extraños, cuya entrada impide, de las sustancias parecidas o complementarias que decide admitir y asociar. Por su granulación, color, textura y olor, la piel humana presenta diferencias individuales considerables. Estas pueden ser narcisísticamente, incluso socialmente, sobreinvertidas. Permiten distinguir, en los demás, los objetos de apego y de amor y afirmarse a sí mismo como un individuo que tiene su propia piel. A su vez, el Yo-piel asegura una función de *individuación* del Sí-mismo, que le aporta el sentimiento de ser un ser único. La angustia que describe Freud (1919) de la «inquietante extrañeza» está unida a una amenaza hacia la individualidad del Sí-mismo por debilitamiento del sentimiento de sus fronteras.

En la esquizofrenia, toda la realidad externa (mal diferenciada de la realidad interna) está considerada como peligrosa de asimilar. La pérdida del sentido de la realidad permite el mantenimiento, a toda costa, del sentimiento de unidad del Sí-mismo.

5) La piel es una superficie que contiene bolsas, cavidades donde se alojan los órganos de los sentidos que no son los del tacto (que están insertados en la misma epidermis). El Yo-piel es una superficie psíquica que une las sensaciones de distintas naturalezas y que las destaca como figuras sobre este fondo originario que es la envoltura táctil: esta es la función de *intersensorialidad* del Yo-piel, que desemboca en la constitución de un «sentido común» (el *sensorium commune* de la filosofía medieval), cuya referencia básica se realiza siempre por medio del tacto. La angustia de fraccionamiento del cuerpo responde a la carencia de esta función; más precisamente, la del desmantelamiento

to (Meltzer, 1975), es decir, la de un funcionamiento independiente, anárquico de los distintos órganos de los sentidos. Más adelante mostraré el papel decisivo de la prohibición del tocar, cuando me refiero a la envoltura táctil continente del espacio intersensorial que prepara la simbolización. En la realidad neurofisiológica es en el encéfalo donde se efectúa la integración de las informaciones que provienen de los diversos órganos de los sentidos; la intersensorialidad es, pues, una función del sistema nervioso central o, más globalmente, del ectodermo (de donde parten simultáneamente la piel y el sistema nervioso central). En la realidad psíquica, por el contrario, este papel se ignora y existe una representación imaginaria de la piel como telón de fondo, como superficie originaria sobre la cual se despliegan las interconexiones sensoriales.

6) La piel del bebé es objeto de carga libidinal de la madre. El alimento y los cuidados se acompañan de contactos piel a piel, generalmente agradables, que preparan al autoerotismo y que sitúan los placeres de piel como telón de fondo habitual de los placeres sexuales. Estos se localizan en ciertas zonas eréctiles o en ciertos orificios (excrecencias y bolsas) donde la capa superficial de la epidermis es más delgada, por lo que el contacto directo con la mucosa produce una sobreexcitación. El Yo-piel cumple la función de superficie de *sostén de la excitación sexual*, superficie en la que, en el caso de un desarrollo normal, se pueden localizar zonas erógenas, reconocer la diferencia de sexos y su complementariedad. El ejercicio de esta función puede ser autosuficiente: el Yo-piel capta la carga libidinal en toda su superficie y se convierte en una envoltura de excitación sexual global. Esta configuración es el fundamento de la teoría sexual infantil sin duda más arcaica, según la cual la sexualidad se limita a los placeres del contacto piel con piel y el embarazo se produce por un simple abrazo corporal y por un beso. A falta de una descarga satisfactoria, esta envoltura de excitación erógena puede transformarse en envoltura de angustia (ver, más adelante, la observación de Zenobia, p. 234).

Si la carga de la piel es más narcisística que libidinal, la envoltura de excitación puede reemplazarse por una envoltura narcisística brillante, como para conceder a su poseedor la invulnerabilidad, inmortal y heroica.

Si el sostenimiento de la excitación sexual no está asegurado, el individuo convertido en adulto no se siente con la seguridad suficiente para comprometerse en una relación sexual completa que desemboque en una satisfacción genital mutua.

Si las excrecencias y los orificios sexuales son lugar de experiencias halógenas más que erógenas, la representación de un Yo-piel agujereado se encuentra reforzada, la angustia persecutoria aumentada, la pre-



disposición a las perversiones sexuales que pretenden convertir el dolor en placer acrecentada.

7) A la piel, como superficie de estímulo permanente del tono sensoriomotor por las excitaciones externas, responde la función del Yo-piel de *recarga libidinal* del funcionamiento psíquico, de mantenimiento de la tensión energética interna y de su distribución desigual entre los subsistemas psíquicos (cf., las «barreras de contacto» del «Proyecto» freudiano de 1895). Los fallos de esta función producen dos tipos antagónicos de angustia: la angustia de la explosión del aparato psíquico bajo el efecto de la sobrecarga de excitación (la crisis epiléptica, por ejemplo, cf. H. Beauchesne, 1980); la angustia de Nirvana, es decir, la angustia ante lo que sería la realización del deseo de una reducción de la tensión cero.

8) La piel, con los órganos de los sentidos táctiles que contiene (tacto, dolor, calor-frío, sensibilidad dermatóptica), proporciona informaciones directas sobre el mundo exterior (que inmediatamente son recuperadas por el «sentido común» con las informaciones sonoras, visuales, etc.). El Yo-piel realiza la función de *inscripción de huellas* sensoriales táctiles, función de pictograma según Piera Castoriadis-Aulagnier (1975), de escudo de Perseo que remite en espejo una imagen de la realidad según F. Pasche (1971). Esta función está reforzada por el entorno materno, en la medida en que realiza su papel de «presentación del objeto» (Winnicott, 1962) en relación con el niño pequeño. Esta función del Yo-piel se desarrolla con un doble apoyo, biológico y social. Biológico: un primer dibujo de la realidad se imprime en la piel. Social: la pertenencia de un individuo a un grupo social está marcada por incisiones, escarificaciones, pinturas, tatuajes, maquillajes, peinados y sus dobles, que son los vestidos. El Yo-piel es el pergamino originario que conserva, a la manera de un palimpsesto, los garabatos tachados, raspados, sobrecargados de una escritura «originaria» preverbal, hecha de trazas cutáneas.

Una primera forma de angustia relativa a esta función es la de estar marcado en la superficie del cuerpo y del Yo por inscripciones infamantes e indelebles que tienen su origen en el Superyó (los rubores, el eczema, las heridas simbólicas, según Bettelheim (1954), la máquina infernal de la *Colonia Penitenciaria* de Kafka (1914-1919) que graba en la piel del condenado, en letras góticas, hasta la muerte, el artículo del código que éste ha transgredido). La angustia inversa se refiere al peligro de desaparición de las inscripciones por efecto de su saturación, esto es, la pérdida de la capacidad de fijar las huellas, en el sueño, por ejemplo. La película que permite el desarrollo de los sueños propone entonces al aparato psíquico la imagen visual de un Yo-piel restituído en su función de superficie sensible.

9) Todas las funciones precedentes están al servicio de la pulsión de apego y, después, de la pulsión libidinal. ¿No podría existir una función negativa del Yo-piel, una especie de antifunción, al servicio de Thanatos, que tendiera a la *autodestrucción* de la piel y del Yo? Los progresos de la inmunología, desencadenados por el estudio de las resistencias del organismo a los trasplantes de órganos, nos encaminan hacia reacciones del organismo vivo. Las incompatibilidades entre donador y receptor de órganos, que nos confirman que no existen dos seres humanos idénticos sobre la tierra (salvo en el caso de los verdaderos gemelos), nos han permitido conocer, por otra parte, la importancia de los marcadores moleculares de la «personalidad biológica»; cuanto más similares son estos marcadores entre el donador y el receptor mayor es la posibilidad de éxito en los trasplantes (Jean Hamburger); y estas similitudes proceden de la existencia de una pluralidad de diferentes grupos de glóbulos blancos que se revelan como marcadores, no solamente de dichos glóbulos, sino de la personalidad entera (Jean Dausset).

Los biólogos han tenido que recurrir, sin saber lo que estaban haciendo, a nociones —el Sí-mismo, el No-Yo— análogas a las que algunos sucesores de Freud forjaron para completar la segunda concepción tópica del aparato psíquico. En muchas enfermedades, el sistema inmunológico puede ponerse en movimiento, equivocada o acertadamente, para atacar cualquier órgano del cuerpo como si fuera un injerto extraño. Estos son los fenómenos autoinmunes, lo que etimológicamente quiere decir que el organismo vivo vuelve contra sí mismo la reacción inmunológica o inmune. La defensa celular está hecha para rechazar los tejidos extraños —el *No Sí-mismo*, dicen los biólogos—, pero es, a veces, lo bastante ciega para como atacarse a *Sí-misma*, mientras que en estado de salud se respeta totalmente: de aquí que las enfermedades autoinmunes sean a menudo graves.

Como analista me sorprende la analogía entre la reacción autoinmune, por una parte, y, por otra, la vuelta de la pulsión sobre sí misma, la reacción terapéutica negativa, así como los ataques contra los vínculos en general y contra los continentes psíquicos en particular. Me doy cuenta, también, de que la distinción entre lo familiar y lo extraño (Spitz) o entre el Yo y el no-Yo (*me and not me*, según Winnicott) tiene sus raíces biológicas a nivel de la célula misma, por lo que propongo la hipótesis de que la piel, como envoltura del cuerpo, constituye la realidad intermediaria entre la membrana celular (que recoge, clasifica y transmite la información en cuanto al carácter extraño o no de los iones) y la interfaz psíquica que es el sistema de percepción-conciencia del Yo.

La medicina psicosomática ha descubierto una inversión de las se-

ñales de seguridad y de peligro en la estructura alérgica: la familiaridad, en lugar de ser protectora y tranquilizante se rechaza como mala, y la extrañeza, en lugar de ser inquietante, se muestra atractiva: de aquí la reacción paradójica del alérgico y también del toxicómano que evita lo que puede hacerle bien y que está fascinado por lo que le es nocivo. El hecho de que la estructura alérgica se presente a menudo bajo la forma de una alternancia asma-eczema permite precisar la configuración del Yo-piel que está en juego. Al principio se trata de paliar las insuficiencias del Yo-piel-bolsa para delimitar una esfera psíquica interna en orden al volumen, es decir, podrá pasar de una representación bidimensional a una representación tridimensional del aparato psíquico (cf. D. Houzel, 1984 a). Las dos afecciones corresponden a los dos modos posibles de acercamiento de la superficie de esta esfera: por el interior y por el exterior. El asma es una tentativa de sentir por dentro la envoltura constitutiva del Yo corporal: el enfermo se hincha de aire hasta sentir desde dentro las fronteras de su cuerpo y hasta asegurarse los límites ampliados de su Sí-mismo; para preservar esta sensación de Sí-mismo-bolsa inflada permanece en apnea, con el peligro de bloquear el ritmo de intercambio respiratorio con el medio y de ahogarse. La observación de Pandora lo ilustra (cf. p. 127). El eczema es una tentativa para sentir desde fuera esta superficie corporal del Sí-mismo, en sus desgarramientos dolorosos, su contacto rugoso, su visión vergonzante y, también, como envoltura de calor y de excitaciones erógenas difusas.

En la psicosis, especialmente en la esquizofrenia, la paradoja que la alergia suscita es llevada al paroxismo. El funcionamiento psíquico está dominado por lo que Paul Wiener (1983) ha llamado la reacción antifisiológica. La confianza en el funcionamiento natural del organismo está destruida o no ha sido adquirida. Lo natural es vivido como artificial; lo vivo se asimila a lo mecánico; lo que es bueno en la vida y para la vida se percibe como un peligro mortal. Tal funcionamiento psíquico paradójico altera, por una reacción circular, la percepción del funcionamiento corporal que se presenta nuevamente reforzado en sus paradojas. Aquí la configuración paradójica subyacente del Yo-piel conlleva la no adquisición de las distinciones fundamentales: vigilia-sueño, sueño-realidad, animado-inanimado. La observación de Eurídice (D. Anzieu, 1982 b) nos proporciona un ejemplo limitado en una paciente no psicótica, pero que se siente amenazada de confusión mental. El restablecimiento de la confianza en un funcionamiento natural y feliz del organismo (a condición de que éste encuentre el eco suficiente a sus necesidades dentro del medio) es una de las tareas esenciales del psicoanalista en relación con dichos pacientes, una tarea ardua y repetitiva de acuerdo con los intentos inconscientes del paciente para paralizar al psicoanalista cogido en la trampa de la transfe-

rencia paradójica (cf. D. Anzieu, 1975 b) y para conducirlo a su propio fracaso.

Los ataques inconscientes contra el continente psíquico, que puede ser que se apoyen sobre los fenómenos orgánicos autoinmunes, tengo la impresión de que proceden de partes del Sí-mismo fusionadas a la pulsión de autodestrucción inherente al Ello, deportadas a la periferia del Sí-mismo, enquistadas en la capa superficial que es el Yo-piel, cuya continuidad socavan allí mismo, cuya cohesividad destruyen y cuyas funciones alteran invirtiendo sus fines. La piel imaginaria con la que el Yo se recubre se convierte en una túnica envenenada, ahogante, abrasadora, desagregante. Se podría, pues, hablar de una función tóxica del Yo-piel.

Esta lista de nueve funciones psíquicas del Yo, homólogas a las funciones biológicas de la piel, no es, desde mi punto de vista, ni inmutable ni exhaustiva. Proporciona una clave que los hechos tendrán que probar, y permanece abierta y mejorable para facilitar la observación clínica, el diagnóstico psicopatológico, la conducta de las psicoterapias y la técnica de la interpretación psicoanalítica.

En cuanto a las funciones de la piel que no he evocado aún (3), se podría, llevando más lejos el espíritu del sistema, proponer el hacerlas corresponder incluso a otras funciones del Yo:

- Función de almacenamiento (por ejemplo, de las grasas): comparable a la función mnésica; aunque ésta surge de las zonas preconscientes del aparato psíquico y no pertenece —Freud insiste en ello— a su «superficie», caracterizada por los sistemas de percepción-conciencia.
- Función de producción (por ejemplo, de los pelos y de las uñas): comparable a la producción de los mecanismos de defensa por la zona del Yo (ésta también preconsciente e incluso inconsciente).
- Función de emisión (por ejemplo, de sudor, de ferhormonas\*): comparable a la precedente, porque la proyección constituye, en efecto, uno de los mecanismos de defensa más arcaicos del Yo; pero conviene articularlo con una configuración tópica específica que he descrito como Yo-piel colador (cf. las observaciones de Eléonore y de Gethsémani).

Se podría comparar también algunas funciones, al menos ciertas tendencias del Yo-piel, con características estructurales (ya no funcionales) de la piel. Por ejemplo, al hecho de que la piel tenga la mayor

(3) Agradezco a mi colega, François Vincent, psicofisiólogo, que haya llamado mi atención sobre ellas.

\* N. de la T.: en el original *phérormonas*, término creado por las lenguas anglosajonas para designar las sustancias que los animales excretan para la comunicación



superficie y el mayor peso de todos los órganos del cuerpo, correspondería la pretensión del Yo de envolver la totalidad del aparato psíquico y tener el mayor peso en su funcionamiento. Igualmente, la tendencia al ajuste de las hojas externas e internas del Yo-piel, así como de las envolturas psíquicas (sensoriales, musculares y rítmicas) parece relacionada con el enmarañamiento (descrito en la p. 27) de las capas que componen la epidermis, la dermis y la hipodermis. La complejidad del Yo y la multiplicidad de sus funciones podrían igualmente ser comparadas con la existencia de numerosas e importantes diferencias de estructura y de función, de un punto a otro de la piel (por ejemplo, la densidad de los diferentes tipos de glándulas, de corpúsculos sensoriales, etc.).

## Un caso de masoquismo perverso

### Observación del Señor M.

El caso, bastante excepcional, del Señor M., aportado por Michel de M'uzan (1972 y 1977) con anterioridad a mi primer artículo sobre el Yo-piel (1974), no corresponde a una indicación de cura psicoanalítica, por lo que fue objeto de sólo dos entrevistas con este colega. Mi perspectiva de las nueve funciones del Yo-piel permite reinterpretarlo con posterioridad, poniendo en evidencia la alteración de la casi totalidad de las funciones del Yo-piel (el inventario que de ellas hago queda así indirectamente validado) en los casos graves de masoquismo y la necesidad de recurrir a prácticas perversas para restablecer estas funciones.

Para el Señor M., que no sin razón es radioelectricista, la función de sostenimiento está artificialmente asegurada por la introducción de trozos de metal y de vidrio bajo toda la piel (se trata, pues, aquí, de una segunda piel ya no muscular, sino metálica), fundamentalmente de agujas en los testículos y el pene, de dos anillos de acero colocados respectivamente en la extremidad de la verga y en el origen de las bolsas, de tiras cortadas de la piel de la espalda con la finalidad de suspender al Señor M. de unos ganchos de carnicero, mientras que un sádico le sodomiza (actualización del mitema del dios colgado, citado anteriormente, p. 60, a propósito del mito griego de Marsias).

Los fallos de la función de continente del Yo-piel, son materializados no solamente por las innumerables cicatrices de quemaduras y de desgarros esparcidas por toda la superficie del cuerpo, sino también por el cepillado de ciertas excrescencias (seno derecho arrancado, dedo pequeño del pie derecho cortado con la sierra de metal), por el taponamiento de algunos agujeros (omblico lleno de plomo fundido), por

el alargamiento artificial de algunos orificios (ano, fondo del glande). Esta función de continente se restablece por la instauración repetitiva de una envoltura de sufrimiento, gracias a la gran diversidad, ingeniosidad y crueldad de los instrumentos y de las técnicas de tortura: la fantasía de la piel arrancada debe ser reavivada permanentemente, en el masoquista perverso, para que pueda reapropiarse de un Yo-piel.

La función de para-excitación está tan mal realizada que llega al punto límite irreversible en el que el peligro resulta mortal para el organismo. El señor M. siempre ha salido intacto de esta situación límite (no ha tenido ni una enfermedad grave ni la locura), mientras que su joven esposa, con quien hizo el descubrimiento mutuo de las perversiones masoquistas, murió de agotamiento consecutivo a los malos tratos soportados. El señor M. puja muy alto jugando a un juego de desafío a la muerte.

La función de individuación del Sí-mismo sólo puede realizarse dentro del sufrimiento físico (las torturas) y moral (las humillaciones); la introducción sistemática de sustancias no orgánicas bajo la piel, la ingestión de materias repugnantes (la orina, los excrementos del compañero) muestran la fragilidad de esta función; la distinción del cuerpo propio y de los cuerpos extraños se pone en tela de juicio sin cesar.

La función de intersensorialidad es, sin duda, la que mejor se respeta (lo que explica la excelente adaptación profesional y social del señor M.).

La función de sostén de la excitación sexual y la de recarga libidinal del Yo-piel están igualmente preservadas y activadas, mas al precio de los sufrimientos límite que acabamos de evocar. El señor M. no sale ni abatido ni deprimido de sus sesiones de prácticas perversas, ni simplemente cansado: las sesiones lo tonifican. No llega a la satisfacción sexual ni penetrando ni siendo penetrado, sino, al principio, por la masturbación, después sólo por el espectáculo de escenas perversas (por ejemplo, la de su mujer sufriendo la crueldad de un sádico), acompañado de una excitación de toda su piel sometida también a castigos. «Toda la superficie de mi cuerpo era excitable por medio del dolor.» «La eyaculación llegaba en el momento en el que el dolor era más fuerte... Después de la eyaculación, sufría sin más» (*ibid.*, 1977, p. 133-134).

La función de inscripción de los signos está sobreactivada. Numerosos tatuajes cubren el cuerpo entero, exceptuando la cara; por ejemplo, sobre las nalgas: «Cita con las buenas colas»; sobre los muslos y el vientre: «Viva el masoquismo», «Soy una perra cachonda», «Servís de mí como de una hembra, os lo pasaréis muy bien», etc. (*ibid.*, p. 127). Todas estas inscripciones atestiguan una identificación específica con la anatomía femenina, con erogeneización del conjunto de la

superficie de la piel, y la invitación a hacer gozar al compañero por diversos orificios (boca, ano) por los que él mismo no goza.

Finalmente, la función que he llamado tóxica del Yo-piel (es decir, autodestructiva) llega al paroxismo. La piel se convierte en la fuente y el objeto de los procesos destructores. Pero la escisión de las pulsiones de vida y de las de muerte no es más que pasajera, a diferencia de las psicosis, en las que es definitiva. En el momento en que el juego con la muerte se convierte en suicida, el compañero detiene sus malos tratos, la libido opera una vuelta a la carga «salvaje», y el Señor M. puede disfrutar.

Ha tenido siempre, al menos, bastante olfato psicológico para elegir a tales compañeros: «El sádico se desinfla siempre en el último momento», cuenta (*ibid.*, p. 137). Deseo de omnipotencia, comenta Michel de M'Uzan. Quiero precisar: la búsqueda de una omnipotencia en la destrucción es, para el masoquista perverso, la condición para acceder a una fantasía de omnipotencia erótica, necesaria para desencadenar el placer: la piel no está completamente arrancada, las funciones del Yo-piel no están irreversiblemente destruidas, su recuperación realizada *in extremis* en el momento de su pérdida, produce una «asunción jubilosa» mucho más intensa (porque es a la vez corporal y psíquica) que la descrita por Lacan en el estadio del espejo, pero cuya economía narcisista es también evidente.

Espero haber demostrado que estos mecanismos de defensa, de sobra conocidos (escisión de la pulsión, vuelta contra sí mismo, vuelta de lo escindido, sobrecarga narcisística de funciones psíquicas y orgánicas heridas) sólo funciona con tal eficacia en un Yo-piel especial que provisionalmente ha adquirido las nueve funciones fundamentales, que revive repetitivamente una fantasía de piel arrancada y el drama de la pérdida de la casi totalidad de estas funciones para obtener, igualmente, un placer con la exaltación de sus reencuentros. La fantasía (necesaria para la evolución hacia una autonomía psíquica) de tener una piel propia permanece profundamente culpabilizada por la fantasía previa de que es necesario tomarla de otro para tenerla para sí, y de que es mejor aún dejársela tomar por el otro para proporcionarle placer y para, finalmente, obtenerlo para sí mismo.

## La envoltura húmeda: el pack, las grutas

### El pack

El pack es una técnica curativa para los enfermos psicóticos graves, derivada de la envoltura húmeda practicada por la psiquiatría francesa en el siglo XIX, que presenta analogías con el ritual africano del

amortajamiento terapéutico o con el baño helado de los monjes tibetanos. El pack fue introducido en Francia hacia 1960 por el psiquiatra americano Woodbury, quien añadió, a la envoltura física con lienzos propiamente dicha, el que el grupo de terapeutas rodeara estrechamente al enfermo. Esta adición aporta una confirmación no premeditada a la hipótesis, avanzada desde el principio de esta obra, del doble apoyo del Yo-piel: biológico, sobre la superficie del cuerpo; y social, sobre la presencia de un entorno unido y atento a la experiencia que el interesado está viviendo.

El enfermo, en ropa interior o desnudo, a su elección, es envuelto por el personal que lo trata con sábanas húmedas y frías. Estos envuelven al principio independientemente cada uno de sus cuatro miembros, después el cuerpo entero, miembros incluidos, pero no la cabeza. El enfermo es envuelto, inmediatamente después, con una manta que le permita calentarse más o menos rápidamente. Permanece tumbado durante 3/4 de hora, con libertad de verbalizar o no lo que siente (de todas formas, de acuerdo con los terapeutas que se han sometido ya a la experiencia del pack, las sensaciones-afectos que se experimentan son tan fuertes y tan extraordinarias que las palabras no las pueden casi expresar). Los terapeutas tocan con sus manos al envuelto, le interrogan con la mirada, le responden; están ávidos por conocer lo que le pasa. La práctica del pack traba un espíritu de grupo tan fuerte entre ellos que tiende a suscitar los celos del resto del personal. Aquí encuentro confirmación mi otra hipótesis de que la envoltura corporal es uno de los organizadores psíquicos inconscientes de los grupos (D. Anzieu, 1981 b). Después de una fase relativamente breve de angustia, relacionada con la impresión de un entorno global por el frío, el que ha sido envuelto experimenta un sentimiento de omnipotencia, de complexión física y psíquica. Lo que yo entiendo como una regresión a ese Sí-mismo psíquico originario, ilimitado, del que algunos psicoanalistas han formulado hipótesis y que correspondería a una experiencia de disociación del Yo psíquico y del Yo corporal, como suelen hacer los participantes de un grupo, o los místicos, o incluso los creadores (cf. D. Anzieu, 1980 a). Este bienestar no persiste, pero se hace más duradero con la repetición de los packs (la cura completa, en la modalidad del psicoanálisis, puede llevar años al ritmo de tres envolvimientos semanales).

El pack proporciona al paciente la sensación de una doble envoltura corporal: una envoltura térmica (fría, después caliente como consecuencia de la vasodilatación periférica reactiva al contacto frío), envoltura que controla la termorregulación interna; una envoltura táctil (las sábanas mojadas y apretadas que se pegan a toda la piel). Esto reconstituye pasajeramente su Yo como separado de los demás, pero permaneciendo en continuidad con ellos, lo que constituye una de las carac-



terísticas topográficas del Yo-piel. Una persona que practica el pack, Claudie Cachard (1981), se ha referido a él como «membranas de vida» (cf. igualmente D. de Loisy, 1981).

El pack es utilizable igualmente con los niños psicóticos y con los sordo-ciegos, para quienes el único acceso posible a una comunicación significativa con el entorno es táctil. El pack les ofrece las «envolturas de auxilio» estructurantes, las que por cierto tiempo ocupan el lugar de sus envolturas patológicas y gracias a las cuales pueden abandonar una parte de sus defensas por la agitación motriz y sonora y sentirse unos e inmóviles. No obstante, existe una resistencia al envolvimiento: el quererles inmovilizar completamente suscita en los niños un pánico mortal y una especial violencia.

### Tres puntualizaciones

La experiencia del pack y de las grutas me lleva a formular tres puntualizaciones. En primer lugar, parece que el cuerpo del lactante está programado para realizar la experiencia de una envoltura continente; si los materiales sensoriales adecuados le faltan, hace de todas formas esta experiencia con lo que le queda a su disposición: de aquí las envolturas patológicas constituidas por una barrera de ruidos incoherentes y de agitación motriz; no aseguran la descarga controlada de la pulsión, sino la adaptación del organismo a la supervivencia. En segundo lugar, las resistencias paradójicas de los educadores proceden de la diferencia de niveles de estructuración del Yo corporal entre los educadores y los niños, y del peligro, para los primeros, de una regresión que aboliera esta diferencia y que instaurara la confusión mental. En tercer lugar, la terapéutica de las «envolturas de auxilio» (packs, grutas, y también masajes, bioenergía y grupos de reencuentro) no tiene más que un efecto provisional. Es este el engrosamiento de un fenómeno comparable en las personas normales que tienen necesidad de reconfirmar periódicamente, con experiencias concretas, sus sentimientos básicos de un Yo-piel. Esta es también la ilustración de la necesidad que se siente, en el caso de carencias graves, de desarrollar las configuraciones sustitutivas y compensatorias.

## 8. TRASTORNOS DE LAS DISTINCIONES SENSOMOTRICES DE BASE

No examinaré en este capítulo más que una sola distinción sensorio-motriz de base, la que se refiere a la plenitud o al vacío respiratorio. Se estudiarán otras oposiciones en la tercera parte. Igualmente, remito al lector a mi artículo «Sur la confusion primaire de l'animé et de l'inanimé. Un cas de triple méprise» (Anzieu D., 1982 b).

### Sobre la confusión respiratoria entre plenitud y vacío

Prometeo había ocultado el fuego del cielo para beneficiar a los humanos. Para vengarse, los dioses del Olimpo envían como esposa para su hermano Epimeteo a Pandora, mujer notable por su belleza, su encanto, su habla seductora y su habilidad manual, que forjaron a imagen y semejanza de las diosas poseedoras de todos los dones y de todas las astucias. Epimeteo confía a su compañera, con prohibición de abrirla, una jarra llena de aire donde habían sido encerrados todos los males. Pandora, curiosa, levanta la tapa y los males echan a volar y se expanden entonces por toda la tierra. Este mito, de donde tomo el nombre de la paciente cuyo caso voy a relatar, ¿no nos enseña la necesidad que tienen algunos pacientes de retener en sus pulmones el soplo de un odio que viven como destructivo para su entorno? Este odio, en su origen, apunta a una madre deprimida y muda, con la que el niño pequeño no ha podido tener ni intercambio respiratorio vital, ni esta circulación de la palabra cuyo soporte es el aire.

Por otra parte, se sabe que el desencadenamiento del reflejo respiratorio, en el momento de nacer, resulta del masaje global del cuerpo del niño por las contracciones uterinas y por el envolvimiento vaginal; el mantenimiento de este reflejo requiere la repetición de las estimulaciones corporales globales de la lactancia y de los cuidados. El intercambio respiratorio con el medio físico depende del intercambio táctil con el medio humano. Esta dependencia se transforma con el intercambio sonoro que utiliza el aire como soporte de la palabra. El concepto de «introyección respiratoria» ha sido desarrollado por Otto Fenichel en 1931 y después por el kleiniano Clifford Scott, en sentidos distintos que no pretendo examinar aquí. En la función de autoconser-

vacación de la respiración se apoya una función de comunicación originaria, concomitante con los principios de la constitución del Yo-piel. Citemos unos de los resultados tomados por Margaret Ribble (1944) de la observación de seiscientos recién nacidos: «La respiración de un recién nacido es muy ligera, inestable e insuficiente en las primeras semanas después de su nacimiento. No obstante, esta función es estimulada automáticamente y de forma definitiva por la succión y por el contacto físico de la madre. Los bebés que no maman vigorosamente no respirarán profundamente, y aquellos a los que no se toma suficientemente en brazos, especialmente si son alimentados con biberón, presentan, a menudo, trastornos respiratorios y gastrointestinales. Terminan, a menudo, tragando el aire y sufren lo que se llama comúnmente cólicos. Padece trastornos en la eliminación y a veces vomitan.

Una recensión detallada, aunque desgraciadamente antigua, de los trabajos de los psicosomatólogos y de los analistas sobre los trastornos respiratorios, se encuentra en el artículo de J. A. Gendrot y P. C. Racamier (1951): «Fonction respiratoire et oralité». Por razones de ortodoxia psicoanalítica, sin duda, estos dos autores ponen el acento en la relación entre la regulación nerviosa de la respiración y la de la digestión; privilegian la relación oral en detrimento de los intercambios táctiles, y descuidan las fallas precoces del pre-Yo corporal (que yo prefiero llamar Yo-piel) en el establecimiento de los trastornos respiratorios. Por el contrario, distinguen juiciosamente los trastornos de la absorción y los de la expulsión respiratoria. Indican que el bloqueo de la expiración está en relación con un objeto malo interiorizado: «el asmático está condenado a no poder rechazar lo que absorbe progresivamente» (p. 470). Señalan, en todos los casos de retención respiratoria, la necesidad de permanecer en plenitud y la angustia del vaciamiento.

En su obra, más teórica que clínica, *Le Stade du respir*, J. L. Tristani (1978) reprocha a Freud su desconocimiento de la respiración en sus elaboraciones teóricas, mientras que las manifestaciones respiratorias se ponen de relieve en sus observaciones clínicas (tos nerviosa de Dora; escena primitiva comprendida a la vez como aleteo (*halètement*) y como «amamantamiento» (*allaitement*); referencia al primer grito como primera relación interhumana en el «Proyecto» de 1895). Tristani propone algunas hipótesis interesantes:

- La respiración forma parte, con la nutrición, de las pulsiones de autoconservación, luego de las pulsiones del yo en las que se apoyan después las pulsiones sexuales (pero falta en Tristani una descripción de la mucosa nasal como zona erógena).
- El lloriqueo es a la respiración lo que el chupeteo es a la oralidad nutritiva.

- El dilema vital «o yo o los demás» subtiende algunos trastornos respiratorios graves (Tristani cita a una paciente psicótica de F. Roustang: «Respiro el mínimo de aire para no quitárselo a mis padres. Me tengo que ahogar yo para permitirles respirar»).
- Existen dos tipos de confusión entre los sistemas respiratorio y digestivo. La inspiración corresponde a la ingestión oral y la expiración a la expulsión anal, mas inspiración y expiración se efectúan por el mismo orificio que sirve alternativamente de entrada y de salida (el funcionamiento respiratorio es circular, de ida y vuelta, mientras que el funcionamiento digestivo es lineal, con la entrada y la salida en los dos extremos opuestos). El primer tipo de confusión es el vómito: el sistema digestivo funciona en la modalidad respiratoria; la boca ingiere y después expulsa los alimentos como si los respirara. El segundo tipo de confusión es la aereofoagia; el sistema respiratorio funciona en la modalidad digestiva: come el aire, lo traga, lo digiere (de aquí los dolores de estómago, los cólicos). De hecho, existen dos orificios respiratorios, la nariz y la boca: se puede respirar por uno de los dos, o hacer que el aire siga un circuito con uno como entrada y otro como salida (por ejemplo, en los fumadores empedernidos).

### Observación de Pandora

Pandora me envía una carta que es una llamada de auxilio. Está desesperada: si el psicoanálisis no puede hacer nada por ella, no tiene solución. Vive ajena a su propia vida. Tiene mucho miedo a sus accesos de tentaciones suicidas. Tiene sueños de angustia insoportables, en los que sabe que la van a matar y no hace nada por impedirlo, en los que la violan, la asfixian, la ahogan.

En su primera visita se me presenta como una mujer alta y guapa. Mira mi despacho rodeado de estanterías de libros, abarrotado de carpetas y no muy alto de techo. Dice que le resulta agobiante, que «le falta volumen», mientras que, en distinto sentido, hay en este lugar un exceso de volúmenes: de esta forma me presenta de golpe su trastorno de la oposición distintiva fundamental entre lo vacío y lo demasiado lleno. Concluye que «las cosas no podrán ir bien» conmigo. Yo respondo con una interpretación inmediata bastante larga que es una construcción: revive en mi despacho su primer encuentro, decepcionante, con una persona de la que ella esperó todo en otro tiempo; si ella se siente comprimida es porque la persona que se ocu-



paba de ella, cuando era pequeña, o no le dejaba suficiente campo libre o no se interesaba por sus deseos, por sus pensamientos, por sus angustias; también ella misma está, desde hace mucho tiempo, buscando los límites desde los cuales podría reconocerse y reencontrarse. Con mis palabras, su respiración se relaja. Confirma mi interpretación: las dos actitudes que acabo de evocar son verdaderas; la primera era la de su abuela; la segunda, la de su madre. Al final de la entrevista decide que yo la trate. Le propongo, y ella acepta, una psicoterapia psicoanalítica al ritmo de una sesión semanal, cara a cara, de una hora de duración.

Durante sus sesiones, Pandora permanece mucho tiempo muda y paralizada, con la mirada desviada pero dándose cuenta bruscamente de que mis ojos no cesan de mirarla y de que estoy atento a ella. Si me relajo, si me callo —cesando de comunicarle las hipótesis sobre lo que va mal en ella (sueños de angustia, tropiezos profesionales, fracasos amorosos acaecidos durante la semana), si dejo de mirarla y de hacerle caso, se levanta bruscamente y se va dando un portazo. Infiero que su madre debía de ser indiferente con ella, sin miradas ni palabras para ella. Confirma que su madre la lactaba y la cuidaba convenientemente con la ayuda de su propia madre (la abuela materna de Pandora), pero que el resto del tiempo esta madre no se comunicaba con ella, le volvía la espalda y ella pasaba horas en silencio en el balcón mirando al vacío. Parece que el miedo actual de Pandora, en los momentos en que está fascinada por un fuerte deseo de destruirse (con los medicamentos, con el revólver de su tío, con el ataque a sus órganos sexuales con trozos de vidrio afilados) reproduce su antiguo terror de que su madre la precipitara con ella al vacío: «terror sin nombre», como lo llama Bion (1967); identificación con la «madre muerta», como precisa André Green (1984, cap. 6) y búsqueda de una unión con ella en una realización mutua, no de las pulsiones de vida, sino del principio de Nirvana.

Pandora me desafía a comprenderla e intenta colocarme ante un dilema: si me callo, esperando que ella aporte el material que me pondrá sobre la pista, soy incapaz de adivinar lo que en ella es evidente; si hablo, me reprocha que esté siempre un poco distraído. La alianza de trabajo se establece en la medida en que adquiere la doble certeza de que podemos hablar y respirar juntos.

Cuando Pandora no ha podido hablar durante una sesión, me escribe o me telefona inmediatamente para explicarse. Yo comprendería más tarde que el aire vehicula para ella las par-

tes malas del Sí-mismo escindidas y proyectadas: así, puede escribir más fácilmente que hablar. Siempre respondo a sus cartas, ya sea también por carta, ya sea verbalmente en la sesión siguiente. Por mi parte, poco a poco, por aproximaciones y tanteos, mantengo un baño de interpretaciones que me parece vital para que se sienta arropada y a veces acierto. Ella lo reconoce inmediatamente y, mediante un recuerdo, un sueño, la verbalización de una decepción reciente, engrana una serie acumulativa de traumatismos que han marcado su tierna infancia y que la han conducido a forjarse un mundo imaginario completamente feliz y a mirar como detrás de un cristal y con odio al mundo real, libre para intervenir en el mundo de la provocación o de la burla. Con mayor frecuencia cada vez, se presentan en las sesiones episodios de dificultades respiratorias.

Los fisiólogos consideran la *risa*, el *sollozo* y los *vómitos* como movimientos respiratorios modificados. La observación de los pacientes en psicoterapia confirma la importancia de estas reacciones con tres modalidades diferentes de la identificación respiratoria. La cura de Pandora me enfrentó con las dos primeras, aunque sospecho todavía que me ha ocultado la tercera (los vómitos). Empecemos por la risa. A menudo, al final de una sesión en la que Pandora, con ayuda de mis interpretaciones, ha podido vencer sucesivamente un bloqueo respiratorio de tipo asmático y uno de la palabra, estalla en risas diciendo, por ejemplo, que se siente muy viva, que todos esos bloqueos no le impiden gozar de su cuerpo, de sus amistades, de sus entretenimientos artísticos, que yo me he dejado impresionar, etc. —risas que generalmente comparto, en la relajación de una regulación respiratoria recobrada. Se trata aquí de la identificación del paciente con el otro, que le remite una imagen de un funcionamiento psico-fisiológico «natural», pudiendo así, el paciente, tener confianza en su propia posibilidad de un funcionamiento natural. Llegamos ahora al sollozo.

Durante una sesión en la que dirigí mi trabajo psicoanalítico a sus defensas por el retraimiento de la comunicación, la inmovilización muscular y el enmurallamiento de sus afectos, Pandora evoca una escena del conflicto con su padre que había contado ya suscitadamente y con indiferencia. Yo le insisto en que cuenta únicamente los hechos y no las emociones que experimentó. Súbitamente, llora casi con sollozos. Revive los dos afectos que están en juego: la intensa humillación que entonces la había invadido y el sentimiento de ser una criminal a causa del impulso pulsional parricida que claramente se había impuesto a su conciencia. Esta rememoración afectiva va acompa-

ñada de una intensificación de la transferencia. Pandora me acusa de haberle obligado a vivir estas emociones insoportables, de maltratarla, de llevarla a transgredir una prohibición familiar fundamental; estaba prohibido que los niños lloraran. No hay nada más peligroso, pues, que las asociaciones libres que el psicoanálisis recomienda, porque entrañan el peligro de sacar las pulsiones criminales a la luz donde podrían, como el contenido de una jarra abierta de Pandora, extenderse y realizar sus maleficios sobre el entorno. Otros pacientes llegan a sollozar. En mi experiencia, esta reacción está relacionada con la movilización de la doble fantasía, según la cual, el psicoanálisis sólo puede ser perjudicial y el aire es un medio apropiado para la propagación de los deseos mortíferos.

La cura de Pandora progresa poco a poco. Se instala un proceso psicoterápico. Pero las sesiones siguen siendo difíciles. He aquí el ejemplo de una «sesión» excepcional, a la vez por su intensidad dramática y por la distancia que tuve que asumir con relación al cuadro psicoanalítico clásico. Un domingo por la mañana Pandora me llama por teléfono desde su lugar de descanso. Su voz es casi inaudible. Antes de su marcha me había anunciado que estaba en el comienzo de un embarazo deseado por ella y por su marido (los progresos de su cura habían hecho posibles el matrimonio y la maternidad). Cansada por su estado, disfrutaba de quince días de interrupción de trabajo con un consejo imperativo de unos días al aire libre y al sol. No obstante, desde la víspera padecía un ataque de asma que iba empeorando. A la angustia respiratoria se unía la angustia de tomar una decisión: las medicinas que utilizaba en estos casos no eran aconsejables porque constituían un peligro para la salud, incluso para la vida del bebé; y si no las tomaba, era su vida la que se encontraba amenazada: se ahogaba. El médico la había dejado con este dilema, pero presionándola para que se hospitalizara e incluso con la posibilidad de una interrupción del embarazo. Estaba desamparada. Tenía que pedirle que repitiera sus frases porque apenas la oía. Después interpretaba la estructura del dilema: «la madre o el niño», «o ella sobrevive y el otro muere o el otro vive y es ella la que muere», como refiriéndose a su relación infantil con su madre: «si vivo provocho la muerte de mi madre». Pandora rectifica: «Era al contrario. Durante muchos años tuve el deseo de desaparecer en lugar de mi madre que hablaba de morir sin cesar. Pensaba que si alguien debía de morir era yo, yo debía de morir para que ella pudiese vivir». Así, no respirar significaba dejar el aire a su madre. Ya nos habíamos lanzado a una sesión por teléfono. Se

lo digo, indicándole que estoy a su disposición (al contrario que su madre, que no lo estaba). Recordando cuán difícil había sido su nacimiento y relacionándolo con el próximo nacimiento de su hijo, le comunico la hipótesis de una compulsión de repetir, como madre con relación al hijo deseado que va a nacer, la resistencia de su madre a traer al mundo a un hijo que ella no deseaba. Pandora responde: «Es verdad. Por la noche pienso que no llegaré ni siquiera a hacer las cosas tan bien como mi madre y que seré incapaz de dar a luz a un hijo». Entonces la invito a contarme detalladamente lo que sabe de su nacimiento. Dice que es incapaz de mantener una conversación, por corta que sea. Animándola, le hago caer en la cuenta de que justamente después de hablarme de su incapacidad de gestación en comparación con su madre, me objeta su incapacidad de comunicación conmigo. Pandora, con una voz más audible, dice: «Voy a intentarlo».

Procede a una exposición circunstancial contraria a sus hábitos. Y me proporciona nuevos detalles sobre este acontecimiento hasta entonces abordado elípticamente por ella. Nació con una vuelta de cordón; se la creía perdida, se ponía negra, fue necesario multiplicar las fuertes sacudidas y los azotes para llegar a desencadenar la respiración. Esta exposición es, en definitiva, un diálogo en el que hago eco a cada una de sus frases y al que la vuelvo a lanzar, por sacudidas y estimulaciones que constituyen los equivalentes verbales de las estimulaciones táctiles que le faltaron precozmente (pero no le comunico esta similitud). Le hago caer en la cuenta de que su aparato respiratorio sólo necesitaba del impulso adecuado para funcionar, y que el hecho de que ella haya sobrevivido es la prueba de que ha sido y de que siempre será capaz de respirar, ahora como antes.

A medida que se desarrollaba nuestra conversación me relajo (¿debo precisar que su llamada me había inquietado mucho?) y siento que ella también se relaja. Vuelvo a lo mío y continuo devanando, en voz alta, el hilo de mis interpretaciones, fantaseando que soy una madre que trae al mundo a su bebé niña y que le proporciono el aire para respirar.

Al cabo de una hora pregunto a Pandora qué tal va su falta de respiración («Respiro mejor»), si podemos terminar («Sí») y qué es lo que va a hacer («Acabo de tomar una decisión. Por prudencia voy a ingresar en el hospital, pero no tomaré medicamentos que puedan hacer daño a mi bebé»).

Su embarazo conoció aún dos o tres episodios agudos en los que Pandora creyó que no podía llevarlo a término, pero yo disponía de bastantes elementos para reanudar, desarrollar y com-



pletar mis interpretaciones en los sentidos siguientes: ella obedecía a la maldición materna que le prohibía ser mujer y madre; cometía un crimen de lesa majestad queriendo igualar a su madre y ocultarle su fecundidad; tenía miedo de entregarse sin defensa al rechazo de su hijo, como su madre tuvo el impulso de rechazarla a ella de niña. Estos episodios persecutorios estaban desencadenados por unos sueños; aprendí rápidamente a intuir su existencia, a solicitar su relato y a interpretar su contenido.

El parto fue fácil. Pandora vivió con su bebé, al que daba el pecho, una verdadera luna de miel entrecortada por bruscas tormentas que le anunciaban las peores catástrofes, pero que la continuación insistente del trabajo psicoterápico siempre permitió disipar. Igualmente, los ataques de asma se produjeron pero eran menos intensos y menos graves en sus manifestaciones. Frente a ellos yo disponía ya de una clave interpretativa. La transferencia evolucionó desde la desconfianza paranoide y el retraimiento esquizoide hacia una seducción mitad narcisística mitad edípica y hacia el establecimiento progresivo y difícil de un amor transferencial que enfocaba, a través de mí, la imagen paterna.

Este fragmento de cura ilustra un punto de psicogénesis: la insuficiencia de la carga libidinal y narcisística del recién nacido por la madre, cuando se traduce en el evitamiento de contactos físicos, lo predispone a los trastornos respiratorios, ya que el sistema respiratorio no ha sido estimulado suficientemente en el nacimiento y durante las primeras semanas mediante excitaciones de la piel del bebé. La observación de Pandora ilustra igualmente un punto técnico. El psicoanalista se abstiene de tocar a sus pacientes y de dejarse tocar físicamente por ellos (1), excepto el apretón de manos tradicional. Mas tiene que encontrar las palabras que constituyan los equivalentes simbólicos del tacto, que ejerzan las funciones del Yo corporal y del Yo físico que, en el pasado, no han recibido las estimulaciones suficientes para su desarrollo. Este restablecimiento, en forma simbólica, de la comunicación táctil primaria, permite al paciente recobrar la confianza en la existencia posible de una comunicación, no con todo el mundo, lo que sería una ilusión de omnipotencia y de intercambiabilidad, sino con interlocutores juiciosamente escogidos y convenientemente solicitados. En efecto, la compulsión de repetición, a menudo conduce a los sujetos frágiles a apegarse a compañeros que reproducen con ellos las carencias, los trau-

(1) En algunos casos límite, un contacto táctil mínimo puede admitirse transitoria y excepcionalmente para reconstruir el apoyo del Yo sobre la piel; por ejemplo, el paciente puede apoyar su cabeza en el hombro del psicoanalista un instante cuando se marcha (cf. la cura de Mme Oggi que R. Kaspi relató en 1979).

matismos, las paradojas ejercidas por el entorno primero, prorrogando así las situaciones patógenas. Al psicoanalista no le corresponde llenar las fallas narcisísticas, ni proporcionar un objeto real de amor, sino desarrollar en el paciente una conciencia suficiente de sí y de los demás para que sepa buscar, encontrar y conservar, fuera del análisis, los protagonistas susceptibles de satisfacer sus necesidades corporales y sus deseos psíquicos. La salud mental, decía Bolwby, es elegir vivir con personas que no nos hagan enfermar...

## 9. ALTERACIONES DE LA ESTRUCTURA DEL YO-PIEL EN LAS PERSONALIDADES NARCISISTICAS Y EN LOS ESTADOS LIMITE

### Diferencia estructural entre personalidad narcisística y estado límite

Una dificultad que nuevamente encuentran la nosología, la clínica y la técnica psicoanalíticas desde los años sesenta se refiere a la oportunidad de diferenciar o no los «trastornos narcisísticos de la personalidad» (confundidos con las «neurosis de carácter») de los «estados límite» (confundidos con las «organizaciones prepsicóticas»). En los Estados Unidos hubo un vivo debate entre Kohut (1971) y Kernberg (1975), partidario y adversario, respectivamente, de esta distinción.

Resumiéndolo brevemente, parece que el debate fue el siguiente (1). Los estados límite están expuestos a regresiones análogas a los episodios psicóticos transitorios, cuya recuperación, siempre posible pero a menudo difícil, requiere el encuentro con un Yo auxiliar en la vida y/o en las sesiones psicoanalíticas. Este Yo mantiene un ejercicio normal de las funciones psíquicas perturbadas, o incluso momentáneamente destruidas por los ataques inconscientes que provienen de las propias partes hostiles del paciente, que éste considera extrañas a su Sí-mismo. El sentimiento de la continuidad del Sí-mismo se pierde fácilmente en los estados límites.

Los trastornos narcisísticos de la personalidad afectan a un sentimiento más evolucionado, el de la cohesión del Sí-mismo. Para Kernberg, el Sí-mismo procede de la interiorización de las relaciones de objeto precoces. Para Kohut resulta de las vicisitudes internas del narcisismo.

(1) En Francia existe una exposición detallada de este debate en dos obras de Bergeret (1974, p. 52-59 y p. 76; 1975, pp. 283-285). Bergeret está más próximo a Kohut que a Kernberg. Demuestra que un estado límite no puede ser considerado como una «neurosis» (incluso narcisística) y que el nivel de carencia narcisística va en crescendo, de la personalidad narcisística al estado límite y luego a la organización prepsicótica (esta última recubre, de hecho, una estructura psicótica no descompensada aún). Para Bergeret, la verdadera enfermedad del narcisismo primario es la psicosis; la verdadera enfermedad del narcisismo secundario (relacional) es el estado límite; la neurosis incluye ciertamente los fallos narcisísticos aunque no es en sí una «enfermedad del narcisismo». Por otra parte, agradezco a Jacques Palaci por su ayuda para esclarecer estas cuestiones.



mo que sigue una línea de evolución relativamente separada de la de la relación de objeto, y que pasa por una estructura particular, la de las relaciones con «Sí-mismos objetos», en las que la diferenciación entre el Sí-mismo y el objeto es insuficiente; estas relaciones están cargadas narcisísticamente (mientras que las relaciones de objeto lo están libidinalmente); son analizables gracias al reconocimiento de los dos tipos de transferencia específicamente narcisística, la transferencia en espejo y la transferencia idealizante. Estos pacientes, que sufren trastornos narcisísticos, conservan un funcionamiento psíquico relativamente autónomo, con las capacidades —perdidas en situaciones de heridas narcisísticas pero recuperables, sobre todo si el otro da prueba de empatía hacia ellos— de tolerar un retraso en la satisfacción del deseo, de soportar el dolor moral y de identificarse con el objeto.

Kernberg, por el contrario, distingue una gran variedad de estados límite según la gravedad de la patología del carácter. Estos diversos grados de estados límite incluyen además trastornos narcisísticos asociados de gran variedad; desde el narcisismo normal hasta la personalidad narcisística, a las neurosis de carácter e incluso hasta estructuras narcisísticas patológicas, definidas por la carga libidinal de un Sí-mismo patológico; a saber, el Sí-mismo grandioso, fusión del Sí-mismo ideal, del objeto ideal y de las imagos actuales del Sí-mismo. La función del Sí-mismo grandioso es defensiva contra las imagos arcaicas de una fragmentación interna de un Sí-mismo destructor y de un objeto persecutor que interviene en las relaciones de objeto precoces, cargadas libidinal y agresivamente.

La perspectiva topográfica, en la que se inscribe mi concepto del Yo-piel, podría aportar un argumento suplementario para distinguir las personalidades narcisísticas de los estados límite. El Yo-piel «normal» no rodea la totalidad del aparato psíquico y presenta una doble faz, externa e interna, con una distancia entre ellas, que deja el espacio libre para un cierto juego. En las personalidades narcisísticas esta limitación y este espacio tienden a desaparecer. El paciente necesita que su propia envoltura psíquica sea suficiente, no conservar con otro una piel común que marque y provoque su dependencia con él. Pero no posee, en absoluto, los medios para realizar su ambición: su Yo-piel, que ha empezado a estructurarse, es aún frágil. Necesita ser reforzado. Para ello cuenta con dos operaciones. Una consiste en abolir el espacio entre las dos fases del Yo-piel, entre las estimulaciones externas y la excitación interna, entre la imagen que da de sí y la que se le devuelve; su envoltura se solidifica convirtiéndose en un centro e incluso en un doble centro de interés: para sí mismo y para los demás, tendiendo a envolver la totalidad del psiquismo. Así entendida y solidificada, esta estructura le aporta las certidumbres, pero carece de flexibilidad y la más pequeña herida narcisista la desgarrará. La otra operación consiste en forrar exteriormente

te este Yo-piel personal, cimentándolo con una piel materna simbólica análoga a la égida de Zeus, o de esos oropeles deslumbrantes con los que se cubren las jóvenes maniqués a menudo anoréxicas, cuyo resplandor las renarcisiza provisionalmente ante una amenaza constante de un desmoronamiento del continente psíquico. En la fantasía narcisística, la madre no conserva la piel común con el niño; ella se la da y él se cubre con ella triunfante; este don materno generoso (la madre se desprende de su piel para asegurarle protección y fuerza en la vida) tiene una potencialidad benéfica: el niño se imagina que tiene un destino heroico (lo cual puede, efectivamente, empujarle a su realización). Esta doble envoltura (la suya propia unida a la de su madre) es brillante, ideal, proporciona la personalidad narcisística con ilusión de invulnerabilidad e inmortalidad. Está representada en el aparato psíquico por el fenómeno —que ilustraré— de la «doble pared». En la fantasía masoquista la madre cruel únicamente hace el simulacro de dar su piel al niño, como regalo envenenado, y cuya intención maléfica consiste en recuperar el Yo-piel singular del niño que se había pegado a esta piel, en arrancársela dolorosamente al interesado para restablecer la fantasía de una piel común con él, con la dependencia que de ello se deriva, con el amor reencontrado a costa de la independencia perdida y como contrapartida de las heridas morales y psíquicas que se han conferido.

Gracias a la organización del Yo-piel en doble pared, en las personalidades narcisistas, la relación continente-contenido queda preservada y el Yo psíquico se mantiene integrado en el Yo-corporal. La actividad del pensamiento e incluso el trabajo psíquico creador permanecen posibles.

Como contrapartida, en los estados límite la herida no se limita a la periferia; es la estructura de conjunto del Yo-piel la que se encuentra alterada. Las dos facetas del Yo-piel se convierten en una sola, mas esta faz única está torcida como el anillo descrito por el matemático Moebius, con el que Lacan (2) comparó por primera vez el Yo: de aquí los trastornos de la distinción entre lo que viene del adentro y lo que viene del afuera. Una parte del sistema de percepción-conciencia, normalmente localizado en la interfaz entre el mundo exterior y la realidad interna, se encuentra despegada de este emplazamiento y situada en posición de observador exterior (el paciente estado límite asiste, desde fuera, al funcionamiento de su cuerpo y de su espíritu, como espectador desinteresado por su propia vida). Pero la parte del sistema de percepción-conciencia que subsiste como interfaz le asegura al sujeto una adaptación a la realidad suficiente para que no se convierta en psicóti-

(2) Para Lacan, el Yo tiene normalmente esta estructura que lo pervierte y lo aliena. Según mi experiencia, esta configuración en anillo de Moebius es específica de los estados límite.

co. La producción fantasmática y su puesta en circulación en el entorno próximo están disminuidas. La dificultad de contener los afectos, que constituyen el núcleo existencial de la persona (por el carácter distorsionado del Yo-piel), los hace emigrar desde el centro hacia la periferia, donde terminan ocupando algunos de los lugares que han quedado libres por el desplazamiento, hacia afuera, de una parte del sistema percepción-conciencia que, donde ya inconscientes, se enquistan y se fragmentan en trozos del Sí-mismo escondido, cuyo retorno disruptivo a la conciencia es temido como una aparición de fantasmas. De aquí una segunda paradoja que obedece a la misma estructura en anillo de Moebius: lo mismo que el afuera se convierte en un adentro que vuelve a convertirse en un afuera, y así continuamente, el contenido, mal contenido, se convierte en continente que contiene mal. Finalmente, la plaza central del Sí-mismo, abandonada por estos afectos primarios demasiado violentos (desamparo, terror, odio), se convierte en un lugar vacío, y la angustia de este vacío interior, central, es objeto de la queja esencial de estos pacientes siempre, a menos que no hayan llegado a llenarlo con la presencia imaginaria de un objeto o de un ser ideal (una causa, un maestro, un amor-pasión imposible, una ideología, etcétera).

### Un ejemplo literario de personalidad narcisística

No elegiré un caso clínico como ilustración de la personalidad narcisística, sino una alegoría literaria creada por la novela *La invención de Morel* (1940), del escritor argentino, amigo de Borges, Bioy Casares (3). El narrador, refugiado en una isla desierta, recoge en su diario lo que ha oído decir: «Esta es el foco de una enfermedad, todavía misteriosa, que mata desde la superficie hacia el interior. Se caen las uñas y los cabellos, la piel y la córnea se mueren, y luego el cuerpo, al cabo de ocho a quince días. Los miembros de la tripulación de un vapor que se hundió delante de las islas, estaban desollados, calvos, sin uñas, todos estaban muertos cuando el crucero japonés *Namura* los encontró» (p. 12). Esta enfermedad de la envoltura corporal termina cautivando —en el sentido amplio del término— al narrador. La anota en la antepenúltima página de su diario: «Pierdo la vista. El tocar me resulta impracticable; mi piel se cae; las sensaciones son ambiguas, dolorosas; me esfuerzo en evitarlas. Delante del biombo de espejos comprobé que estoy lampiño, calvo, sin uñas, ligeramente rosado» (p. 120). La corrosión se efectúa en dos tiempos: primero es epidérmica y luego afecta a la dermis.

(3) Las referencias envían a la reedición en la colección 10/18 (U.G.E., 1976) de la traducción francesa de *L'Invention de Morel*, que apareció primitivamente en Robert Laffont en 1973.

Esto confirma mi idea de la existencia de una doble piel psíquica —una piel externa y una interna—, cuyas relaciones se van a elucidar a continuación. Esta lesión de la piel cada vez más profunda, proporciona el *leit motiv*, en torno al cual el relato de Bioy Casares compone una serie de variaciones. Primera variación: víctima de un error judicial, el narrador escapó a la prisión perpetua buscando refugio en esta pequeña isla abandonada que le servirá así de prisión perpetua. Se presenta como un perseguido, permanentemente despellejado vivo. Las frustraciones y los traumatismos que se acumulan en él, en este lugar inhóspito, hacen intrusión sin cesar en su frágil Yo-piel. La misma isla, segunda variación, se describe como una piel simbólica fallada que no puede envolver, contener y proteger a su habitante: las mareas le sumergen, los pantanos le hunden, los mosquitos le exasperan, los árboles se pudren, la piscina hormiguea de víboras, sapos e insectos acuáticos, la vegetación se autodestruye por su propia profusión, las subsistencias que se encuentran en lo que llama el museo (que, de hecho, fue un hotel) están echadas a perder. Una tercera reduplicación de esta descomposición cutánea, que amenaza progresivamente a la vida en el interior del cuerpo y del espíritu, toma forma filosófico-teológica. El problema que ocupa el pensamiento del narrador, cuando no está absorbido por la lucha por la supervivencia inmediata, es el de una supervivencia eterna: ¿puede subsistir la conciencia, que es la vida interior del cuerpo después de la muerte, sin la supervivencia, al menos parcial, de la superficie de ese cuerpo? ¿Cómo limitar su descomposición?

El relato de Bioy Casares relaciona esta lesión del Yo-piel externo, y luego del Yo-piel interno, con una experiencia de inquietante familiaridad, un error de la percepción y un trastorno de la creencia en el narrador. Se creía protegido en su isla desierta. Desde la primera página de su diario, y por ello se decide a escribirlo, va de sorpresas en pavores. A menudo resuenan en la isla viejas cantinelas que un fonógrafo invisible emite. El «museo» se puebla de criados y de veraneantes insólitos y esnobes, vestidos a la moda de hace veinte años. La piscina, aparentemente inutilizable, se anima con sus juguetes. Recorren con sus paseos la parte alta de la isla. Escondiéndose de ellos, escucha y anota fragmentos de sus conversaciones. En esta isla inhóspita para el narrador, en estas construcciones extrañas para él, se oponen estos hombres y mujeres que se mueven con libertad y seguridad. Su primer temor es el de ser percibido por ellos, capturado y denunciado a la justicia. Pero, aparentemente, nadie se preocupa. Una inquietud mucho más fundamental le sobrecoge: a pesar de sus equivocaciones que hubieran debido hacer que se fijasen en él, a pesar de sus intentos de entrar en contacto con una mujer de aspecto bohemio que está apartada del grupo y de la que se enamora, estas apariciones, realmente vivas, sin embargo, no atestiguan más que indiferencia hacia él. «Su mirada me atravesaba como si



yo hubiera sido invisible» (p. 32). Cuanto más familiares le son, también le son más extrañas. Cree en su existencia. Pero esos «fantasmas» no creen en la suya, hasta el punto de temer sentirse empujado al asesinato o a la locura.

El narrador termina comprendiendo que este trastorno de la creencia le pertenece. «Parece ahora que la verdadera situación no es la descrita en las páginas precedentes; que la situación que yo vivo no es la que creo vivir» (p. 68). Efectivamente, asiste a una escena en la que Morel explica su invención a los demás, la víspera de volver a embarcar. Sin que se dieran cuenta, Morel les ha filmado y grabado en esta isla que ha hecho equipar con tres clases de aparatos para captar sus imágenes, para conservarlas y para proyectarlas —no sólo sus imágenes visuales y auditivas, como lo hacen el cine o la televisión, sino también sus imágenes táctiles, térmicas, olfativas y gustativas. Si, como pretenden los filósofos empiristas ingleses, la conciencia no es otra cosa que la suma de nuestras sensaciones (postulado que me parece presupuesto en el razonamiento de Morel), estas imágenes, que reproducirán la totalidad sensorial de un individuo, adquirirán un alma. No solamente el espectador que asista a su proyección va a sentir al individuo en cuestión como real, sino que los actores, filmados de esta forma, se sentirán mutuamente vivos y conscientes durante estas proyecciones. Así, Morel, la mujer a quien ha amado en vano y los compañeros de la semana pasada en la isla, vivirán para la eternidad. Cada marea alta recargará los motores bien protegidos en los subterráneos del museo y desencadenará la proyección de la película de su estancia en dimensiones naturales. Así, las apariciones que tanto habían inquietado al narrador no eran más que imágenes, fantasmas de seres reales, cantinelas de personas que, sin duda, existieron hace veinte años, en una palabra, eran ídolos (4). La invención de Morel es doblemente alegórica. Alegoría literaria: ¿No es también la novela una máquina para fabricar personajes, dotándolos de cualidades sensibles tales que el lector los toma por seres vivos? Alegoría metapsicológica: la máquina de Morel con sus tres tipos de aparatos perceptores para la grabación y proyección, es una variante metafórica del aparato psíquico freudiano: el sistema percepción-conciencia está desdoblado, la grabación corresponde al preconscious y el inconsciente queda... olvidado. Por oposición a la piel humana frágil, corrosible y agujereada, la máquina de Morel representa la utopía de una piel incorruptible. El narrador, con un Yo-piel tan frágil, fascinado por la idealización

(4) Los ancianos Griegos explicaban la visión de los objetos por el hecho de que una película invisible se separaba de ellos y transportaba su forma hasta el ojo que recibía así su impresión. El ídolo (del verbo *idein*, ver) es este doble inmaterial del objeto que permite verlo.

dad de su película, más que amar a seres reales prefiere adorar a sus ídolos —lo que propiamente se llama idolatría.

La máquina de Morel ha filmado a Morel y a sus acompañantes durante una semana y cuyos episodios reproyectará indefinidamente. Pero, para transferirlos a sus imágenes proyectadas, esta grabación toma de los personajes reales sus características vivas y conscientes. «Recordé que el horror que algunos pueblos tienen a ser representados en imagen reposa en la creencia según la cual, mientras se forma la imagen de una persona, su alma pasa a la imagen y la persona muere: (...) la hipótesis de que las imágenes poseen un alma parece exigir como base el que los que la emiten la pierdan en el momento que son captadas por los aparatos» (pp. 111-112). Por «imprudencia», dice (p. 110), pero aún más por una necesidad lógica inherente a su creencia el narrador procede a su propia verificación. Sitúa su mano izquierda delante del aparato de grabación y, poco después, su mano real se descarna, mientras que la imagen de su mano intacta se conserva en los archivos del museo donde se proyectará de cuando en cuando. Por esto mismo, comprende cómo Morel y sus amigos han muerto: por haber sido grabados para la eternidad. El cinismo de Morel ha hecho que sea el único en saberlo y en quererlo: «Es esto una monstruosidad que parece estar en armonía con el hombre que al realizar su idea organiza una muerte colectiva y decide, autoritariamente, hacer solidarios a todos sus amigos» (p. 112). La ilusión de inmortalidad va acompañada —lo que no me sorprende— por una ilusión grupal: gracias a la invención de Morel «el hombre elegirá un lugar retirado y placentero, reunirá a su alrededor a las personas que más ama y se perpetuará en el seno de un paraíso íntimo. Si las escenas que se deben perpetuar se toman en momentos diferentes, el mismo jardín incluirá muchos paraísos individuales, donde las sociedades, ignoradas entre sí, cumplirán sus funciones simultáneamente, sin choques, casi en los mismos lugares» (pp. 97-98).

El narrador —que es un doble de Morel— lleva la lógica de su invención y de esta ilusión al extremo. Está enamorado de una Faustina inmortal, que ya no lo puede percibir. Entonces, y al costo de grandes esfuerzos, aprende a dominar el funcionamiento de la máquina. Proyecta las escenas en las que Faustina está presente, las vuelve a grabar e, intercalándose en ellas como si la acompañara, mantiene con ella un diálogo amoroso. Sólo puede ya morir, ya su piel comienza a caer. En lugar de la antigua introduce en la máquina de proyectar esta grabación nueva, que será proyectada eternamente. Su diario y su vida se detienen con el deseo de que alguien invente una máquina más perfeccionada que le hiciera entrar en la conciencia de Faustina —una máquina que terminara por suprimir cualquier diferencia entre la percepción y la fantasía, entre la representación de origen externo y la de origen interno.

## La fantasía de una doble pared

Ilusión de inmortalidad, ilusión grupal, ilusión amorosa, ilusión de realidad de los personajes novelescos: nos encontramos dentro de la problemática narcisista. Y la necesidad de sobrecargar así la envoltura narcisista, aparece como la contrapartida defensiva de una fantasía de piel descarnada: ante un peligro permanente de ataques externos/ internos es necesario redorar el escudo de un Yo-piel poco seguro de sus funciones de para-excitación y de continente psíquico. La solución topográfica consiste entonces en abolir el espacio entre las dos caras, externa e interna, del Yo-piel e imaginar la interfaz como una doble pared. En tanto que esta solución se mantenga, en sentido exagerado, como «imaginaria» (es decir, productora de una imagen de sí engañadora pero tranquilizante) el paciente se inscribirá en el registro de la neurosis, pero si esta solución consiste en una transformación real del Yo-piel será el autismo o el mutismo psicógeno, como ha intentado explicar Annie Anzieu en *De la chair au verbe* (1978, p. 129): «La envoltura cutánea externa del cuerpo está realmente "agujereada" por los órganos de los sentidos, el ano y el orificio uretral. Se puede construir la hipótesis de que la sensibilidad de estos orificios, orientados hacia el exterior del cuerpo por el objeto que pasa por ellos, provoca en el niño pequeño una confusión: el contacto interno del cuerpo y de su contenido con la pared cutánea que le da sus límites, no está diferenciado del contacto cutáneo externo con los objetos que le rodean. Esto viene a decir que el niño está penetrado por las imágenes visuales, por los sonidos y los olores, y que se convierte en continente y lugar de paso, como sucede con las heces, la orina, la leche o su propio grito. La envoltura interna puede, pues, ella también, ser atacada y perforada por las percepciones-objetos. Algunas situaciones de angustia hacen de este fenómeno fantasmático una persecución permanente, que violenta y agita el interior corporal del lactante contra la cual se hace necesario cerrar, por cualquier medio, todos los orificios controlables».

No obstante, es curioso comprobar que el narrador de *La invención de Morel*, a causa de un defecto de diferenciación entre superficie externa e interna, vive una ilusión de doble pared. Habiendo logrado localizar, gracias a un tragaluz, el subterráneo de las máquinas, pudo, aun estando herméticamente cerrado, penetrar en él por una brecha agujereada por los golpes de una barra de hierro. Más que por el hecho de ver las máquinas paradas se sorprendió por «un encantamiento y una admiración sin límites: los muros, el techo y el suelo eran de porcelana azulada y todo, hasta el aire mismo (...), tenía esta diafanidad celeste y profunda que se encuentra en la espuma de las cataratas» (p. 20). Una vez que descubrió cuál había sido la intención de Morel, vuelve a las máquinas para intentar comprender y dominar su funcionamiento.

Cuando se ponen en marcha las examina: en vano, su mecanismo permanece inaccesible. Mira en la sala a su alrededor y, de pronto, se siente desorientado. «Busqué la abertura que había hecho. Ya no estaba (...) Di un paso de lado para ver si la ilusión persistía (...). Palpé todos los muros. Recogí del suelo los trozos de porcelana y de ladrillo que habían caído al agujerear la abertura. Durante mucho tiempo palpé la muralla en el mismo sitio. Me vi obligado a admitir que se había reconstruido» (pp. 103-104). Nuevamente se sirve de la barra de hierro, pero los trozos de muro que hace saltar se reconstruyen inmediatamente. «En una visión tan lúcida que parecía efímera y sobrenatural, mis ojos encontraron la celeste continuidad de la porcelana, la pared indemne y entera, la habitación cerrada» (p. 105). Ya no hay salida posible, se siente acorralado, víctima de un encantamiento y se asusta. Y luego comprende: «Estos muros (...) son las proyecciones de las máquinas. Coinciden con los muros construidos por los albañiles (son los mismos muros grabados por las máquinas y después proyectados sobre sí mismos). Allí donde rompí o suprimí el primer muro queda el muro proyectado. Como se trata de una proyección, ningún poder es capaz de atravesarla ni de suprimirla (en tanto que los motores funcionen) (...) Morel debió haber imaginado esta protección de doble pared para que nadie pudiese llegar a las máquinas que mantienen su inmortalidad» (p. 106).

Para un estudio más profundo de la envoltura narcisística y de su papel en el aviador, el héroe y el creador, envío al lector al trabajo de André Missenard (1979) «Narcissisme et rupture».

## Trastornos de la creencia y estado límite

La creencia es una necesidad humana vital. No se puede vivir sin creer que se vive. No se puede percibir el mundo exterior sin creer en su realidad. No se puede ser una persona si no se cree en la identidad y en la continuidad de sí. No se encuentra uno en estado de vigilia sin creer que se está despierto. Naturalmente, estas creencias, que tienen como resultado hacernos adherir a nuestro ser y permitarnos habitar nuestra vida, no son saberes. Cuando se las examina, desde el punto de vista de lo verdadero o falso, parecen discutibles y la filosofía, la literatura, las religiones y la ciencia psicológica han tenido muchas dificultades tanto para justificarlas como para poner de relieve la vanidad.

El ser humano que posee estas creencias debe ponerlas, por supuesto, en duda. Pero el que no las posee debe adquirirlas para ser y sentirse bien. Sin ellas sufre y se queja de su carencia. La clínica ya no de las personalidades narcisísticas, sino de los estados límite, de las depresiones, de ciertas desorganizaciones psicósomáticas (es decir, de estados marcados por el desfallecimiento, frecuente o durable, del continente psíquico) ilustra este punto. Uno de los datos teóricos que permiten



comprender este defecto de creencia nos lo ha proporcionado Winnicott (1969). El Yo psíquico se desarrolla por apoyo, pero también por diferenciación y por escisión a partir del Yo corporal. En el ser humano existe una tendencia a la integración, a «realizar una unidad de la psique y del soma, identidad fundada en la experiencia vivida entre el espíritu o psique y la totalidad del funcionamiento psíquico». Esta tendencia, latente desde el principio del desarrollo del lactante, está fortificada o contrarrestada por la interacción con el entorno. A un estado primario no integrado sucede una integración: entonces la psique se instala en el soma con el placer de una unidad psicósomática que corresponde a lo que Winnicott llama el Sí-mismo. Añadamos, que en este momento se instaura en el pequeño la triple creencia en su existencia continua, en su identidad consciente y en el funcionamiento natural de su cuerpo. Esta creencia, que funda el primer placer de vivir, obedece al principio del placer. Pero una de las características de este principio es que la tendencia a evitar el displacer se hace más fuerte (como lo ha demostrado Bion) que la búsqueda del placer en determinadas condiciones: de debilidad del equipamiento innato, de disociación defensiva contra el dolor de la impotencia, de la frustración o del desamparo, con riesgo de tener alteradas sus creencias de base y de perder, en todo o en parte, su primer placer de vivir. Así, según Winnicott, la disociación psicósomática es en el adulto un fenómeno regresivo que utiliza los residuos de la escisión precoz entre psique y soma. La escisión entre lo psíquico y lo somático protege contra el peligro de destrucción total que representaría, para el enfermo psicósomático, la creencia de ser una persona unificada que integra el cuerpo y la vida mental, pero si uno de estos dos aspectos fuera atacado la integridad de su persona sería entonces destruida. La escisión se ofrece como víctima propiciatoria, sacrificando un aspecto para preservar el otro. Si en un primer momento esta defensa es suficientemente respetada por los terapeutas, el enfermo psicósomático podrá sentirse suficientemente tranquilizado interiormente, para que emerja y opere en él la tendencia a la integración. Ahí donde, como consecuencia de esta escisión, falta luego la creencia se instala la angustia de vacío.

#### Observación de Sebastiana

Sebastiana, a diferencia de la personalidad narcisística evocada por el relato de Bioy Casares, tiene una organización límite, que un segundo análisis cara a cara conmigo pudo mejorar después del resultado desgraciado de un primer análisis sobre el diván, llevado por un «psicoanalista» avaro de interpretaciones y adepto a sesiones demasiado cortas. Se me presenta en un estado de depresión importante, actualizada por esta cura que ella acaba de interrumpir y aumentada por la desidealiza-

ción brutal de su psicoanalista. He aquí unos extractos de su última sesión, antes de la temida interrupción de las vacaciones, que reaviva su angustia de una ruptura en la continuidad de su Sí-mismo.

«Algo sucede, se inicia y... ¡pluf! Justo, cuando empiezo a creérmelo, como por casualidad, las vacaciones... La cuestión se plantea también a propósito de «justo cuando empiezo a creérmelo» precisamente en el momento de las vacaciones. Tengo miedo. ¿A quién estoy hablando? ¿Qué pasa? ¿Qué me estoy haciendo? La última vez, cuando me habló usted a propósito de este episodio de mi infancia (se trataba de juegos sexuales angustiosos que ella sufría por parte de un medio hermano mayor que ella, y en los que ella, ausentándose de su cuerpo, se contenía para no sentir placer), tuve la impresión de que era una mentira enorme. Usted me hacía decir algo que yo no sabía, en lo que no había caído (yo había evocado su vértigo ante las sensaciones que ella debió sentir nacer entonces en ella). Y, sin embargo, es todavía peor. Diciéndole eso, lo digo sin decirlo, me detesto, le detesto. Estoy harta (...). ¿Por qué me quedo? Sin duda, por necesidad de que ocupe usted otro lugar que no sea aquel en el que yo le proyecto con fuerza en este momento. Para poder hablarle al menos. Para que, por lo menos, usted me responda, y que pueda vivir.»

Sus sentimientos de culpa son superficiales, su vergüenza es profunda, unida con un Yo-piel que no cumple suficientemente su función de para-excitación y por cuyas fallas las sensaciones, emociones y pulsiones que querría mantener escondidas, corren el riesgo de hacerse visibles a los demás. La caída en el vacío interior es una forma de desaparecer a las posibles miradas. La excitación no está asociada a las fantasías edípicas; no sólo su sentido sexual no es reconocido, sino que la excitación es vivida como puramente mecánica y como radicalmente privada de todo sentido. Los intentos de descargarla, es decir, de aportarle una resolución cuantitativa, desembocan en fracasos: la masturbación, en la adolescencia, y el coito, ahora, le proporcionan los orgasmos, pero no apaciguan la tensión siempre difusa en su cuerpo. La sensación ha sufrido una transformación cualitativa: la cualidad agradable de las sensaciones, disociada de éstas, ha sido objeto de una escisión en múltiples trozos diseminados que ha destruido esta cualidad agradable. A cualquier precio, Sebastiana privilegia el principio de prevención de lo desagradable, sobre el de la búsqueda del placer; búsqueda a la que prefiere renunciar, con la finalidad de desviar su libido de la carga pulsional en los objetos y ponerla al servicio de los fines narcisísticos del Yo y de la protección del Sí-mismo. Según Bion, esta prevención es propia de la parte psicótica del aparato psíquico, aquella que no está contenida por

el entorno o por el pensamiento. Hacer el vacío de las cualidades sensibles es una forma, si no de evacuar lo desagradable (porque persiste un sentimiento de malestar), al menos de mantenerlo al exterior del sistema percepción-conciencia. Es un vacío sanitario que el aparato psíquico sustituye como ersatz a la envoltura continente y comprensiva que un Yo-piel desfalleciente no asegura. Así efectuado este vacío de las cualidades sensibles (mientras que las demás funciones corporales y las intelectuales permanecen, generalmente, intactas en ella), Sebastiana vive pero sin creer que vive, sin creer en la posibilidad de un funcionamiento natural. Vive en paralelo con su propia vida. Asiste, a distancia, al funcionamiento mecánico de su cuerpo y de su espíritu, que tres años de psicoanálisis conmigo han podido restablecer en lo esencial. Expresa un odio creciente hacia mí por tres razones: porque está descontenta de esta mejoría que la destina a un funcionamiento automático sin placer y porque su libido, reavivada por la cura, se reorienta hacia los objetos y vuelve a cargar libidinalmente sus zonas erógenas, lo cual amenaza el equilibrio obtenido haciendo el vacío y al que permanece apegada, y, finalmente, porque la evolución de la transferencia deja de hacerla buscar en mí el sostén analítico de un entorno suficientemente comprensivo y la enfrenta a la imagen amenazante de un pene masculino seductor y perseguidor. Al mismo tiempo, de forma contradictoria, la esperanza de otra forma de funcionamiento, fundada en el principio del placer y susceptible de hacerla feliz, se despierta: las vacaciones llegan justamente cuando empieza a «creérselo». Entonces es necesario interpretar la compulsión de repetición; es decir, la espera, incluso la anticipación provocadora del retorno de la decepción producida antiguamente por las intrusiones precoces y por las exigencias paradójicas de su madre: ésta, generosa y sobreestimulante por sus cuidados corporales y por su vivo amor por su hija, adoptaba bruscamente una actitud rígida, moralizadora y rechazante ante las necesidades del Yo que la niña expresaba.

Mas no sólo fue esto. La madre, laica practicante, si me permito esta comparación, se dedicaba a obras sociales. Durante sus frecuentes ausencias confiaba el cuidado de Sebastiana a una vecina, campesina robusta, simple y desenvuelta que se consagraba activamente a sus ocupaciones del hogar con su brazo derecho, mientras que su brazo izquierdo sostenía a la pequeña más o menos apretada a su cuerpo. Además, esta mujer llevaba un delantal de cuero cubierto de grasa que no había sido jamás lavado, sobre el que derrapaban los pies del bebé con patucos de lana. Así, la angustia de la pérdida de la madre se encontraba agravada por la búsqueda desesperada de un apoyo físico, de un sostén primordial, y por la angustia de la falta del objeto soporte. Me hizo falta algún tiempo para hacer una comparación con

la repetición transferencial de esta falla que disminuía la primera función del Yo-piel: yo tenía, en efecto, la impresión desagradable de que, cualesquiera que fueran mi abnegación y mi ingenuidad para interpretar, la paciente se me escurría entre los dedos.

Durante mucho tiempo, la postura corporal de Sebastiana me intrigó: se sentaba en la silla situada frente a la mía, pero su cuerpo no estaba frente al mío; giraba hacia el lado derecho haciendo un ángulo de casi veinte grados con relación a mí y mantenía esta posición durante toda la sesión; cuando me hablaba o me escuchaba sólo me miraba su ojo izquierdo. Yo me decía que ella establecía conmigo una comunicación «oblicua»; por otra parte, a menudo comprendía mis interpretaciones de forma sesgada; cuando yo le hablaba tenía la impresión de ser un jugador de billar que debe apuntar a la bola roja no directamente, sino por la banda. De hecho, esta postura estaba sobredeterminada: desde el punto de vista edípico, la protegía de revivir un cara a cara sexual con su hermanastro mayor; desde el punto de vista narcisístico, explicaba con su cuerpo esta torsión de su Yo-piel en forma de anillo de Moebius, que he señalado más arriba, como típica de los estados límite. Esta torsión de la interfaz, constituida por el sistema percepción-conciencia, producía en ella errores en la percepción de las señales emocionales y gestuales emitidas por el entorno, luego una agravación del malentendido y de la frustración y, finalmente, una explosión de rabia, agotadora para los suyos y para ella misma.

La misma Sebastiana consideró que su psicoanálisis había terminado el día que se sentó ante mí, con la cara de frente y no de perfil, para decirme, de frente, las dos cosas que me tenía que decir: por una parte, que le hacía falta romper con este psicoanálisis que le quitaba demasiado tiempo y dinero, que la sumergía en demasiados sufrimientos y demasiado odio, que prorrogaba demasiado su pasado en el presente y que contribuía a diferir su vida; por otra, que ya no tenía el espíritu torcido, que una descarga reciente le había como colocado la columna vertebral en su sitio, que se sentía capaz de soportar sus reacciones de decepción y de odio, situándolas dentro de sus propios límites y liberándose por sí misma.

Otros pacientes me han confirmado la posible aparición de una brusca reestructuración del Yo y del Sí-mismo bajo el efecto del restablecimiento, en la transferencia, de una comunicación no sesgada con el otro. La constitución de la función de contenedor del Yo-piel es generalmente suficiente en la cura de las personalidades narcisísticas.



Como lo demuestra el ejemplo de Sebastiana, la cura de los estados límite requiere además la reconstitución de las funciones de mantenimiento, de para-excitación y de recarga libidinal del Yo-piel.

## 10. LA DOBLE PROHIBICION DEL TOCAR, CONDICION DE SUPERACION DEL YO-PIEL

Cuatro razones me imponen la hipótesis de una prohibición del tocar. Una razón histórica y epistemológica: Freud no descubrió el psicoanálisis (el dispositivo de la cura, la organización edípica de las neurosis) hasta que implícitamente, en su práctica, llevó a cabo tal prohibición (sin formular, no obstante, la teoría).

Una razón psicogenética: las primeras prohibiciones que el entorno familiar emite en relación con los niños, cuando entran en el mundo del desplazamiento (locomotor) y de la comunicación (infraverbal y prelingüística) se refieren esencialmente a los contactos táctiles; apoyándose en estas prohibiciones exógenas, variables y múltiples, se constituye la prohibición de naturaleza interna, relativamente permanente y autónoma, cuya naturaleza, no única, sino doble voy a precisar.

Una razón estructural: si fundamentalmente es el Yo, según la experiencia de Freud, una superficie (la del aparato psíquico) y la proyección de una superficie (la del cuerpo), si funciona, pues, primero según una estructuración del Yo-piel, ¿cómo puede pasar a otro sistema de funcionamiento (el del pensamiento propio de un Yo psíquico diferenciado del Yo corporal y articulado de forma distinta con él), sino renunciando, bajo el efecto de la doble prohibición del tocar, a la primacía de los placeres de piel y luego de mano y transformando la experiencia táctil concreta en representaciones de base sobre cuyo fondo se pueden establecer sistemas de correspondencia intersensoriales (a un nivel primero figurativo, que mantiene una referencia simbólica al contacto y al tacto, y luego a un nivel puramente abstracto, separado de esta referencia)?

Finalmente, una razón polémica: el auge de las psicoterapias llamadas «humanistas» o «emocionales», la concurrencia de los «grupos de encuentro» que favorecen, incluso que imponen los contactos corporales entre participantes, la amenaza que se ejerce de esta forma, en estos últimos decenios, contra el rigor de la técnica psicoanalítica y de su regla de la abstinencia del tocar, piden, a los psicoanalistas, otras respuestas que no sean la indiferencia sorda y ciega, o el desprecio indignado, o una conversión pasional a los «nuevos» métodos (que, a menudo, son arreglos y variantes de los métodos pre-psicoanalíticos de la «sugestión»).

¿Cuáles son, según los modos de organización de la economía psíquica, los efectos de las estimulaciones táctiles: restauración narcisística, excitación erógena, violencia traumática? ¿En qué consiste el juego de las interacciones táctiles en la comunicación primaria? ¿Con qué tipo de casos la iniciación de semejante juego se puede prever e incluso ser necesaria o inútil o hasta perjudicial? ¿Qué consecuencias, estimuladoras o inhibitoras para la vida sexual ulterior, se producen por el éxito o los fallos del aparato psíquico para constituirse en un Yo-piel y luego para superarlo con un Yo pensante? ¿Por qué la reflexión psicoanalítica contemporánea tiende a perder de vista, demasiado a menudo, la comprobación freudiana (y clínica), según la cual la vida psíquica tiene como base las cualidades sensibles? Estas son las preguntas conexas que están en juego en esta necesidad del reconocimiento de una prohibición del tocar.

### Una prohibición del tocar implícita en Freud (1)

Con el magnetismo animal, Mesmer entra en «relación» con el paciente tocándole con la mano, la mirada y la voz hasta inducir una situación de dependencia afectiva, de anestesia de la conciencia y de disponibilidad para la excitación, en la que por efecto de un contacto directo se produce una sacudida catártica bajo el efecto indirecto de una cubeta magnética que es tocada con una barra. A continuación, la mano del hipnotizador únicamente imita el tocar, efectuando pases delante de los ojos del enfermo que, sentado o acostado, cae en un sueño artificial. Para aplicar mejor su técnica de contra-sugestión de los síntomas histéricos, Charcot pide a los pacientes, a quienes somete a hipnosis, el cerrar los ojos. Es la voz del hipnotizador la que, por su calor, su insistencia, su firmeza, exige el adormecimiento y prohíbe el síntoma. Pero la mano de Charcot sigue siendo médica al palpar las zonas histerógenas y pretende experimentar desencadenando, de esta forma, delante del público, la crisis histérica. Alternando con la voz y eventualmente con el ojo —un ojo que no sólo contempla, una voz que no sólo habla, sino una mirada y un discurso que envuelven, cogen, acarician; es decir, un ojo y una voz dotados de poderes táctiles—, la mano del hipnotizador (que generalmente es masculino) ejerce una función real o simbólica de sugestión y opera una función de seducción, complementaria en los adultos, especialmente en las mujeres jóvenes y aun más en las histéricas; el beneficio (o mejor maleficio) secundario de la operación.

Durante los diez a doce años que precedieron al autoanálisis de sus

(1) En la presente redacción de este subcapítulo he tenido en cuenta muchas puntualizaciones formuladas por G. Bonnet (1985) a propósito de mi artículo, publicado en 1984, sobre *Le double interdit du toucher*.

sueños y al descubrimiento del psicoanálisis, Freud, hipnoterapeuta, es más hombre de vista y de mano que hombre de palabra. Un incidente, que aclara retrospectivamente el contratiempo de Breuer con Anna O., le alerta sobre los peligros de seducción, precisamente. Una enfermera del servicio, que Freud había curado de sus síntomas hipnotizándola, salta a su cuello para abrazarlo disponiéndose a dejarse caer en sus brazos. Freud ni cede ni se asusta: descubre —nos dice— el fenómeno de la transferencia. Lo que no dice, porque es evidente, es la conveniencia para el psicoanalista de prohibirse todo acercamiento corporal con sus pacientes. No obstante, si el cuerpo a cuerpo se hace imposible por los peligros de erotización, la mano continúa utilizándose para auscultar los puntos dolorosos —los ovarios de Frau Emmy von N., el muslo de Fraulein Elisabeth von R.— donde la excitación se acumula por no haber podido encontrar su descarga en el placer. Después, cuando Freud abandona el sueño hipnótico por el análisis psíquico, su mano avanza desde las zonas histerógenas, donde se lleva a cabo la conversión somática, hacia la cabeza, donde actúan los recuerdos patógenos inconscientes. Invita a sus pacientes a recostarse, a cerrar los ojos, a concentrar su atención en esos recuerdos (por supuesto visuales, pero también auditivos cuando se trata de frases que la simbolización ha inscrito, letra a letra, en el cuerpo) y a las emociones correspondientes que aparecen como respuesta a la cuestión del origen de sus síntomas. En caso de resistencias (no surge nada en el espíritu del paciente), Freud procede a la imposición de su mano sobre su frente, anunciando que la retirada de su mano provocaría la aparición de las imágenes deseadas y reprimidas. Para su liberación, no le queda al paciente más que verbalizar lo que ve y lo que oye dentro de sí. Sugestión una vez más, aunque sea restringida y localizada. Y siempre la misma carga sexual latente. Y como testimonio, el sueño contado por uno de mis pacientes. Este joven soñó que le recibo para su sesión no en mi despacho, sino en un lugar que supuestamente es mi casa de campo, y que adopto una actitud muy amistosa con él. Me instalo en una gran butaca de mimbre. Le invito a sentarse en mis rodillas. Los acontecimientos se precipitan, le beso en la boca, le miro fijamente a los ojos, poso mi mano sobre su frente y le murmuro al oído: «Dígame todo lo que esto le hace pensar.» El paciente se despertó furioso por mi conducta o más bien por mi inconducta, escotomizando que el autor del sueño era él.

La paciente de quien más aprendió Freud, hipnoterapeuta, de las características esenciales del futuro cuadro analítico es, sin duda, Frau Emmy von N. Ya el primero de mayo de 1889 suplicaba: «¡No se mueva! ¡No diga nada! ¡No me toque!», súplica que repite a menudo después (Freud S., Breuer J., «Estudios sobre la histeria», 1895, OC., I, p. 55). Otra paciente, Irma, que Freud tiene en común con Fliess, induce en él, el 24 de julio de 1895, el primer sueño que Freud autoanaliza. En el



sueño, pues, ausculta su garganta, su pecho, su vagina y comprueba que la recaída de sus síntomas está en relación con una «inyección», hecha «a la ligera», de un producto cuya composición ternaria se atribuye a la «química» sexual. La auscultación médica del cuerpo enfermo y de sus zonas alógenas e heterógenas es necesariamente física. La auscultación psicoanalítica de las zonas erógenas sólo puede ser mental y simbólica. Freud (1900) comprende la advertencia. Renuncia a la concentración mental, inventa el término de psicoanálisis, funda el dispositivo de la cura, la de la no omisión y la de la abstinencia, suspende todo intercambio táctil con el paciente en provecho del intercambio verbal único —intercambio, no obstante, disimétrico, ya que el paciente debe dejarse ir para hablar libremente, mientras que el analista sólo debe hablar oportunamente. La disimetría es mayor aún en cuanto a la mirada: el analista ve al paciente que no puede ni debe verle a él (incluso cuando Freud ya no le impone tener los ojos cerrados).

En esta situación, sus pacientes —y Freud haciéndoles eco— sueñan cada vez más. El análisis metódico de estos sueños —los suyos y los de ellos— le conduce, en octubre de 1897, al descubrimiento capital del complejo de Edipo. Así, el papel estructurante de la prohibición del incesto sólo pudo hacerse explícita después de que la prohibición del tocar fue implícitamente reconocida. En este punto, la historia personal del descubrimiento freudiano recapitula la historia infantil universal. La prohibición del tocar como acto de violencia física o de seducción sexual precede, anticipa y hace posible la prohibición edípica, que prohíbe el incesto y el parricidio.

El intercambio verbal que delimita el campo de la cura no es eficaz si no retoma, en un nuevo plan simbólico, lo que se ha intercambiado anteriormente en los registros visual y táctil. Testimonio de ello es la nota 702 de Freud en los *Tres ensayos para una teoría sexual*, (1905, OC., II, p. 226): un niño de tres años en una habitación sin luz se quejaba de tener miedo de la oscuridad y pedía a su tía que le dijera algo; ésta objetaba que no le serviría de nada porque no podía verla; el niño respondió: «Cuando alguien me habla parece que hay luz». Y Freud, en otro pasaje referente a los diversos tipos de preliminares sexuales que ponen en juego la vista o el tacto, precisa: «Igual sucede con la contemplación derivada del tocamiento en último término» (*ibid.*, p. 1184). Lo táctil es fundador, a condición que se encuentre prohibido en el momento necesario. La prescripción de verbalizar todo, tiene como complemento inseparable la proscripción no solamente del actuar, sino más específicamente del tocar. La prohibición táctil —válida tanto para el paciente como para el analista— está reforzada por una prohibición visual más especialmente impuesta al paciente: éste no intentará «ver» al psicoanalista fuera de las sesiones ni tener «contactos» con él.

El cuadro psicoanalítico disocia la pulsión escotofílica de su apoyo corporal, la vista (se trata de saber, renunciando a ver); la pulsión de dominio está disociada de su apoyo corporal, la mano (se trata de tocar con el dedo la verdad y ya no el cuerpo, es decir, el pasar de la dimensión placer-dolor a la dimensión verdadero-falso). Esto permite a estas dos pulsiones, anadiéndose a la pulsión epistemofílica, constituir, según la expresión de Gibello (1984), «objetos epistémicos», distintos de los objetos libidinales.

La prohibición se encontraba tanto más justificada por parte de Freud, cuanto que su clientela estaba constituida, sobre todo, por chicas jóvenes y mujeres histéricas que erotizaban la vista (exhibiéndose como espectáculo, poniendo en escena las fantasías sexuales) y que buscaban el acercamiento físico (ser tocadas, acariciadas, abrazadas). Hacía falta, pues, con ellas, introducir la distancia requerida para poder instaurar una relación de pensamiento, un espacio psíquico y un desdoblamiento del Yo en una parte autoobservante. Freud encuentra otras dificultades con los neuróticos obsesivos, en los que el dispositivo psicoanalítico favorece la relación de objeto a distancia (según la expresión posterior de Bouvet), la escisión del Yo psíquico y del Yo corporal, la erotización del pensamiento, la fobia al contacto, el miedo al contagio, el horror de ser tocado.

La dificultad se nos muestra aún mayor con aquellos que se clasifican en las categorías de estados límite y con las personalidades narcisísticas. Sus experiencias son más alógenas que erógenas; la evitación del displacer los moviliza más que la búsqueda del placer; adoptan la posición esquizoide que aleja al máximo al objeto, la retracción del Yo, el odio de la realidad y la huida en lo imaginario. Freud los declaraba no analizables, al no comprometerse ellos con un proceso psicoanalítico dominado por la neurosis de transferencia y por los progresos de la simbolización. También, a menudo, las adecuaciones del dispositivo psicoanalítico son necesarias con ellos. El paciente puede ser recibido cara a cara, estableciéndose así con él un diálogo visual, posturotónico, mímico, respiratorio: la prohibición de ver es abolida; la prohibición de tocar se mantiene. El trabajo psicoanalítico lleva, ya no a la interpretación de las fantasías, sino a la reconstrucción de los traumatismos, al ejercicio de las funciones psíquicas que han sufrido carencias; estos pacientes tienen necesidad de introyectar un Yo-piel suficientemente continente, superficie global sobre cuyo fondo las zonas erógenas pueden emerger como figuras. La técnica psicoanalítica a la que yo recurro consiste en establecer la envoltura sonora que refuerza, ella misma, la envoltura táctil primaria; en mostrar al paciente que puede «tocarme» emocionalmente; en realizar los equivalentes simbólicos de los contactos táctiles desfallecientes, «tocándole» con palabras verdaderas y plenas, incluso con gestos significativos del tipo

del simulacro. La prohibición de desnudarse, de exhibirse desnudo, de tocar el cuerpo del psicoanalista, de ser tocado por su mano o por cualquier otra parte del cuerpo se mantiene; es el mínimo requisito psicoanalítico. Nadie está obligado a practicar el psicoanálisis y hay que buscar, en cada caso, el tipo de terapia que mejor le conviene. Pero si el psicoanálisis está indicado y si es éste el que se quiere poner en práctica, es conveniente respetarlo en el fondo y en la forma —aquí, la prohibición del tocar. Es un abuso de algunos terapeutas corporales llamarse psicoanalistas para garantizar sus métodos sin observar una regla esencial.

### La prohibición crística y explícita

Las prohibiciones «inventadas» por Freud (en el sentido de inventor de un tesoro disimulado en un escondrijo) ya se conocían anteriormente; la conciencia colectiva, en muchas culturas, conocía su existencia: Sófocles, Shakespeare, se sirvieron de la prohibición edípica como recurso dramático. Diderot la describió. Freud la instituyó apoyándose en esta «oscura percepción» de la realidad psíquica contenida en los mitos, las religiones, las grandes obras literarias y artísticas. Debe suceder lo mismo con la prohibición del tocar. Se la encuentra, en efecto, modulada de forma diferente según las culturas, pero está presente un poco por todas partes. ¿No habrá una circunstancia legendaria donde haya sido enunciada de forma explícita?

Durante una visita al museo del Prado, en Madrid, me detuve intrigado, turbado, delante de un lienzo de Corregè, pintado por el artista cuando tenía treinta años, hacia 1522/23. Un ritmo ondulado, que se impone a los dos cuerpos, a sus ropas, a los árboles, a las nubes, a la luz naciente del día en el fondo, asegura la original composición del cuadro. Todos los colores fundamentales, a excepción del violeta, están presentes: blancura del metal de los utensilios del jardín, negrura de la sombra, cabellera parda y toga azul del hombre que deja ampliamente desnudo su busto blanco y pálido —¿mas, es un hombre?—, la mujer, rubia, con la piel macilenta, con amplio traje dorado, con un manto rojo que apenas se ve, echado hacia atrás, mientras que el cielo y la vegetación ofrecen todas las gradaciones del amarillo y del verde. Ya no es un hombre, y todavía no es un Dios. Es Cristo, victorioso de la muerte, que se levanta en el día de su resurrección en el jardín del Gólgota y se prepara para subir hacia el Padre, con el índice de la mano izquierda apuntando hacia el cielo, con la mano derecha baja, con los dedos rectos y separados como signo de prohibición, pero con un matiz de ternura y de comprensión, reforzada por la concordancia de los ritmos de los cuerpos y por la armonía de los tonos del paisaje.

De rodillas a sus pies está La Magdalena, con el rostro suplicante quebrado por la emoción, con la mano derecha, que por su gesto Cristo ha rechazado, replegándose en retirada hacia la cadera, con la mano izquierda reteniendo sobre la otra cadera un faldón de su manto o más bien reteniéndose en este pliegue. La atención del visitante se concentra sobre el triple intercambio de la mirada, del gesto y de las palabras que se adivinan a través del movimiento de los labios; intercambio intenso expresado admirablemente en el cuadro. El título que el pintor ha dado a su lienzo es la frase pronunciada entonces por Cristo: *Noli me tangere*.

Es una cita del Evangelio según San Juan (XX, 17). Dos días después de Pascua, a continuación del reposo del Sábado, al alba, entra en acción María de Magdala, con el nombre de la aldea al borde del lago Tiberiades, de donde procede, lo cual le ha valido también el nombre de Magdalena. Sola, según San Juan, acompañada de otra María la madre de Santiago y José, según San Mateo (XXVIII, 1), y de una tercera mujer, Salomé, según San Marcos (XV, 1), de todas las santas mujeres según San Lucas (XXIV, 1-2), «va al sepulcro y ve que la piedra ha desaparecido». Teme que el cadáver haya sido robado. Alerta a Simón Pedro y a Juan, y comprueban, al entrar, que el sepulcro está vacío y adivinan que Cristo ha resucitado. Los dos hombres se vuelven dejándola sola, llorando, en el jardín funerario. Ella percibe que hay dos ángeles que la interrogan, después, una silueta que toma por el guardián del jardín, que le dice: «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?» Ella pregunta al supuesto jardinero dónde ha depositado el cuerpo. «Jesús le dice: María. Ella le reconoce y le dice en hebreo *Rabbuni* (es decir, Maestro)». En este momento Jesús pronuncia la palabra que nos interesa: *Noli me tangere*, después encarga a María de Magdala, primera persona a quien aparece después de la resurrección, anunciar la buena nueva a sus discípulos.

La traducción francesa del enunciado crístico, en latín en la Vulgata, es simple y difícil a la vez. Simple porque tomada a la letra significa «no me toques». Difícil si se le quiere entender en su espíritu. «No me retengas» es la formulación dada por los responsables de la traducción llamada ecuménica de la Biblia, aparecida en las ediciones Cerf, con la nota siguiente: «Jesús quiere significar a María que el cambio que se opera en él, en función de su paso hacia el Padre, va a conducir a un nuevo tipo de relación». Compruebo, pues, que la prohibición de tocar, en su formulación cristiana inicial, se refiere tan pronto a la separación del objeto amado («no me retengas»), como al abandono de un lenguaje gestual en favor de una comunicación espiritual que se basaba solamente en la palabra («no me toques», sobreentendido: «Escucha y habla únicamente»). Jesús resucitado ya no es un ser hu-



mano cuyo cuerpo se puede palpar: vuelve a ser lo que era con anterioridad a su encarnación: Verbo puro. Bonnet (1984) pone de relieve que el Nuevo Testamento, al anunciar la prohibición del tocar, se opone al Antiguo Testamento que privilegia la prohibición de la representación.

*Tangere* tiene en latín la misma diversidad de sentidos corporales y afectivos que el verbo francés *tocar*, desde «poner la mano encima de» hasta «conmover». Por otra parte, si los cuatro evangelistas hacen todos alusión al encuentro de María Magdalena con Cristo resucitado, es Juan el único que relata la conminación prohibitiva de Jesús. Sin duda, no es casualidad que la prohibición del tocar se le imponga a una mujer —no a un hombre. Prohibición sexual, ciertamente, que lleva consigo una libido inhibida en su fin y la «sublimación» del amor sexual hacia un compañero por un amor desexualizado por el prójimo en general. Tabú del tocar igualmente: la cita evangélica que comento, confirmaría la analogía propuesta por Freud entre religión y neurosis obsesiva.

Sin embargo, la prohibición crística del tocar no es un tema simple. Está sometido a muchas contradicciones y la siguiente no es la menor: apenas enunciada es transgredida, como puede verse en la continuación inmediata del texto de San Juan. Cristo se aparece la tarde misma de su resurrección a sus discípulos masculinos reunidos en secreto. Pero Tomás Dídimo, ausente, se niega a creer en el Cristo resucitado en tanto que no le haya visto con sus ojos y tocado con sus dedos. «No obstante, ocho días más tarde los discípulos se reunieron nuevamente en la casa y Tomás estaba con ellos». Jesús reaparece y se dirige a Tomás: Mete tu dedo aquí y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado (...)» (San Juan, XX, 27). De esta forma, Tomás, un hombre, es invitado a tocar lo que una mujer, María Magdalena, tenía que contentarse con entrever. Tras haber convencido a Tomás, Jesús añade: «Porque me has visto has creído. Bienaventurados los que sin haber visto han creído». Los exégetas no dicen una palabra sobre el hecho de que esta conclusión confunde el tacto con la vista. Por el contrario, son formales en lo que a ésta concierne: «La fe, desde ahora, no se basa en la visión, sino en el testimonio de aquellos que lo han visto». El problema epistemológico subyacente podría proponerse en estos términos: ¿es la verdad visible, o tangible, o audible? De pasada indico una cuestión que no tengo competencia para tratar: ¿la prohibición del tocar sería más específica de las civilizaciones cristianas que de las demás? En todo caso, es un hecho que la práctica psicoanalítica se ha desarrollado en los países de cultura cristiana: tiene en común con esta cultura la convicción de la superioridad espiritual de la comunicación de la palabra sobre la comunicación cuerpo a cuerpo.

### Tres problemáticas del tocar

Bajo el nombre de María Magdalena, la tradición ha confundido a tres mujeres del Nuevo Testamento.

María de Magdala es una antigua enferma, una posesa que Jesús curó haciendo salir de ella a «siete demonios» (Lucas VIII, 2; Marcos XVI, 9); desde entonces le sigue por todas partes con el grupo de santas mujeres y con el de los doce discípulos masculinos.

María de Betania unta con un valioso perfume los pies y los cabellos de Jesús durante la cena que ella y su hermana dan en honor de la resurrección de su hermano Lázaro. Judas se lamenta del despilfarro y Marta se lamenta de que su hermana no le ayude en las labores de la casa. Jesús responde que María, al adelantarse a embalsamar su cuerpo, anticipa su próxima muerte (e, implícitamente, su resurrección) y que, sentándose a sus pies para escuchar su palabra, ha elegido la mejor parte (San Juan XII, 3; Lucas X, 38-42).

Igualmente, una pecadora anónima, también de Betania, a quien Jesús ha curado de la lepra, entra en la sala del banquete que da Simón, un fariseo, en honor de Jesús; baña con lágrimas los pies de Jesús, los seca con sus cabellos, los cubre de besos y baña de perfume; el huésped se sorprende de que Jesús no haya adivinado que «esta mujer que le toca» es una prostituta; Jesús replica que ella le ha honrado mejor que él y que ha demostrado amarle mucho y por esta razón él le ha perdonado sus pecados (San Lucas VII, 37-47). Identificando, sin razón filológica ni teológica válida, a esta cortesana arrepentida con María de Magdala, la tradición ha seguido la creencia popular según la cual una actividad de tocar entre dos personas de sexo diferente necesariamente tiene una connotación sexual.

De hecho, tres problemáticas del tocar son representadas por las tres mujeres de los *Evangelios*: la problemática de la seducción sexual, por la pecadora; la problemática de los cuidados que se dan al cuerpo en cuanto constitutivos del Yo-piel y del autoerotismo, por María de Betania; la problemática del tocar como prueba de la existencia del objeto tocado, por María de Magdala.

La prohibición edípica (no te casarás con tu madre, no matarás a tu padre) se constituye por derivación metonímica de la prohibición del tocar. La prohibición del tocar prepara y hace posible la prohibición edípica proporcionándole su fundamento presexual. La cura psicoanalítica permite comprender especialmente qué dificultades, fracasos, contracargas pulsionales o sobrecargas pulsionales se han tenido que vencer para que se operara esta derivación en cada caso.

### Las prohibiciones y sus cuatro dualidades

Toda prohibición es doble por naturaleza. Es un sistema de tensión entre polos opuestos; estas tensiones desarrollan en el aparato psi-

quico campos de fuerzas que inhiben algunas funciones y obligan a otras a modificarse.

*Primera dualidad:* la prohibición se refiere a las pulsiones sexuales y a las agresivas a la vez. Canaliza la crecida de las pulsiones; delimita sus fuentes corporales; reorganiza sus objetos y sus fines; estructura las relaciones entre las dos grandes familias de pulsiones. Esto es evidente en la prohibición edípica. La prohibición del tocar concierne igualmente a las dos pulsiones fundamentales: no toques los objetos inanimados que podrían romperse o que podrían hacerte daño; no ejerzas una fuerza excesiva sobre las partes del cuerpo de los demás (esta prohibición pretende proteger al niño de la agresividad, de la suya y de las de los demás). No toques con insistencia tu cuerpo o el cuerpo de los demás en las zonas sensibles al placer, porque te desbordaría una excitación que no estás en situación de comprender y de satisfacer (el objetivo de esta prohibición es proteger al niño de la sexualidad, de la suya y de la de los demás). En los dos casos, la prohibición del tocar pone en guardia contra la desmesura de la excitación y su consecuencia, el desencadenamiento de la pulsión.

A causa de la prohibición del tocar, sexualidad y agresividad no están estructuralmente diferenciadas, sino que son asimiladas como expresión de la violencia pulsional en general. La prohibición del incesto, por el contrario, las diferencia y sitúa en una relación de simetría invertida y no de similitud.

*Segunda dualidad:* toda prohibición tiene una doble cara; una vuelta hacia el exterior (que recibe, acoge, filtra las prohibiciones significadas por el entorno) y otra vuelta hacia la realidad interna (que se refiere a los representantes representativos y afectivos de las mociones pulsionales). La prohibición intrapsíquica se apoya en proscripciones externas pero que son la ocasión y no la causa de su instauración. La causa es endógena; es la necesidad del aparato psíquico de diferenciarse. La prohibición del tocar contribuye al establecimiento de una frontera, de una interfaz entre el Yo y el Ello. La prohibición edípica remata el establecimiento de una frontera, de una interfaz entre el Yo y el Superyó. Las dos censuras a las que Freud apunta en su primera teoría (una entre el inconsciente y el preconscious, la otra entre el preconscious y la conciencia), me parece que podrían recogerse útilmente en este sentido.

Las primeras prohibiciones del tocar, que el entorno formula, están al servicio de la autoconservación: no metas la mano en el fuego, no toques los cuchillos, los desperdicios, los medicamentos; pondrías en peligro la integridad de tu cuerpo, incluso tu vida. Tienen como corolario las proscripciones de contacto: no te sueltes de la mano para aso-

mar por la ventana, para atravesar la calle. Las prohibiciones definen los peligros externos; lo prohibido señala los peligros internos. En los dos casos se supone adquirida la distinción del afuera y del adentro (si no, lo prohibido no tiene sentido) y esta distinción se encuentra reforzada por lo prohibido. Toda prohibición es una interfaz que separa dos regiones del espacio psíquico dotadas de cualidades psíquicas diferentes. La prohibición del tocar separa la región de lo familiar, región protegida y protectora, de la región de lo extraño, inquietante, peligrosa. Esta prohibición es, a mi parecer, el verdadero organizador de esta mutación que aparece hacia los nueve meses y que Spitz ha reducido a la simple distinción del rostro familiar y del rostro extraño. No permanezcas pegado al cuerpo de tus padres, asume el tener un cuerpo separado para explorar el mundo exterior: tal parece ser la forma más primitiva de la prohibición táctil. Pero también —y esta es una forma más evolucionada— tampoco toques con las manos las cosas desconocidas, no sabes el daño que te puedes hacer. La prohibición invita a tocar otras cosas además de lo familiar y la familia, y a tocarlas para conocerlas. La prohibición previene contra los peligros de la ignorancia y de la impulsividad: no se toca cualquier cosa de cualquier manera. Agarrar un objeto está justificado si se hace para experimentar cómo éste se comporta —no para llevárselo a la boca y para tragárselo porque gusta, ni para romper en trozos aquello que uno se imagina odioso dentro de su vientre. La prohibición del tocar contribuye a diferenciar los órdenes de realidades que permanecen confundidos en la experiencia táctil primaria del cuerpo a cuerpo: tu cuerpo es distinto de los otros cuerpos; el espacio es independiente de los objetos que lo habitan; los objetos animados se comportan de forma distinta que los inanimados.

La prohibición edípica invierte los datos de la prohibición del tocar: lo que es familiar, en su primera acepción, se convierte en peligroso con relación a la doble carga pulsional de amor y de odio; el peligro está en el incesto y el parricidio (o del fratricidio) juntos; su precio es la angustia de castración. Por el contrario, cuando sea mayor, el chico tendrá derecho, en ciertas condiciones, e incluso el deber de luchar contra los hombres extraños a la familia, al clan, a la nación, y de elegir una mujer extraña a la familia.

*Tercera dualidad:* toda prohibición se construye en dos tiempos. La prohibición edípica, tal como Freud la enfocó, centrada en la amenaza de castración genital, limita las relaciones amorosas según el orden de los sexos y de las generaciones. Una situación edípica precoz, pregenital, estudiada por Melanie Klein, la precede y la prepara: de ella resulta una prohibición anticainibal de comer el pecho deseado, la fantasía de destruir a los niños rivales y el pene del padre dentro del



vientre de la madre, y el destete vivido como castigo de los deseos devoradores. La prohibición del tocar también tiene una doble manifestación. Efectivamente, se pueden distinguir dos estructuras de la experiencia táctil: a) el contacto por estrechamiento corporal, que cubre una gran superficie de la piel y que engloba presión, calor o frío, bienestar o dolor, sensaciones kinestésicas y vestibulares, contacto que implica la fantasía de una piel común; y b) el tocar manual, que sostiene el cuerpo del lactante y que, poco después, tiende a reducirse, cuando el niño adquiere el dominio de los gestos de designación y de prensión de los objetos y cuando, por la educación, el contacto piel a piel, considerado demasiado infantil o demasiado erótico o demasiado brutal, se encuentra limitado a manifestaciones de ternura o de fuerza muscular que deben permanecer controladas. Existirían, pues, acopladas una dentro de otra, una primera prohibición del contacto global, es decir, del apegamiento, de la fusión y de la confusión de los cuerpos; y una segunda prohibición, selectiva, del tocar manual: no tocar los órganos genitales y, más generalmente, las zonas erógenas y sus productos; no tocar a las personas, a los objetos de una forma violenta para ellos, tocarlos limitándose a las modalidades operatorias de adaptación al mundo exterior y a los placeres que éste procura, no conservándose más que sometidos al principio de realidad. Una u otra de estas dos prohibiciones se encuentran reforzadas o atenuadas en las diferentes culturas. La edad del niño en la que cada una interviene y su campo de extensión son muy variables. Pero no se encuentran apenas sociedades en la que estén ausentes. Igualmente, las sanciones son variables en caso de transgresión. Van desde los castigos físicos hasta su amenaza, incluso la simple reprobación moral, que se manifiesta con el tono de la voz.

La prohibición primaria del tocar transfiere al plano psíquico lo que se ha operado en el nacimiento biológico. Impone una existencia separada al ser vivo camino de convertirse en un individuo. La prohibición lo retorna al seno materno, retorno que no puede ser ya más que fantaseado (esta prohibición no se ha constituido en el autista, que, psíquicamente, continúa viviendo en el seno materno). La prohibición es implícitamente señalada al niño por la madre, con la forma activa de un distanciamiento físico: depositándolo en su cuna se aleja de él, lo aleja de ella retirándole del pecho, apartando su rostro que el niño intenta agarrar. En el caso de que la madre no realice el acto de la prohibición, siempre hay alguien en el entorno para hacer, a nivel verbal esta vez, de portavoz de la prohibición. El padre, la suegra, la vecina, el pediatra recuerdan a la madre su deber de separarse corporalmente del bebé, para que se duerma, para que no sea demasiado estimulado, para que no adquiriera malos hábitos, para que aprenda a jugar solo, para que ande en lugar de que lo lleven, para que crezca,

para que deje al entorno un tiempo y un espacio donde éste pueda vivir por sí solo. La prohibición primaria del tocar se opone específicamente a la pulsión de apego o de agarramiento. La amenaza del castigo físico correspondiente es eventualmente fantaseada en forma de arrancamiento, dejando en carne viva la superficie de la piel común al bebé y a su madre (o al sustituto, que puede ser el padre) (2) de cuyo arrancamiento —lo hemos visto— se han hecho eco las mitologías y las religiones.

La prohibición secundaria del tocar se aplica a la pulsión de dominio: no se puede tocar todo, apoderarse de todo, controlarlo todo. La prohibición está formulada por el lenguaje gestual o verbal. El entorno hogareño/familiar opone al niño dispuesto a tocar un «no», proferido como tal o señalado con un movimiento de la cabeza o de la mano. El sentido implícito es el siguiente: no se coge, se pregunta primero y se debe aceptar el peligro de un rechazo o de un retraso. Este sentido es explícito al mismo tiempo que el niño adquiere un dominio suficiente del lenguaje, dominio que precisamente esta prohibición lleva a adquirir: no se señalan con el dedo los objetos interesantes, se les llama por su nombre. La amenaza del castigo físico, correspondiente a la prohibición secundaria del tocar, se expresa eventualmente por el discurso familiar y social en la forma siguiente: la mano que roba, que golpea, que masturba, será atada o cortada.

*Cuarta dualidad:* toda prohibición está caracterizada por su bilateralidad. Se aplica tanto al que emite las prohibiciones como a su destinatario. Cualquiera que sea la vivacidad de los deseos edípicos, incestuosos u hostiles, despertados en los progenitores con ocasión de la maduración sexual de sus niños, no deberán realizarlas con éstos. De la misma forma, para que la prohibición del tocar ejerza su efecto de reestructuración del funcionamiento psíquico, debe ser respetada por los padres y los educadores. Las faltas graves y repetidas constituyen un traumatismo acumulativo que, a su vez, produce importantes consecuencias psicopatológicas.

#### Observación de Juanita

Este fue el caso de Juanita, seguido por mí, tanto en psicoanálisis como en psicoterapia desde hace más de quince años.

(2) Los padres «jóvenes» que, después de una generación dentro de la cultura occidental, asumen de buen grado, en igualdad con la madre, la nutrición y los cuidados del bebé (a excepción del embarazo y la lactancia al pecho), ayudan mucho a la madre y lo hacen con verdadero placer, pero complican la tarea del niño pequeño que debe separarse de dos relaciones duales en vez de una sola. En ellos, la constitución de una prohibición endógena se encuentra retardada o debilitada.

Durante años afronté su enorme angustia persecutiva. No se sentía protegida ni en su cuerpo ni en su casa. Irrumpía en la mía con llamadas telefónicas a cualquier hora, de día o de noche, durante la semana o el fin de semana, con peticiones de entrevistas inmediatas, con la negativa a abandonar mi despacho al final de algunas sesiones. El establecimiento progresivo de un cuadro psicoterápico regular y la reconstrucción de los principales traumatismos de su infancia y de su adolescencia le permitieron constituirse poco a poco un Yo-piel, encontrar una actividad profesional que la hacía independiente de sus padres y consagrar su tiempo libre a la composición de textos literarios que concluyeron la elaboración simbólica de sus conflictos. Transfiriendo, en un personaje de ficción, la experiencia de los intercambios verbales que había adquirido conmigo, describe las palabras de ese personaje como manos que la han tenido, retenido, contenido, que la han dado un rostro y que la han permitido reconocer su dolor: una mano tendida hacia ella muy lejos, muy lejos por encima del abismo, una mano que terminó consiguiendo con éxito coger la suya como un puente más allá del tiempo (mientras que en la realidad no hemos tenido contactos corporales excluyendo el apretón de manos tradicional), una mano que calienta las dos suyas, una mano que después se separa, al mismo tiempo que la voz del personaje explica dulcemente que tiene que marcharse, que volverá y, mirándolo alejarse, ella puede sollozar largamente por primera vez desde hace mucho tiempo. Otro pasaje significativo se refiere al desenlace de un relato en el que la heroína es atropellada en la carretera por un coche cuando vuelve por la noche a casa. Mientras que agoniza, una voz a su lado la mantiene viva aún cierto tiempo, una voz que repite cuatro veces y de cuatro formas distintas: «No la toques». Luego entra en el sol —sol de la muerte que figura la muerte psíquica de mi paciente producida a causa de tantas efracciones, pero también sol de la verdad. Lo que ella, sin defensa, jamás ha podido expresar más que indirectamente presentando signos de locura —a saber, que no se la toque— es finalmente enunciado con claridad, con calma, con fuerza, como una ley indestructible del universo psíquico que las carencias pueden ocultar ocasionalmente sin alterar su realidad estructurante fundamental.

### Del Yo-piel al Yo-pensante

Es necesario aportar dos precisiones: La prohibición del tocar solamente favorece la reestructuración del Yo cuando el Yo-piel se ha ad-

quirido suficientemente; y éste subsiste, después de la reestructuración, como telón de fondo del funcionamiento del pensamiento. El resumen de un cuento de ciencia ficción va a introducir mi visión de estos dos puntos: *Les Yeux de la nuit*, de John Varley (3). Un americano marginado, cansado de la civilización industrial, está errante por los Estados del Sur. Por casualidad entra en una comunidad sorprendente y descubre que está compuesta, casi exclusivamente, por sordo-ciegos. Sus miembros se casan y reproducen entre ellos; fabrican y cultivan lo que necesitan para vivir, limitando los contactos con el exterior a algunos intercambios de primera necesidad. El viajero es acogido por una chica de catorce años, desnuda como todos los habitantes de este territorio que goza de un clima cálido. Esta chica es una de las pocas personas que han nacido viendo y oyendo, y aprendió a hablar con anterioridad a la emigración de sus padres, disminuidos sensoriales, a este lugar. Sirve de intérprete, al joven, entre la lengua inglesa que éste habla y el lenguaje táctil que se practica en la colectividad. El territorio está cuadrículado por canales de circulación con balizas de señales táctiles. El intercambio de información se hace a través del tacto, y la gran sensibilidad de los autóctonos a las vibraciones del entorno, les permite detectar a distancia la irrupción de personas extrañas o de acontecimientos insólitos. Las comidas, que toman sentados todos muy juntos en un mismo refectorio, constituyen la ocasión de reunirse e intercambiar noticias. Después llega la noche en un amplio salón dormitorio donde, antes de que cada familia alcance su ambiente privado, aparecen otras comunicaciones no verbales, más intensas, más personales, más afectivas. Cada uno se pega, cuerpo a cuerpo con un compañero, incluso con varios, para preguntarle, responderle, transmitirle sus impresiones y sus sentimientos, de forma no mediatizada e inmediatamente comprensible. De aquí la necesaria desnudez de los habitantes. De aquí su filosofía implícita: si la sensibilidad de la superficie del cuerpo ha sido tempranamente cultivada, y si ni vestidos ni prejuicios morales han sido una traba para su desarrollo, posee un poder considerable, el de sugerir directamente a los demás sus propios afectos, pensamientos, deseos, proyectos. Naturalmente, si un tercero quiere saber lo que se dicen dos comunicantes, conecta con ellos por imposición de su mano o de una parte de su cuerpo. No obstante, si molesta puede ser provisionalmente apartado. Naturalmente también, si lo que dos comunicantes tienen que decirse pertenece al registro del amor, terminan por hacerlo con naturalidad, en una estrecha y feliz unión a la que la joven bilingüe de catorce años, lejos de ser ingenua,

(3) Es el último relato de una recopilación titulada *Persistence de la vision* (1978), tr. fr. Denoël, Présence du futur, 1979. Agradezco a Françoise Lugassy que haya llamado mi atención sobre este texto.



invita al extranjero. La libertad y la reciprocidad con las que desde la pubertad cada uno y cada una se entregan, no deja así —esta es al menos la teoría de esta comunidad— ningún sitio a la frustración o a los celos. El amor entre dos individuos, no obstante, no es más que un escalón hacia el amor supremo, el que la comunidad lleva en sí misma. Una vez al año, al final del verano, una pradera, que cuidan para este efecto, acoge a toda la asamblea, hombres, mujeres y niños que se estrechan entre sí para constituir un solo cuerpo y para compartir —en este caso se hace difícil decirlo, porque el narrador, admitido únicamente como invitado no pudo tomar parte— los mismos ideales o creencias o sensaciones, de una forma tangible y paroxística.

El narrador aprende, gracias a las lecciones de su iniciadora, el lenguaje táctil, y queda cada vez más seducido por esta sociedad. Pero choca con los límites que provienen de su educación anterior. Lo que piensa como verbal puede traducirlo como táctil, lo que se le comunica como táctil puede formularlo como verbal. Algunos afectos corrientes, la ternura, el miedo, el descontento, llega a expresarlos y comprenderlos directamente. Pero los grados siguientes del lenguaje táctil que, en la medida en que su joven maestra puede explicárselos, corresponden a las entidades abstractas y a los estados psíquicos de base, permanecen inasimilables. Su hábito del lenguaje verbal constituye una dificultad mental que, por el contrario, no se encuentra en los disminuidos sensoriales de la comunidad. Así, el más disminuido de los dos no es el que uno cree... Finalmente se rechaza su afiliación. Su compañera, culpable de hablar un doble lenguaje, decide comunicarse con él únicamente por el tacto. Aunque se reventara los ojos y los tímpanos, de todas formas sería demasiado tarde: no accederá jamás a la simplicidad y a la plenitud de la comunicación táctil originaria y exclusiva. Abandona esta colectividad llevando en su corazón una nostalgia imborrable.

Poco importan las reservas «científicas» que suscita este relato «legendario»: se ha omitido el universo olfativo; se niega el odio, escindido del amor; un lenguaje táctil para el uso de los sordo-ciegos no puede ser inventado más que por los que ven y oyen, que lo han adquirido por algún dominio de la dimensión simbólica, etc. El interés de la ciencia ficción procede de que de la variable que aísla, casi experimentalmente, se saca el máximo de consecuencias lógicas o psicológicas. Aquí la variable es la siguiente: existe una comunicación precoz de piel a piel; la piel es el primer órgano del intercambio significativo; ecopraxis y ecolalias sólo pueden desarrollarse sobre un fondo originario de ecorritmias, de ecotermias, de ecotactilismos. Ciertamente, la novela de Varley describe una construcción fantasmática defensiva, una novela de los orígenes de la comunicación, elaborada a destiempo en un movimiento contraedípico, cuando se ha investido el acceso a

sistemas semióticos más evolucionados. En el intervalo, esta causa pulsional se ha hecho posible y necesaria por la represión de las comunicaciones táctiles primarias, represión desencadenada por la prohibición del tocar.

¿Qué pasa cuando esta prohibición no está presente? ¿Cuál es el precio de esta transgresión? El relato de Varley parece demostrativo de estos dos puntos. Por una parte, allí donde la prohibición primaria del tocar, la que prohíbe el cuerpo a cuerpo, no ha sido instaurada, la prohibición edípica, organizadora de la sexualidad genital así como del orden social, no se instala. Por otra parte, la amenaza de una castración fálica, que da un peso de carne y de angustia a la transgresión eventual de la prohibición del incesto, tiene como corolario la angustia de una castración sensorial cuando se falta a la prohibición del tocar. El contenido manifiesto del relato de Varley dice que los habitantes se libran de la prohibición del tocar porque son sordos y ciegos. El contenido latente se entiende en sentido inverso: porque escapan a la prohibición del tocar están afectados de sordera y ceguera. Cuando faltan ambas prohibiciones, la del tocar y la del incesto, tienden a instalarse un estado de fusión amorosa permanente para el individuo y una situación de ilusión grupal permanente para la colectividad.

Lo cual no quiere decir que las comunicaciones primarias táctiles reprimidas sean destruidas (salvo en casos patológicos); quedan registradas como telón de fondo sobre el cual se inscriben los sistemas intersensoriales de correspondencias; primero constituyen un espacio psíquico, en el cual pueden acoplarse otros espacios sensoriales y motores; proporcionan una superficie imaginaria para depositar los productos de las ulteriores operaciones del pensamiento. La comunicación a distancia, primero por gestos, después por palabras, no solamente requiere la adquisición de los códigos específicos, sino también la conservación de este fondo originario ecotáctil de la comunicación, su reactualización y su revivencia más o menos frecuente. El concepto hegeliano de *Aufhebung* conviene especialmente, desde mi punto de vista, para describir el estatuto de estas huellas ecotáctiles que son, a la vez, negadas, superadas y conservadas.

De la misma forma que la prohibición del incesto, prematuro o violento, puede exceder su fin, que es el desviar el deseo amoroso y sexual sobre los extraños a la familia y producir una inhibición de cualquier realización heterosexual genital con un compañero cualquiera, lo mismo, la prohibición primaria del tocar, si prohíbe demasiado pronto o demasiado duramente los contactos estrechos, en lugar de desencadenar una represión relativamente fácil de levantar en ciertas circunstancias, sexuales, lúdicas, deportivas, etc., socialmente codificadas y susceptibles de acarrear una inhibición grave del acercamiento psi-

quico, lo que complica notablemente la vida amorosa, el contacto con los niños y la capacidad de defenderse contra las agresiones...

Inversamente, en el caso de trastornos graves de la comunicación, relacionados con una minusvalía importante, mental (autismo) o física (sordo-ciegos de nacimiento), la función semiótica requiere que se ejerza, partiendo de su forma originaria, el contacto cuerpo a cuerpo y los intercambios ecotáctiles. Hemos visto que éste es el caso de la técnica del pack. Lo hemos visto en la página 122.

La prohibición del tocar, a diferencia de la prohibición edípica, no exige una renuncia definitiva a un objeto de amor, sino una renuncia a la comunicación ecotáctil como modo principal de comunicación con los demás. Esta comunicación ecotáctil subsiste como fuente semiótica originaria. Se hace activa en la empatía, el trabajo creador, la alergia y el amor.

### El acceso a la intersensorialidad y la constitución del sentido común

Después de haber adquirido su organización de base como Yo-piel, el Yo únicamente puede acceder luego a una nueva estructuración rompiendo con la primacía de la experiencia táctil y constituyéndose en espacio de inscripción intersensorial, en *sensorium commune* (el «sentido común» de los filósofos empiristas). Esta reestructuración no está suficientemente explicada por un impulso integrativo del Yo (Lurquet, 1962), ni por un deseo de crecer y de adaptarse, correlativo a los progresos de la maduración nerviosa. La intervención operante de una prohibición del tocar, precursora y anunciadora del complejo de Edipo, me parece que debe ser postulada por una triple razón de coherencia teórica, de comprobación clínica y rigor técnico.

Después de una revisión bastante completa de la literatura psicoanalítica referente al papel de las experiencias corporales precoces en la génesis de los trastornos cognitivos en el esquizofrénico, Stanley Grand (1982), de Nueva York, concluye que el disfuncionamiento del pensamiento en la esquizofrenia encubre una alteración profunda en la organización (*articulación*) del Yo corporal. Esta alteración resulta de un fracaso precoz en la «articulación» adecuada de los datos sensoriales múltiples (y, así, en la constitución del espacio multisensorial que acabo de evocar con los acoplamientos requeridos de distintas envolturas sensoriales especiales) y en su integración en experiencias cenestésicas y equilibrantes que forman la base del sentido de la orientación y el núcleo de la experiencia de la realidad (se trata, pues, aquí, en origen, de una carencia de la primera función del Yo-piel, la del «holding» o mantenimiento). A falta de un sentimiento organizado de la cohesión y de las fronteras del cuerpo, la distinción clara entre ex-

periencia interna y experiencia externa, entre el Sí-mismo y las representaciones de objeto no puede emerger. El núcleo de la experiencia de sí y de la identidad personal no llega a diferenciarse plenamente de la unidad dual del vínculo madre-niño. El esquizofrénico es incapaz de beneficiarse plenamente de las experiencias autocorrectivas que le proporciona el feed-back que se le remite durante su actuación en el mundo exterior, porque tal beneficio sólo puede obtenerlo aquel que se considera a sí mismo como el iniciador de sus propias acciones. Tener un Yo, efectivamente, es disponer de un poder de iniciativa no sobre un simple acontecimiento, sino sobre una serie de acontecimientos que se desarrollan tanto en cadena como en bucles. Los mecanismos de compensación pueden paliar, en parte, la integración desfalleciente del Yo corporal, fundamentalmente en los dominios de la experiencia sensorial cenestésica y térmica: sostienen la cohesión del aparato psíquico y previenen su disolución completa en el curso de los episodios regresivos.

El psicoanálisis sólo es posible en el respeto de la prohibición del tocar. Se puede decir todo, a condición de encontrar las palabras que convienen en la situación transferencial y que traducen pensamientos apropiados a aquello por lo que el paciente efectivamente sufre. Las palabras del analista simbolizan, sustituyen y recrean los contactos táctiles sin que sea necesario recurrir concretamente a ellos: la realidad simbólica de intercambio es más operante que su realidad física.





♡ me encantas ♡

## 11. LA ENVOLTURA SONORA

Paralelamente al establecimiento de las fronteras y de los límites del Yo como interfaz bidimensional apoyada en las sensaciones táctiles, se constituye el Sí-mismo por introyección del universo sonoro (y también gustativo y olfativo), como cavidad psíquica preindividual dotada de un esbozo de unidad e identidad. Asociadas, durante la emisión sonora, a las sensaciones respiratorias que le proporcionan una impresión de volumen que se vacía y se llena, las sensaciones auditivas preparan al Sí-mismo para estructurarse teniendo en cuenta la tercera dimensión del espacio (orientación y distancia) y la dimensión temporal.

Durante los últimos decenios, la literatura psicoanalítica anglosajona ha aportado tres nociones importantes. W. R. Bion (1962) demostró que el paso del no pensar al «pensar», o incluso de los elementos beta a los alfa, se basaba en una capacidad cuya experiencia real es necesaria al desarrollo psíquico del lactante, a saber, la capacidad propia del pecho materno para «contener», en un espacio psíquico delimitado, las sensaciones, afectos y huellas mnésicas que irrumpen en su psiquismo naciente; el pecho contenedor detiene la retroproyección agresivo-destructora de los trozos del Sí-mismo expulsados y diseminados y les aporta las posibilidades de representaciones, vínculos e introyecciones. H. Kohut (1971) ha querido diferenciar dos movimientos antagónicos, alternativos y complementarios, aquél por el que el Sí-mismo se constituye difractándose en los objetos con los que realiza fusiones parcelarias-narcisísticas (los «Sí-mismos-objetos»), y aquél por el cual el Sí-mismo realiza una fusión «grandiosa» con un objeto ideal. Finalmente, volviendo al estadio del espejo, tal como lo concibió Lacan, en el que el Yo se edifica como otro, sobre el modelo de la imagen especular del cuerpo entero unificado, D. W. Winnicott (1917) describió una fase anterior, aquella en la cual el rostro de la madre y las reacciones del entorno proporcionan el primer espejo al niño que constituye su Sí-mismo a partir lo que se le refleja. Pero, como Lacan, Winnicott pone el acento en las señales visuales. Yo querría destacar la existencia, más precoz aún, de un espejo sonoro o de una piel audiofónica y su función en la adquisición, por el aparato psíquico, de la capacidad de significar, y luego de simbolizar (1).

(1) Cf. Guy Rosolato, «La voix», en *Essais sur le symbolique* (1966, pp. 287-305).



## Observación de Marsias

Voy a relatar dos sesiones significativas de una cura psicoanalítica. Llamo al paciente Marsias, como recuerdo del sileno deshollado por Apolo.

Hace varios años que Marsias está en psicoanálisis. Ahora hacemos sesiones cara a cara, de una hora de duración, por una reacción terapéutica negativa que surgió con la posición recostada. Gracias al nuevo dispositivo se pudo retomar el trabajo psicoanalítico que conllevó algunas mejorías en la vida del sujeto, aunque las interrupciones de la cura, ocasionadas por las vacaciones, se siguen soportando mal.

En la primera sesión, después de las cortas vacaciones de primavera, Marsias, más bien deprimido, se describe como vacío. Se ha sentido ausente en los contactos con los demás a la vuelta a sus actividades profesionales. Igualmente, me encuentra con aspecto ausente. Me ha perdido. Después pone de relieve que los dos grandes períodos de depresión, vividos durante su cura, han sucedido en las vacaciones de verano, aunque uno de ellos había seguido a un fracaso profesional que le había afectado mucho. En Semana Santa pudo ausentarse durante un fin de semana prolongado. Se marchó al Sur, a un hotel confortable al borde de un mar magnífico, con piscina de agua caliente. Le gusta mucho la natación y las excursiones. No obstante, las cosas salieron mal. Tuvo malas relaciones con las personas del pequeño grupo con el que se había marchado, amigos o colegas de trabajo de ambos sexos, que también eran compañeros frecuentes de los fines de semana. Se sintió olvidado, abandonado, rechazado. Su mujer tuvo que quedarse en casa con su hijo convaleciente. Las caminatas le cansaron y, sobre todo, las sesiones colectivas en la piscina fueron de mal en peor: perdía el aliento, no encontraba el ritmo de sus movimientos, multiplicaba los esfuerzos descoordinados, tenía miedo de tirarse al agua, la sensación de estar mojado le hacía desagradable el contacto con el agua, a pesar del sol tiritaba; incluso dos veces, cuando caminaba al borde de la piscina, resbaló en las baldosas húmedas golpeándose la cabeza dolorosamente.

Se me pasa por la imaginación la idea de que Marsias viene a las sesiones no tanto para que yo le nutra, como he tenido la impresión de estar haciendo desde que le recibo con nuestro nuevo dispositivo, sino para que le lleve en brazos, le caliente, manipule y para que, con el ejercicio, haga posible las capacidades de su cuerpo y de su pensamiento. Le hablo, por primera vez, de su cuerpo como volumen en el espacio, como fuente de

sensaciones y de movimientos, como miedo a la caída, sin obtener de Marsias más que una educada aprobación. Me decido entonces a plantearle una pregunta directa: no cómo su madre le ha lactado, sino ¿cómo le ha tenido en brazos cuando era pequeño? Evoca entonces un recuerdo al que ya ha aludido dos o tres veces y del que a esta madre le gustaba hablar. Poco después del nacimiento de Marsias, muy ocupada ya con sus cuatro primeros hijos —un hijo mayor y tres hijas—, se encontró dividida entre el recién nacido y la pequeña que había venido al mundo un año antes y que acababa de caer gravemente enferma. La madre confió a Marsias a una criada, mucho más experta en las tareas domésticas que en los cuidados que un bebé reclama, aunque se había empeñado en darle el pecho personalmente a este hijo cuyo nacimiento la había llenado de gozo. Le daba el pecho generosa y rápidamente, precipitándose, terminada la mamada e inmediatamente después de dejarle en manos de la empleada, se dirigía hacia la hermana de Marsias cuya salud permaneció tan debilitada durante semanas que se llegó a temer por su vida. Entre estas visitas-mamadas que Marsias absorbía glotonamente, era vigilado y olvidado al mismo tiempo por la criada, vieja solterona, austera, de principios, trabajadora, que actuaba por deber y no para dar y recibir placer y que mantenía una relación sado-masoquista con su patrona. Se interesaba por el cuerpo de Marsias solamente para adiestramientos prematuros o para los cuidados mecánicos: no jugaba con él. Marsias estaba abandonado en un estado pasivo-apático. Después de algunos meses se dieron cuenta de que el niño no reaccionaba normalmente, y la criada creyó su deber comunicar que el niño comprendía mal y que había nacido retrasado. La madre, horrorizada por esta declaración, agarra a Marsias, lo sacude, lo mueve, lo estimula, le habla, y el bebé mira, sonríe, balbucea, exulta, satisfaciendo a su madre, tranquilizada por su normalidad. La madre repitió muchas veces esta verificación, y se decidió luego a cambiar de criada.

Este relato me permite efectuar varias relaciones que comunico en parte y poco a poco a Marsias. Primero, que espera las sesiones conmigo de la misma forma que él aspiraba a las visitas-mamada de su madre: ansiedad por la idea de un retraso por mi parte, por una sesión que tenía que anular, miedo de que su madre no viniera más y de que él mismo se pusiera enfermo como esta hermana cuya muerte se temía.

La segunda relación la había yo presentado al comienzo de la sesión, y ahora se confirma: se le alimentó suficientemente; lo que espera de mí es lo que la criada no le daba, que yo lo

estímule, que ejercite su psiquismo (en su casa existían momentos de tal pobreza de vida interior que daba la impresión de muerte psíquica). Desde que le recibo cara a cara mantenemos diálogos más frecuentes, importantes intercambios de miradas y de mímica, comunicaciones a nivel postural. A distancia y por interpretaciones de estos intercambios es como si yo le levantara, le llevara en brazos, le calentara, le pusiera en movimiento, y, si fuera preciso, le sacudiera y le hiciera reaccionar, gesticular y hablar: y se lo dije.

Tercero, comprendo mejor ahora cuál es la imagen del cuerpo de Marsias. Para su madre era un tubo digestivo sobrecargado pulsionalmente y erotizado en sus dos extremidades (a la menor emoción experimenta una violenta necesidad de micción, y uno de sus miedos es el de orinarse durante las relaciones sexuales). Su cuerpo como globalidad carnal, como volumen y como movimiento, no fue cargado libidinalmente por la criada. De aquí su angustia de vacío.

Sobre estos tres temas tuvimos un intercambio verbal activo, vivo y caluroso. A su marcha, en lugar de darme, como habitualmente, una mano blanda, me aprieta los dedos firmemente. Mi contratransferencia está dominada por el sentimiento de la satisfacción del trabajo realizado.

Mi decepción es mayor en nuestro siguiente encuentro. Ante mi gran sorpresa, Marsias llega deprimido y lamentándose del carácter negativo de la sesión precedente que, por el contrario, a mí me había parecido enriquecedora para él (y lo había sido para mi comprensión de él, es decir, para mí). Me dejó llevar por un movimiento interior de decepción paralelo al suyo, aunque, evidentemente, no le digo nada. Pienso: después de un paso hacia adelante da dos pasos hacia atrás, niega el progreso que ha efectuado. Estoy a punto de tirar la toalla, pero me recupero. Comprendo que cuando gana en un aspecto tiene miedo de perder en otro, se lo digo y evoco la ley del todo o nada, que ya le había dicho que regía sus reacciones internas. Preciso: la última vez encontró conmigo el contacto «corporal» que le había faltado con su niñera; inmediatamente tuvo la sensación de haber perdido, como contrapartida, el otro modo de contacto, más habitual hasta entonces entre nosotros, el de la mamá breve pero intensa con su madre. La eficacia de mi explicación es inmediata: se reanuda su trabajo psíquico. Relaciona esta explicación con esta pérdida alternada con su gran miedo —que no había enunciado nunca tan claramente— de que el psicoanálisis le quite algo —no en el sentido de la castración, precisa espontáneamente—, de que le prive de sus posibilidades

mentales. Efectivamente, el problema de Marsias se refiere al déficit de su libido narcisista y a los efectos de la carencia de su entorno primitivo en cuanto a asegurar la satisfacción de las necesidades del Yo, tal como las distingue Winnicott de las necesidades del cuerpo. Pero ¿dónde situar las necesidades del Yo en la secuencia que acabo de referir?

La alianza terapéutica que Marsias y yo hemos vuelto a encontrar, permite avanzar en el trabajo de análisis y nos permite también que aparezca otra dimensión de su susceptibilidad ante la frustración (dicho de otra forma, ante la herida narcisística): cuando alguien le da lo que no tuvo de su madre, eso no cuenta, porque es su madre quien hubiera debido proporcionárselo. De esta forma mantiene en su cabeza un proceso perpetuamente inacabado: ¡que su madre y que el psicoanalista reconozcan por fin las equivocaciones que han tenido con él desde el principio! Marsias no es psicótico porque, en conjunto, su funcionamiento mental ha sido asegurado en su infancia: hubo siempre alguien, su hermano o sus hermanas, o las sucesivas criadas, o luego curas que cumplieron este papel, y Marsias, por primera vez, recuerda a una vecina a la que visitaba casi todos los días desde que aprendió a hablar, antes de ir a la escuela. Hablaba con ella sin parar y muy libremente, algo imposible con su madre que estaba no sólo demasiado ocupada, sino que únicamente aceptaba que se expresara lo que estaba de acuerdo con su código moral y su ideal del niño perfecto. En cuanto a mí, comprueba Marsias, tan pronto sucede como con la vecina, tan pronto como con la madre.

Y vuelve a su relación conmigo. Encuentra que le aporlo mucho, experimenta más gusto por la vida, no se perderá sus sesiones por nada del mundo. Mas, subsiste entre nosotros una dificultad importante: a menudo no comprende lo que le digo, lo que la última vez fue incisivo ahora no lo recuerda, incluso no me ha «oído» en el sentido acústico del término. Además, si en el intervalo entre las sesiones piensa en sus problemas y le llega una idea interesante, entonces no puede expresarse ante mí. Por esto permanece mudo, tiene el espíritu vacío.

Primero me encuentro cogido de improviso por esta resistencia. Luego, se efectúa una relación en mi cabeza y le pregunto: ¿cómo le hablaba su madre cuando era pequeño? Describe una situación sobre la que aún no había dicho una palabra a pesar de varios años de psicoanálisis, y que por la tarde, redactando la observación de esta sesión, he resumido con la expresión de baño negativo de palabras.

Por una parte, su madre tenía unas connotaciones de voz



roncas y duras que correspondían a bruscos, imprevisibles y frecuentes accesos de mal humor: la relación de Marsias, de bebé, con la melodía materna como portadora de un sentido global era, pues, interrumpida, cortada, como estaba cortada, por los cuidados mecánicos de la criada, la relación de intercambio corporal intensa y satisfactoria con la madre durante las mamadas. Así, las dos principales infraestructuras del significado (el significado infralingüístico que se encuentra en los cuidados y juegos del cuerpo y el significado prelingüístico de la escucha global de los fonemas) estaban afectados por la misma perturbación.

Por otra parte, la madre de Marsias no sabía expresar bien lo que sentía o deseaba. Además, esto era motivo de irritación o ironía para su entorno. Es posible que no supiera ni adivinar lo que sus familiares sentían, ni ayudarles a formularlo. No supo hablar a su último hijo en un lenguaje en el que éste hubiera podido reconocerse. De aquí la impresión de Marsias de tener que enfrentarse con su madre y conmigo en una lengua extranjera.

La secuencia de estas dos sesiones me ha confirmado que en el caso de carencia precoz del entorno en cuanto a las necesidades del Yo, es porque el sujeto ha carecido de una hetero-estimulación suficiente de algunas de sus funciones psíquicas, hetero-estimulación que, en el caso de un entorno suficientemente bueno, permite al contrario llegar inmediatamente a la autoestimulación de estas funciones por la identificación introyectiva. En este caso la finalidad de la cura es, pues: a) Aportar esta hetero-estimulación por medio de modificaciones apropiadas del dispositivo analítico, por la determinación del psicoanalista para simbolizar, en lugar del paciente, cada vez que éste tiene el espíritu vacío. b) Hacer aparecer en la transferencia las antiguas fallas del Sí-mismo y las incertidumbres en la coherencia y en los límites del Yo, de tal forma que los dos compañeros puedan trabajar analíticamente en su elaboración (efectivamente, el paciente con carencia y no neurótico, estará de todas formas profundamente insatisfecho del psicoanalista y del psicoanálisis, pero la alianza simbiótica que se habrá establecido entre la parte auténtica de su Sí-mismo y el psicoanalista le permitirá reconocer, poco a poco a través de sus insatisfacciones, la presencia de algunos déficit precisos, específicos, circunscribibles, designables y relativamente superables en las condiciones nuevas del entorno).

## Audición y fonación en el lactante

Es necesario ahora recordar los hechos establecidos en cuanto a la audición y fonación del lactante (2) que convergen en esta conclusión: el bebé está unido a sus padres por un sistema de comunicación verdaderamente audiofónico; la cavidad bucofaríngea, en cuanto que produce los formantes indispensables para la comunicación, pronto está bajo el control de la vida mental embrionaria, al mismo tiempo que juega un papel esencial en la expresión de las emociones.

Aparte de los ruidos específicos producidos por la tos y por las actividades alimenticias y digestivas (que hacen del propio cuerpo una caverna sonora donde estos ruidos son tanto más inquietantes cuanto el interesado no puede localizar su origen), ya desde el nacimiento, el grito es el sonido más característico que los recién nacidos emiten. El análisis físico de los parámetros acústicos permitió al inglés Wolff, en 1963 y 1966, distinguir, en el lactante de menos de tres semanas, cuatro tipos de gritos estructural y funcionalmente distintos: el grito de hambre, el de cólera (por ejemplo, cuando está desnudo), el de dolor de origen externo (por ejemplo, durante una toma de sangre del talón) o visceral, y el grito como respuesta a la frustración (por ejemplo, en el caso de la retirada de una tetina que chupa activamente). Estos cuatro gritos tienen un desarrollo temporal, una duración de frecuencias y características espectrográficas específicas. El grito de hambre (aunque no esté necesariamente unido a este estado fisiológico) parece ser fundamental; sucede siempre a los otros tres que serían sus variantes. Todos estos gritos son puros reflejos fisiológicos.

Estos gritos inducen en las madres —que, por otra parte, intentan distinguirlos muy pronto—, con variantes que se deben a su experiencia y a su carácter, reacciones específicas encaminadas a que el grito cese. Ahora bien, la maniobra más eficaz de extinción es la voz materna: a partir del final de la segunda semana de extinción es la voz del bebé mucho mejor que cualquier otro sonido o que la presencia visual del rostro humano. A partir de la tercera semana, al menos en el medio familiar normal, aparece el «falso grito de desamparo para llamar la atención» (Wolf): son gemidos que terminan en gritos, su estructura física es muy diferente de los cuatro gritos de base. Es la primera emisión sonora intencional; dicho de otra forma, la primera comunicación. A las cinco semanas el bebé distingue la voz materna de las demás voces, mientras que no diferencia todavía el rostro materno de los

(2) Un resumen de los trabajos, esencialmente anglosajones, pero también alemanes y franceses, se encuentra en H. Herren, «La voix dans le développement psychosomatique de l'enfant» (1971), del que yo he tomado muchas cosas. Los autores que cito en las páginas siguientes remiten a la bibliografía de este artículo. —Cf. igualmente P. Oléron, «L'acquisition du langage» (1976).

demás rostros. Así, antes del final del primer mes el niño pequeño empieza ya a ser capaz de decodificar el valor expresivo de las intervenciones acústicas del adulto. Esta es la primera de las reacciones circulares comprobables en él, mucho más avanzadas que las relativas a la visión y a la psicomotricidad, inicio y quizá prototipo de los aprendizajes discriminativos ulteriores.

Entre tres y seis meses el bebé está en pleno balbuceo. Juega con los sonidos que emite. Primero son «cloqueos, castañeos, graznidos» (Ombredane). Después se ejercita progresivamente en diferenciar, en producir voluntariamente y en fijar, entre la variada gama de los fonemas, aquellos que constituyen lo que será su lengua materna. Adquiere así lo que el lingüista Martinet ha designado como segunda articulación de la palabra (la articulación del significante con sonidos precisos o con combinaciones particulares de sonidos). Algunos autores precisan que el niño pequeño emite espontáneamente casi todos los sonidos posibles y que el ajuste al sistema ambiente desemboca en una reducción de su gama. Otros autores consideran, por el contrario, las emisiones de este estado como un material imitado y que la evolución se efectúa por enriquecimiento progresivo. De lo que se está seguro es de que hacia los tres meses la reacción circular visomotriz se instala como consecuencia de la maduración de la fóvea: la mano se extiende hacia el biberón. ¡Pero también hacia la voz materna! Y en tanto que el niño en este estado sólo es capaz de reproducir los gestos que se ve hacer (los de las extremidades de los miembros), la imitación está mucho más diversificada en el plan audiofonológico: en su parloteo, el bebé imita lo que entiende de los demás tanto como él se imita a sí mismo; a los tres meses, por ejemplo, aparecen los gritos contagiosos.

Hay dos experiencias interesantes de relatar. Es difícil saber lo que el lactante escucha porque falta una reacción observable que pruebe lo que él ha oído. Este problema metodológico fue elegantemente resuelto por Caffey (1967) y Moffit (1968), que grabaron el electrocardiograma de lactantes de diez semanas a los que, después de la habituación a determinadas señales fonéticas que eran capaces de reproducir, se les presentaban señales tanto contraídas como propias del repertorio fonético del adulto. Los resultados han confirmado que el lactante poseía una riqueza perceptiva considerable, muy superior a su capacidad de emisión fonética, anticipando así esta anterioridad conocida y comprobable algunos meses más tarde su comprensión semántica con relación a la elocución.

Otra forma de resolver el problema se debe a Butterfield (1968): a las horas de las mamadas los niños de algunos días chupan más activamente una tetina musical que una normal. ¡Según su ardor por chupar, algunos sujetos manifestaron incluso la preferencia por un aire clásico, o popular, o por una melodía cantada! Después de algunos

ejercicios de este género, estos bebés melómanos son capaces, una hora antes de su comida y muy despiertos —es decir, independientemente de la gratificación alimenticia—, de controlar la puesta en marcha o la parada de las músicas grabadas y conectadas al biberón vacío que se ha puesto a su disposición. Estos trabajos confirman la teoría de Bodwlbly, según la cual una pulsión primaria de apego funcionaría simultáneamente con la pulsión sexual oral e independientemente de ella. Pero aportan también un complemento y un correctivo importante: las capacidades mentales se ejercerían en principio sobre un material acústico (yo estaría tentado de añadir: y sin duda olfativos). Esto hace improbables los puntos de vista de Henri Wallon que son autoridad en Francia, según los cuales las diferenciaciones de los gestos y de la mímica —es decir, de los factores tónicos y posturales— estarían en el origen de la comunicación social y de la representación mental. Es evidente que en el niño se montan feed-back con el entorno mucho más precoces: éstos son de naturaleza audiofonológica; se refieren primero a los gritos y en seguida a las vocalizaciones (pero con analogías funcionales y morfológicas patentes entre los dos) y constituyen el primer aprendizaje de conductas semióticas. Dicho de otra forma, la adquisición del significado prelingüístico (la de los gritos y después de sonidos en el balbuceo) precede a la del significado infralingüístico (el de las mímicas y gestos).

Ciertamente, la sucesión cronológica no implica una filiación estructural: las coordinaciones buco-motrices y viso-motrices tienen, cada una, su autonomía relativa y su especificidad; las primeras preparan la adquisición de la segunda articulación (la de los significantes con los sonidos) y las segundas preparan la adquisición de la primera articulación (la de los significantes con los significados). Incluso se puede pensar que el desarrollo de la función lingüística y el principio de apropiación por el niño, durante el segundo año, del código de la lengua humana materna requieren tolerar las diferencias de estructura entre la comunicación vocal y la gestual y superarlas en la constitución de una estructura de simbolización más compleja y de nivel más abstracto. No es menos cierto que el primer problema que se plantea a la inteligencia naciente es el de la organización diferencial de los ruidos del cuerpo, de los gritos y de los fenómenos, y el que los fonocomportamientos constituyen, a lo largo del primer año, un factor primitivo del desarrollo mental.

Un último hecho nos lo va a ilustrar. Entre los ocho y los once meses, las actividades vocales, la imitación de formas oídas y la frecuencia del balbuceo se hacen más lentas. Es la edad en la que el niño se asusta ante los extraños (su rostro y su voz), la edad, también, en la que, con la adquisición hacia los diez meses de la oposición del índice y el pulgar puede, en presencia de un modelo exterior, repro-



ducir gestos que no ve que ejecuta, en la que puede, igualmente, representarse mentalmente objetos o acontecimientos fuera del campo percibido. Pero, al mismo tiempo, y puede que sea una consecuencia, analiza los fono-comportamientos de los demás mucho más que los suyos propios.

### Lo sonoro según Freud

La noción de baño de palabras que emana del entorno materno está ausente en la obra de Freud. Por el contrario, en *El proyecto de una psicología científica* de 1895 (OC., I, pp. 209-256), asigna al grito del bebé un papel importante. El grito es, primero, una descarga motora de la excitación interna, según el esquema reflejo de la primera estructura del aparato psíquico. Después, el niño y el entorno lo escuchan como el primer medio de comunicación entre ellos, que provoca el paso a la segunda estructura del aparato psíquico, donde la señal interviene en una reacción circular, forma primaria de la comunicación. «La vía de descarga adquiere así una función secundaria de extrema importancia, la de la *comprensión mutua*». El siguiente modelo de complejidad del aparato psíquico es, como se sabe, el del *deseo* que apunta a la *imagen mnésica* del objeto que aporta la satisfacción. Esta imagen es, sobre todo, visual o motriz (ya no se trata del registro sonoro); funda el proceso psíquico primario que persigue la realización alucinatoria del deseo (es una experiencia de autosatisfacción por oposición a la satisfacción anterior que depende del entorno); finalmente, la asociación de imágenes mentales con mociones pulsionales constituye la primera forma de la simbolización (ya no se está en la simple señal). Esta tercera estructura del aparato psíquico se hace más compleja a su vez con la articulación de los rasgos verbales (o representantes de palabras) con los representantes de cosas, lo que hace posibles los procesos psíquicos secundarios y el pensamiento. Pero es interesante señalar que Freud describe lo que yo llamaría el nivel cero de esta articulación, la articulación de los sonidos con las percepciones. «Existen, en primer lugar, objetos (percepciones) que hacen gritar porque provocan un sufrimiento (...) *La información que nuestro propio grito nos aporta* nos sirve para atribuir una cualidad (hostil) al objeto, mientras que de otra forma, y a causa del sufrimiento, no podríamos tener ninguna noción cualitativamente clara.» De lo que se deduce que los primeros recuerdos conscientes son los recuerdos penosos.

Puedo ahora tomar posición precisando los límites de aquello en lo que estoy de acuerdo con Freud (3) y los complementos que conven-

(3) Los problemas de la voz y de la audición apenas han interesado a los comentaristas de Freud. Los editores de la *Standard Edition* no hacen ni siquiera figurar en sus

dría aportarle: 1.º el Superyó sádico arcaico empieza a transformarse en un Superyó regulador del pensamiento y de la conducta, con el aprendizaje de la primera articulación del lenguaje (asimilación de reglas que rigen el uso léxico, la gramatical y sintáctica); 2.º Con anterioridad, el Yo se constituye como instancia relativamente autónoma, por apoyo en la piel, con la adquisición de la segunda articulación (fijación del flujo de la emisión vocal a los fonemas que son los que forman la lengua materna) y con la adquisición, igualmente, del estatuto de exterritorialidad del objeto. 3.º Con mayor anterioridad, el Sí mismo se forma como una envoltura sonora en la experiencia del baño de sonidos concomitante a la de la lactancia. Este baño de sonidos prefigura el Yo-piel y su doble faz vuelta hacia adentro y hacia afuera, porque la envoltura sonora está compuesta de sonidos emitidos alternativamente por el entorno y por el bebé. La combinación de estos sonidos produce, pues: a) un espacio-volumen común que permite el intercambio bilateral (mientras que la lactancia y la eliminación realizan una circulación de sentido único); b) una primera imagen (espacio-auditiva) del propio cuerpo, y c) un vínculo de realización fusional real con la madre (sin el cual, la fusión imaginaria con ella no sería posteriormente posible).

### La semiofonía

Los artilugios de la tecnología y la inventiva de la mitología y de la ciencia ficción me van a proporcionar las pruebas suplementarias.

La idea de sumergir a los niños que padecen trastornos del lenguaje en un baño sonoro previo a toda reeducación se puso a prueba en Francia bajo el nombre de semiofonía (4). Se encierra al sujeto en una cabina insonorizada y espaciosa, dotada de un micro y de un casco de escucha, verdadero «huevo fantasmático» dentro del que puede replegarse y regresar narcisísticamente. En una primera fase, puramente pasiva, juega libremente (dibujos, rompecabezas, etc.) escuchando durante media hora música filtrada, rica en armónicos agudos y luego, durante otra media hora, una voz filtrada y pregrabada. Está así sometido a un baño sonoro reducido al ritmo, a la melodía y a la inflexión.

índices los términos: voz, sonido y audición. Únicamente han retenido las referencias al grito y a los parecidos de sonidos utilizados por los lapsus y los juegos de palabras. Queda por emprender una investigación sobre lo sonoro en Freud.

(4) I. Beller, *La Sémiophonie* (1973). El autor parte de la experiencia de Birch y Lee (1955): estimulaciones auditivas binaurales de 60 decibelios durante sesenta segundos en sujetos que sufren de afasia expresiva, a causa de una inhibición cortical permanente, provocan una mejoría inmediata de su eficiencia verbal que dura cinco o diez minutos. Igualmente está inspirada en el oído electrónico de Tomatis modificando esta concepción.

La segunda fase de la reeducación se refiere a la segunda articulación; requiere del sujeto, después de la audición de la música filtrada, la repetición activa de significantes igualmente pregrabados y pasados por un filtro dulce que hace que la voz sea perfectamente audible y distinta, favoreciendo la escala de los armónicos agudos; al mismo tiempo que repite las palabras, el sujeto se oye en los auriculares, descubre su propia voz y realiza la experiencia del feed-back auditivo-fonatorio. La fase siguiente, más banal, incluye la desaparición del baño musical previo, así como de los sonidos filtrados y la repetición de frases organizadas en forma de relato. Si el niño repite mal, si voluntariamente introduce variantes caprichosas o groseras, no se le hace ninguna puntualización ni amonestación. Igualmente, puede continuar dibujando, escuchando y hablando. Para aprender un código, ¿acaso no hace falta primero jugar con él y también ser libre de transgredirlo? «Así, creyendo dialogar con el otro, el niño aprende muy pronto a dialogar con sí mismo, con esta otra parte del Sí-mismo que desconocía y que precisamente proyectaba sobre los demás alienando así toda posibilidad de diálogo real» (*ibid.*, p. 64).

El autor se limita a una posición puramente didáctica, evacuando no solamente la transferencia y la interpretación, sino también los puntos de referencia y la comprensión del papel de las carencias del entorno en los déficit lingüísticos del niño. Como mucho, lo que busca es el hacer funcionar una máquina de curar. No obstante, la intuición de la que parte es fecunda.

«En el primer período de la reeducación llamada pasiva, durante la cual se filtran intensamente los sonidos exteriores que pierden así su significado, la vivencia del sujeto podría definirse como un sentimiento agradable de extrañeza... Esta emoción induce a un estado de elación percibida en la persona misma, es decir, en la representación que el sujeto tiene de sí mismo» (*ibid.*, p. 75). La extrañeza no es inquietante más que allí donde el entorno no «contiene» (en el sentido de Bion) la vivencia psíquica del sujeto.

### El espejo sonoro

Lo que del otro es oído cuando envuelve al Sí-mismo en la armonía (¿qué otra palabra musical convendría aquí?) y luego, cuando como retorno responde en eco a lo emitido y lo estimula, introduce al pequeño en el área de la ilusión. Winnicott (1951) señaló el parloteo entre los fenómenos transicionales, pero poniéndolo en el mismo plano que las demás conductas de este tipo. Ahora bien, el bebé sólo se autoestimula para emitir, oyéndose, si el entorno le ha preparado para ello por la calidad, la precocidad y el volumen del baño sonoro en el que está sumergido. Antes que la mirada y la sonrisa de la ma-

dre, que le nutre y le cuida, remitan al niño una imagen de sí que le sea visualmente perceptible y que interiorice para reforzar su Sí-mismo y bosquejar su Yo, el baño melódico (la voz de la madre, sus canciones, la música que ella le hace escuchar) pone a su disposición un primer espejo sonoro que utiliza primero con sus gritos (que la voz materna tranquiliza como respuesta) y luego con sus gorjeos y finalmente con sus juegos de articulación fonemática.

La mitología griega no deja de descubrir la unión del espejo visual y del sonoro en la constitución del narcisismo. La leyenda de la ninfa Eco no está ligada por casualidad a la de Narciso. Hombre joven, Narciso suscita, en numerosas ninfas y jovencitas, pasiones a las que él permanece insensible. A su vez, la ninfa Eco se enamora de él sin obtener nada a cambio. Desesperada, se retira a la soledad donde pierde el apetito y adelgaza; de su persona evanescente pronto no queda más que una voz gimiente que repite las últimas sílabas de las palabras que se pronuncian. Durante este tiempo, las jóvenes despreciadas por Narciso obtienen venganza de Némesis. Después de una cacería en un día muy caluroso, Narciso se inclina sobre una fuente para refrescarse y percibe su imagen tan bella que se enamora de ella. En simetría con Eco y su imagen sonora, Narciso se aparta del mundo, no haciendo más que inclinarse sobre su imagen visual y dejándose languidecer. Incluso al paso del cortejo fúnebre sobre las aguas del Sys, seguirá intentando distinguir sus propios trazos... Esta leyenda marca muy bien la precedencia del espejo sonoro sobre el espejo visual, así como el carácter primario femenino de la voz y el vínculo entre la emisión sonora y la demanda de amor. Pero proporciona, también, los elementos de una comprensión patogénica: si el espejo —sonoro o visual— no reenvía al sujeto más que su propia imagen, es decir, su demanda, su desamparo (Eco) o la búsqueda de ideal (Narciso), el resultado es la desunión pulsional que libera las pulsiones de muerte y que les asegura una primacía económica sobre las pulsiones de vida.

A menudo, ya se sabe, se reconoce a la madre de un esquizofrénico en el malestar que su voz causa al profesional que ha venido a consultar: voz monocorde (con mal ritmo), metálica (sin melodía), ronca (con predominio de los tonos graves, lo que favorece en que escucha la confusión de sonidos y el sentimiento de su intrusión). Semejante voz perturba la constitución del Sí-mismo: el baño sonoro ya no es envolvente, se hace desagradable (en términos de Yo-piel se llamaría rugoso), es agujereado y agujereante. Esto sin prejuzgar la continuación que es, durante la adquisición de la primera articulación del lenguaje, la interferencia de la madre en el pensamiento lógico del niño por la conminación paradójica y por la descalificación de los enunciados que el niño emite sobre sí mismo (cf. Anzieu D., 1975 b). Solamente la conjunción grave de las perturbaciones fonemática y semán-



tica produciría la esquizofrenia. Si las dos perturbaciones han sido ligeras es que estamos ante personalidades narcisísticas. Si la primera ha tenido lugar sin la segunda, se consituye la predisposición a las reacciones psicosomáticas. Si la segunda se ha producido sin la primera, nos encontraríamos con un gran número de trastornos de la adaptación escolar, intelectual y social.

Los defectos del espejo sonoro patógeno son:

- Su discordancia: interviene a contratiempo de lo que siente, espera o expresa al bebé.
- Su brusquedad: tan pronto es insuficiente, tan pronto excesivo, pasando de un extremo a otro de forma arbitraria e incomprensible para el bebé; multiplica los micro-traumatismos sobre el para-excitación naciente (después de una conferencia que dí sobre la envoltura sonora del «Sí-mismo», un auditor vino a hablarme de sus problemas relativos a «la efracción sonora del Sí-mismo»).
- Su impersonalidad: el espejo sonoro no informa al bebé ni de lo que siente sobre sí mismo ni sobre lo que su madre siente por él. El bebé estará inseguro de su Sí-mismo si es para ella una máquina a la que hay que mantener, en la que se introduce un programa. A menudo, también ella se habla a sí misma delante de él pero no de él, tanto en voz alta como en el mutismo de la palabra interior, y este baño de palabras o de silencio le hacen vivir que no significa nada para ella. El espejo sonoro y después visual, sólo es estructurante para el Sí-mismo, y luego para el Yo, a condición de que la madre exprese al niño algo de ella y de él a la vez, y algo que se refiera a las primeras cualidades psíquicas que el Sí-mismo naciente del bebé experimenta.

El espacio sonoro es el primer espacio psíquico: ruidos exteriores dolorosos cuando son bruscos o fuertes, gorgoritos inquietantes del cuerpo sin localizar en el interior, gritos emitidos automáticamente con el nacimiento y luego el hambre, el dolor, la cólera y la privación del objeto, pero que son acompañados de una imagen motriz activa. Todos estos ruidos componen algo como lo que Xénatis sin duda ha querido realizar con las variaciones musicales y los juegos luminosos de los rayos láser de su politopo: un entrecruzado desorganizado, en el espacio y el tiempo, de señales de las cualidades psíquicas primarias, o como lo que la filosofía de Michel Serres intenta decir del flujo, de la dispersión, de la nube primera de desórdenes donde arden y corren las señales de incertidumbre. Sobre este fondo de ruidos puede elevar-

se la melodía de una música más clásica o más popular, es decir, he-cha de sonidos ricos en armónicos, música propiamente dicha, voz hu-mana hablada o cantada, con sus inflexiones y sus invariantes muy pronto consideradas como características de una individualidad. Mo-mento, estado en los que el bebé experimenta una primera armonía (que presagia la unidad de sí mismo como Sí-mismo a través de la di-versidad de sus sensaciones) y un primer encantamiento (ilusión de un espacio en el que no existe la diferencia entre Sí-mismo y el entorno y donde el Sí-mismo puede reforzarse por la estimulación y por la cal-ma del entorno al que está unido). El espacio sonoro —si por un re-curso a la metáfora hay que darle una apariencia visible— tiene forma de caverna. Espacio hueco como el pecho o la cavidad buco-faríngea. Espacio protegido pero no herméticamente cerrado. Volumen en el in-terior del cual circulan los rumores, ecos y resonancias. No es por ca-sualidad que los conceptos de resonancia acústica han proporcionado a los sabios el modelo de toda resonancia física y a los psicólogos y psicoanalistas de grupo el de la comunicación inconsciente entre las personas. Los demás espacios del niño, el visual y luego visuo-táctil y locomotor y por fin gráfico, lo introducen en las diferencias entre lo mío y lo no familiar, entre el Sí-mismo y el entorno. Sami-ali ha he-cho progresar su estudio con su libro titulado *L'Espace imaginaire* (1974). Pero los déficits originarios de la envoltura sonora del Sí-mismo dificultan el desarrollo de esta serie.

#### Observación de Marsias (fin)

La forma en que este handicap ha funcionado en el paciente es la de clarificarse, algunos meses después de las dos sesiones resumidas anteriormente, gracias a las indicaciones sólidas que estas sesiones nos habían aportado y sobre las que pude apoyarme explícitamente más de una vez (prueba de que estas dificultades pueden atenuarse con el psicoanálisis a condición de concedérseles tiempo, voluntad, dispositi-vo espacio-temporal adecuado y de deducir las interpretaciones de una teoría correcta).

A pesar de los innegables progresos de su vida interior y ex-terior que había que anotar, Marsias atravesó una nueva crisis, no tanto de angustia depresiva como de escepticismo: no lle-garía nunca a cambiar tanto como hubiera sido necesario, se sentía demasiado diferente de los demás, estaba descorazonado, pensaba que yo lo consideraba incapaz de terminar su psicoa-nálisis y que sería mucho mejor interrumpirlo de común acuer-do. Marsias no diferenciaba certeramente lo que pasaba en su Sí-mismo de lo que pasaba en su entorno. A menudo, los afec-

tos de sus parientes y amistades lo invadían y desorganizaban; intentaba distanciarse pero, a fuerza de criticarse, rechazaba todos los medios prácticos para alcanzarlo; lo que sentía, tan pronto lo guardaba para sí quejándose de no ser adivinado por el entorno como lo expresaba con una viveza tal que le servía para volver a ser violento. Y siempre la misma conclusión: soy yo el que debo cambiar, Marsias, pero no soy capaz. Pude interpretarle, en la transferencia, que organizaba sus relaciones con su medio privado y profesional, así como conmigo, con el modelo de una discordancia ineluctable entre el Sí-mismo y el entorno, y para formular esta discordancia básica le propuse: la felicidad de uno tiene como contrapartida la desgracia de otro.

Otro paciente que presenta analogías con Marsias en cuanto a la historia de su tierna infancia y a sus fallas en el funcionamiento del Sí-mismo y del Yo, adoptó la conclusión simétricamente inversa: pensaba que los que tenían que cambiar eran su entorno y su psicoanalista, y solamente ellos, pero que no eran capaces. El fondo del problema sigue siendo el mismo: la diferenciación entre la vivencia sensorial y afectiva del sujeto y del entorno no se realiza o se realiza a contratiempo, cuando el sujeto no ha podido vivir suficientemente un período original en el que el entorno haya respondido a su placer con placer, a su dolor con apaciguamiento, a su vacío con el lleno y a su fraccionamiento con la armonización. El psicoanalista debe hablarle de ello —sin necesidad de sumergirle en una cabina semiofónica— para crear un entorno que resuene tanto a nivel de la voz como del sentido.

Roland Gori, en una reflexión realizada paralelamente a la mía, y a menudo en una interacción mutua, ha elaborado nociones convergentes de «imagen especular sonora», de «murallas sonoras», de «anclaje corporal del discurso», de «alienación de la subjetividad al código». A él debo el conocimiento de un relato de ciencia ficción de Gérard Klein, *La Vallée de échos* (1966), que imagina la existencia de fósiles sonoros: «Sobre el planeta Marte, unos exploradores buscan en el desierto la huella de una vida extinguida. Un día penetran entre acantilados dentados, que no se parecen en nada a los paisajes erosionados, que yacen a todo lo largo del planeta de arena... y encuentran el eco: "Percibí una voz, o mejor el murmullo de un millón de voces. El tumulto de un pueblo entero pronunciando palabras increíbles, incomprensibles, (...) el sonido nos acosa en sucesivas olas, remolineantes." (...) En este valle de los Ecos se reciben los sonidos de un pueblo desaparecido; es el único lugar del universo donde los fósiles ya no son minerales sino masas sonoras. Uno de los exploradores, ávido del placer de su descubrimiento, avanza imprudentemente y las voces decrecen dulcemente hasta la agonía del silencio, "porque su cuerpo era

una pantalla. Era demasiado pesado, demasiado material para que estas voces ligeras soportaran su contacto"» (R. Gori, 1975, 1976). Bella metáfora de una materia sonora extraña al cuerpo vivido, que se entretiene por su propia y vana compulsión de repetición, recuerdo antehistórico y amenaza mortal de una mortaja audiofónica desplegada en andrajos, que no envuelve y no retiene ya ni la vida psíquica ni el sentido en el Sí-mismo.



### La envoltura de calor

Es significativa una observación bastante frecuente en relajación. El relajado, que llega primero y se instala solo en la habitación, empieza el ejercicio. Siente el calor por todo su cuerpo con bastante rapidez y de forma agradable. Llega el relajador a quien está esperando: la sensación de calor desaparece inmediatamente. El interesado se lo comunica al relajador que, por otra parte, es psicoanalista y busca, a través de su diálogo, elucidar y descubrir la causa de esta desaparición: en vano. El psicoterapeuta decide entonces permanecer silencioso y relajarse, dejando al paciente, según la descripción de Winnicott (1958), realizar la experiencia de encontrarse solo en presencia de alguien que respeta su soledad, protegiéndola con su proximidad. El relajado vuelve entonces progresivamente a recobrar la sensación global de calor.

¿Cómo comprender esta observación? El paciente, solo en una habitación familiar revalorizada, vive una experiencia de crecimiento y ensanche del Sí-mismo, con una extensión de los límites del Yo corporal y las dimensiones mismas de la habitación. El bienestar de tener un Yo-piel en expansión, por una parte, y, por otra, que le pertenece, reaviva la impresión primaria de una envoltura de calor. La entrada del psicoterapeuta representa un quebrantamiento traumático de esta envoltura demasiado grande y demasiado frágil (la barrera del calor es un para-excitación mediocre). Una vez que el calor ha desaparecido, el paciente busca un nuevo apoyo sobre el cual podría funcionar su Yo-piel en interacción con el psicoterapeuta. ¿Será la fantasía arcaica de una piel común a los dos compañeros? Pero el relajador habla en lugar de tocar el cuerpo, y el relajado se resiste a semejante regresión. Reencuentra la sensación englobante de calor cuando la angustia de fraccionamiento se ha disipado y cuando su Yo corporal ha vuelto a los límites más próximos de los del propio cuerpo. La presencia discretamente protectora del relajador (análoga a la neutralidad silenciosamente acogedora del psicoanalista) deja libre al paciente para reappropriarse un Yo-piel identificándose con el terapeuta, seguro de su propio Yo-piel. El paciente escapa al triple peligro de robar la piel del otro, o de tener su piel robada por el otro, o de ser revestido por el regalo envenenado de la piel del otro que le impediría acceder a una piel independiente. La impresión de calor se extiende del Yo corporal al Yo psíquico y envuelve al Sí-mismo.

La envoltura de calor (si permanece evidentemente templada) atestigua una seguridad narcisística y una carga pulsional de apego suficientes para entrar en una relación de intercambio con el otro, a condición de que se realice sobre la base del mutuo respeto de la singularidad y autonomía de cada uno: el lenguaje corriente habla entonces significativamente de «contactos calurosos». Esta envoltura delimita un territorio pacífico, con unos puestos fronterizos que permiten la entrada y salida de viajeros verificando únicamente que no tienen intenciones o armas malévolas.

### La envoltura fría

La sensación física de frío que experimenta el Yo corporal y que se conjuga con la frialdad en el sentido moral, opuesta por el Yo psíquico a las solicitaciones de contacto que emanan de los demás, persigue la constitución o reconstitución de una envoltura protectora más hermética, más cerrada sobre sí misma, más narcisísticamente protectora, un para-excitación que mantiene a los demás a distancia. El Yo-piel, lo he dicho ya, consiste en dos capas, más o menos separadas una de otra, una vuelta hacia los estímulos exógenos, la otra hacia las excitaciones pulsionales internas. El destino no es el mismo si la envoltura fría concierne solamente a la capa externa, o sólo a la capa interna, o a las dos, lo que puede conducir a la catatonía.

Me limitaré al caso del escritor. La primera fase del trabajo psíquico creador es no sólo una fase de regresión a una sensación —emoción— imagen inconsciente llamada a proporcionar el tema o el tono director de la obra, sino una fase de «sobrecogimiento», metaforizado por un sumergimiento en el frío, por una ascensión invernal, por una marcha agotadora sobre la nieve (cf. el cisne de Mallarmé prisionero en la superficie helada de un lago), con acompañamiento de escalofríos y recurso a la enfermedad física y a la fiebre para calentarse, con la sensación mortal por la pérdida de indicadores en la blancura de una neblina escarchante, con el «enfriamiento» de las relaciones amistosas y amorosas (1). La faz externa del Yo-piel se convierte en una envoltura fría que, fijándolas, suspende las relaciones con la realidad exterior. La faz interna del Yo-piel, así protegida y sobrecargada, se encuentra disponible al máximo para «captar» a los representantes pulsionales habitualmente reprimidos, incluso aún no simbolizados, cuya elaboración será la originalidad de la obra.

La oposición de calor y frío es una de las distinciones de base que el Yo-piel permite adquirir y que juega un papel importante en la adaptación a la realidad física, en las oscilaciones de acercamiento y

(1) Ya he dado una descripción más detallada de esta captación en mi libro *Le Corps de l'oeuvre* (1981, a, p. 102-104).

de alejamiento, en la capacidad de pensar por sí mismo. Recuerdo el caso de transferencia paradójica que he relatado en mi artículo sobre este tema (cf. Anzieu D., 1975b), donde las perturbaciones del equilibrio del humor, la obstinación masoquista en mantener una vida conyugal insatisfactoria y algunos fracasos del razonamiento han podido ser relacionadas por el trabajo psicoanalítico, especialmente con una alteración precoz de la distinción entre calor y frío.

### Observación de «Errónea»

Se trata de una mujer para la que no he encontrado mejor seudónimo que el de «Errónea», por la frecuencia y la intensidad dramática con las que, a lo largo de toda su infancia y a menudo aún en su edad adulta, se le afirmaba que lo que ella sentía era erróneo. Cuando era pequeña se la bañaba, no al mismo tiempo que a su hermano pequeño, lo que hubiera sido indecente, sino justamente antes. También, y para que el baño estuviera a la temperatura conveniente para el niño, se preparaba para «Errónea» un baño hirviendo en el que se la sumergía a la fuerza. Si ella se quejaba del excesivo calor, la tía que, al trabajar los padres tenía a su cargo a los niños, la trataba de mentirosa. Si gritaba, porque se encontraba mal, la madre, a quien se le avisaba, la acusaba de melindre. Cuando salía de la bañera, roja como un cangrejo, titubeante y a punto de desfallecer, el padre, que en el intervalo había venido como refuerzo, le reprochaba no tener vigor ni carácter. No se la tomó en serio más que el día en que se hundió a causa de un síncope. Debió sufrir innumerables situaciones análogas suscitadas por los celos de esta tía abusiva, por la indiferencia lejana de una madre acaparada por su profesión y por el sadismo del padre. He aquí un rasgo que presenta un carácter de doble coacción (*double bind*). A ella, a quien, de pequeña, su madre y su tía le habían sometido a los baños ardientes, de mayor su padre se los prohibió —los baños calientes son debilitantes para el cuerpo y para el carácter— y fue condenada a unas duchas frías que tenía la obligación de tomar, tanto en invierno como en verano, en un sótano sin calefacción de la casa, donde la ducha había sido instalada deliberadamente. El padre lo controlaba directamente, incluso cuando su hija se hizo púber.

«Errónea» revivió, innumerables veces durante sus sesiones de psicoanálisis, la dificultad de comunicarme sus pensamientos y sus afectos por terror a que yo negara su veracidad. Bruscamente experimentaba una sensación de frío glacial sobre el diván. A menudo gemía y estallaba impulsivamente en sollozos. Muchas veces llegó a experimentar, en la sesión, un esta-



do intermediario entre de alucinación y de despersonalización: la realidad ya no era la realidad, su percepción de las cosas se embrollaba, las tres dimensiones del espacio vacilaban; ella misma continuaba existiendo pero separada de su cuerpo, al exterior de él. Experiencia que comprendió por sí misma, cuando la hubo verbalizado detallada y suficientemente, como la reviviscencia de su situación infantil en el cuarto de baño, cuando su organismo estaba en el límite del desvanecimiento.

Creí que con «Errónea» podía ahorrarme la transferencia paradójica: este fue mi turno de ser erróneo. Muy pronto me testimonia una transferencia positiva y pude, apoyándome en ella, demostrarle el sistema paradójico en el que sus padres la habían metido y del cual ella no dejaba de hablarme. Esta alianza terapéutica positiva produjo efectos positivos en su vida social y profesional y en su relación con sus niños. Pero permanecía hipersensible y frágil: la menor advertencia por parte de un interlocutor habitual, o de mí mismo, la sumergía en ese desasosiego profundo en el que no estaba ya segura de sus propias sensaciones, ideas y deseos, en el que los límites de su Yo se difuminaban. Bruscamente se inclinó hacia la transferencia paradójica, localizando en adelante sus dificultades en la cura conmigo, viviéndome como aquél por el que no lograba hacerse entender y cuyas interpretaciones (que me atribuía o cuyo su sentido deformaba) perseguían la negación sistemática de sí misma. Su cura no empezó a progresar más que:

- cuando hube aceptado plenamente ser el objeto de una transferencia paradójica.
- cuando ella tuvo la prueba, a la vez, de que podía ablandarme emocionalmente pero de que yo permanecía firme en mis convicciones.

Negando que de niña sintiera efectivamente lo que sentía: «tu sensación de tener demasiado calor, es falsa; eso es lo que dices, pero no es verdad que lo sientas; los padres saben mejor que los niños lo que ellos sienten; ni tu cuerpo ni tu verdad te pertenecen» los padres no se situaban en el terreno moral del bien y del mal, sino en aquel lógico de la confusión de lo verdadero y de lo falso y su paradoja, obligaban al niño a invertir lo verdadero y lo falso. De aquí los trastornos consecutivos en la constitución de los límites del Yo y de la realidad, y en la comunicación de su punto de vista a los demás. Así se instaura lo que Arnaud Lévy ha descrito, en una comunicación que permanece inédita, como una subversión de la lógica, como una perversión del pensamiento, nueva forma de la patología perversa que viene a añadirse a las perversiones sexuales y a la perversión moral.

### 13. LA ENVOLTURA OLFATIVA

#### La secreción de la agresividad por los poros de la piel

##### Observación de Getsemaní

He elegido este seudónimo por el nombre del Jardín de los Olivos (Getsemaní en arameo) donde, según el tercer evangelista (que es el único que hace referencia a esta precisión), Jesús tuvo sudores de sangre la noche anterior a su prendimiento. Sus discípulos se habían dormido. Reza en vano al Dios Padre para que le ahorre la pena última de la muerte. Sufre una profunda «tristeza»: «Encontrándose en agnía rezaba con más insistencia y su sudor se convirtió en gotas de sangre que caían sobre la tierra» (San Lucas, XXII, 44).

Getsemaní es de origen italiano. Bilingüe, su psicoanálisis se realiza en francés. Renunció a entrar en el seminario para estudiar ingeniería y después derecho. Las relaciones con los compañeros de la empresa multinacional donde trabaja son bastante conflictivas y no se encuentra a gusto.

Si me atengo al contenido manifiesto de las asociaciones de ideas y de los afectos que aporta a las sesiones, puedo decir que durante los tres primeros años de su cura Getsemaní exterioriza únicamente sentimientos agresivos: al principio contra una mujer de edad madura, profesora de ciencias en un famoso colegio privado donde fue admitido con una beca porque era de origen modesto (esta mujer le amenaza con la expulsión, hecho que hubiera sido catastrófico); después, contra una señora mayor autoritaria a quien llamaba su madrina y que había vivido hasta su muerte en el hogar de sus padres; finalmente, contra un hermano menor que suplantó a Getsemaní en el amor y en los cuidados de su madre y que fundamentalmente fue criado por su madre, cosa que no sucedió con mi paciente, por lo que tenía el sentimiento de haber sido tratado injustamente. Getsemaní recuerda estos tres aspectos de su pasado con mucha emoción. Yo seguía su lenta progresión en la exteriorización de su agresividad y en su regresión hacia los objetos de odio cada vez más arcaicos e intervenía relacionándolos. Acogía este enorme resentimiento como si fuera un receptáculo donde

Getsemaní necesitaba depositarlos. Su situación profesional mejoraba. Su matrimonio con una francesa se consolidaba. Había tenido un hijo deseado (pero del que únicamente me habló cuando hubo nacido). Pero estos efectos eran más psicoterápicos que psicoanalíticos. Mientras que exteriormente permanecía reivindicativo en las sesiones se mostraba sumiso, lleno de buena voluntad, solicitando con deferencia mis interpretaciones y aprobándolas inmediatamente sin reservas y sin tomarse tiempo para la reflexión. He aquí, pues, lo que me parecía que era la realidad del aquí y ahora de su psicoanálisis: una transferencia positiva, idealizante y dependiente, pero no una verdadera neurosis de transferencia. Existía también otra manifestación, que estaba muy presente en cuanto a su vivacidad sensorial, pero con la que yo no sabía qué hacer desde el punto de vista psicoanalítico: Getsemaní, en algunos momentos, desprendía un fuerte olor que era tanto más desagradable cuanto que se mezclaba con el agua de colonia con la que inundaba sus cabellos, sin duda —supongo— para contrarrestar los efectos de una fuerte transpiración. Yo atribuía esta particularidad de mi paciente, tanto a su constitución biológica como a su medio social de origen. Mi primera resistencia contratransferencial fue la siguiente: considerar que el material más presente en las sesiones no competía al psicoanálisis porque no era verbalizado ni tenía, aparentemente, valor de comunicación.

Mi segunda resistencia contratransferencial fue el aburrimiento; Getsemaní olía cada vez más fuerte cuando repetía los mismos relatos de los perseguidores de su infancia. Mi espíritu se paralizaba invadido por su discurso y por su olor. Al mismo tiempo, me sentía culpable por mi falta de atención hacia él. Intentaba justificarme diciéndome que él inducía transferencialmente la repetición de su situación infantil de hijo olvidado y no querido.

La intervención de un tercero es la que despierta mi facultad de pensar. Una paciente episódica, a quien a veces recibía después de Getsemaní, simuló un día que se negaba a permanecer en mi despacho. Armó una bronca contra su predecesor que envenenaba la atmósfera de la habitación y me preguntó irónicamente si éste era un efecto positivo del psicoanálisis. El incidente me hizo volver sobre mí mismo y tomar conciencia de que yo estaba a punto de no poder... olerle, en el sentido exacto del término. ¿No sería que la neurosis de transferencia, que se ocultaba y se expresaba a la vez por esas emisiones malolientes era solapadamente agresiva en relación conmigo? En ese momento recobré el interés por la conducción de esta

cura. Pero ¿cómo hablarle de su olor sin ser yo mismo agresivo o insultante? Mi formación y mis lecturas psicoanalíticas no me habían enseñado nada sobre las formas olfativas de la transferencia, a excepción de la noción de «cavidad primitiva» buconasal descrita por Spitz (1965) en el niño pequeño.

Encontré una interpretación intermedia, de ámbito bastante general, que fue la primera exclusivamente centrada en el presente y que repetí durante algunas sesiones en diferentes formas: «Me habla usted más de sus sentimientos que de sus sensaciones»; «Me parece que intenta invadirme no solamente con sus emociones agresivas sino también con algunas impresiones sensoriales.» Getsemaní recuerda entonces una circunstancia del pasado que no había aparecido hasta ese momento. Su madrina tenía reputación de poco aseada. De origen campesino, raramente se aseaba con exclusión de la cara y las manos. Apilaba su ropa sucia, durante varias semanas y antes de lavarla, en el cuarto de baño donde mi paciente iba clandestinamente para respirar el fuerte olor de sus partes bajas, operación que le aportaba el sentimiento, narcisísticamente tranquilizante, de estar preservado de todo, incluso de la muerte. Esto revelaba que la fantasía subyacente era la de un contacto fusional con la piel maloliente y protectora de la madrina. Al mismo tiempo, supe que su madre presumía de estar siempre muy limpia y de perfumarse abundantemente con agua de colonia. Así —aunque me reservaba esta puntualización— los dos olores contradictorios, que invadían mi despacho, representaban la tentativa fantasmática de reunir en él la piel de su madrina y la de su madre. ¿No tenía él una piel suya? Yo le invitaba a volver a las circunstancias dramáticas de su nacimiento, que a menudo le habían contado y que me había relatado rápidamente en las entrevistas preliminares. El trabajo del parto no avanzaba. La comadrona y la madrina, en nombre de un príncipe cristiano, rechazaban intervenir pretextando que la madre debe parir con dolor. El médico, avisado con retraso, dejó entender al padre que hacía falta elegir entre la vida de la mujer o la del hijo, y luego intentó con los fórceps una maniobra desesperada que terminó con éxito. Getsemaní nació con la piel desgarrada y ensangrentada en varios sitios, y permaneció varios días entre la vida y la muerte. La madrina lo salva manteniéndolo con ella en su cama. Todo esto estimuló mi reflexión y me alentó para intervenir más específicamente.

Como fue él el que me habló primero del mal olor me sentí autorizado para insistir en ello. Los días en que nuevamente aparecía una fuerte transpiración yo subrayaba la importancia



del olor, en general, para él. Ante mi tercera o cuarta puntualización en este sentido, por primera vez en su psicoanálisis cambió de tono (su palabra hasta ahora abundante, continua y fuerte, me invadía y no me daba lugar a intervenir) y en voz baja y entrecortada, en tono de confidencia y ya no de reivindicación, como si hiciera un aparte, dice que se siente muy incómodo conmigo cuando transpira en la sesión, reacción que se producía cada vez que se emocionaba; cuando se marchaba, le daba vergüenza tenderme una mano sudorosa. Así, y dentro de la neurosis de transferencia, yo representaba a la madrina, no sólo odiada sino también protectora, con quien, hasta su marcha a Italia, había mantenido una comunicación fusional. Descubría en mí cuál era la otra resistencia contratransferencial que había intervenido: mi Yo había rechazado inconscientemente aceptar el papel no sólo de una campesina abusiva y simbiótica, sino, además, nauseabunda. Si, en mi esfuerzo interno, atribuía su síntoma al pasado era para comprenderlo y, al mismo tiempo, para defenderme mejor. Getsemaní vivía este síntoma en el momento presente pero escindiendo, mecanismo que yo le formulé más tarde, los sentimientos experimentados por su Yo psíquico de las sensaciones experimentadas por su Yo corporal. Fragmentando su experiencia presente me dificultaba abarcarla globalmente. El trabajo psicoanalítico que yo tenía que hacer con él era, pues, el de establecer vínculos de pensamiento, no sólo entre pasado y presente, sino, ante todo, entre los fragmentos de su presente.

Algunas sesiones más tarde, Getsemaní me anuncia que se encuentra dominado por una gran emoción. Le recuerdo el vínculo que anteriormente él ha establecido entre emoción y transpiración y le pregunto cuál es la emoción que se produce en él por esta reacción de transpiración. Getsemaní hace un esfuerzo mental, completamente nuevo para él, de desdoblamiento y observación de su Yo corporal por su Yo psíquico y responde que cuando se sentía frustrado se ponía agresivo. Completo, inmediatamente, la interpretación poniendo el acento sobre el continente psíquico: «Para no sufrir por esta agresividad, usted la suda a través de la piel.»

Durante casi un año trabajamos actualizando las particularidades de su Yo-piel. Se reveló que éste se apoya en la fantasía de una piel común al pequeño y a su madrina, piel que le salvó la vida y continúa protegiéndole de la muerte. Generalmente el Yo-piel se apoya en una envoltura que al principio es fundamentalmente táctil y sonora. En Getsemaní la envoltura es principalmente olfativa: esta piel común

reúne los olores específicos de los orificios genitales y anales con los de las secreciones de la piel. Un colega psicofisiológico, a quien consulté, precisa que el sudor producido por las glándulas sudoríparas es en sí mismo inodoro, mas éste sitúa en la piel las secreciones lechosas y olorosas de las glándulas apocrinas, secreciones provocadas por la excitación sexual o por los stres emocionales. Comprendo ahora que en Getsemaní la función de para-excitación (térmica e higrométrica) del sudor, se encuentra confundida con la función de señalización emocional de las secreciones olorosas (1). Una envoltura olfativa tal, cumple una totalización indiferenciada de la piel y de las zonas erógenas. Reúne igualmente características pulsionales opuestas: el contacto con el cuerpo de su madrina es, por una parte, narcisísticamente tranquilizador y libidinalmente atrayente; por otra, es dominante, invasora e irritante. Esta misma ambivalencia —en una hija en relación con el padre— la describe el cuento *Piel de asno* cuya relectura termina por aclararme en lo que se refiere a mi paciente. Este Yo-piel, principalmente olfativo, constituye una envoltura que no es continua ni está cerrada. Está perforada por multitud de agujeros que corresponden a los poros de la piel, que están desprovistos de esfínteres controlables y que dejan rezumar lo demasiado-lleño de agresividad interior, por medio de una descarga automática refleja, que no deja lugar para que intervenga el pensamiento; se trata, pues, de un Yo-piel colador. Esta envoltura de olores es, por otra parte, vaporosa, vaga, porosa; no permite las diferenciaciones sensoriales que son la base de la actividad del pensar. Por esta descarga, a nivel del Yo-corporal, y por esta indiferenciación, a nivel del Yo-psíquico, el Yo consciente de Getsemaní se mantenía indemne ante cualquier sospecha de complicidad con sus pulsiones agresivas. La agresividad era, para Getsemaní, una idea consciente de la que podía hablar interminablemente. Pero ignoraba la naturaleza de la envoltura corporal y psíquica a la vez, que no lograba contener el impulso agresivo. De aquí la siguiente paradoja: era consciente de lo que funcionaba en profundidad (la pulsión) e inconsciente de lo que funcionaba en la superficie (un continente psíquico agujereado). La emisión de malos olores, durante las sesiones, tenía un carácter directamente agresivo, y también seductor, sin ninguna transformación simbólica: me provocaba, me solicitaba,

(1) Los psicofisiológicos han recogido cuatro tipos de señales olfativas: el deseo amoroso, el miedo, la cólera, el olor a muerte de las personas que se saben condenadas. No he tenido éxito en diferenciar estas cuatro señales en Getsemaní, bien porque el mundo olfativo está fuertemente reprimido en mí, bien porque la comunicación fusional global entre Getsemaní y su madrina no permitían a mi paciente diferenciarlas. Es posible que la intuición y la empatía del psicoanalista reposen en una base olfativa difícil de estudiar.

me ensuciaba. Pero como era «involuntario», por una parte le ahorra-  
ba un esfuerzo de pensamiento y, por otra, sentimientos demasiado vi-  
vos de culpabilidad.

En la evolución ulterior de esta cura la transpiración mal  
oliente se atenuó. Sólo reapareció en circunstancias difíciles  
que pude, entonces, interpretar como repeticiones de algunos  
traumatismos antiguos, cuyo recuerdo pudo recuperar a costa  
de un considerable esfuerzo de atención, memoria y juicio.  
Efectivamente, tuvo que aprender a utilizar los procesos psíqui-  
cos secundarios de los que le dispensaba, hasta entonces, la ac-  
tividad de descarga automática de las pulsiones y que eran ya  
posible gracias a la estructuración progresiva de su Yo-piel,  
como contenedor psíquico más flexible y más sólido. Igualmen-  
te, debió soportar los sentimientos de culpabilidad y odio mor-  
tífero, primero por su madre y luego por su padre, a costa de  
una angustia intensa que hizo irrupción en forma de dolores  
cardíacos. Así, poco a poco venció la escisión entre el Yo psí-  
quico y el Yo corporal que había paralizado el proceso psicoa-  
nalítico al principio de su tratamiento.

Freud y Bion publicaron algunas observaciones bastante reducidas  
de pacientes que atacaban la continuidad de su propia piel, apretándo-  
se los granos o extirpando las espinillas: manifestaciones, según ellos,  
de un complejo de castración arcaico que amenazaba la integridad de  
la piel, en general, y no específicamente la de los órganos genitales.  
La envoltura olfativa de Getsemaní, llena de agujeros, es diferente. En  
primer lugar presenta un defecto fundamental del continente. En se-  
gundo, sirve para reforzar el complejo de castración, como tendrá oca-  
sión de poner en evidencia la continuación de la cura.

El trabajo de elaboración de su Yo-piel olfativo, en el que  
Getsemaní y yo participamos activamente, dura varias sema-  
nas. Ha vuelto a estar muy presente en las sesiones. Getsemaní  
transpira menos frecuentemente y menos fuerte. Cuando esto  
está a punto de sucederle o le ha sucedido, lo anuncia y juntos  
buscamos la emoción que ha intervenido.

Por mi parte, reflexiono sobre la contratransferencia, que ha sido  
la mía, y creo poder poner en evidencia:

- 1.º una resistencia personal, vinculada a unas intervenciones mé-  
dicas en la nariz, durante mi infancia, que embotaron e hicie-  
ron que descargara pulsionalmente mi sensibilidad olfativa;
- 2.º una resistencia epistemológica, debida a la ausencia de una  
teoría psicoanalítica del universo olfativo en la que hubiera  
podido apoyarme;

- 3.º una resistencia contra una forma de transferencia, que preten-  
día incluirme dentro de una envoltura de olor común al pa-  
ciente y a mí, como él mismo había estado incluido en una  
envoltura olfativa común a su madrina y a él.

¿Cómo pude desprenderme de esta contratransferencia? Primero  
reconociendo que se trataba de una contratransferencia. Luego, cons-  
truyendo el fragmento de teoría psicoanalítica que necesitaba, es decir,  
esta concepción de una envoltura olfativa continua, invasora, porosa,  
secretora y ambivalente, como caso particular de esta noción de Yo-  
piel que yo había inventado como respuesta a los problemas, igual-  
mente contratransferenciales, encontrados en casos llamados límite.

El verano siguiente, Getsemaní se va en coche para pasar  
las vacaciones en Italia con su familia de origen. Una angustia  
intensa le oprime durante el largo trayecto: está atormentado  
por el miedo de provocar un accidente que acarrearía su propia  
muerte, o bien la de su mujer y de su hijo. El mismo calvario  
vuelve a empezar a su regreso. No obstante, la angustia dismi-  
nuye después de pasar la frontera y, finalmente, está contento  
por haber podido triunfar en semejante prueba. Este es su rela-  
to en la primera sesión después de su vuelta.

Se impone relacionar los hechos. Cuando tenía alrededor de  
18 meses, su madre, embarazada, tuvo un accidente del que a  
menudo me había hablado. Bajaba la escalera de piedra que  
iba del apartamento a la calle; llevaba a Getsemaní en sus bra-  
zos cuando resbaló. Tuvo que elegir entre dejar caer al niño  
con el peligro de que muriera, ya que la cabeza caería primero  
sobre la piedra, o caerse de espaldas para hacer con su cuerpo  
un colchón protector para el niño, pero con el peligro de ha-  
cerse mucho daño y de desencadenar un aborto. En un abrir y  
cerrar de ojos eligió la segunda solución. Getsemaní sobrevi-  
vió, pero con el sentimiento, reforzado por la repetición del re-  
lato materno, de no ser más que un superviviente aleatorio.  
Efectivamente, la madre había tenido un aborto y quedó coja.  
Solamente algunos años más tarde trajo al mundo un niño, ri-  
val detestado por Getsemaní. La angustia de Getsemaní en la  
carretera —o se mata o mata a su mujer y a su hijo— reprodu-  
cía el dilema materno en el accidente de la escalera: o la madre  
mata a su hijo ya nacido o se hiere y mata al hijo que va a na-  
cer. Getsemaní se sentía culpable de haber sobrevivido: ha to-  
mado la vida del otro; el otro debía de haber vivido en su lu-  
gar. El nacimiento ulterior del hermano pequeño y los celos en  
relación con él reactivaron el dilema y lo sobrecargaron con  
una intensidad isostenible. Es él, entonces, el que podía matar



al otro y el que, fantasmáticamente, debía hacerlo si quería sobrevivir. Situación cruel a la que Getsemaní había escapado antaño, al decidir acompañar a su madrina al campo por temporadas prolongadas. Este dilema se encuentra en la base de lo que Jean Bergeret (1984) ha estudiado con el nombre de violencia fundamental.

Lejos de apaciguar la angustia de Getsemaní, la relación que le comunico la reaviva. Es espantoso encontrarse en una situación en la que sólo se puede vivir por el detrimento de otro y cuando el otro sólo puede vivir en detrimento propio. Su reacción me inquieta. Ya no sé qué interpretar. Pienso que va a empezar a sudar y a oler mal. Repentinamente esta asociación me aclara la mente. Le pregunto si ha sudado durante las vacaciones. Se sorprende. Efectivamente, no ha sudado en todo el verano. No se había dado cuenta con anterioridad a que yo se lo dijera. Es tanto más sorprendente cuanto que, añade, todo el trayecto de la autopista se efectuó bajo un sol tórrido. Puedo aportarle la explicación que me viene en ese momento. Antes del verano esclarecimos su reacción de excreción inconsciente de su agresividad a través de la superficie de su piel. Ya no puede recurrir al sudor para deshacerse de sus movimientos agresivos, ya que no por ello han desaparecido. Al contrario, se han vuelto angustiosos para su conciencia que, desde ahora, tiene que hacerles frente en lugar de recurrir a la válvula de escape corporal y automática. Tiene miedo también de no poder contenerlos, porque su pensamiento no se ha ejercitado suficientemente para hacerlo. Pero —añado— se puede uno preguntar si su pensamiento no sería más capaz de hacerlo que su piel que los deja rezumar. En lugar de descargar el exceso cuantitativo de agresividad que le molesta, desde ahora tiene que pensar cualitativamente en esta agresividad, reconociendo la parte que le pertenece y separándola de la de su madre, su madrina o su hermano pequeño. Esta larga intervención mía aporta a Getsemaní un alivio inmediato. El material consecutivo muestra que Getsemaní pudo ejercer la actividad de pensar sus pensamientos, apoyándose en la imagen paterna: de todos los miembros de la familia era su padre, en efecto, el que mejor soportaba la cólera y las provocaciones de Getsemaní.

Esta transferencia del manejo de la agresividad desde la piel hasta el Yo me ha permitido precisar el proceso de génesis del Yo-piel, que se efectúa por apoyo y por transformación. Ante las pulsiones agresivas, el Yo de Getsemaní permanecía tan estrechamente fusionado a su piel que funcionaba como puro Yo-cuerpo, sin intervención del siste-

ma percepción-conciencia. Solamente disfuncionando su Yo de su piel, el trabajo psicoanalítico permitió a Getsemaní apoyar sobre la piel la función de contenedor psíquico, condición necesaria del funcionamiento del sistema percepción-conciencia. Pero este desprendimiento del Yo en su capacidad de tomar conciencia, de retener, diferenciar y comprender (y al mismo tiempo de tolerar la angustia aferente con la presencia de representaciones agresivas), únicamente podía cumplirse al precio de un cambio de principio de funcionamiento, de una renuncia al principio de descarga automática de la tensión pulsional, en provecho de un principio de vinculación de la crecida pulsional con representantes psíquicos y de la vinculación entre los afectos y las representaciones.

Con el apoyo de mis interpretaciones, Getsemaní se dio cuenta de la escisión entre su Yo psíquico y su Yo corporal: lo que pasaba a nivel de la piel, y más generalmente en su cuerpo, se le escapaba y le hacía falta realizar un esfuerzo mantenido de atención para percibirlo, esfuerzo que estaba decidido a realizar, pero que le exigía un aprendizaje (semejante al enunciado freudiano, según el cual los procesos psíquicos secundarios, es decir, el pensamiento, empiezan por la atención). Esto era lo primero para que pudiera empezar a representarse su agresividad y a reflexionar en ella en lugar de deshacerse de ella su-  
dándola.

Prosiguió un período en el cual Getsemaní se interroga sobre su transferencia. Descubre, poco a poco, su transferencia negativa en relación con el análisis y no solamente con el analista; no espera, dice, nada bueno de su psicoanálisis; lo que descubre de los sentimientos hacia sus padres es peligroso; por otra parte, presiente, desde el principio, que el análisis le hará daño. Le doy la interpretación siguiente: inconscientemente piensa que el análisis va a hacer que se muera. Esta interpretación desencadena en él una agitación emocional considerable, pero ya no tiene necesidad de desaguar ni por los sudores ni por las lágrimas, ni por los síntomas cardíacos. De ahora en adelante el malestar está enteramente en su pensamiento. Durante algunas semanas Getsemaní vive este miedo de que el análisis puede ser mortal para él. Después, y como consecuencia de mis puntualizaciones, admite que es una fantasía. Entonces puede encontrar su origen. Sus padres eran muy hostiles a las consideraciones psicológicas. «No es bueno decir todas las verdades», repetían. Y habían recibido mal la decisión de Getsemaní de empezar un análisis: «Eso no te aportará nada bueno». Desde entonces el psicoanálisis de Getsemaní se había

inscrito, inconscientemente, bajo el signo del cumplimiento imaginario de esta amenaza: iba a descubrir verdades que le harían daño, que le matarían.

Se ve cómo se ha operado la articulación del origen externo e interno de su neurosis de transferencia. El origen interno reside en el retorno, sobre él, de su deseo de muerte hacia su madre y hacia los hijos e ella pudo concebir. El origen externo, es decir, el discurso antipsicológico de sus padres, proporcionó el texto manifiesto (el equivalente lo que son los restos diurnos en el sueño nocturno) que permitió contrar una salida al pensamiento latente. En tanto que esta articulación específica de la historia individual del paciente no haya sido controlada y desmontada, la neurosis de transferencia permanece silenciosamente actuante y el análisis no progresa de forma decisiva. De esta forma, la cura analítica de Getsemaní estaba globalmente invadida por una reacción terapéutica negativa.

Comprendí mejor, entonces, una de las particularidades de mi contra-transferencia. La idea de que el psicoanálisis, en general, pudiera ser nocivo y que, en particular, pudiera matar a Getsemaní, me transformaba tan profundamente en mi identidad y en mi ideal que la rechazé, durante semanas, antes de admitir que era una de las fantasías rectoras de mi paciente.

Algunos meses más tarde, el análisis de Getsemaní se concentra en las fantasías sexuales que se desarrollaron en la pubertad, a costa de una gran angustia y de fuertes sentimientos de culpabilidad, alternando con apariciones episódicas de sudores mal olientes. En estas fantasías ya no buscaba representarse, como cuando era más joven, lo que pasaba en la cama entre su madre y su padre. Dejaba ya al padre la posesión de la mujer. Por el contrario, imaginaba ser iniciado por su madrina en una especie de pacto implícito con el padre: te cedo a mi madre por tí, pero, en cambio, me dejas usar a mi madrina (originalmente, esta mujer era la madrina del padre, pero toda la familia la llamaba «madrina»). Esta fantasía había intentado realizarse. Cuando un mal sueño lo despertaba no podía dormirse, Getsemaní iba a la cama de su madrina permaneciendo el resto de la noche con ella y realizando algunos tocamientos prurientes. Pero se había contenido de ir más lejos por otra fantasía que un sueño reciente, relatado en el análisis, acababa de revelar: el sexo femenino le parecía peligroso como una boca ávida y devoradora. Fue él mismo quien, adolescente, se enuncia un día la prohibición del incesto y deja de frecuentar la cama de su madrina, lamentándose de que su padre no hubiera asumido más firmemente esta iniciativa.

Así, invadiéndome con su olor, Getsemaní no sólo me señalaba: atención, peligro de estrés en relación con la agresividad, sino que también me envolvía con el mismo olor de seducción sexual que él atribuía a la ropa interior de su madrina y que emitía al reunirse con ella en su cama. Comprendo que jamás se termina con la contratransferencia y que cerrándome la nariz y la inteligencia a esta señal sensorial demasiado concreta, me resistía a dejar penetrar, en mi conciencia, la representación —que me repugnaba— de un adolescente intentando pegarse a mí en un baño de olores dudosos y hacerme representar el papel de una vieja solterona lúbrica, hasta que comprendí que era la erotización secundaria del contacto con el objeto soporte primordial, garante originario de la seguridad de poder vivir.

Debo a Getsemaní, además de haberme hecho descubrir las particularidades del Yo-piel olfativo, esta lección del carácter proteiforme de la contratransferencia y sus infinitas astucias.



## 14. LA CONFUSION DE LAS CUALIDADES GUSTATIVAS

### El amor de la amargura y la confusión de los tubos digestivo y respiratorio

#### Observación de Rodolfo

Rodolfo, con presencia de archiduque y con espíritu temeroso de una amenaza mortal, realiza un segundo análisis conmigo. Su primer análisis se dedicó fundamentalmente a los problemas edípicos. Presenta ahora sus fallas narcisísticas, algunas de las cuales se manifiestan a través de síntomas psicósomáticos. Náuseas y vómitos que pueden achacarse a una relación paradójica con la pareja parental: lo amargo se imponía como bueno y se engullía hasta desencadenar un rechazo reflejo por el organismo; el vino, la sangre y lo vomitado eran mal diferenciados; se le prevenía contra lo azucarado calificado como malo. De donde existía en Rodolfo una descalificación precoz y repetida de las cualidades gustativas naturales del organismo (cf. p. 67). Rodolfo padece interferencias consecutivas en el pensamiento y en la comunicación. A menudo sus sueños representan escenas que se desarrollan en la niebla. En su trabajo confunde las preguntas que se le hacen: hace niebla y humo para ahogar los problemas. Por otra parte fuma mucho. Es posible que fumar, para él, sea una forma de hacer niebla en relación con las conminaciones paradójicas que sus padres le imponían, especialmente durante las comidas realizadas en la cocina invadida por el vapor neblinoso de la colada que burbujeaba y de los platos que cocían lentamente.

En una sesión me cuenta un incidente profesional, del orden de la confusión, que pudo ponerse en relación con la transferencia. En la sesión precedente, en efecto, Rodolfo me relató un sueño sobre el que asoció en todas direcciones, sin dejarme el menor intervalo no solamente para intervenir sino también para pensar. Interpreté que me había nublado la vista, produciendo una barrera de neblina entre él y yo. El añadió que así se había mezclado conmigo. Pero en lugar de tomar conciencia, actúa confundiéndose al día siguiente con su compañero. La sesión continúa. Se siente menos embrollado, más

firme, más capaz de pensar. Pero le hizo falta fumar un cigarrillo antes de venir a la sesión. Precisa su dilema: o bien piensa y se encuentra con una fuerte angustia o bien se decide por el placer (un cigarrillo, un tranquilizante) y ya no piensa. Es esto lo que pasó con su primer psicoanálisis.

Interpreto que no existe humo sin fuego, que con el fumar (con los trastornos respiratorios y digestivos de los que se queja, fundamentalmente con un sentimiento doloroso de quemadura de los pulmones) intenta ofrecer sus pulmones como víctima propiciatoria. Para que lo demás vaya bien cree que es necesario sacrificar un órgano, controlar una amenaza mortal localizándola en un lugar preciso del cuerpo.

Algunas sesiones más tarde Rodolfo insiste en este síntoma del tabaco que relaciona con los síntomas de la alimentación. Precisa cómo fuma: llena sus pulmones de humo y lo conserva sin poder respirar. Esta es una de las alternativas, la otra consiste en no poder conservar el alimento y en rechazarlo expirando el aire. De aquí sus vómitos con hipo. La descripción de sus vómitos es tan realista y viva que yo debo luchar contra las náuseas que me invaden. Realizo un esfuerzo para relacionar este síntoma que ha inducido en mí con las circunstancias en las que este síntoma se producía en él: su padre se levantaba de la mesa para vomitar u orinar en el fregadero; la televisión estaba a todo volumen y los olores de la cocina cercaban a Rodolfo con una envoltura nauseabunda, reforzada por las frecuentes «broncas» de que entonces era objeto. Interpreto su identificación con el padre vomitando y su intento de conducirme al mismo contagio que él había sufrido.

A propósito de una fuente de espaguetis con tomate con la que se había hartado recientemente y que terminó en indigestión, Rodolfo toma conciencia de un error que cometía en su infancia: creía que su padre vomitaba sangre, de hecho era tomate. Subrayo el exceso de acidez del tomate y la incertidumbre de los límites entre sí mismo y el otro, simbolizada por la forma de los espaguetis.

Rodolfo vuelve a la primera sesión que he relatado aquí. Llena tanto las sesiones que no puedo ni tener un pensamiento ni «meter baza», entonces él tiene sed de mis palabras. Se llena de aire y devuelve el alimento.

Interpreto su confusión entre el tubo respiratorio y el tubo digestivo y preciso su imagen del cuerpo: aplastado, atravesado por un único tubo, con necesidad de inflarse de aire y de humo para adquirir espesor y volumen, para pasar de la bidimensionalidad a la tridimensionalidad.

Rodolfo lo asocia con el hecho de que siendo niño tragaba aire cuando comía, de que sus padres le amenazaban con la aerofagia, de que esto le sucede aún ahora. Subraya la cualidad erógena del humo en los pulmones: para su inteligencia, la quemadura que siente es el signo de una amenaza de enfermedad de los pulmones (y la indicación de que debería dejar de fumar); pero para sus sentidos es una sensación agradable: «Porque mantiene caliente su interior.»

Interpreto, por una parte, el desplazamiento del placer de la absorción del estómago (donde este placer es insatisfactorio) a los pulmones (donde puede controlarlo y provocarlo él mismo); por otra, la paradoja que le hace sentir como bueno algo que es malo para su organismo; finalmente sugiero una relación entre estos dos datos: cuando su madre le nutría abundantemente pero mal, la imagen de la madre, que absorbía con el alimento, no mantenía su cuerpo suficientemente caliente.

Rodolfo añade que esto concierne también a su padre y que comprende por qué tiene náuseas: su padre le forzaba a comer espinacas, cuya amargura repugnaba a Rodolfo, afirmando que era bueno para su salud, que contenía hierro y le fortificaría.

Yo: —Lo que su cuerpo sentía espontáneamente como malo, el sabor amargo de este plato, se le presenta a su espíritu como bueno. De aquí su tendencia a buscar el placer en el encuentro de las condiciones naturales. Para los niños lo dulce es bueno; lo amargo es malo. Y lo salado es intermediario: al principio lo encuentran malo, después aprenden a amarlo en cierta proporción.

Rodolfo responde que para él la oposición fundamental en cuanto a los sabores está entre lo dulce y lo salado; detesta su mezcla en la cocina. Por el contrario, ahora come muchas cosas amargas que le gustan, se da cuenta que efectivamente ahora le hacen mal: por eso esas crisis de náuseas, de indigestión y de vómitos en los transportes públicos, en las invitaciones en casa de los amigos o incluso algunas veces en las sesiones conmigo.

En las sesiones siguientes, Rodolfo vuelve sobre el tema de la neblina. No solamente tiene la digestión confundida, sino que hay en él un núcleo de neblina que él llama su núcleo de locura. Este se revela en relación con una fantasía de la escena primitiva: en un sueño Rodolfo evoca el recuerdo (¿recuerdo encubridor?) de una escena frecuente en la que su padre, hombre mayor y celoso, vigila a su joven mujer que era sospechosa de coquetear con un vecino por la ventana. Rodolfo asiste a la escena como testigo deseoso de defender a su madre. El padre



espía a través de un vidrio opaco de la puerta de la cocina o a través de una cortina de humo o de vapor de agua que la madre provoca cocinando o planchando. El padre está loco, ha cogido en la mano un cuchillo de cocina: en esta situación la mirada de Rodolfo le sorprende a través de la neblina del sueño, neblina que hace de pantalla en los dos sentidos del término: interpone una barrera y proporciona una superficie de proyección. Señalo la unión entre los dos sentidos de «nublado» que sucesivamente vivió en la transferencia: nublaba mi vista y se mezclaba conmigo. Esta unión se opera por la elaboración de una fantasía edípica: su padre «veía», a través de la niebla, la infidelidad de su mujer, y también los deseos incestuosos de Rodolfo que, imaginariamente, se unía a ella en contra de él; y, a su vez, Rodolfo «veía», a través de la niebla, la amenaza mortal que partía de su padre: el padre podía matarla (contenido manifiesto); él podría matarle a él (contenido latente).

A partir de este momento varias sesiones se consagraron al análisis del núcleo «loco» de Rodolfo: loco en cuanto se reúnen, confunden y embrollan una problemática narcisística y una edípica, cuando cada una tiene su «lógica» o su «locura» propias.

Las paradojas gustativa y respiratoria, a las que Rodolfo estuvo sometido precozmente, fueron reforzadas, en la segunda infancia, por las paradojas semánticas que continuaba escuchando en su cabeza sin ser hasta entonces consciente de su origen (confirmación de la hipótesis freudiana de una raíz acústica del Superyó). Estas paradojas acústicas unidas a las paradojas gustativas y respiratorias, han reforzado la confusión de su pensamiento lógico y han extendido esta confusión del pensamiento perceptivo primario con el pensamiento verbal secundarizado. La doble carga pulsional narcisística, en Rodolfo, del pensamiento lógico y de la imagen perorando o discutiendo que daba a los demás, llega a obturar en la adolescencia, con éxito sin igual, una inseguridad narcisística, una incertidumbre de las fronteras del Yo y del Superyó, por una parte, y por otra, del Yo psíquico y del Yo corporal.

Cuando, en el intervalo, tuvo que abordar la problemática edípica (Rodolfo la afrontó y en buena parte la superó con la ayuda de su primera cura), sus fallas narcisísticas (representadas por la niebla) alteraron y oscurecieron este enfrentamiento. La percepción de una excesiva violencia pulsional —sexual y agresiva— en sus padres, dificultó el reconocimiento y el empleo de sus fuerzas pulsionales. Sólo disponía de una envoltura de niebla para protegerse, a falta de un Yo-piel suficiente

cientemente continente para apropiárselas. De aquí su terror ante las crecidas pulsionales vividas como una amenaza de locura. En lugar de confesarse sus propios deseos respectivamente incestuosos y parricida hacia su madre y hacia su padre, Rodolfo veía, en la neblina (es decir, en un Sí-mismo mal delimitado) la locura amorosa de su madre y la mortífera de su padre (es decir, las pulsiones de los demás, no las suyas).

Este fragmento de la cura de Rodolfo me incita a hacer tres comentarios:

1. Analizar es siempre analizar el complejo de Edipo, pero no solamente es analizar esto. Toda problemática edípica está unida y mezclada con una problemática narcisística. Antes o después hace falta desembrollarlas. Esto se realiza, según los casos, con un trabajo de interpretación de alternancias flexibles (cuando se ha adquirido lo esencial de las identificaciones edípicas), o según las fases separadas (cuando las fallas narcisísticas han sido y son importantes). En este último caso es necesario tomar el tiempo preciso para la regresión del paciente a estas fallas, para su investigación y para su perlaboración, antes de que el paciente pase, por sí mismo, desde una transferencia en espejo (en las personalidades narcisísticas) o desde una transferencia idealizante (en los estados límite) a una transferencia edípica. El dogmatismo de algunos psicoanalistas que quieren ver todos los problemas como problemas edípicos, vendrían a poner el parche antes de tener la herida. El interpretar la transferencia narcisística de su paciente, como una resistencia para abordar el complejo de Edipo (lo que es y lo que conviene interpretar, pero solamente en su momento), expresa su propia resistencia para trabajar sobre lo que Rosolato (1978) ha llamado el eje narcisístico de las depresiones que ellos proyectan sobre el paciente. Un viraje decisivo, en esta segunda cura de Rodolfo, ha procedido su toma de conciencia, favorecida por mis interpretaciones topográficas (y no solamente económicas y genéticas) de la configuración particular de su Yo-piel: una envoltura de neblina, un espacio interno achatado, aplastado y una falta de distinción entre el tubo digestivo y el respiratorio.
2. Rodolfo tuvo contactos buenos de piel a piel e intercambios táctiles significantes con su madre, por los que adquirió la estructura básica del Yo-piel. Lo que ha sido deficiente procede de los malos acoplamientos de la envoltura táctil con las envolturas gustativa y luego sonora. Uno de los mayores efectos de su segundo psicoanálisis ha sido el de restablecer los acoplamientos mejor ajustados.

3. Los temas edípicos son visuales como la gran mayoría de las fantasías. Pasar de la problemática narcisística a la edípica es pasar de lo táctil, de lo gustativo, de lo olfativo y de lo respiratorio a lo visual (lo sonoro, bajo formas diferentes, forma parte de los dos niveles): este paso requiere poner en práctica lo que anteriormente he llamado la doble prohibición del tocar.

## 15. LA SEGUNDA PIEL MUSCULAR

### El descubrimiento de Esther Bick

Gracias a las observaciones sistemáticas de lactantes, cuya metodología puso a punto la psicoanalista inglesa, discípula de Klein y de Bion, Esther Bick, propuso la hipótesis de una «segunda piel muscular», en un breve artículo publicado en 1968. Muestra que en su forma más primitiva las partes del psiquismo no están aún diferenciadas de las partes del cuerpo y se sienten como carentes de una fuerza cohesiva (*binding force*) susceptible de asegurar una vinculación entre ellas. Estas deben mantenerse juntas en forma pasiva, gracias a que la piel funciona como una limitación periférica. La función interna de contener las partes del Sí-mismo resulta de la introyección de un objeto externo capaz de contener las partes del cuerpo. Este objeto continente se constituye normalmente durante la mamada a través de la doble experiencia que el bebé realiza simultáneamente, la del mame-lón materno contenido en su boca y la de su propia piel contenida por la piel de la madre que mantiene su cuerpo, por su calor, por su voz y por su olor familiar. Concretamente, el objeto continente es vivido como una piel. Si se introyecta la función continente, el bebé puede adquirir la noción de un interior del Sí-mismo y acceder a la escisión entre el Sí-mismo y el objeto, contenido, cada uno, por su respectiva piel. Si la madre no ha ejercido de forma adecuada la función continente, o si se ha deteriorado por los ataques fantasmáticos destructivos del bebé, ya no es introyectada por éste: la introyección normal es sustituida por una identificación patológica continua que conlleva confusiones de identidad. Los estados de no integración persisten. El bebé busca frenéticamente un objeto-luz, voz, olor, etc.— que mantenga una atención unificante sobre las partes de su cuerpo y que le permita entonces realizar, al menos momentáneamente, la experiencia de mantener juntas las partes del Sí-mismo. El mal funcionamiento de la «primera piel» puede conducir al bebé a la formación de una «segunda piel», prótesis sustitutiva, ersatz muscular, que reemplaza la dependencia normal en relación con el objeto continente por una pseudoindependencia.

Esta «segunda piel» recuerda la coraza muscular del carácter, que tanto le gustaba a W. Reich. La «primera piel» de Bick corresponde a mi propio concepto de Yo-piel. Lo formulé en 1974, después que ella, pues, pero sólo tuve conocimiento de su artículo con posterioridad a



la publicación del mío: prueba de la exactitud de un mismo hecho, descrito por dos investigadores que han trabajado por separado. Resumo algunas de las observaciones relatadas por Bick.

### Observación de Alice

Alice es la primera hija de una madre joven, inmadura y torpe, que estimula la vitalidad del bebé a tontas y a locas, pero que, durante los tres primeros meses llega a ejercer progresivamente la función de primera piel continente, de ello se deriva una disminución, en su hija, de los estados de no-integración y de su cortejo de temblores, estornudos y movimientos desordenados. Al final del primer trimestre, la madre se traslada a una casa que no está terminada. Reacciona con un desfallecimiento de su capacidad de mantenimiento (*holding*) y con un retraimiento en su relación con el bebé. Obliga a Alicia a un dominio muscular prematuro (beber por sí misma en una taza protegida por una tapadera, brincar en un corralito) y a una pseudoindependencia (la madre reprime duramente los llores y gritos nocturnos). Vuelve a su primera actitud de hiperestimulación, animando y admirando la hiperactividad y agresividad de Alicia, llamándola «boxeador» por su hábito de atacar con puñetazos el rostro de la gente. En lugar de encontrar en su madre una verdadera piel continente, Alicia encuentra en su propia musculatura un continente sustitutivo.

### Observación de Mary

Mary es una pequeña esquizofrénica cuyo análisis, en curso desde la edad de tres años y medio, revela una intolerancia grave a la separación, vinculada a las perturbaciones de su historia infantil: nacimiento difícil, pereza al mamar el pecho, eczemas, a los cuatro meses, con rascados que le hacían sangrar, aferramiento extremo a la madre, espera del alimento mal soportado, retraso generalizado del desarrollo. Llega encorvada a las sesiones, las articulaciones rígidas, con el aspecto grotesco de «un saco de patatas» como lo pudo verbalizar después. Este saco corría el peligro constante de perder sus contenidos: identificación proyectiva a un objeto materno que no lograba permitirle contener las partes de sí misma, y representación de su propia piel como continuamente perforada. Mary accedió a una relativa independencia y a la capacidad de mantenerse derecha sacando el mayor partido posible de su segunda piel muscular, más sólida y más flexible a la vez, gracias al tratamiento.

A propósito de un paciente neurótico adulto, Bick describe dos representaciones alternantes y complementarias de la segunda piel muscular. El analizante se describe tan pronto en un estado de «hipopótamo» (es la segunda piel vista desde el exterior: es agresivo, tiránico, cáustico y egocéntrico), como en estado de «saco de patatas» (se trata de los frutos cuya piel es fina y frágil que, corrientemente, simbolizan el pecho; este saco representa el interior del Sí-mismo tal y como lo protege y oculta la segunda piel; ésta contiene las partes psíquicas dañadas, secuelas de un período arcaico de trastornos de la nutrición; en este estado, el paciente está susceptible, inquieto, reclama atención y elogios, teme catástrofes y hundimientos).

Estas observaciones demasiado densas y a veces elípticas, reclaman que añada algunas puntualizaciones adicionales:

1. La segunda piel muscular está superdesarrollada anormalmente, ya que viene a compensar una grave insuficiencia del Yo-piel y a obturar las fallas, fisuras y agujeros de la primera piel continente. Pero todo el mundo tiene necesidad de una segunda piel muscular, como para-excitación activo que refuerza el para-excitación pasivo integrado por la capa externa de un Yo-piel normalmente constituido. El papel de los deportes y de la ropa tiene a menudo el mismo sentido. Hay pacientes que se protegen de la regresión psicoanalítica y de la desnudez de las partes dañadas y/o mal empalmadas entre ellas del Sí-mismo, precediendo o continuando su sesión de psicoanálisis con una sesión de cultura física, o conservando su abrigo, e incluso envolviéndose con una manta, cuando se tumban en el diván.
2. La carga pulsional específica del aparato muscular, y por ello de la segunda piel, le proporciona la agresividad (mientras que el Yo-piel táctil primario va cargado por la pulsión de apego, o de agarramiento, o de autoconservación): atacar es un medio eficaz de defenderse; es adelantarse, preservarse manteniendo el peligro a distancia.
3. La anormalidad psíquica, propia de la segunda piel muscular, se debe a la confusión entre la envoltura para-excitación y la envoltura superficie de inscripción: de aquí los trastornos entre comunicación y pensamiento. La explicación me parece que es la siguiente. Si las incitaciones que se reciben de una madre hipertónica y/o del entorno primario han sido demasiado intensas, incoherentes y bruscas, el aparato psíquico prefiere protegerse cuantitativamente antes que filtrarlos cualitativamente. Si estas incitaciones exógenas han sido demasiado débiles porque provenían de una madre deprimida y replegada sobre ella misma, no hay casi nada que filtrar y la búsqueda de incitaciones

endógenas llega a ser una condición previa. En los dos casos la segunda piel es útil, ya sea para reforzar la protección externa o la activación interna.

### Dos relatos de Sheckley

El fenómeno de la segunda piel muscular, como prótesis protectora que sustituye a un Yo-piel insuficientemente desarrollado para cumplir su función de establecer contactos, filtrar intercambios y grabar comunicaciones, se encuentra ilustrado por un relato de ciencia ficción de Robert Sheckley: *Modèle expérimental* (1956) (1). Bentley, el personaje principal, es un astronauta enviado por las autoridades terrestres para mantener relaciones de amistad con los habitantes del planeta Tels IV. La sátira de la política comercial y tecnológica americana es evidente; este contacto amistoso tiene fines interesados: firmar acuerdos financieros ventajosos con los autóctonos y testar el material de protección llevado por Bentley. El profesor Shiggert ha puesto a punto efectivamente el *Protect*, aparato dedicado a proteger de todos los peligros posibles a los exploradores del espacio: a la más mínima alerta establece automáticamente un campo de fuerzas impenetrable, alrededor de lo que lleva en su espalda, convirtiéndolo así en invulnerable. Pero es pesado (40 kilos) y agobiante, y cuando Bentley desembarca le da un aspecto de masa extraña, semejante a las descripciones de la segunda piel muscular que Esther Bick observó en los niños que presentaban una apariencia de hipopótamo o de saco de patatas. En efecto, Sheckley describe a su héroe tan pronto como una fortaleza, tan pronto como un hombre con un mono colgado a la espalda, o como un «elefante muy viejo que lleva los zapatos muy ajustados». Ante este personaje incómodo y deforme con este atavío que hace difícil su identificación, los Telenes desconfían a pesar de su forma de ser natural, franca y acogedora. El *Protect* detecta los signos de esta desconfianza y se pone en marcha. Rechaza automáticamente, no obstante, los intentos de aproximación y los esfuerzos de conciliación de los Telenes que se presentan con las manos tendidas, que ofrecen sus lanzas sagradas y sus alimentos. El *Protect* detecta los posibles peligros detrás de estos regalos desconocidos. Estrecha más la protección de Bentley que, por otra parte, se siente incapaz del menor contacto físico con los autóctonos. Estos, cada vez más sorprendidos por el comportamiento extraño del astronauta terrícola, concluyen que se trata de un demonio. Organizan una ceremonia de exorcismo y rodean con una cortina de llamas al *Protect* que, en activación constante a causa del fuego, repliega cada vez más su campo de fuerzas sobre su porta-

(1) Este relato apareció en la revista americana *Galaxy*. Agradezco a Roland Gori el habérmela hecho conocer. Cf. R. Gori y M. Thaon (1975).

dor. Bentley se encuentra aprisionado en una esfera que no deja pasar ni el oxígeno ni la luz. Ciego, se debate medio afixado. En vano suplica al implacable profesor Shiggert, con quien se mantiene en comunicación constante por radio, a través de un micrófono en el oído (materialización del Superyó acústico del que habla Freud), para que le libere del *Protect*. La voz insiste para que realice su misión en interés de la ciencia, sin modificación del protocolo experimental: ni pensarlo, dice la voz, «no hay que confiarse (...) con un equipo de mil millones encima». Como último esfuerzo (y por las necesidades de un *happy end*), Bentley llega a aserrar las correas que lo atan al *Protect* y a deshacerse de él. Puede aceptar la amistad de los Telenes, comprendiendo que lo que ellos querían no era el hombre sino la máquina-demonio que formaba un cuerpo con él pero que no era verdaderamente él, éstos lo reconocen al ver en él un primer gesto de humanidad: liberado del *Protect*, Bentley se aparta voluntariamente para no aplastar a un animalito.

Este tema de la falsa piel fue tratado ya en un relato de Sheckley, *Hunting problem* (Un problema de caza) (1935). Los extraterrestres se van de caza y juran volver con una piel de Terreno para su jefe. Localizan un asteroide, se apoderan de él, lo despellejan y vuelven triunfantes a su punto de partida. Pero la víctima está sana y salva porque solamente han cogido su escafandra. Volviendo al *Modèle expérimental*, se pueden recoger los siguientes temas subyacentes, significativos de los pacientes dotados de esta falsa piel sustitutiva de un Yo-piel desfalleciente: una fantasía de invulnerabilidad, un comportamiento automático de hombre-máquina; un aspecto mitad humano mitad animal; el retraimiento protector dentro de un cascarón hermético; la desconfianza ante lo que los demás proponen como bueno, pero que corre el peligro de ser malo; la escisión entre el Yo corporal y el Yo psíquico; un baño de palabras que no crea una envoltura sonora de comprensión, sino que se reduce a la voz repetitiva de un Superyó que implanta sus conminaciones dentro del oído; la debilidad, en cualidad y cantidad, de las comunicaciones emitidas; la dificultad que los demás tienen para entrar en contacto con dichos sujetos.

### Observación de Gerardo

Gerardo es un trabajador social de unos treinta años. El momento crucial de su psicoanálisis conmigo es el de un sueño de angustia en el que, llevado por un torrente, llega justamente a agarrarse al arco de un puente. Justamente allí, y con razón, se lamentaba tanto de mi silencio en el que le dejaba chapotear, como de mis interpretaciones demasiado vagas, demasiado generales para ayudarlo. Gerardo mismo relaciona el torrente del sueño con el pecho generoso, desbordante y excesivo de su ma-



dre a lo largo de su lactancia. Yo la completo recordándole que, al haber crecido, y al no ser ya alimentado al pecho por esta madre que le había dado demasiado, en cuanto a los deseos de la boca (le sumergía en el placer oral y en el desencadenamiento de la avidez que ella sobreestimulaba en él), no le daba bastante en cuanto a las necesidades de la piel; le hablaba de una forma vaga, general (lo mismo que se repetía en la relación transferencia-contratransferencia); siempre le compraba ropa demasiado grande por miedo a que no fuera utilizada suficientemente. Así, ni el Yo corporal ni el Yo psíquico fueron contenidos en su justa medida. Gerardo recordó, poco después, que en su adolescencia empezó a comprarse pantalones de talla muy pequeña: para equilibrar la talla demasiado grande de la ropa (de la piel continente, pues) que su madre le proporcionaba. El padre, buen técnico pero taciturno, le había enseñado el dominio de los seres inanimados, pero no la forma en que los seres animados se comunican: en la primera parte de su análisis, me transfirió esta imagen de un padre dotado de una técnica sólida pero mudo, hasta el sueño del torrente en el que la transferencia basculó hacia el registro materno. Cuanto más exploraba este registro en las sesiones, era más fuerte la necesidad de desarrollar actividades físicas intensas fuera de las mismas, para cultivar su respiración (amenazada por una mamada demasiado ávida) y para apretar su cintura muscular (en lugar de estar apretado por los trajes demasiado estrechos). Llegó a entrenarse, tumbado de espaldas, en levantar pesas cada vez más pesadas. Permanecí mucho tiempo preguntándome qué quería decirme sobre su posición de tumbado sobre mi diván, encontrándome en un aprieto, cada vez mayor, a causa de mi escaso gusto por ese tipo de hazañas físicas. Gerardo terminó expresando la relación con el recuerdo angustioso más antiguo que le quedaba de su infancia y del que ya me había hablado, de una forma muy vaga y general, para que hubiéramos podido encontrarle algún sentido. Echado sobre su cama pequeña empleaba un tiempo interminable para dormirse ya que veía sobre el aparador, frente a él, una manzana que quería que se le diera pero sin decir que la quería. Su madre no se movía y no comprendía nada de sus llores que dejaba que persistieran hasta que cayera dormido de cansancio. Es este un bello ejemplo en el que la prohibición del tocar permanece demasiado confusa y la función continente de la madre demasiado imprecisa para que el psiquismo del niño, asegurado en su Yo-piel, renuncie fácil y eficazmente a la comunicación táctil por el intercambio verbal, soporte de una comprensión mutua. Entrenarse con las

pesas significaba fortificar y hacer crecer sus brazos para poder coger la manzana por sí mismo: éste era el escenario inconsciente subyacente a este desarrollo (localizado en una parte del cuerpo) de la segunda piel muscular.

Acertada o equivocadamente, no creí que fuera bueno interpretar el aferramiento al arco de su sueño. Yo no quería que una sobrecarga interpretativa transformase mi palabra en torrente, ni que Gerardo fuera privado prematuramente del sostén del arco que me transfería. Es posible que esta discreción por mi parte, le haya alentado tácitamente para reforzar su segunda piel muscular. Es siempre la angustia de no poder aferrarse al objeto de apego (o incluso al pecho-piel-continente) la que se manifiesta tanto más fuertemente en tanto que la pulsión libidinal esté, por contraste, intensamente satisfecha en la relación de objeto al pecho-boca. Me pareció que mi trabajo interpretativo, continuo e importante sobre los demás puntos, debía ser suficiente para restablecer en Gerardo la capacidad de introyectar un pecho-piel-continente. En la medida que se pueden juzgar los resultados de un análisis, su efecto parece que se alcanzó, más tarde, por una mutación espontánea del Yo análoga a la descrita anteriormente en Sebastiana (cf. pp. 146-147).

## 16. LA ENVOLTURA DE SUFRIMIENTO

### El psicoanálisis y el dolor (1)

El dolor físico retiene mi atención aquí por dos motivos. El primero lo señaló Freud en el *Proyecto de una psicología para neurólogos* (1895). Tal y como cada uno de nosotros ha podido vivirlo, un dolor intenso y durable desorganiza el aparato psíquico, amenaza la integración del psiquismo en el cuerpo, afecta a la capacidad de desear y a la actividad de pensar. El dolor no es lo contrario o lo inverso del placer: su relación es asimétrica. La satisfacción es una «experiencia», el sufrimiento es una «prueba». El placer es el signo de la liberación de una tensión, el restablecimiento del equilibrio económico. El dolor fuerza el entramado de las barreras de contacto, destruye los caminos que canalizan la circulación de la excitación, corto-circuita los relés que transforman la cantidad en calidad, anula las diferencias, reduce los desniveles entre los subsistemas psíquicos y tiende a difundirse en todas las direcciones. El placer denota un proceso económico que deja al Yo, al mismo tiempo, intacto en sus funciones y engrandecido en sus límites por fusión con el objeto: —siento placer, y lo siento tanto más cuanto más te doy. El dolor provoca una perturbación tópica y, por una reacción circular, la conciencia de la desaparición de las distinciones fundadoras y estructurantes entre el Yo psíquico y el Yo corporal, entre el Ello, Yo y el Superyó, hace que la situación sea más dolorosa aún. El dolor no se comparte, salvo si es erotizado en una relación sado-masoquista. Cada uno está solo frente a él. Lo ocupa todo y ya no existo como Yo: existe el dolor. El placer es la experiencia de la complementariedad de las diferencias, una experiencia regida por el principio de constancia que tiende hacia el mantenimiento de un nivel energético estable por medio de las oscilaciones en torno a este nivel. El dolor es la prueba de la diferenciación: moviliza el principio de Nirvana, de reducción de tensiones —y de diferencias— al nivel cero: antes morir que continuar sufriendo. Abandonarse al placer supone la seguridad de una envoltura narcisística y la adquisición previa de un Yo-piel, es decir, la separación entre su faz externa e interna y, al mis-

(1) El dolor es un tema poco abordado por la literatura psicoanalítica. Además de los trabajos que se citan en este capítulo, indiqué los libros de Pontalis (1977) y de Mac Dougall (1978), que dedican a ello un capítulo cada uno.



mo tiempo, la diferencia entre su función de para-excitación y la de inscripción de los trazos significantes.

Mi segundo motivo de interés es que, salvo en los casos de madres mentalmente enfermas o que repiten un destino genealógico de algunos hijos muertos de generación en generación (2) —en cuyo caso el hijo tiene pocas esperanzas de sobrevivir—, es, al menos, el sufrimiento físico del niño pequeño lo que, más general y exactamente, percibe la madre, aun si ésta no está atenta o es negligente en la recopilación y desciframiento de los signos de las demás cualidades sensibles. No sólo la madre toma la iniciativa de los cuidados prácticos apropiados: acostar al bebé, llamar al médico, administrar calmantes, vendar las heridas, sino que toma en sus brazos al niño que grita, llora, pierde la respiración, ella le aprieta contra su cuerpo, le calienta, le acuna, le habla, le sonríe y le tranquiliza; abreviando, satisface sus necesidades de apego, protección, agarramiento; maximiza las funciones de piel que mantiene y contiene, para que el niño la reintroye suficientemente como objeto soporte, para que restablezca su Yo-piel, refuerce su para-excitación y posibilite la curación. Lo que es compartible no es el dolor, es la defensa contra él: nos lo ilustra el ejemplo del dolor en los que sufren quemaduras importantes. Si por indiferencia ignorancia o por depresión la madre no se comunica habitualmente con el niño, el dolor puede ser el gran desafío que el niño lanza para obtener su atención, para estar envuelto en sus cuidados y para sus manifestaciones de amor. Al igual que esos pacientes que en cuanto se tumban en el diván desgranar una letanía de quejas hipocondríacas o se ponen a sentir, con gran agudeza, toda una serie de males corporales. En caso extremo, el hecho de infligirse a sí mismo una envoltura real de sufrimiento, es un intento de restituir la función de piel continente que la madre o el entorno no han realizado, es: sufro luego existo. En este caso, como lo hace notar Piera Aulagnier (1979), el cuerpo adquiere, por el sufrimiento, su indicio de objeto real.

### Los quemados graves

Los quemados graves presentan una herida grave de la piel; si más de la séptima parte de su superficie está destruida, el peligro de muerte es considerable y puede subsistir de tres semanas a un mes, la detención de la función inmunológica puede abrir la vía a una septicemia. Con el progreso actual de los cuidados a veces hay quemados graves que sobreviven, pero la evolución de cualquier quemadura es compleja, imprevisible y puede reservar sorpresas penosas. Los cuida-

(2) Cf. la investigación de Odile Bourguignon sobre las familias que tienen varios hijos muertos, *Mort des enfants et structures familiales* (1984).

dos son dolorosos, penosos de dar y recibir. Una vez cada dos días —cada día en ciertos momentos y en los servicios más adiestrados—, el herido es sumergido desnudo en un baño fuertemente esterilizado con lejía, donde se procede a la desinfección de la llaga. Este baño provoca un estado de choc, sobre todo si se hace con anestesia parcial que puede ser necesaria. Los médicos arrancan los colgajos deteriorados de la piel con la finalidad de permitir que se regenere completamente, reproduciendo inconscientemente el ciclo del mito griego de Marsias. Cada vez que entran en las salas de cuidados demasiado calientes deben, incluso si salen por unos minutos, desvestirse, cambiarse y volverse a vestir con ropas estériles debajo de las cuales están casi desnudos. La regresión del enfermo a la desnudez sin defensas del recién nacido, la exposición a las agresiones del mundo exterior y a la violencia eventual de los mayores es difícil de soportar, no solamente para los quemados, sino también para el equipo médico en el que un mecanismo de defensa consiste en erotizar, con sus palabras, las relaciones que tienen entre ellos, otro mecanismo es el rechazo a identificarse a los enfermos privados de casi toda posibilidad de placer.

La quemadura realiza el equivalente de la situación experimental, en la que se suspenden o se alteran algunas funciones de la piel y donde es posible observar las repercusiones correspondientes a algunas funciones psíquicas. El Yo-piel, privado de su apoyo corporal, presenta entonces algunos fallos que, sin embargo, es posible remediar en parte por medios psíquicos.

Una de mis estudiantes de doctorado de tercer ciclo, Emmanuelle Moutin, logró que se la admitiera durante cierto tiempo como psicólogo clínico en un servicio de este tipo. ¿Qué es lo que un psicólogo puede hacer, se le objetaba, en un lugar de cuidados únicamente físicos? Mi alumna era objeto de una desvalorización sistemática por parte del personal médico y de las enfermeras, que cristalizaba en una agresividad latente hacia los enfermos y que reaccionaba persecutivamente ante el hecho de ver el funcionamiento del servicio observado por un extraño. Por el contrario, Emmanuelle se beneficiaba de una libertad total en cuanto a los contactos psicológicos con los heridos. Pudo tener entrevistas continuas, largas y eventualmente repetidas con algunos grandes quemados, ayudando así a los agonizantes. La prohibición significada se refería a los contactos con el personal de cuidados a quien no era necesario «perturbar» en sus actividades: los cuidados «psíquicos» debían desaparecer ante la prioridad de los cuidados físicos. Prohibición difícil de respetar, porque las tensiones dramáticas que afectaban a los enfermos y que ponían en peligro la buena marcha del tratamiento nacían siempre, durante estos cuidados físicos, de la relación psicológica inapropiada del médico o de la enfermera con el enfermo.

He aquí una primera observación que agradezco a Emmanuelle Moutin por haberla puesto a mi disposición:

#### Observación de Armando

«Me presenté un día en la habitación de un enfermo con el cual mantenía una relación continua y de buena calidad. Este hombre, en plena madurez, era un hospitalizado que había hecho un intento de autólisis por fuego. Medianamente quemado su vida ya no estaba en peligro, pero aún atravesaba una fase dolorosa. Durante el tiempo en que yo le visité sólo pudo quejarse de sus vivos sufrimientos físicos que no le daban tregua. Llamó a la enfermera y le suplicó que le diera una dosis suplementaria de calmante, ya que el efecto de las precedentes había dejado de actuar. Este enfermo no se quejaba sin razón; la enfermera aceptaba, pero ocupada por una urgencia volvió sólo a la media hora. Durante este tiempo permanecí cerca de él y la entrevista espontánea y calurosa que tuvimos se refirió a su vida pasada y a los problemas personales que le interesaban. Cuando la enfermera volvió con los calmantes los rechazó diciendo con una gran sonrisa: "No vale la pena, ya no me duele." El mismo estaba sorprendido. La entrevista continuó; después se durmió plácidamente y sin ayuda medicamentosa.»

La presencia, a su lado, de una mujer joven que sólo quería su cuerpo en cuanto a sus necesidades psíquicas, el diálogo largo y vivo que se establece entre ambos, el restablecimiento de la capacidad de comunicar con otro (y por ello consigo mismo), permitieron a este enfermo reconstituir un Yo-piel suficiente para que su piel, a pesar de las heridas físicas, pudiera ejercer sus funciones de para-excitación de las agresiones exteriores y poder contener así los afectos dolorosos. El Yo-piel había perdido su apoyo biológico en la piel. En su lugar, por la conversación, por la palabra interior y por las simbolizaciones consecutivas, encontró otro apoyo de tipo sociocultural (el Yo-piel funciona, efectivamente, por apoyo múltiple). La piel de palabras tiene su origen en un baño de palabras del pequeño a quien su entorno habla o para el cual canturrea. Luego, con el desarrollo del pensamiento verbal, le proporciona los equivalentes simbólicos del dulzor, flexibilidad y pertinencia del contacto allí donde hizo falta renunciar al tocar imposible o prohibido, o doloroso.

El establecimiento de una piel de palabras, apta para calmar el dolor de un quemado grave, es independiente de la edad o del sexo del

enfermo. He aquí una segunda observación, referente esta vez a una chica joven, que también debemos a Emmanuelle Mutin.

#### Observación de Paulita

«Asistía al baño de una adolescente poco dañada pero muy sensible. El baño, que era doloroso, se desarrollaba en un ambiente tranquilizador. Eramos tres, la enferma, la enfermera y yo misma. La actitud de la enfermera, enérgica pero tranquilizadora y afectuosa, debiera haber facilitado normalmente los cuidados. Yo intervenía poco, cuidando de no molestarla en su trabajo y confiando en esta enfermera a quien yo estimaba especialmente. No obstante, Paulita reaccionaba mal amplificando su dolor con gran nerviosismo. Repentinamente me gritó casi agresivamente: "¡no ves que me duele! ¡Dí cualquier cosa, te lo suplico, habla, habla!". Conozco ya por experiencia la relación entre un baño de palabras y la desaparición del dolor. Imponiendo silencio a la enfermera con un gesto discreto, me preocupé de que la jovencita hablara de sí misma, conduciéndola hacia lo que la podía reconfortar: su familia, su entorno, abreviando, sus apoyos afectivos. Este esfuerzo un poco tardío sólo tuvo un éxito parcial pero, por lo menos, permitió que el baño se desarrollara sin problemas y casi sin dolor.»

Un servicio de quemados graves sólo puede funcionar, psicológicamente, si se instauran mecanismos de defensa colectivos contra la fantasía de la piel desollada que la situación evoca inevitablemente en cada uno. Efectivamente, el margen entre arrancar los colgajos de piel muerta por su bien y desollarle vivo por pura crueldad es frágil. La sobrecarga pulsional sexualizada de las relaciones entre los sanitarios intenta que el personal mantenga la distinción entre fantasía y realidad; una realidad peligrosa porque se acerca mucho a la fantasía. En cuanto a los enfermos, es la escucha de su historia personal y de sus problemas, es un diálogo vivo entre ellos lo que puede garantizar la distancia entre la fantasía de un deshollamiento inflingido con intención cruel y la representación del arrancamiento terapéutico de la piel. La fantasía que quiere hacerles sufrir sobrecarga su dolor físico, importante ya, de un sufrimiento psíquico, el resultado de la adición es tanto más insoportable cuanto que la función de continente psíquico de los afectos no puede ya apoyarse en la función continente de una piel intacta. Sin embargo, la piel de palabras que se teje entre el herido y un interlocutor comprensivo, puede restablecer simbólicamente una piel psíquica continente, apta para hacer más tolerable el dolor de una herida de la piel real.



## Del cuerpo sufriente al cuerpo de sufrimiento

Las dos principales características de la envoltura masoquista han sido precisadas por Micheline Enríquez (3), de quien he tomado la expresión de envoltura de sufrimiento:

1. El fracaso identificatorio: a falta de un placer identificatorio suficiente que se encuentra en los intercambios precoces con la madre, el afecto que mantiene vivo el psiquismo del bebé es una «experiencia de sufrimiento»; su cuerpo, a lo mejor, no puede ser más que un cuerpo «de sufrimiento».
2. La insuficiencia de la piel común: «A falta de la carga pulsional de un mínimo de señales confirmadas y valoradas por el otro, en una lengua común, nadie puede vivir. A lo más podrá sobrevivir, vegetar y *permanecer sufriendo*. No podrá cargarse pulsionalmente a sí mismo y se encontrará pendiente de su propiedad». Su cuerpo es un cuerpo «que sufre, no apto para el placer y con una actividad representativa sin afecto, deshabitada, cuyo sentido por el otro (más a menudo por la madre o su sustituto) permanecerá para él (...) más que enigmático». Así, sus procesos identificatorios flotan incesantemente y, por ello, el recurso a los procedimientos iniciáticos singulares del sufrimiento del cuerpo (*op. cit.* p. 179).

El cuerpo *sufriente* aparece en la cura de algunos estados límite. El cuerpo invade todo el espacio, no existe propietario: si es posible, el psicoanalista debe crear la vida y dársela al paciente. La cura pone en evidencia a una madre que se ha ocupado de él por necesidad, no por placer. El cuerpo no tiene afecto, está reducido a un funcionamiento mecánico que se basta a sí mismo sin aportarle la satisfacción. El otro es el proveedor de poder y de abuso, nunca de placer. El paciente solamente es un cuerpo de necesidad, y de una necesidad mal llevada. Consecuencia: el funcionamiento corporal no lo siente como suyo, es decir, como posible objeto de conocimiento y de satisfacción; la distinción entre lo que es mío y lo que parte del entorno no se ha adquirido; sólo puede existir una queja, ni siquiera una acusación que busque una causa, un responsable que denuncie a un perseguidor; el paciente, so pena de afrontar un conflicto identificatorio invencible, no puede dedicarse a ninguna actividad representativa y fantasmática de deseos y placeres que le sean propios.

Al mismo tiempo, el paciente busca en el otro el menor signo de reconocimiento, aunque deba recurrir, para obtenerlo, a las vías de la

(3) «Del cuerpo sufriente al cuerpo de sufrimiento», en *Aux carrefours de la haine*, 2.<sup>a</sup> parte, cap. 4 (1984).

violencia y de la esclavitud: de aquí los escenarios perversos masoquistas en su vida sexual. Las marcas de violencia que se ejercen sobre su cuerpo le procuran no solamente un gozo cierto, sino también el sentimiento de una apropiación de sí mismo; sólo puede poseer el dominio de su cuerpo enmascarándolo en posición de víctima, aparentemente privada de sus medios de defensa. El masoquismo secundario le permite volver a afectar su cuerpo por la experiencia de un sufrimiento propio del que puede gozar y hacer gozar a su compañero, es decir, de cargar pulsionalmente su cuerpo doloroso con libido de objeto. Pero el masoquismo primario subyacente subsiste: accidentes, enfermedades graves, operaciones quirúrgicas practicadas calamitosamente dejan secuelas que le disminuyen y le producen dolor y cicatrices visibles. El paciente se apropia de este dolor y de estas marcas, con avidez, para construirse un emblema narcisístico. Aquí la carga libidinal del cuerpo doloroso es la libido narcisista.

Para comprender el paso del cuerpo que sufre al *cuerpo de sufrimiento* es conveniente, precisa Micheline Enríquez, subrayar que el cuerpo con pérdida de afecto e identificación está sometido no a las leyes (las del deseo y el placer), sino a la arbitrariedad del poder del otro en relación con él. Este cuerpo que sufre lleva en sí dos potencialidades:

- Una «potencialidad persecutiva» (P. Aulanger) de naturaleza paradójica: la carga pulsional de un objeto persecutor, su presencia y el vínculo que les une, le son necesarios al sujeto para que se perciba vivo; al mismo tiempo que el sujeto le atribuye un poder y un deseo de muerte hacia él.
- Una aptitud excesiva para la actuación, para la representación y para la encarnación del sufrimiento. Esta encarnación es un calvario, un sacrificio, una pasión. Pero también es vivir esta experiencia en su nombre propio.

### Observación de Fanchon

Resumo la larga observación de este caso publicada por Michelin Enríquez:

Abandonada al nacer, criada por padres adoptivos, se le impone a Fanchon la narración repetida de un relato familiar grandioso e inquietante sobre sus orígenes y sobre los cuidados corporales apasionados y exclusivos de su madre adoptiva: el cuerpo ideal debe estar siempre limpio, de aquí los rituales de lavado y purificación que dejan poco sitio al placer (y, añadido, a la seguridad de tener, finalmente, su piel propia y su propia piel). Este espacio materno cerrado (que lo relaciono con el

*claustrum* descrito por Meltzer) no había ninguna posibilidad a la fantasía, a excepción de la vía que traza el romance de sus orígenes. Fanchon permanecía de esta forma sufriendo en su cuerpo y en su identidad, y así se mantenía sin sufrir: su pasividad e inercia le ahorran los conflictos y las angustias de muerte y separación, a excepción de algunos accesos de rabia destructora. La pubertad la hace caer en la psicosis, con síntomas dolorosos que la transforman en sujeto de un gran sufrimiento, que quiebran la relación confortable de alienación con su madre: trastornos alimenticios con variaciones de peso que la hacen irreconocible, pero que pergeñan el dominio del cuerpo y el placer oral; mutilación del pecho; alucinaciones auditivas que la tratan de «marrana», «salida del arroyo».

Después (como en la leyenda de Marsias) da cuerpo a un mito de renacimiento. Se bautiza con un nuevo nombre (relaciono este acto con el trabajo del creador que da cuerpo al código organizador de la obra y que vive la creación de su obra como la recreación de sí mismo por autogénesis). Fanchon perfecciona un ritual de lavados de todo objeto o ropa que haya estado en contacto contaminante con su piel, con la finalidad de hacer desaparecer la contaminación de su origen y la falta original de su madre natural. Se lava y se frota desollándose hasta hacerse sangre; estropea sus cabellos friccionándolos con lociones y champús y arrancándolos.

Hacia los 16-17 años, el ritual de la escritura representativa la salva. Cada mañana, al despertarse, para luchar contra el delirio suicida alterna sobre el papel frases fijas que relatan hechos concretos referentes al ejercicio actual de sus funciones corporales (alimento, limpieza...), con frases móviles del tipo de diario íntimo, que contienen juicios, interpretaciones y significaciones. «Pero este último (este diario íntimo) sólo podía sostenerse y realizarse gracias al esqueleto inmutable del cuerpo del texto que ordenaba el espacio y el tiempo, circunscribiendo un límite entre el Sí-mismo y el fuera de Sí-mismo.» Así se delimita un lugar para la actividad representativa y para el pensamiento, «por creación de trazos escritos que se ordenan alrededor de un cuerpo de texto» (continúo con mi relación: el cuerpo del texto aporta a menudo al creador un sustituto del cuerpo propio que le falta). Estas «frases» constituyen el antídoto que ella puede oponer a sus voces perseguidoras. (Preciso que tales enunciados corporales afirman la existencia de un Yo-piel y confirman su continuidad, estabilidad y constancia; es sobre la base de este Yo-piel corporal, limitado a la sensorialidad primaria, donde un Yo psíquico puede emerger como sujeto que dice «yo», que pone en marcha las funciones mentales: es necesi-

rio que habite este cuerpo y su continuidad para que pueda encontrarse y reconocer una identidad.)

En cuanto a los cuidados excesivos de purificación de la piel, yo añadiría: 1) una puntualización cualitativa: su exceso en el sentido de la destrucción repetida en sentido inverso anula y contrarresta el exceso de cuidados recibidos, en el sentido de la pasión materna; 2) una puntualización cualitativa: Fanchon lleva una piel que no es la suya, la piel de otro, piel ideal deseada, dada, impuesta por su segunda madre; será necesario frotarla hasta arrancar completamente esta túnica, regalo envenenado de una madre adoptiva abusiva que la encierra y la aliena. En su lugar puede encontrar una piel de sufrimiento, de fealdad, de ignominia, que es una piel común con su primera madre y que puede estar, sola, en el origen de un Yo-piel propio para Fanchon.

La cura psicoanalítica cara a cara, tal y como la cuenta Micheline Enríquez, pasa por la dramatización y la repetición, en la transferencia, del episodio psicótico de la adolescencia: en una noche Fanchon se arranca la mitad de los cabellos y desarrolla en su cara una enfermedad de la piel, con granos purulentos que rasca y que la desfiguran; sus voces se reanudan y le dicen: «Su maldad es tan profunda que se lee en su cara. Tiene la lepra (...). Van a venir a buscarla para aislarla y encerrarla... Fanchon no pertenece a la especie humana, es un monstruo que hay que destruir».

No obstante, Fanchon pone sobre la pista a su psicoanalista desalentado por los acontecimientos; ella está expiando la falta de su primera madre que sólo podía ser despreciable y odiosa, una mujer de nadie, un monstruo no humano, escondida detrás de la ficción lanzada por los padres adoptivos, quienes la mostraban como un ser superior. En lugar de esperar su retorno como en un cuento de hadas (bella, inteligente, brillante, que devolvería un día a Fanchon a su lugar de origen), Fanchon puede dar cuerpo y vida a esta primera madre, inventarle una historia posible con algunas versiones verosímiles e imaginar que esta madre pudo sufrir con la concepción, el nacimiento y el abandono del niño.

A medida que esta primera madre toma forma, Fanchon vuelve a cambiar sabiendo elegir un peluquero que pone orden en su cabellera aconsejándole una peluca que la favorezca, por una parte, y, por otra, a un dermatólogo discreto y afectuoso que cura sus heridas con simplicidad. Fanchon se agarra, durante todo un año, a un trabajo psicoanalítico doloroso. Después de haber encontrado un rostro humano, el verano siguen-



te hace un viaje al extranjero para volver a encontrarse con amigos de la infancia y vuelve, después de haber hecho literalmente piel nueva, «la piel de su rostro habiéndose descamado totalmente, deja sitio a una piel lisa y fresca como la de un niño». Llega a la conclusión de que ya había terminado de expiar la falta de su primera madre, que ya puede juzgarla y aceptar el luto. Siente que vuelve a ser «normal».

El trabajo psicoanalítico, según Micheline Enríquez, se ha realizado sobre tres temas: 1) abandono de la teoría sexual delirante, primaria, propuesta por las charlas de los padres adoptivos y acceso a las profantasías comunes; 2) resistencia a la efracción de la voz materna, discordante a nivel del sentido y del sonido, descalificante de las sensaciones y los deseos del niño, que no nombra a los afectos, inapta para crear lo que yo llamo la envoltura sonora del Sí-mismo; 3) elaboración de un Yo-piel, primero mediante ensayos de control irrisorio del cuerpo y de sus contenidos (actividades de llenado-vaciado: anorexia, bulimia, estreñimiento, diarrea: es decir, elaboración de lo que llamo un Yo-piel saco, una piel continente); y luego por la inscripción de su sufrimiento sobre su envoltura corporal (el Yo-piel adquiere así la función que he descrito como superficie de inscripción de las cualidades sensibles).

Este sufrimiento, exhibido a las miradas y que solicita fascinación y horror de los demás, le permite separarse del dominio materno, constituirse en una envoltura intocable y adquirir un sentimiento de seguridad de base en su propia piel. Entonces ésta puede ser cargada autoeróticamente y puede conocer los placeres del tocar. Fanchon va a la piscina y nada con placer; se compra vestidos y los saca de una bolsa grande para mostrárselos a la psicoanalista; antes de instalarse, toca la butaca, los objetos del despacho; aspira las flores, hace puntualizaciones a su psicoanalista sobre sus vestidos y perfumes; llora: «es dulce sentir las lágrimas calientes y saladas correr sobre mi rostro...»; (todo esto confirma que el Yo se constituye por un apoyo táctil). Este Yo-piel permite a Fanchon dar y recibir una información sensorial (favorecida por el cara a cara), bajo el doble signo de la actividad de conocimiento y de la experiencia de satisfacción.

El paso del cuerpo que sufre al cuerpo de sufrimiento, concluye Micheline Enríquez, es el «precio que debe pagar por *ser* para otro y *tener para sí*»: es la primera posición identificatoria sobre la polaridad inclusión-exclusión que condiciona las identificaciones posteriores (especular, narcisística, edípica). Al relatar, un poco más adelante, la observación de Zenobia (p. 234), demostraré cómo la piel del sueño puede constituir una salida a la envoltura de sufrimiento.

## 17. LA PELICULA DEL SUEÑO

### El sueño y su película

En el primer sentido del término, una película es una fina membrana que protege y envuelve algunas partes de los organismos vegetales o animales y, por extensión, la palabra designa una capa, siempre fina, de una materia sólida en la superficie de un líquido o sobre la cara exterior de otro sólido. En un segundo sentido, la película utilizada en fotografía es una hoja fina que sirve de soporte a la capa sensible que se va a impresionar. En estos dos sentidos es el sueño una película. El sueño constituye un para-excitación que envuelve al psiquismo del durmiente y le protege de la actividad latente de los restos diurnos (los deseos insatisfechos de la víspera, fusionados con los deseos insatisfechos de la infancia) y de la excitación, lo que Jean Guillaumin (1979) ha llamado los «restos nocturnos» (sensaciones luminosas, sonoras, térmicas, táctiles, cenestésicas, necesidades orgánicas, etcétera, activas durante el sueño). Este para-excitación es una membrana fina que sitúa en el mismo plano los estímulos externos y las crecidas pulsionales internas, disminuyendo sus diferencias (esto no es, pues, una interfaz apta para separar, como lo hace el Yo-piel, el adentro del afuera); es una membrana frágil, fácil de romperse y de disiparse (por ello, el sueño de angustia), una membrana efímera (sólo dura lo que dura el sueño, incluso si se supusiese que la presencia de esta membrana tranquiliza suficientemente al durmiente para que, habiéndola introyectado inconscientemente, se repliegue en ella, regrese al estado del narcisismo primario en donde la beatitud, la reducción a cero de las tensiones y la muerte se confunden y se sumerge en un profundo sueño sin soñar) (cf. Green A., 1984).

Por otra parte, el sueño es una película impresionable que graba las imágenes mentales generalmente visuales, eventualmente substituidas o parlantes, a veces en imágenes fijas como en la fotografía, más a menudo de acuerdo con un desarrollo animado como en las películas o, esta comparación más moderna es mejor, como en un videoclip. Es una función del Yo-piel la que es activada, la función de superficie sensible y de grabación de huellas y de inscripciones. Si no, el Yo-piel, al menos la imagen del cuerpo desrealizada y achatada, proporciona la pantalla del sueño sobre cuyo fondo emergen las representaciones que simbolizan o personifican las fuerzas y las instancias psi-

quicas en conflicto. La película puede ser mala, la bobina puede atascarse o iluminarse y el sueño desaparece. Si todo está bien, al despertar se puede revelar el film, visionarlo, rehacer el montaje e, incluso, proyectarlo bajo la forma de un relato que se hace a los demás.

Para que el sueño tenga lugar, se presupone que un Yo-piel se haya constituido (los bebés y los psicóticos no sueñan en el sentido estricto del término; no han adquirido una distinción segura entre la vigilia y el sueño, entre la percepción de la realidad y la alucinación). Recíprocamente, el sueño tiene, entre otras, la función de intentar reparar el Yo-piel, no sólo porque éste peligra de deshacerse durante el sueño, sino y sobre todo, porque ha sido más o menos cribado de perforaciones producidas por las efracciones que ha sufrido la vigilia. Esta función vital del sueño de reconstrucción cotidiana de la envoltura psíquica, explica, creo, por qué todo el mundo o casi todo el mundo sueña todas las noches o casi todas. Necesariamente ignorada por la primera teoría freudiana del aparato psíquico, está implícita en la segunda teoría: voy a intentar demostrarlo.

### Retorno a la teoría freudiana del sueño

Bajo la fascinación de su amistad pasional con Fliess y en la exaltación de su descubrimiento del psicoanálisis, Freud, entre 1895 y 1899, interpreta los sueños nocturnos como la realización imaginaria de deseos. Desmonta el trabajo psíquico que ha realizado el sueño en los tres niveles que constituyen entonces, para él, el aparato psíquico. Una actividad inconsciente asocia los representantes de cosas y con afectos y con mociones pulsionales que hace así representables. Una actividad preconscious articula a estos representantes representativos y emocionales que se encuentran así elaborados en representaciones simbólicas y en formaciones de compromiso, por una parte, con representantes de palabras, y, por otra, con mecanismos de defensa. Finalmente, el sistema percepción-conciencia, que durante el sueño desplaza su funcionamiento desde el polo progrediente de la descarga motriz hasta el polo regrediente de la percepción, alucina estas representaciones con una vivacidad sensorial y afectiva que las dota de la ilusión de realidad. El trabajo del sueño tiene éxito cuando franquea el obstáculo sucesivo de las dos censuras, entre el inconsciente y el preconscious primero, y entre el preconscious y la conciencia después. También conoce dos tipos de fallos. Si el disfraz bajo el que se presenta el deseo prohibido no engaña a la segunda censura, se produce el despertar en la angustia. Si los representantes inconscientes cortocircuitan el desvío por el preconscious y pasan directamente a la conciencia, se produce el terror nocturno, la pesadilla.

Cuando Freud elaboró su segunda concepción del aparato psíquico,

no empleó el tiempo necesario para volver sobre toda la teoría del sueño en su nueva perspectiva, contentándose con revisiones puntuales. Estas, sin embargo, las sitúan en la vía de una sistematización más completa.

El sueño realiza los deseos del Ello, quedando claro que se trata de toda la gama pulsional ampliada en ese mismo momento por Freud: deseos sexuales, autoeróticos, agresivos, autodestructivos; el sueño los realiza conforme al principio del placer que rige el funcionamiento psíquico del Ello y que exige la satisfacción inmediata e incondicional de las demandas pulsionales; también conforme a la tendencia de lo reprimido a volver. El sueño realiza las exigencias del Superyo: en este sentido, si algunos aparecen más como realización de deseo otros son realizaciones de una amenaza. El sueño realiza el deseo del Yo, que es el de dormir, y lo realiza sirviendo a dos maestros: aportando satisfacciones imaginaria al Ello y al Superyo a la vez. El sueño realiza igualmente el deseo, propio de lo que algunos sucesores de Freud han llamado el Yo ideal, de restablecer la fusión primitiva entre el Yo y el objeto y de encontrar el estado feliz de simbiosis orgánica intrauterina del lactante con su madre. Mientras que en el estado de vigilia el aparato psíquico obedece al principio de realidad, mantiene los límites entre el Sí-mismo el no-Sí-mismo, entre el cuerpo y la psique, admite la limitación de sus posibilidades y afirma su pretensión de autonomía individual, por el contrario, en el sueño reivindica la omnipotencia y expresa su aspiración a lo ilimitado. En uno de sus cuentos donde describe la *Cité des immotels*, Borges los muestra pasando el tiempo soñando. Soñar, es negar, efectivamente, que se sea mortal. ¿Sin esta creencia nocturna en la inmortalidad de al menos una parte del Sí-mismo la vida diurna sería tolerable?

En los sueños postraumáticos estudiados por Freud (1920) como introducción a su segunda tópica psíquica, el soñador revive repetitivamente las circunstancias que han precedido al accidente. Son sueños de angustia, pero siempre se detienen justo antes de la representación del accidente, como si pudiera ser suspendido con posterioridad y evitado en el último momento. Estos sueños cumplen, en relación con los precedentes, cuatro nuevas funciones:

- reparar la herida narcisística infligida por el hecho de haber sufrido un traumatismo;
- restaurar la envoltura psíquica rasgada por la efracción traumática;
- controlar retroactivamente las circunstancias desencadenantes del traumatismo;
- restablecer el principio del placer en el funcionamiento del aparato psíquico que el traumatismo ha hecho regresar a la compulsión de repetición.



Me planteo si lo que sucede así, en los sueños que acompañan a la neurosis traumática, no debería considerarse más que como un caso particular. O bien —al menos tal es mi convicción—, ¿el traumatismo funciona como un cristal de aumento o nos encontramos frente a un fenómeno general que se encuentra en la raíz de todos los sueños? La pulsión, en cuanto a fuerza (independientemente de su fin y de su objeto), irrumpe en la envoltura psíquica de forma repetitiva tanto durante la víspera como en el sueño, provocando los microtraumatismos cuya diversidad cualitativa y acumulación cuantitativa constituyen, al pasar un cieto umbral, lo que Masud Khan (1974) ha llamado un traumatismo acumulativo. Le resulta necesario al aparato psíquico intentar evacuar esta sobrecarga, por una parte, y, por otra, restablecer la integridad de la envoltura psíquica.

Entre toda la gama de medios posibles los dos más inmediatos, que a menudo son gemelos, son la constitución de una envoltura de angustia y la de una película de sueño. El aparato psíquico ha sido sorprendido, durante el traumatismo, por la aparición de excitaciones externas que han hecho efracción a través del para-excitación no solamente porque eran demasiado fuertes, sino también, Freud (1920) insiste en ello, por el estado de falta de preparación del aparato psíquico que no esperaba esta aparición. El dolor es el signo de esta efracción por sorpresa. Para que exista traumatismo es necesario que exista des-nivel entre los estados de la energía interna y de la energía externa. Seguramente, existen tales choques que, cualquiera que sea la actitud del sujeto en relación con ellos, hacen irremediables el desorden orgánico y la ruptura del Yo-piel. Pero generalmente, el dolor es menor si la efracción no ha tenido lugar por sorpresa y si se encuentra, lo más rápidamente posible, a alguien que con sus palabras y cuidados funcione como el Yo-piel auxiliar o sustitutivo con el herido (entiendo por esto tanto el hecho de ser víctima de una herida narcisística como de una herida física). Freud, en *Más allá del principio del placer* (1920), describió esta defensa contra el traumatismo por las contra cargas energéticas de intensidad correspondiente, que tienen por finalidad *igualar* la carga de energía interna con la cantidad de energía externa que aportan las excitaciones surgidas. Esta operación acarrea algunas consecuencias; las tres primeras son económicas y son a las que Freud se apegó fundamentalmente; la cuarta es tópica y topográfica: Freud solamente la presintió y sería conveniente desarrollarla.

- a) Estas contracargas tienen como contrapartida un empobrecimiento del resto de la actividad psíquica, especialmente de la vida amorosa y/o intelectual.
- b) Si se produce una lesión duradera como consecuencia de un traumatismo físico, los peligros de una neurosis traumática dis-

minuyen, ya que la lesión reclama una sobrecarga narcisística del órgano dañado, lo que compromete excesivamente la excitación.

- c) Cuanto mayores son la carga pulsional y la energía vinculada en un sistema (esto es, quiescente), más fuerte es su capacidad de vinculación y por ello de resistencia al traumatismo; de aquí la constitución de lo que llamo una envoltura de angustia, última línea de defensa del para-excitación: la angustia prepara al psiquismo por la sobrecarga de los sistemas receptores para anticipar la posible aparición del traumatismo y para movilizar una energía interna igualable, a ser posible, a la excitación externa.
- d) Desde un punto de vista topográfico ahora, rodeado y obturado por una contracarga permanente, el dolor de la efracción subsiste en forma de sufrimiento psíquico inconsciente, localizado y equistado en la periferia del Sí-mismo (se pueden relacionar con el fenómeno de la «cripta» descrito por Nicolás Abraham, 1978, o incluso con la noción Winnicottiana de un «Sí-mismo-oculto»).

La envoltura de angustia (primera defensa y que es una defensa por el afecto) prepara la aparición de la película del sueño (segunda defensa que es una defensa por la representación). Los agujeros del Yo-piel ya sean producidos por un traumatismo importante o por la acumulación de los microtraumatismos residuales de la víspera o contemporáneos al sueño, son transportados, por el trabajo de la representación, a lugares escénicos en los que pueden entonces desarrollarse los argumentos del sueño. Los agujeros son obturados así por una película de imágenes esencialmente visuales. El Yo-piel se encuentra en el origen de la envoltura táctil, forrada por una envoltura sonora y por otra gustativo-olfativa. Las envolturas muscular y visual son más tardías. La película del sueño es un intento de reemplazar la envoltura táctil desfalleciente por una envoltura visual más delgada y endeble, pero también más sensible: la función de para-excitación se restablece *al mínimo*; la función de inscripción de las huellas y de su transformación en signos está, por el contrario, aumentada. Penélope, para escapar del apetito sexual de sus pretendientes, deshacía cada noche el tejido en el que trabajaba durante el día. El sueño nocturno opera a la inversa de Penélope; reteje durante la noche lo que del Yo-piel se ha deshecho durante el día por el impacto de los estímulos exógenos y endógenos.

Mi concepción de la película del sueño retoca la observación de un caso de urticaria publicado por Sami-Ali (1969): comprobando en una paciente la alternancia de periodos de crisis de urticaria sin soñar, con periodos de soñar sin crisis de urticaria, Sami-Ali propone la hipótesis

pretende consolidar su Yo-piel como interfaz que separa la excitación externa de la interna y como acoplamiento de envolturas que diferencian el Yo psíquico del Yo corporal en el seno de un mismo Sí-mismo. El efecto es inmediato y bastante duradero: vuelve a recuperar el sueño. Pero la angustia que sentía hasta ahora en su vida tiende a volcarse en su psicoanálisis.

Las sesiones siguientes están marcadas por una transferencia en espejo. Demanda repetitiva de Zenobia para que sea yo el que hable, para que le diga lo que pienso, cómo vivo, para que le responda en eco a lo que ella dice, para que diga lo que pienso de lo que ella ha dicho. Mi contratransferencia es puesta a prueba por esta presión insistente y sin cesar renaciente, que me coaccionaban casi físicamente y que me priva de mi libertad para pensar. No puedo ni guardar silencio, vivido por ella como un rechazo agresivo con peligro de ser destructor para su Yo-piel en curso de constituirse, ni entrar en su juego histérico de inversión de la situación, convirtiéndome en el paciente y ella en el analista. Por aproximaciones sucesivas pongo a punto un proceso de doble vertiente. Por una parte, le recuerdo o le preciso una interpretación dada anteriormente que es susceptible de responder, en parte, a lo que ella me pide y que le muestra lo que yo pienso en cuanto analista y como lo que ella dice resuena en mí. Por otra parte, intento elucidar el sentido de su petición: tan pronto le explico que verificar que lo que ha dicho ha hecho eco en mí, expresa su necesidad de recibir del otro una imagen de ella para poder hacerse ella una imagen a su vez; como el saber en qué pensaba su madre, cómo vivía su marido, qué relaciones tenía con un primo, su supuesto amante, y por qué había tenido otros hijos, todo lo cual permanecía para ella como un interrogante doloroso; o incluso que sometiéndome a un bombardeo de preguntas reproducía, intentando controlarla, una situación en la que ella misma, de muy pequeña, debió estar sometida a un bombardeo de estímulos demasiado intensos o demasiado precoces para poderlos pensar.

El trabajo psicoanalítico sostenido le permitió cierto desprendimiento de la posición persecutiva. Conmigo encuentra la seguridad del primer vínculo con el pecho materno, seguridad destruida por las desilusiones de los nacimientos sucesivos procreados por este pecho.

Las vacaciones de verano pasan sin dificultad y sin actuaciones perturbadoras. A la vuelta se abandona en una regresión importante. Durante los tres cuartos de hora de la sesión experimenta un afecto masivo de desamparo. Revive todo el dolor por el abandono materno. Los detalles que ahora ella es capaz

de descubrir y formular, que se refieren a la cualidad de este sufrimiento, son la señal de la progresión de su Yo-piel: ha adquirido la envoltura que le permite contener esos estados psíquicos y el desdoblamiento del Yo consciente que le permite la auto-observación y la simbolización de las partes enfermas de ella misma. Aporta tres órdenes de detalles que reuní, cada vez, en una interpretación. En primer lugar, le explico que ha sufrido por el abandono materno al ser destronada de su situación de hija única: ya lo sabíamos intelectualmente, pero le hacía falta reencontrar el afecto de intenso sufrimiento que, entonces, había conocido y apartado a la vez. En segundo lugar, le propongo una construcción preparada ya por el periodo precedente de transferencia en espejo: incluso en la fase en que había sido hija única, la comunicación entre ella y su madre había fallado; la madre había nutrido y mimado abundantemente a Zenobia, pero no había tenido en cuenta suficientemente el sentimiento interno del bebé. Zenobia precisa, como respuesta, que su madre gritaba por un sí o un no (lo que relaciono con su miedo a las efracción de los ruidos); Zenobia no había podido diferenciar con seguridad, en lo que sentía, lo que procedía de su madre y lo que venía de ella misma; el ruido expresaba el furor de no sabía qué. En tercer lugar, sugiero que ésta no toma en consideración que sus sensaciones-afectos-fantasías primarias habían sido, sin dudas, reforzadas por el padre, cuyo carácter celoso y violento pudo ser recordado claramente, desde ese momento, por mi paciente.

Esta sesión es de una fuerte y prolongada intensidad emocional. Zenobia solloza al límite del desfondamiento. Le anuncio, con anterioridad, el final de la sesión, para que pueda prepararse interiormente para la interrupción. Le digo que acojo su sufrimiento, que puede ser que viva un afecto por primera vez, un afecto tan temido, que hasta ahora no se había permitido y que lo había obturado, deportado y enquistado en su propia periferia. Deja de sollozar y se va titubeante. Su Yo encuentra en este sufrimiento, hecho suyo por fin, una envoltura que afirma sus sentimientos de unidad y continuidad del Sí-mismo.

A la semana siguiente Zenobia recupera sus mecanismos de defensa habituales: ya no quiere rehacer, en su psicoanálisis, una experiencia tan dolorosa. Luego hace alusión al hecho de que sueña mucho todas las noches desde que volvió de vacaciones. No pensaba hablarme de ello. En la sesión siguiente me anuncia que ha decidido hablarme de sus sueños, pero como son muchos los ha clasificado en tres categorías: la categoría



«reina de belleza» y la categoría «bola». He olvidado la tercera categoría porque no pude tomar nota allí mismo, ya que me encontraba desbordado por la abundancia del material. Relata sus sueños detallada y desordenadamente durante sesiones y sesiones. Me encuentro sumergido o mejor dicho renunciando a retener, comprender e interpretar todo, dejo que me arrastre la corriente.

En los sueños de la primera categoría es o ve a una chica muy bella a quien los hombres van a desnudar bajo el pretexto de examinar su belleza.

Ella misma interpreta los sueños de «bola» en relación con el pecho o los testículos. Retoma y completa: la bola es un pecho-testículo-cabeza. Evoca la expresión «perder la bola» por «perder la cabeza».

Los sueños de Zenobia le tejen una piel psíquica que reemplaza su para-excitación desfalleciente. Ha empezado a reconstituir su Yo-piel a partir del momento en que he interpretado su persecución sonora, poniendo el acento sobre la confusión entre los ruidos del adentro y el ruido que produce en su cabeza su rabia interior, escindida, fragmentada y proyectada. Su relato hace desfilar delante de mí sus sueños sin detenerse ante ninguno, sin darme ni el tiempo ni los elementos de una posible interpretación. Es como sobrevolarlos. Más exactamente, tengo la impresión de que sus sueños la sobrevuelan y la envuelven con una cuna de imágenes. La envoltura de sufrimiento deja paso a una película de sueños, mediante la cual su Yo-piel toma mucha mayor consistencia. Su aparato psíquico puede incluso simbolizar esta actividad renaciente de simbolización por la metáfora de la bola, que condensa algunas representaciones: la de una envoltura psíquica en vías de terminación y unificación; la de cabeza, es decir, tomando una expresión de Bion, de un aparato para pensar sus propios pensamientos; la del pecho materno omnipotente y perdido, en el interior del cual ella ha continuado viviendo hasta ahora regresiva y fantasmáticamente; la de los órganos masculinos de la fecundación cuya falta sufre al haber sido desalojada de su sitio de objeto privilegiado del amor materno por el nacimiento de un hermano. Así se entrecruzan las dos dimensiones narcisística y objetal de su psicopatología, prefiguración de las interpretaciones cruzadas que tendría que darle durante las semanas siguientes y que alternarían con la toma en consideración de su fantasmática sexual, pregenital y edípica, con la de las fallas y sobrecargas (sobre todo en forma de seducción) de su envoltura narcisística. Efectivamente, la adquisición por el sujeto de su identidad sexual depende de dos condiciones. Una, necesaria, es que tenga para contenerla una piel para él, en el interior de la cual se sienta precisamente su-

jeto. La otra, suficiente, es que haga, en relación con fantasías perversas polimorfas y edípicas, la experiencia, en esta piel, de las zonas eróticas y de los placeres que se pueden experimentar.

Algunas sesiones más tarde aparece, por fin, un sueño sobre el que nos es posible trabajar: «Sale de su casa, la calzada está hundida. Se ven los cimientos del inmueble. Su hermano llega con toda su familia. Ella está acostada sobre un colchón. Todo el mundo la mira con calma. Ella se siente crispada, tiene deseos de chillar. Está sometida a una prueba horrible: debe hacer el amor con su hermano delante de los demás.» Se despierta agotada.

Sus asociaciones la llevan a volver sobre un sueño reciente de bestialidad que la había perturbado mucho y a evocar el carácter asqueroso de la sexualidad que ha vivido, durante su infancia y en las primeras relaciones sexuales en la adolescencia, como una prueba indignante. «Los juguetes de mis padres eran como los de los animales... (una pausa). Para colmo, temo que toda la confianza que yo tengo en usted sea puesta en duda.»

Yo: «Sería la calzada hundida, los cimientos amenazados. Usted espera de mí que yo la ayude a contener el exceso de excitaciones sexuales que existen en usted desde su infancia, de las que su psicoanálisis le da una conciencia cada vez más viva.» La palabra sexualidad es así pronunciada por primera vez en su cura, y por mí mismo.

Ella precisa que durante toda su infancia y adolescencia ha vivido en un estado desagradable de excitación permanente y confusa del que no se llegaba a deshacer.

Yo: «Era la excitación sexual, pero usted no podía identificarla como sexual porque nadie de su entorno se lo había explicado. Tampoco sabe usted localizar en qué partes de su cuerpo siente usted esta excitación porque no tiene usted una representación suficientemente segura de su anatomía femenina para poderlo hacer.» Se marcha más serena.

En la siguiente sesión vuelve sobre este material, abundante en sueños, con el que me inunda: se le ha escapado por todas partes y teme que vaya a desbordar mi capacidad para controlarlo.

Yo: «Usted me pone en la misma situación de ser desbordado por los sueños, de la misma forma que usted misma lo está por la excitación sexual.»

Zenobia pudo formular su petición, refrenada después del principio de la sesión: ¿Qué es lo que yo pienso de sus sueños?

Me declaro de acuerdo en responder, aquí y ahora, sobre sus sueños, ya que su entorno no había respondido en otro tiempo a las preguntas que ella se hacía sobre la sexualidad, y ya que desde entonces siente la necesidad incomprensible de interrogar a los demás sobre lo que ella siente y sobre lo que piensan que ella misma siente. Pero preciso que no tengo ningún juicio que hacer ni sobre sus sueños, ni sobre sus actos. Yo no tengo que decidir, por ejemplo, si el incesto o la bestialidad están bien o mal. A continuación le comunico dos interpretaciones. La primera pretende diferenciar el objeto de apego del de seducción. Con el perro, que se pega a ella en el sueño más antiguo, ella realiza la experiencia de un objeto con el que se comunica a un nivel vital primitivo y esencial, por el contacto táctil, la suavidad del pelo, el calor del cuerpo y la caricia del lameteo. Estas sensaciones de bienestar por las que se deja envolver, le permiten sentirse suficientemente a gusto para sentir un deseo propiamente sexual y femenino, pero inquietante, de ser penetrada. Con su hermano, en el último sueño, la sexualidad es bestial en otro sentido, porque él es brutal, ella le ha odiado desde su nacimiento, él podría vengarse poseyéndola, lo que significaría realizar con él un incesto monstruoso, animal. Es el amante temido con quien, de pequeña, imaginó que podría tener su iniciación sexual.

En segundo lugar, subrayo la interferencia, embarazosa para ella, entre la necesidad sexual corporal, cuya realización permanece en ella aún incompleta, y la necesidad psíquica de ser comprendida. Se abandona al deseo sexual brutal del hombre como víctima que piensa que esto es necesario para obtener, al precio del placer físico que ella le proporciona, la satisfacción de sus necesidades del Yo, tan hipotética como insaciable (hago alusión a dos tipos de experiencias que se han sucedido en la historia de su vida sexual). De aquí la seducción que pone por delante en sus relaciones con los hombres y en el juego en el que se aprisiona ella misma; le recuerdo que los primeros meses de su psicoanálisis conmigo se habían dedicado a re-jugar y des-jugar este juego.

El trabajo psicoanalítico iniciado en esta serie de sesiones se continuó durante meses. Engranó notables modificaciones, en golpes sucesivos (según el tipo de evolución por ruptura y por brusca reorganización propia de esta paciente), en su vida amorosa y profesional. Fue bastante más tarde cuando el salto directo de la oralidad a la genitalidad y el corto circuito de la analidad pudieron ser analizados en Zenobia.

## La envoltura de excitación, fondo histérico de toda neurosis

Esta secuencia ilustra la necesidad de la adquisición de un Yo-piel y de los sentimientos correlativos de unidad y de continuidad del Sí-mismo, no solamente para acceder a la identidad sexual y abordar la problemática edípica, sino, ante todo, para localizar correctamente la excitación erótica, para darle límites al mismo tiempo que vías de descarga satisfactorias, para liberar el deseo sexual de su papel de contracarga de las frustraciones precoces, sufridas por las necesidades del Yo psíquico y por la pulsión de apego.

Igualmente, este caso ilustra la secuencia: envoltura de sufrimiento, película de sueños, piel de palabras, necesaria para la construcción de un Yo-piel suficientemente continente, filtrante y simbolizante, en los pacientes que han sufrido antiguas carencias en la satisfacción de las necesidades del Yo y que, por esta razón, presentan importantes fallas narcisísticas. La agresividad inconsciente de Zenobia hacia los hombres ha podido ser relacionada con las frustraciones sucesivas que han ejercido la madre, luego el padre, y finalmente la fratria. Con la evolución de su Yo-piel en una interfaz continua, flexible y firme, la pulsión (sexual y agresiva) se convierte para ella en una fuerza utilizable, a partir de zonas corporales específicas, hacia objetos adecuadamente elegidos y para fines portadores de placeres, físicos y psíquicos a la vez.

Para poder ser reconocida, es decir, representada, la pulsión debe contenerse en un espacio psíquico tridimensional, localizado en algunas partes de la superficie del cuerpo y emerger como figura sobre este telón de fondo que constituye el Yo-piel. Porque la pulsión está delimitada y circunscrita, es por lo que su crecida toma su plena fuerza, una fuerza susceptible de encontrar un objeto y un fin y desembocar en una franca y plena satisfacción.

Zenobia presenta algunos trazos de la personalidad histérica. Su cura pone en evidencia «la envoltura de excitación», expresión que debo a Annie Anzieu. En lugar de haber podido encontrar su envoltura psíquica a partir de los signos sensoriales que su madre le enviaba (fundamentalmente existía una discordancia grave entre las manifestaciones táctiles calurosas y las emisiones sonoras brutales de esta madre), Zenobia ha buscado un Yo-piel sustitutivo en una envoltura de excitación permanente, cargada de forma difusa y global, además, tanto por las pulsiones agresivas como por las sexuales. Esta envoltura resulta de un proceso de introyección de una madre amante y excitante con ocasión de la mamada y de los cuidados corporales. Rodea el Sí-mismo de Zenobia con una cintura de excitaciones que perpetúa, en su funcionamiento psíquico, la doble presencia de una madre aten-



## Observación de Esteban

Esteban sueña mucho desde que se tumba para sus sesiones y desde que dedica grandes esfuerzos a comprender sus sueños, porque ha desarrollado una sólida alianza de trabajo conmigo desde el comienzo de su difícil análisis cara a cara. Poco a poco llegamos a aislar los puntos con los que su comprensión acaba regularmente tropezando: cuando dice que esta alianza no podrá durar eternamente y que se arriesga a tener que experimentar sentimientos hostiles hacia mí; y también, porque la violencia verbal y a veces física de su padre ha sido tal, que a todo lo largo de su infancia y adolescencia ha estado privado de la libertad de vivir las emociones agresivas hacia su padre.

Un fenómeno nuevo, cada vez más frecuente y más fuerte, aparece en las sesiones: Esteban tiene un vientre que hace ruidos. Está tanto más furioso y mortificado cuanto que esto no le sucede en otro lugar. La sesión que relato está invadida por este borborigmo, cuyo sentido no entiende Esteban. Por mi parte, no tengo ninguna hipótesis, me incito a reflexionar y me doy cuenta de su relación con la problemática de las sesiones precedentes.

Yo: Lo que hace borborigmos en usted es la agresividad, y usted no sabe si es la de usted o la de su padre.

Esteban lo confirma: Estos días ha tenido la imagen de cuchilladas en el vientre.

En ese momento, mi vientre, a su vez, es alcanzado por los borborigmos. Hago un esfuerzo sobre mí-mismo para no culpabilizarme y para no intentar ocultarlo, sino para comprenderlo como un efecto, sobre mí, de la transferencia de Esteban. Le propongo la interpretación siguiente:

Yo: Su padre depositaba en usted, para liberarse, la agresividad que le era desagradable; de la misma forma que usted me comunica ese borborigmo, desagradable para usted, para que al hacerse mío deje de ser el de usted.

Esteban: Cuanto lo siento. Lo vuelvo a tomar.

Efectivamente, mi vientre ya no suena y el suyo vuelve a empezar. Mi Yo psíquico, que ya no está invadido por su Yo corporal, vuelve a encontrar su libertad de pensar y, en silencio, me doy cuenta de que es insuficiente interpretar la pulsión subyacente (la agresividad) y el mecanismo de defensa (la identificación proyectiva), si no busco también el sentido específico inherente, en lugar del cuerpo afectado por este síntoma (perspectiva topográfica).

Yo: Este borborigmo se produce en el vientre. La madre y su bebé se comunican directamente por el vientre.

Esta interpretación de carácter general y exploratorio proporciona a Esteban el cuadro que le permite formular, finalmente, la configuración híbrida de su Yo-piel (mitad Yo-piel crustáceo, mitad Yo-piel colador):

Esteban: Soy como las tortugas. Tengo un caparazón en la espalda y el vientre blando. Si me doy la vuelta, mi vientre, lleno de agujeros, es invadido por la agresividad de los demás y ya no puedo volver a la posición activa.

En la situación analítica en la que ahora está, recostado sobre la espalda, es efectivamente su vientre el que se encuentra fantasmáticamente expuesto. Es, pues, también en la transferencia donde ha podido tener lugar la toma de conciencia, por Esteban, de la configuración particular de su Yo-piel.

## Las envolturas psíquicas en el autismo (2)

«La envoltura de agitación» ha sido descrita en el *autismo secundario con caparazón*, que aparece entre los seis y los dieciocho meses y en el que, por oposición al autismo primario, la excitación ocupa el lugar de la inhibición.

Estos niños autistas secundarios tienen una armadura, una piel espesa (próxima de la segunda piel muscular de El Bick, 1968), un Yo-crustáceo con un para-excitación vuelto hacia el exterior, pero no tienen una piel interna. Buscan la envoltura corporal y relacional en la agitación psicomotriz: andan, corren, vocalizan sin parar, introducen el desorden en los objetos que los adultos ordenan, se imponen a sus madres de forma parasitaria, chillando en cuanto ellas ponen cara de alejarse, dan vueltas sobre sí mismos, destrozan sus vestidos; rechazan la comunicación indiferentes a las miradas, a las palabras.

La angustia aparece cuando esta defensa psicomotriz está impedida por los neurolépticos o cuando se les ata a la cama. La angustia se manifiesta por automutilaciones: se escalpan, se fracturan el cráneo, se desgarran la piel: la piel es arrancada como órgano de inscripción y de posibles intercambios de signos.

El niño autista secundario se habilita un aspecto de seguridad, proyectando fuera de sí una barrera de agitación infranqueable. Adquiere la distinción animado/inanimado, dentro/fuera. Tiene una barrera protectora, pero no una superficie envolvente, ni una interfaz. Funciona según la posición esquizo-paranoide, pero con mecanismos

(2) Vuelvo a utilizar aquí las descripciones de Frances Tustin (1972, 1981) y de Donald Meltzer y col. (1975), tal y como han sido resumidas y completadas por Claudine y Pierre Geissmann, *L'enfant et sa psychose* (1984).

ción del autista por los movimientos circulares o por los torbellinos que se producen en el mundo exterior y sus propios movimientos giratorios estererotipados, evocan el peligro de engullirse dentro de estos agujeros negros y el de un intento desesperado de contenerse (D. Houzel, 1985 b).

D. Marcelli caracteriza la «posición autística» por un pensamiento de contigüidad no simbólica (metonímica), por el objeto parcial situado en un plano bidimensional, por una relación autística de objeto (en los casos patológicos) y narcisística (en los casos normales), por el apoyo del Yo en la piel y en los órganos sensoriales próximos (tacto, olfato, gusto). Los mecanismos de defensa son dos:

- identificación adhesiva: D. Marcelli describe una nueva forma: «tomar la mano del adulto para servirse de ella como de una prolongación de su propio miembro superior», es decir, incluir al otro en un Yo sin límites; «tomar la mano del adulto o pegarse a él cuerpo a cuerpo (...) quiere decir utilizar el sentido del tacto en una relación de contigüidad donde no existen límites»; el mismo proceso se vuelve a encontrar con el olfato y el gusto (los sentidos próximos); los sentidos distales son utilizados, por otra parte, anulando cualquier distancia entre el Yo y el no-Yo: el autista «oye» la música de la frase y reproduce, exagerándola, su melopea; lo mismo que se aferra al objeto con la mirada;
- el desmantelamiento: impide la constitución de la intersensorialidad y de la piel como continuum que une los órganos de los sentidos: «desmantelan su Yo en capacidades perceptivas separadas» (Meltzer), reducen el objeto tipo «sentido común» a una «multiplicidad de acontecimientos unisensoriales, en los cuales animado e inanimado se hacen indiscernibles».

El autista rechaza la comunicación por la mirada y la palabra, porque rechaza la separación del cuerpo de la madre, el límite: si no, vienen el pánico y la violencia. El niño normal, por el contrario, utiliza el «pointing» (Vigotski): tiende la mano para coger el objeto deseado; la mano permanece en el aire si el objeto está demasiado lejano, este gesto adquiere un valor semiótico para el entorno, y, como contrapartida, el niño lo utiliza para comunicarse (cf. «la ilusión anticipatoria» según Diatkine).

El Yo-piel es una envoltura que emite y recibe señales en interacción con el entorno, «vibra» en resonancia; está animada e interiormente viva, clara y luminosa. El autista —sin duda de un modo genéticamente preprogramado— tiene noción de dicha envoltura, que sin embargo permanece vacía, negra, inanimada, muda, a falta de experiencias concretas que la actualicen. Las envolturas autísticas propor-

cionan así, al negarlas, una verificación de la estructura y de las funciones del Yo-piel.

### De la piel al pensamiento

En esta obra he expuesto cómo las cualidades sensibles se organizan en un espacio interno, el del Sí-mismo, delimitado por una interfaz con los objetos exteriores que constituyen el Yo (y, luego, por otras interfaces: entre Yo psíquico y Yo corporal, entre Yo y Superyo, entre los diversos objetos internos, etc.) A su vez, la diferenciación topográfica del espacio psíquico incluye transformaciones de las cualidades sensibles en elementos de fantasías, símbolos, pensamientos. Sólo he podido dejar entrever lo que inicia estas transformaciones: estudiarlas en detalle requeriría de otro libro. Diversos autores, por otra parte, han propuesto teorías que se refieren a las etapas de estas transformaciones: Winnicott, Hanna Segal (1957) con la «ecuación simbólica», Bion con los ocho niveles de su «parrilla» hasta el pensamiento abstracto formalizado, etc. Por mi parte, pienso demostrar algún día cómo cada una de las nueve funciones del Yo-piel proporciona uno de los marcos o uno de los procesos del pensamiento.

### Para terminar

Si la palabra del otro es oportuna, viva y verdadera, permite al destinatario reconstruir su envoltura psíquica continente, y lo permite, en la medida en que las palabras oídas tejan una piel simbólica que sea un equivalente en los planos fonológico y semántico de los ecotactilismos originarios entre el pequeño y su entorno materno y familiar. Esto funciona así en la amistad, en la cura psicoanalítica y en la lectura literaria. La escritura puede ser, igualmente, una palabra de sí mismo y sólo para sí mismo, que cumpla desde la adolescencia esta misma función reconstituyente, después de una viva emoción, una tensión en las relaciones con el entorno, una crisis interior. Esto sucede no sólo con muchos escritores (aun cuando esta necesidad de restablecer un Yo-piel provisionalmente desfalleciente sea a menudo desconocida por el interesado y quede escondida bajo motivos más banales: gozar, protegerse de la muerte, rivalizar con la fecundidad femenina, etc.), sino más aún contra la mayoría de los que escriben (sin intención estética y sin preocupación por un público). Micheline Enriquez (1984) ha descrito, con la expresión de «escritura representativa», una actividad en la que el paciente asegura su presencia ante el mundo y ante sí mismo (es decir, mantiene su Yo en la posición que he calificado de interfaz), anotando palabra por palabra en el papel el marco espacio-temporal donde se encuentra, sus percepciones actuales, los gestos ma-



teriales que acaba de realizar. Tal es el caso de su paciente Fanchon (cuya observación ha sido relatada más arriba, p. 225). Fanchon comenta así el episodio que ha constituido una etapa importante de su curación: «Es como si esta escritura me hubiera permitido la recuperación de una piel» (*ibid.*, p. 249). Tal es también el caso de Doris Lessing que, en el *Carnet d'or* (1962), señala su recurso al carnet azul para luchar contra la depresión (3):

«Me encuentro en un punto en el que la forma y la expresión desaparecen; entonces ya no soy nada, mi inteligencia se desvanece, me encuentro cada vez más aterrorizada... (...)» «Es entonces cuando decido emplear el carnet azul únicamente para anotar los hechos. Cada tarde me sentaba en mi taburete, con música, y consignaba mi jornada como si yo, Ana, fijara a Ana en la página...»

«Cada día *modelaba* a Ana, decía yo: hoy me he levantado a las siete. He preparado el desayuno de Juanita, la he enviado a la escuela, etc., y he tenido la impresión de haber salvado el día del caos...»

Esta auto-observación de una mujer escritora pone en evidencia el tronco común, a partir del cual se diferencia la escritura del intelectual (ensayista, crítico, etc.) de la del creador de una obra de ficción. En *Pour un portrait psychanalytique de l'intellectuel* (Anzieu D., 1984), la piel es la superficie del cerebro proyectada a tomar contacto con las cosas, según un proceso recíproco en el que la cosas (lo visto, lo escuchado, lo tocado, lo sentido y lo gustado) son transformadas directamente en ideas que a su vez filtran la percepción de las cosas.

La palabra oral, e incluso escrita, tiene poder de piel. Mis pacientes me han convencido de ello. El frecuentar algunas grandes obras literarias me lo han confirmado. Fue al principio una intuición personal que tardé en convertir en idea. Si he escrito esta obra es también para defender por la escritura mi Yo-piel. Con este acto de reconocimiento puedo considerar terminada la presente obra.

(3) Trad. fr. Albin Michel, 1976, p. 427. Citada y comentada por M. Enríquez (1984, p. 208).

## Tabla de observaciones

Los casos en que a los seudónimos no le sigue ningún nombre autor están tomados de mi práctica personal. En cuanto a los demás, inco entre paréntesis el nombre de la persona a quien debo o de quien tomado la observación.

Alicia (E. Bick)	2
Armando (E. Moutin)	2
Edgardo (P. Federn)	1
Leonor (C. Destombes)	
Errónea	1
Esteban	2
Fanchon (M. Enríquez)	225-2
Frau Emmy Von N. (S. Freud)	1
Gerardo	2
Getsemani	
Irma (S. Freud)	1
Juanita	1
Juanito (Colega anónimo)	
Marsias	172-1
María (E. Bick)	2
Señor M. (M. de M'Uzan)	12
Pandora	12
Paulita (E. Moutin)	22
Rodolfo	20
Sebastiana	14
Zenobia	23